

Pío Baroja

Misérias de la guerra

Edición de Miguel Sánchez Ostiz

Título original: *Misérias de la guerra*

Pío Baroja, 2006

Ilustración de cubierta: *Moloc*, de Ricardo Baroja

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



www.epublicbre.org



Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

A ningún lector de Baroja se le oculta que la publicación de *Misérias de la guerra* es todo un acontecimiento literario, largamente esperado, sobre todo para aquellos de sus lectores, sean estos o no «barojianos», que, en los últimos años, han venido reclamando con impaciencia notoria su publicación. El asunto del que trataban Las Saturnales, ciclo novelesco al que pertenecería esta, inducía a ello: la Guerra Civil española.



PRIMERA PARTE

EL SEÑOR EVANS EN MADRID

I

EL COMANDANTE

Carlos Evans, militar y diplomático inglés, que residió en Madrid con anterioridad a los comienzos de la Revolución de 1936, estaba emparentado con la familia española de Carvajal, cuyos negocios de banca se desarrollaban en una ciudad andaluza, situada en la costa mediterránea.

Evans, a pesar de ser hombre ya maduro, de cerca de sesenta años, mostraba aire joven, no representaba la edad que tenía. Sus ojos eran azules, los cabellos, que habían sido rubios, empezaban a encanecer: la piel, atezada, indicaba que había vivido mucho al aire libre y en países meridionales.

Daba la sensación de un hombre vigoroso, bien conservado. Era esbelto y ágil, con el cuerpo y los movimientos de hombre que cultiva el deporte. Vestía bien, con soltura, trajes sencillos que revelaban al *gentleman*.

Espiritualmente era hombre frío, ecuánime y cortés. Escéptico, y sin ambiciones, no mostraba prisa nunca. Un poco reservado y de aire correcto, parecía no poner mucha curiosidad en las cosas, pero nada de lo que él juzgaba digno de atención lo dejaba pasar sin examinarlo y comentarlo.

Para la mayoría de las gentes que le conocían y tenían trato con él, sintetizaba el tipo del inglés distraído y ensimismado, que parece vivir en las nubes y que no se entera de nada o de casi nada. Era todo lo contrario, curioso y observador de lo grande como de lo pequeño. Algunos de sus conocidos le consideraban como hombre poco sagaz y sin curiosidad. Su actitud tenía mucho de finta.

Comandante de Artillería del ejército inglés, don Carlos, como le llamaban algunos amigos españoles, había estado en varias guerras, desempeñando cargos distintos. Como agregado militar viajó mucho, reuniendo experiencias y conocimientos sobre distintas naciones europeas, así

como también de la India y de África. No le gustaban, en la proximidad de la vejez, los climas húmedos, creía que no le sentaban bien, prefería el tiempo claro y seco.

En la guerra mundial primera estuvo en la batalla de Charleroi, que se desarrolló entre Bélgica y Francia en agosto del 14, cuando él tenía treinta años, en Thionville y Mons, donde se encontraba el III el IV y el V Cuerpo del Ejército Británico. Según Evans, en esas grandes batallas modernas no se comprendía con exactitud el objetivo de unos y de otros más que conociendo muy bien el terreno, manejando planos detallados y con noticias completas y exactas de las fuerzas respectivas. Los oficiales del Ejército anglo-francés, sabían solo que atacaba el general alemán von Bülow, pero no sabían el desarrollo que pensaban dar los suyos a la batalla.

En Madrid, Evans había estado agregado en la Embajada inglesa desde el año 1932, y unos años después, al comenzar los disturbios en España y deseando zafarse de responsabilidades peligrosas, pidió una licencia de tres años.

Esto no le hizo perder sus buenas relaciones con su Embajada. No quería ausentarse de Madrid, le parecía que iba a convertirse la capital en un escenario de violencias y crueldades lleno de peligros. Quería asistir a su desenvolvimiento como simple espectador y ver con sus ojos lo que ocurriera.

Tenía Carlos Evans un carácter desapasionado y tranquilo, y la indiferencia fingida con que escuchaba las opiniones que más pudieran herir su sensibilidad, le permitían ocultar sus intimidades de una manera perfecta. Al mismo tiempo, sabía enterarse con prudencia de cuanto le interesaba, todo ello sin llamar la atención y sin escandalizar a nadie.

Evans estaba preparado para contemplar desde su butaca lo que pudiera suceder en el escenario español. Sentía gran interés por ver lo que iba a pasar. Carecía de todo prejuicio. Era, simplemente, el hombre a quien el suceso sorprende en la calle, y, como dispone de tiempo y nadie ni nada le está aguardando, se puede consagrar sin preocupaciones de ningún género a informarse por cuenta propia de los hechos, sin perder detalle. Don Carlos escribió un *Diario con notas*, sin seguir siempre un estricto orden cronológico

pensando que quizá con el tiempo ordenaría mejor sus datos.

II

IMPRESIÓN PESIMISTA

La Embajada británica de Madrid estaba en la calle de Fernando el Santo. Tenía una sección de Información y Prensa en la calle de Orfila. A esta oficina acudía con frecuencia Evans.

En la Embajada había una impresión pesimista acerca de la política española. Se creía que iba a ser un fiasco, que se producirían conflictos interiores y exteriores, y al final vendría algo peligroso para España y hasta para Europa. La misma opinión reinaba en todas las restantes embajadas. Los gobiernos respectivos tendían a dar la consigna a sus diplomáticos y empleados, de ser muy cautos y de no intervenir en los asuntos interiores de España. Las sesiones del Congreso demostraban la desunión completa de los partidos y la lucha de las más bajas y vulgares ambiciones. Se pensaba que el español no servía ya para complicaciones políticas y sociales modernas. No se vislumbraba, entre los perspicuos del país, ningún hombre capaz de gobernar y poner orden en tal confusión. Los alemanes e italianos observaban también con curiosidad el giro que tomaba España para intervenir en el momento en que les conviniese.

Evans hablaba el castellano bastante bien, con escaso acento extranjero. Antes de ese tiempo, había pasado algunas temporadas con sus parientes andaluces, y eso le había permitido familiarizarse no solo con el idioma, sino también con las costumbres españolas.

Don Carlos tenía un piso elegante cerca de la Embajada en una de las calles paralelas al paseo de la Castellana, pero al independizarse de la necesidad de acudir periódicamente a la oficina, pensó en buscar alguna pensión hacia el centro de la ciudad, que le permitiera un mayor acercamiento a los focos de los sucesos. Para que le ayudase en su busca, Evans, informó de su deseo a un chófer de la Embajada, cuyo primer apellido era inglés, este se

llamaba Bernabé William y se le decía de una manera familiar, Will.

Will, de unos treinta a treinta y tantos años, tipo nacido en Río Tinto, hijo de inglés y de andaluza, hablaba los idiomas de sus padres desde la infancia. Era moreno, bien constituido, de buena estatura y nada vulgar. De carácter burlón, mostraba ser hombre de recursos, emprendedor, de espíritu aventurero, siempre en potencia de intentar cosas difíciles.

El castellano suyo era andaluz, y el inglés de *cockney* londinense. Tenía poca riqueza de léxico, pero podía pasar por inglés en Londres y por español en Madrid.

Su padre le envió en la juventud a Londres con unos parientes. Will tenía afición por España se instaló en Madrid, se hizo chófer de la Embajada inglesa y se casó.

La mujer de Will era emprendedora, tenía una tienda pequeña de confecciones, en la calle del Desengaño. Vivía con una hermana suya casada con un empleado del Ayuntamiento, en un piso de la misma calle donde estaba la tienda. Hill, por obligaciones de su empleo, habitó mucho tiempo en las dependencias de la Embajada.

Había otro empleado en esta con el que Evans tenía bastante trato, llamado Roberts, el cual era medio español, no solo por el hecho de llevar muchos años residiendo en Madrid, sino porque tenía parientes españoles. De ideas conservadoras, no era preciso darle cuerda, ni tirarle de la lengua, para que hablase y contase de propio impulso y con toda ingenuidad sus observaciones.

Evans había llevado una vida muy activa, a través de la cual, en varias ocasiones y por no usar demasiada prudencia en sus andanzas estuvo cerca de correr grandes peligros y pudo vencer el azar mal aventurado en momentos difíciles. Todo lo que a él le había ocurrido en sus viajes por África y la India, cualquiera lo tendría por extraño, y digno de ser contado y adornado. Con muchos menos motivos otros hubieran escrito libros y estudios, pero él se contentaba con hacer notas. Todo lo suyo, por ser propio, le parecía no tener nada de curioso.

Estaba acostumbrado a sortear los peligros, y creía aquella manera de ser, la corriente y normal. Es posible que viéndola en otros le hubiera parecido rara e insólita.

Nunca hablaba de lo pasado. Al oírle contar los lances de su vida, a lo que, por otra parte, no parecía mostrar gran afición, se hubiera dicho que no había tenido éxito con las mujeres, más al parecer, lo que en realidad le ocurrió fue todo lo contrario. Había sido un poco Don Juan, pero no le gustaba decirlo. No contaba nunca ninguna aventura amorosa, y si alguno hablaba delante de él como conquistador, le oía con un aire indiferente y aburrido.

Personalmente, no empleaba nunca tonos jactanciosos. No contaba aventuras ni amores. Hablar de eso le parecía a él cosa indiscreta y de mal gusto.

III

EL CARÁCTER DEL INGLÉS

Evans solía salir todos los días con el secretario de la Embajada británica en automóvil, por los alrededores de Madrid. En estos paseos se comunicaban los dos sus impresiones acerca de los sucesos ocurridos y sobre los que probablemente se avecinaban. Cuando el tiempo era malo y no brindaba a los paseos por el campo, coincidían los dos amigos en el British American Club de la Gran Vía, donde solían leer periódicos, pues no les gustaba a ninguno de los dos jugar a las cartas ni al billar. El único juego que cultivaban sin gran entusiasmo era el ajedrez.

Tenía don Carlos Evans amistades en Madrid, que le achacaban ser un poco olvidadizo y retraído. Efectivamente, respecto a su carácter, cultivaba el olvido y el confusionismo deliberado, mostrándose frío y hasta acentuando su frialdad y su impasibilidad, un poco por su propio temperamento y algo también por política.

Dentro de esos hábitos, se contaban de él anécdotas curiosas. En cierta ocasión, en un breve lapso de tiempo, había tenido que asistir a una boda y a la ceremonia de un entierro. En la boda había mucha gente y Evans, que llegó a la iglesia un poco retrasado, preguntó a un conocido, cándidamente:

—¿Cree usted que tendremos que ir hasta el cementerio?...

El interrogado no pudo contener la risa.

Para una época de revolución, este inglés indiferente, que hablaba poco, que presencié no solo la iniciación de la catástrofe española, sino también sus aventuras trágicas, tenía que ser un buen reportero. Salía a la caza de noticias, recogiénolas de toda clase y condición, aclarando y comprobando los rumores que corrían.

Una de las características peculiares de Evans era la tendencia, siempre latente en él, de comprobar los hechos por sí mismo. No se dejaba convencer por lo que le contaban, necesitaba procurarse datos. Oía una relación exagerada y falsa con tal indiferencia, que el charlatán osado y mentiroso, al ver su actitud, se desconcertaba.

Le habían dicho que podía haber sido un buen historiador, si se hubiera dedicado a narrar lo sucedido en su tiempo, pero su curiosidad era anhelo puramente individualista, sin otra trascendencia. No se satisfacía más que con el esclarecimiento de los hechos, y una vez conocidos, los guardaba para él. Investigaba por el gusto de reunir y comprobar los sucesos a los cuales una vez esclarecidos, no pensaba dar mayor extensión.

Como un archivo cerrado de realidades vistas y recogidas por él. Evans fue acumulando datos en un diario donde anotaba lo que consideraba como cierto. Eso le parecía digno de conservarse para ser examinado más adelante, y poder formar un juicio sobre el caos que en torno suyo se agitaba. Ese juicio nunca pensó en comunicarlo a los demás, sino en reservárselo para él.

La parte de ese diario del comandante Evans que se refería a los acontecimientos de España se dividió en otras dos: la primera abarcaba desde 1934 a 1935, y la segunda del verano de 1935 al final de 1938. En el tiempo que el diplomático había desempeñado el cargo de agregado militar en la Embajada inglesa en Madrid, había conocido a mucha gente, hecho vida mundana y habitado en un piso de la calle de Fortuny, La segunda parte, desde 1935 a 1938, durante la Revolución, fue cuando Evans se apartó de sus funciones oficiales, renunciando a su sueldo para vivir independiente y por medios propios. Después Evans salió de Madrid y solo se enteró de lo que ocurría en España por cartas recibidas de su chófer Will, al que rogó, antes de dejar la capital, le informase de lo más pintoresco y curioso, de lo que pasara en Madrid y en los alrededores.

IV

PASEO EN AUTO

En la primavera de 1935, un sábado por la tarde, Evans y el secretario de la Embajada inglesa, hombre joven, fueron en automóvil a pasar la tarde en Aranjuez. Anduvieron a la sombra de los grandes árboles que bordean la orilla izquierda del Tajo. Hablaron de la situación de España, y los dos se mostraron conformes en considerarla muy grave.

España, según ellos, no sabía vivir en un régimen de libertad y de claridad. La República española en pocos años se había envejecido, aniquilado y desacreditado. No pudo encontrar hombres inteligentes y capaces. ¡Qué fracaso tan absoluto el de los encargados de regirla! No habían sabido ni cumplir la Ley ni escamotearla para sus intereses. ¡Qué desencanto!

Evans recordaba no hacía mucho tiempo una manifestación de jóvenes que habían estado en un mitin celebrado en un campo próximo al río Manzanares. Los jóvenes habían entrado en el centro de Madrid levantando el puño y dando gritos de «¡Viva Azaña, el hombre más grande de España!». ¡Qué ilusiones! Todo iba desmoronándose en poco tiempo.

Yo no poseo datos suficientes para tener una opinión segura pero, por lo oído, creo que los tres hombres más destacados durante la República fueron Camer^[1], por su honradez y por su trabajo. Indalecio Prieto por su inteligencia y Negrín por su audacia.

Las cosas llegaron tan lejos que hasta los andaluces, que nunca tuvieron aspiraciones regionalistas, gritaban ya: «¡Viva Andalucía libre!». Se veía que España no podía vivir con un régimen liberal y de publicidad. Tendría que vivir con un liberalismo simulado, o con una dictadura de república hispano americana.

Los sucesos de Casas Viejas, ocurridos hacía pocos años^[2], habían

dejado rastro. El caso de la mísera aldea de la provincia de Cádiz, donde apareció como una llaga de ilusión y de utopía, un intento de anarquismo libertario, fue uno de los primeros y más serios tropiezos de la República. Tuvo además la desgracia de ser tratado por la pedantería severa del presidente del Consejo, que quiso mostrarse rígido y duro, e hizo intervenir en el asunto a un capitán neurasténico y morfinómano, capaz de fusilar a unos cuantos medio locos.

En casa de un vecino de Evans, en el primer piso, en la puerta había un gran escudo del Sagrado Corazón de Jesús, a los pocos días de instaurarse la República ya no lo había.

—¿Qué le ha pasado a ese vecino? —preguntó Evans a la portera.

La noche de la proclamación de la República, estaba ese vecino con un destornillador quitando la placa de la puerta.

Los reaccionarios asustados al principio, comprendieron rápidamente que la República tenía gestos, pero no actos ni energía. No mostraba tampoco decisiones oportunas que valieran la pena. Las señoras devotas empezaron a salir a la calle con mantillas y con cruces en el pecho. Luego vino la invención y la constitución del fascismo, y una torpeza en la represión inaudita. La lucha en la calle de los falangistas con los rojos se verificaba ante una policía que no se enteraba de nada.

Para Evans, el presidente del Gobierno, a pesar de su seguridad, era un hombre torpe y vacilante. No solo trataba de ocultar su debilidad, sino que hasta pretendía que todos le tuviesen por hombre fuerte y decidido. Llegó al absurdo de decir al militar que iba a sofocar el movimiento de Casas Viejas: «¡Nada de prisioneros, disparad a la barriga!». Y luego, para estropearlo más todavía, pretendió guardar silencio sobre el hecho ya realizado. Primero petulancia, después hipocresía y miedo.

Al secretario de la Embajada inglesa, amigo de Evans, le parecía que confiar órdenes severas a un morfinómano, y encargarle de reducir la exaltación de unos pobres ilusos, quemando su propio hogar, había sido un absurdo. Pensaba que en Inglaterra se les hubiera sitiado, y a los diez o doce

días se hubieran rendido a lo inevitable.

—Recuerdo —dijo Evans, en su conversación con su compatriota— que Casas Viejas es una aldea del partido de Medina Sidonia, un pueblo este bonito, edificado en anfiteatro. Nadie le diputaría preparado para escenario de una tragedia sangrienta. La choza del Seis Dedos y la figura de la Libertaria, tienen un aire muy clásico de drama popular. Si hubiera un Calderón en este momento en España, habría llevado esa tragedia al teatro, y la gente la habría aplaudido, pero no hay ningún Calderón entre los escritores españoles, ni nada parecido.

—¿Cuál cree usted, pues, que sería el ideal para los políticos españoles? —preguntó el secretario de la Embajada.

—El ideal sería que la masa fuera sumisa y sin carácter, y el elemento dirigente hábil y listo, pero por ahora no solo aquí, sino en casi todos los países, sobre todo en los latinos, sucede lo contrario: el pueblo es listo y la política torpe. Esto sucede más exageradamente en España. Ahora, ¿esta listeza del pueblo es aprovechable? Por ahora parece que no, y se puede pensar que es más perjudicial que beneficiosa. Aquí, en España, no hay sumisión, y el hombre de cultura se muestra inadaptado y rebelde, y el de la calle dice que es un chulo.

—¿Y usted cree que esto es aquí cosa nueva?

—No lo creo, supongo que ha existido, unas veces con carácter más caballeroso y otras con menos. Se ha contado lo que fue en otro tiempo la Mano Negra en tierra andaluza. Fue algo como la Mafia o la Camorra napolitana. Se conoce que estas asociaciones con sus procedimientos sigue teniendo en Andalucía partidarios, como en todos los países del sur.

—¿Y usted qué opina sobre la manera de terminar con esas lacras sociales?

—Yo creo que estas epidemias no se curan con andar a tiros con unos cuantos ilusos, ni con quemar unas pobres chozas. Habría que ocuparse de esa gente y de ello no se ocupa nadie.

—¿Cómo podría tratar esos asuntos un gobierno democrático y sagaz?

—Estaría obligado a darles una extensa publicidad, pero estos no lo hacen, sino que tratan de ocultarlos. Se ve que en procedimientos no se diferencian nada revolucionarios y reaccionarios. Practican las mismas violencias, las mismas arbitrariedades, aunque hayan prometido no emplearlas.

—Dice usted bien. Ante los restos de una choza humeante, y de los hombres capitaneados por Seis Dedos, en Casas Viejas, no se puede invocar el pánico de un Gobierno, pues en realidad, los mayores enemigos contra los que tendría que luchar, no los tiene uno en una aldea rebelde, sino sentados en los escaños del Parlamento; fascistas que se muestran soberbios, y comunistas y socialistas disfrazados de gubernamentales, para poder dar con mayor libertad y más impunidad una puñalada al Poder.

AL REGRESO DEL PASEO

En el viaje de regreso a Aranjuez, el secretario de la Embajada comunicó a su compatriota la intención que tenía de marcharse de Madrid. Creía que la situación era cada semana más difícil y peligrosa. Habitaba en un hotel, un poco apartado, de la calle de Maudes, y era rara la noche en que no se oyese tiros en las proximidades.

Hubiera sido muy difícil hacer un cuadro objetivo e imparcial de la evolución política y social de España y de Madrid. La dificultad era todavía mayor para los observadores de otros países. Había muchos cambios, muchas transformaciones cuyos propósitos se entendían mal o no se entendían. Esos cambios no daban la impresión de ser racionales, sino más bien producto de impulsos violentos y espontáneos de masas y de grupos políticos sin control, que se sentían lanzados a la lucha por utopías, por sistemas, por intereses y hasta por caprichos.

Los grupos inquietos y revolucionarios soñaban con apoderarse del poder, y los conservadores y reaccionarios con volver a adquirirlo. De lograrlo los primeros, pronto vendría, indefectiblemente, la desilusión, y el que había preconizado un remedio se volvería atrás, considerándolo sin valor y hasta perjudicial. Resultaba por eso difícil hacer algo útil y razonable.

—Lo primero que debían tener los directores de un país —dijo el secretario, mientras cruzaban ante una imagen del Sagrado Corazón de Jesús— es el conocimiento aproximado de la manera de pensar y de sentir de la gente. Ello le podría dar una trayectoria clara para el futuro.

—Creo —apuntó Evans—, que otros países de la Europa occidental han llegado a aproximarse a esto: Inglaterra, los pueblos escandinavos. Holanda, Bélgica y Suiza.

Francia e Italia, se hallan divididas por dos tendencias contrarias muy violentas, Portugal debe de estar también dentro de esta división dicotómica y España ya es un muestrario incongruente de deseos, de pasiones y de utopías.

—¿De quién será la falta?

—Probablemente de los que han mandado antes.

—Entonces de los reyes.

—Ya sabe usted una frase de Horacio muy repetida que dice: *Quidquid delirant reges, placentur agivi*, que quiere decir: «Los griegos pagan las locuras de sus reyes».

—Esta frase de usted, señor Evans me demuestra que ha estudiado en una época más clásica que la mía.

—No sé si será la época o la casualidad, porque yo recuerdo haber tenido un profesor de latín muy trabajador y muy exigente.

—Pues el mío no tenía ninguna de esas condiciones.

—Dejando esta cuestión, hay que reconocer que es triste declarar, cuando se tiene un espíritu crítico, que esa anarquía intelectual del país no la puede dominar más que la fuerza, pero la fuerza desarma solo pasajeramente las utopías de la calle y de las pasiones, pero no acaba con ellas. Con el tiempo probablemente las reconcentra, les da más tensión y nos les permite ver en sí mismas su debilidad, su arbitrariedad y, a veces, su estupidez.

—Muchos saben aquí —aseguró el secretario de la Embajada— que se va a producir un movimiento revolucionario y quiénes serán los directores. Lo raro es que la gente del gobierno no esté enterada y alerta, y que el hecho le va a sorprender. ¡Qué políticos más torpes!

—¿Pero usted cree que no lo saben?

—Sí. Por lo que he oído, sí.

Durante algunos minutos, en el interior del automóvil reinó silencio

entre sus ocupantes, distraídos en sortear los camiones y otros coches que se cruzaban.

—Yo he visto aquí, siendo joven a principio de siglo —interrumpiendo aquel silencio—, cómo socialistas y anarquistas románticos, soñadores, a quienes toda observación que se les hiciese, de buen sentido, acerca de su utopía, les indignaba, y la consideraban como una manifestación de egoísmo repugnante.

—Serían de aquellos que andaban a vueltas con el problema de la repartición de las riquezas.

—Sí, de esos eran. Yo algunas veces les decía: «Me parece ridículo el no ver que la riqueza es un producto de la acumulación del trabajo lícito o ilícito, y el que vive bien, vive bien por que reconcentra en sí mismo riquezas de otro. Así Napoleón I, hombre de gran inteligencia, decía: Yo tengo como renta doscientos mil hombres».

—¿Y qué le contestaban a usted?

—Que eso era lo que había que hacer desaparecer. A lo que yo replicaba: «Es difícil. Habría que equiparar el hombre inteligente con el tonto, al útil con el inútil, al vago con el laborioso, y para eso se necesitaría no una política nueva, sino una religión nueva».

—¿Y se dejaban convencer?

—¡Cá! Nosotros queremos la igualdad —interrumpían—, queremos que las riquezas se distribuyan, se repartan.

—¿Entre quiénes? —les decía yo.

—En todo el país.

—¿Y por qué no en todo el mundo? Ustedes son intemacionalistas. Si la riqueza de los países ricos se repartiera en el mundo entero, entre blancos, negros y amarillos, no se conseguiría que todos fueran ricos, sino que todos fueran pobres.

—Sería algo muy justo —replicaban—. De ser pobres que lo fuéramos todos.

—Yo no veo a esto ventaja ninguna —les contestaba—. Lo bueno sería que la riqueza fuera asequible, que hubiera medios lícitos y limpios de llegar a ella.

—A mí me parece lo mismo.

—Hay mucha gente que no discurre. Yo he oído decir a un orador aparatoso español, Vázquez Mella, hace años en un banquete, que se había encontrado la diecisiete prueba matemática de la existencia de Dios.

—¿Y a usted eso le pareció una estupidez? —preguntó el secretario a Evans.

—Naturalmente. No creo que con una medida limitada y humana se pueda medir lo que se considera ilimitado y extra humano. Pues bien, con una estupidez parecida a la del orador, me decía un anarquista que por las matemáticas se había demostrado que el anarquismo era el mejor gobierno posible...

—¿Quién no dice tonterías hablando de política? —preguntó el secretario.

—Hablar de política —indicó Evans— y discutirla es casi siempre perder el tiempo. ¿Qué vale un programa político que en teoría está bien pensado y en la práctica sea un desastre?

—Nada, evidentemente.

—¿Usted trató de convencerle al anarquista de su error?

—¿Para qué? No valía la pena. Si fuera posible esa repartición de la riqueza quedaría muy poco o casi nada para cada uno. Porque... ya se sabe la contestación irónica que dio el barón de Rothschild, el banquero de la primera mitad del siglo XIX a los que le decían que repartiera su fortuna: «No tengo inconveniente —replicó el barón judío—. Mi fortuna repartida entre todos los

hombres de la tierra, alcanza a unos diez céntimos por persona. Que vayan viniendo a mi casa uno a uno, y les iré dando los diez céntimos que les corresponde.»

—Esa broma de judío listo —indicó el secretario—, tiene su fondo de verdad.

Llegaban a la Puerta de Atocha, y callaron para examinar grupos que llenaban las aceras y la afluencia de gentes que iban a tomar los trenes que salen de Madrid en las primeras horas de la noche.

Una comparsa de chicos, conducidos por un maestro de escuela, cantaban con voz de gato una especie de himno con el estribillo que decía: «Somos los hijos de Lenin».

—¿Qué hijos ha tenido en este país, ese calmuco? —dijo el diplomático con soma.

—Sí, no tienen mucho aire mongoloide —observó Evans. Antes de separarse, el secretario de la Embajada preguntó a su compatriota:

—¿Usted qué piensa hacer?

—Yo me quedo. Tengo interés en ver lo que pasa aquí.

—Pues yo me marcho a Inglaterra. Creo que tenemos la guerra contra Hitler para pronto.

—Sí, es muy probable. Lo de aquí será el prólogo de lo de allá.

VI

INQUIETUDES

A poco de haberse marchado el secretario de la Embajada a Inglaterra, comenzaron las inquietudes. Evans encontró que la vida lejos del centro de Madrid era poco interesante y además peligrosa. En el barrio en que vivía, de noche, se oían constantemente tiros aislados, que alarmaban los alrededores. Los pisos de la casa habían quedado sin gente, aunque no desalquilados, pues muchas familias habían huido de Madrid temiendo acontecimientos desagradables, pero sin querer dejar su habitación.

Evans comprendió que, en un piso solo de una casa solitaria, estaba expuesto a cualquier violencia, sin poder recurrir a nadie de una manera eficaz. Fue entonces cuando dio el encargo al chófer Will y al empleado Roberts que le buscasen una pensión en alguna calle del centro, para desalojar su cuarto e irse a vivir donde se viese más protegido.

Aún no habían transcurrido cuarenta y ocho horas de recibir el encargo, cuando Will había descubierto para el comandante Evans una pensión céntrica, regentada por una señora de edad, viuda de un inglés, que tenía nacionalidad británica. Estaba la pensión en la Gran Vía, cerca de la plaza de Callao, y los informes recogidos por el chófer, la señalaban como una pensión buena y cómoda.

Evans llamó a la casa por teléfono, se puso al habla con la dueña, y supo que aunque en aquel momento no disponía de habitación vacante, al cabo de una semana tendría disponible la ocupada por un señor que se marchaba, un cuarto con balcón a la calle. Había muchas personas que lo solicitaban, pero, si quería verlo, podía y, si le gustaba y le parecían bien las condiciones, se reservaría.

VII

LA PENSIÓN DE LA GRAN VÍA

Quedó Evans con la dueña en que iría a ver el cuarto al día siguiente. Fue allá, la habitación era buena, espaciosa y clara, el sol penetraba en ella por entonces desde la mañana hasta el mediodía. Le gustó a Evans la casa, había limpieza y comodidad, y las condiciones de precio y servicio le parecieron bien.

La dueña prefería dar el cuarto a un señor inglés y diplomático que a otro cualquiera. En el intermedio Evans no volvió a su casa, fue al Palace Hotel, donde estuvo una semana, y luego se instaló en la Gran Vía. Meses después, hacia el verano del año 36. Evans mandó colocar en la puerta de la pensión una banderita inglesa y una tarjeta con su nombre y su grado militar.

Desde el halcón de su cuarto, se divisaba una hermosa vista a lo largo de la ancha y concurrida avenida.

El día en que Will ayudó a Evans, con un auto de la Embajada, a trasladar maletas, una caja de libros y varias ropas de invierno desde el piso de la calle de Fortuny al nuevo alojamiento, le indicó:

—Hace usted muy bien, don Carlos, en mudarse, porque en aquella casa, encontrándose casi solo de noche, hay poca defensa contra posibles accidentes si le atacan a uno. El portero dicen que es comunista.

—Es posible —contestó el comandante.

—Si alguien le quisiera dar a uno un mal golpe, en aquella casa sería difícil evitarlo.

—¿Usted qué va a hacer Will?

—Veré si encuentro alguna pensión barata, cerca de donde vive mi

mujer.

—¿En qué calle es?

—En la del Desengaño, pero no hay sitio. La casa es pequeña y, entre chicos y personas mayores, se juntan ya nueve personas.

—Yo le hablaré a la dueña de esta pensión, a ver si encuentra algún cuchitril para usted en la casa o en la vecindad.

Cuando Evans habló de Will a la viuda de la pensión, halló facilidades y le dijo la dueña que podía convertirse un cuarto de costura en alcoba para el chófer y le llevaría veinte pesetas diarias por la manutención y servicio. Evans indicó a la dueña que él pagaría la mitad, diez pesetas y dijo a Will el resultado de sus gestiones. Al chófer le pareció una verdadera ganga el poder vivir en una pensión por trescientas pesetas al mes.

De ese modo Will estaba muy cerca de los suyos. En la tienda de su mujer había teléfono y en caso de necesidad el chófer podía estar con su familia en cinco minutos.

Will habló luego a la dueña de la pensión por si podía enviar a su mujer ropa para zurcir, pues lo haría rápidamente y bien. La dueña aceptó. El concuñado de Will se preparaba a defenderse, con sus relaciones, de cuanto pudiera amenazar su tranquilidad y la de los suyos.

En la calle del Desengaño donde vivía su mujer se reunían nueve personas. Tres hijos de Will, uno ya mozo de catorce años, dos de su cuñada, el marido de esta, las dos hermanas y la madre.

Evans en la pensión se encontraba muy a gusto. Su cuarto amplio y cómodo, bien soleado y aireado, daba a la Gran Vía. Pensaba que había sabido procurarse un buen observatorio para seguir la marcha de la Revolución amenazadora. Estaba en el centro de la capital y contaba con la ayuda de Will para cualquier empresa.

El señor Evans de noche se sentaba en su butaca, llenaba su pipa de tabaco rubio, ponía los pies en una silla y se dedicaba a fumar con un aire

absorto.

En la primavera hubo días frescos. Le encendieron la chimenea y miraba el fuego y las volutas de humo del tabaco sumergido en vagos pensamientos.

Después el señor Evans golpeaba la pipa para sacarle la ceniza en el mármol de la chimenea, y luego se acostaba.

Una de las amigas de la señora de la pensión, que se sospechaba que era alemana y espía, hablaba muy bien el inglés. La dueña le preguntó a Evans si creía que la debía aceptar, como pupila, pues se lo había pedido, y Evans dijo que no.

—Esta gente por poco motivo que tenga se echa encima de usted.

—Sí, tiene usted razón. No es una época la nuestra de hacer favores.

Evans se veía allí instalado con la calma del que, después de haber cenado bien, ocupa una butaca en el teatro y se dispone a ver una obra que le produce interés y curiosidad.

Will era hombre ocurrente que tenía chispa. Además era buena persona.

Decía de sus hijos que todos habían salido a la madre y el mayor era más andaluz que nadie. Aseguraba que este le recordaba una andaluzada que representa la petulancia ibérica y se titula *Soy un mosito e verdá* y que comienza diciendo:

Soy un mosito tan cruo

y de tanta caliá

que donde pongo lo cliso

no lo pone otro chavó.

SEGUNDA PARTE

AGITACIÓN Y POLÍTICA

I

EL ESTRAPERLO

En estos tiempos —escribe el militar inglés— se van introduciendo en el castellano una serie de palabras, la mayoría venidas de fuera y que tienen mucho sabor de la época. Yo, que no conozco el español literario bien y que me basta con hablarlo y entenderlo, no me voy a escandalizar por esto. Una palabra que he visto como quien dice nacer es la de estraperlo o extraperlo.

Sospecho que esta palabra está destinada a larga vida. Contaré la historia que he oído que me induce a esta afirmación. David Strauss y un señor Perl^[3], los dos judíos holandeses, se presentaron en Madrid al gobierno con una ruleta eléctrica que querían establecer para lo cual pedían permiso. Se dice que con el nombre de Strauss y el de Perl han formado la palabra Straperlo, que la gente pronuncia estraperlo o extraperlo y se ha convertido en poco tiempo en una palabra popular.

En mayo del 34. Strauss y Perl buscaron como introductor de su máquina a un político radical, gestionando las autorizaciones necesarias para que la nueva ruleta pudiera funcionar, el próximo verano, en el Casino de San Sebastián y en el mallorquín de Formentor.

Para dar una «lección práctica» a los que debían autorizar el negocio, se instaló durante algunos días el nuevo aparato en el Hotel Ritz, y después en un despacho del Ministerio de la Gobernación.

El señor Strauss, de la raza elegida por el Señor, había cruzado la frontera trayendo consigo no solo el aparatito, sino también un prejuicio al que debe culpar de su fracaso. Juzgó que le bastaría conquistar a dos o tres personas influyentes regalándoles unos relojes de oro.

Cuando vio que para dar un dictamen sobre la concesión se nombraban nada menos que dos comisiones, una jurídica y otra técnica, debió empezar a

comprender el hombre de la tierra de los canales que, por lo menos, necesitaba toda una relojería.

El estraperlo funcionó en el Casino de San Sebastián una tarde de verano desde las cuatro hasta las ocho, un día a lo último de la temporada. Para su funcionamiento se trajeron unos *croupiers* jóvenes, holandeses, que no conocían bien la moneda española, dando lugar esta ignorancia a riñas y a discusiones a la hora del pago y del cobro.

Luego, al parecer, hubo un gran barullo entre jugadores y artistas contratados por el Casino. No se entendían unos y otros, y los músicos y cantantes querían que los holandeses se marchasen de San Sebastián para poder actuar ellos. Los holandeses no sabían lo que los cantantes y los violinistas pretendían, ni por qué los querían echar del Casino.

En el día en que el aparato funcionó en San Sebastián, *La Voz*, periódico de Madrid, publicó un violento artículo contra el juego. El ministro se asustó y llamó por teléfono al gobernador de Guipúzcoa, y le dio órdenes para suprimir el funcionamiento del estraperlo.

Donde funcionó el aparato durante tres días fue en el Casino de Formentor, en Palma de Mallorca.

Total, que aunque se obtuvo en principio la concesión del juego, el negocio fracasó. La autorización obtenida duró menos que la cuerda de los relojes regalados por el señor Strauss. Lo único que parece que queda es la palabra *estraperlo* que se ha hecho popular en España. La gente la ha recibido tan satisfecha, que por las calles no se oye otra cosa.

La palabra parece tan arraigada en el idioma como si apareciera en el Romancero. Se conoce que venía a llenar un hueco, como se dice en ese lugar común de la prensa.

—¿Y se puede comprar tal cosa? —se le pregunta a cualquiera.

—Sí, pero lo tendrá usted que comprar de estraperlo.

¿De dónde vendría ese Strauss tan ingenuo... que no parece judío?

Según he oído en el Círculo, donde tenían la noticia de los diplomáticos franceses, de lo que trataba Strauss no era de poner en marcha un negocio de juego, sino de hacer caer al Gobierno en el avispero de un chantaje, del cual esperaba embolsarse algunos cientos de miles de francos. Esta es una versión que me parece poco probable. ¿Qué le podía importar a ese Strauss la política española?

Andan revueltos en el asunto un número considerable de nombres, no solo de políticos, sino de familiares de estos: se habla de un sobrino del jefe del Gobierno^[4], de amigos periodistas, de emigrados. El chanchullo está a la orden del día.

Los reaccionarios quieren pintar como instigadores a muchos políticos republicanos, suponen que estos se entrevistaron con Strauss en Bruselas, por la intervención de un generalito de Méjico. Antes de que Strauss saliera para España se le aleccionó previamente para que el golpe no se diera en vano. No es que fuese a la parte, pero el público se regocijó por anticipado al imaginar al jefe radical, a Lerroux, en una mala situación, que le obligaría, por lo menos, a dejar el Poder. Hay que tener siendo político, si no honradez, por lo menos un poco de prudencia, y la gente aquí en España no la tiene.

Me han dicho que el presidente de la República está muy inquieto. Es un pobre hombre. Se ha convertido en la sombra del jefe del Gobierno para prevenirle contra lo que, de un momento a otro, se le puede venir encima. Por otra parte, el jefe del Estado cuenta a todo el mundo lo que le ha pasado con Strauss. ¡Qué gente! No comprende que al desacreditar al colaborador se desacredita a sí mismo.

—Mire usted —cuentan que ha dicho el jefe del Estado al del Gobierno—, parece que se va a desencadenar una tempestad parlamentaria.

—Yo no temo a las tempestades, señor presidente —replicó el interpelado—. Las resisto, si me asaltan, y si naufrago, sé nadar.

A lo que el presidente contestó:

—Tiene usted una fortaleza de espíritu envidiable. Todas estas

tempestades de que hablan los políticos son tempestades en un vaso de agua.

Esta cuestión del estraperlo, por lo que me cuentan, la iniciaron un sobrino de un político y un mejicano. La cuestión no tenía mucha importancia. Era una aparato de juego que no parecía solamente un juego de azar, sino un juego de habilidad. Si no se hubieran hecho más granujerías que esas en España, no estaban los españoles mal, pero lo que conviene a la suficiencia española, es poner el grito en el cielo por un aparato ridículo y callar que ha habido banqueros y ministros que se han llenado de millones.

No se ha tardado mucho en llevar la cuestión del estraperlo al Parlamento. He asistido una tarde a una sesión tumultuosa, desde la tribuna del Cuerpo Diplomático. Han dominado el hemiciclo oleadas de encono, de pasión y de retórica, han estallado tempestades de palabras que el presidente del Consejo decía no temer, se han desenterrado anécdotas vulgares y frases de otro tiempo y, entre ellas, una de Cánovas: «Mis enemigos me han injuriado muchas veces, pero jamás me han llamado tonto ni ladrón».

A esto comentó con sorna un diplomático erudito que estaba cerca de mí:

—A tal afirmación habría que decir *Distinguo*, porque el señor Cánovas se llevó a su casa muchos libros de bibliotecas públicas.

De uno a otro lado, se ha pedido el nombramiento de una comisión esclarecedora frente al intento del Gobierno de pasar el asunto a los tribunales. Se necesita siempre un poco de teatro y de jaleo en este régimen parlamentario, al menos el español.

El jefe del partido radical ha puesto sobre el tapete una carta del generalito mejicano, que publicó el periódico *El Sol*, dirigida a Strauss, de cuyo texto parece deducirse una complicidad en la preparación del negocio que se urdió con fines políticos.

Se nombró la comisión, en la que había representaciones de todas las facciones políticas, menos la socialista. Solo una voz se ha oído en contra de ese nombramiento, la de un diputado catalanista. Creía este que era mejor que

actuase el fiscal de la República y que de haber probabilidades de delito, se nombrase un juez, el cual podría enviar a la Cámara un exhorto si apreciaba responsabilidades contra individuos de ella. Según el diputado catalán, había que nombrar una comisión del Parlamento, lo cual era ya dar estado a la acusación, admitirla como verosímil o probable. La mala fe entre estos míseros políticos llega a extremos inconcebibles.

Este 22 de octubre es fecha infausta para el régimen republicano. En el fondo no lo quiere nadie. Solo lo quieren los que mangonean, intrigan o roban. La gente honrada y trabajadora se contentaría con un régimen pobre, que es lo más que puede tener España, pero eso no lo aceptan los políticos.

La gente quiere un lujo falso, aparentar que se tiene importancia, que se tiene fuerza. ¿Qué se le va a hacer? ¿Vivir de una manera modesta? No le gusta al público, y menos a estas gentes meridionales que creen que aparentar es lo mismo que ser. Si les quitan esas posibilidades de rumbo, se sienten defraudados.

Después de tanto escándalo, todo ha quedado en nada. En la declaración de uno de los testigos ha explicado con detalles el funcionamiento de la máquina llamada Straperlo. La explicación no resultó muy clara. Se trata, al parecer, de una máquina semejante a una ruleta, con una bola que cae en una casilla con su número. Al pasar se hace además una suma con los números por donde ha corrido la bola, y se da el resultado al jugador. Al principio a este le da la impresión de que la ganancia es segura, pero al último pierde los cuartos.

La bola cae en el número que el espectador del juego piensa, de modo que todo el mundo queda confiado, y nadie puede imaginar que el empresario tenga posibles ganancias. Sin embargo, las hay, porque por efecto de la aglomeración de personas, al contar los números de prisa la gente se equivoca y eso da la ganancia al banquero.

Se comenta mucho que los dos empresarios del aparato regalaron un reloj de oro al presidente del Consejo de Ministros, que lo aceptó. Era en el político una torpeza más que otra cosa. Si los políticos españoles y no españoles no hubieran hecho más irregularidades que aceptar un reloj de oro de regalo, podrían estar los ciudadanos tranquilos y contentos, pero los

políticos han hecho toda clase de combinaciones y de chanchullos, y han quedado como personas honradas.

Al fin, la denuncia del Estraperlo pasó a los tribunales, pero como suele ocurrir en esta clase de asuntos, ni se esclareció nada, ni se ha vuelto a saber más de la cuestión.

Si se hizo por lograr un cambio de Gobierno, la maniobra ha tenido eficacia. No se explica lo de este político. Mezclarse en un asunto que le podía desacreditar para toda su vida por un reloj, es una cosa incomprensible. Se podía decir que ese resbalón no le importaba, pero esto no parece cierto, y debía saber muy bien que en España, y en la mayoría de los países, lo que se necesita es parecer y que se puede robar todo lo que se quiera, siempre que se cuiden las formas.

Hasta los extranjeros sabemos el origen de la fortuna de algunos políticos que se hicieron ricos con maniobras en la Bolsa y en la Banca, y además no se desacreditaron. El caso del político radical ha sido verdaderamente extraño.

A mediados de septiembre se plantea la crisis y el 25 se forma otro Gobierno presidido por un político solitario e independiente. La causa oculta de la crisis es la denuncia de Strauss que llega por esta época a producir el descrédito de la República.

II

EXPLICACIONES

La cuestión del estraperlo dio pasto a la conversación y a la chismografía de todo el mundo, porque esta clase de asuntos ofrecen siempre campo a toda clase de comentarios, en general malévolos.

Los escándalos nunca vienen solos. Tras el estraperlo se han descubierto nuevas revelaciones de chanchullos sensacionales. Ha aparecido primero el asunto de las importaciones de trigo en 1932, llevado a la Cámara al cabo de dos años, para que se vea que nadie está limpio cuando llega la hora de la colada. Los tiros esta vez van contra un jefecillo republicano, quien decretó en su tiempo de ministro importaciones de trigo sin tomar previamente medidas para conocer cuáles eran las existencias de cereales en los mercados del país.

—¿Cree usted —le pregunto a un periodista— que al disponerse tales importaciones España estaba suficientemente abastecida de este producto?

—Nadie duda de que había bastante grano —me ha dicho—. Se sabe que una federación de trigueros cordobeses envió vagones de trigo a Barcelona, y que los fabricantes de harina no los quisieron. Además, nunca hubiera hecho falta tanto como se importó. Habría necesidad de un millón de quintales métricos y se importaron tres millones sesenta y un mil. Ya en cuanto al precio...

—¿Hubo también su trampa?

—Todo el mundo lo cree así. Se tiende además a ser chanchullero con facilidad en tiempos turbios.

—¿Y se ha puesto algo en claro?

—Absolutamente nada —me dijo el chico de la prensa—. Eso sí, monárquicos y tradicionalistas presentaron una denuncia contra el ministro, acusándole de prevaricación, pero no llegó a discutirse el caso.

He tratado de hablar y sondear a algunas gentes, para enterarme bien de los hechos de este exministro, pero todas son versiones contradictorias. He hablado con un periodista de la situación, amigo de Will, que no sabe o no quiere decir nada, y al mismo tiempo con un tal Marcos, librero de viejo y secretario particular de ese ministro ahora acusado. El Marcos es el tipo más pedante que uno se puede echar a la cara. Una noche del último año de la Monarquía, según me ha contado Will, se reunieron unos cuantos republicanos en un sótano del Ateneo, para conspirar o hacer que conspiraban. Hablaron varios de ellos como oradores brillantes, y cuando le tocó el turno a Marcos, comenzó así su perorata: «La República, señores, es como una frágil barquichuela que navega en las procelosas olas del mar embravecido...»^[5].

Me reí de la perorata y de la cólera que producían en Will estas pedanterías aparatosas.

—Usted se ríe, pero yo me indigno pensando en tantas estupideces que hay que oír.

—No vaya usted a querer que toda persona que intervenga en política sea un hombre de genio.

III

SILUETAS DE POLÍTICOS

Quiero trazar aquí por los datos e informes que me he procurado, algunas rápidas siluetas de los hombres que en puestos destacados intervienen en la política española de estos tiempos revueltos.

El primer presidente de la Segunda República Española, resulta, según se dice, un señor efusivo y cándido; hombre de una falta absoluta de retención, de control de sí mismo, capaz de hablar y hablar sin reserva y sin prudencia, y de contar sin discreción a cualquiera lo más secreto de la política; de extremar su cordialidad hasta el punto de abrazar al sastre o al zapatero de su pueblo que van a verlo o a pedirle algo.

Todo esto puede estar bien en un señor particular, pero no en un jefe de Estado que se está comprometiendo a cada momento con su charla.

Al presidente del Gobierno se le ha pintado durante mucho tiempo como hombre de carácter. Parece que no lo tiene. Yo creo que es un carácter muy superficial de hombre que ha vivido solo pensando en los aplausos de públicos de mitin.

El jefe socialista que aparece en el gobierno, tiene el aire de un hombre terco y engreído que habla ex cátedra.

Este señor, resulta un andaluz autodidacto. Hijo de una familia pobre sin cultura, se formó a sí mismo, y creyó en su energía y en su talento. No sabe nada de nada, pero eso le da más seguridad. Se asombra cándidamente a sí mismo, ha supuesto que la oratoria es el máximo de la sabiduría, y cree estar armado con todas las armas que un político necesita para gobernar un país.

Al meterse de lleno en las encrucijadas y trampas de la política, se ha

empezado a ver que está perdido, que la oratoria no es nada o casi nada, y ha comenzado a perder la fe, desinflándose como un globo roto.

No hay más que ver las caras de los políticos españoles. No hay nadie que tenga aire de algo, ninguno; todos, militares y paisanos, no tienen aspecto de nada. No se ven más que caras mediocres. ¿Qué van a hacer estas gentes? Fracasar en todo.

Hay un hombre inteligente, medio asturiano, medio vasco, que siente muchas fobias ocultas que no quiere mostrar. Su cabeza es clara, pero le es necesario convivir con gente presuntuosa y pedante, que es la que tiene más fuerza y más popularidad^[6].

Hay entre estos políticos, señoritos un tanto orgullosos y altaneros. Ese modo de ser no les hace antipáticos a la gente del pueblo, sino al revés, les produce simpatías. Le toman por uno de los suyos. Me han contado de uno de ellos que, cuando tiene que adoptar una decisión, lo primero que hace es abrocharse el último botón de la chaqueta y tomar actitud de jaquetón.

Otros son muy vulgares y se les podría identificar con maestros de escuela.

Hay también un médico, profesor, hombre de carácter y sin escrúpulos^[7]. Quizá podría ser un gran político, pero es capaz de todo menos de trabajar. Cuando era profesor de la Facultad de Medicina de Madrid, por lo que parece, nunca iba por la clase. Está cortado para ser un tirano de una República hispanoamericana.

El mejor político de la República ha resultado un catalán, el más serio y el más honrado. Fue el que dijo hablando de un financiero mallorquín millonario: «Este hombre acabará con la República, si esta no acaba con él». Al millonario le tuvieron preso en Alcalá y se escapó de la prisión con un empleado de la misma a Portugal, acompañado de un periodista y un médico.

IV

ALARMAS CONSTANTES

Cuando el movimiento revolucionario de Asturias del 34 se empezaron a sentir en Madrid los síntomas graves de una conmoción política: hubo colas tumultuosas en las panaderías, riñas y alborotos, algún soldado enardecido, disparó en plena calle tiros al aire, se oyeron disparos de pistola y luego descargas cerradas. En las obras estallaron petardos. Un sábado por la noche, estuve yo en el teatro Lara, y de tal manera se llegó a creer que estaba a punto de armarse algo gordo, que, al volver los madrileños a sus casas, tuvieron que retirarse a dormir marchando por las calles con los brazos en alto, como si quisieran ponerse a banderillar a los serenos, que no debían de tener mucha serenidad. El «¡Manos arriba!» era algo que se usaba hasta en los juegos de los chicos.

La revolución que se llamó de Asturias, en 1934, alcanzó a León, Cataluña, Vizcaya y Galicia, aunque tuvo su centro de mayor violencia en el antiguo principado de su nombre. También llegó con sus salpicaduras al interior. En Madrid estalló una huelga general revolucionaria, salieron las tropas a la calle y durante seis días hubo tiros en toda la ciudad, singularmente de noche, y muchos muertos y heridos en las calles. Para dar una idea de la violencia y de la audacia de la revolución en Madrid, hasta decir que los rojos intentaron el asalto del Ministerio de la Gobernación a las seis de la tarde del día 7 de octubre.

Luego vino aquello de que a las chicas de las escuelas, algunas maestras las enseñasen a saltar a la comba diciendo: «Fascio no, comunismo si».

Entonces los chicos aprendieron a decir que querían maestros laicos, y cuando alguien llegaba a interrogarles para saber qué motivos tenían, ellos aseguraban que los clericales pegaban fuego a las iglesias y luego decían que eran sus padres.

Otro de los gritos que se oyó entre las mujeres era este *slogan* un poco raro:

«¡Hijos sí, maridos no!»

No se comprende qué ventaja podría tener eso para las mujeres. La ventaja sería para los hombres, sobre todo para los despreocupados. Nada de responsabilidades. ¡Magnífico!

Los chicos de los suburbios organizaban manifestaciones llevando al cuello pañuelos rojos, y, delante de ellos, marchaba el más pequeño de todos con una bandera también roja. Una de sus canciones decía: «Somos los hijos de Lenin».

El odio entre los grupos políticos enemigos se manifestaba en constantes atentados, y con su relato se podrían llenar las páginas de un libro voluminoso. Solo recuerdo yo algunos. La mayoría eran muy similares en la preparación y en el desarrollo, así como en la réplica, que tardaba poco en producirse, indicio de que todo se tenía muy preparado.

Decían los comunistas que los fascistas tenían para realizar sus atentados dos equipos, uno de acción y otro de desquite. Mientras el uno actuaba, el otro se dejaba prender con sus pistolas. La policía creía tener en la mano a los autores del atentado. Cuando había transcurrido bastante tiempo para que se escondiesen los verdaderos autores, los detenidos comenzaban a demostrar la coartada, dando pruebas de que a la hora del atentado por el que se habían dejado detener, estaban en tal o cual lugar, para lo que presentaban testigos.

Hasta las corridas de toros llegaron a verse mezcladas en estas maniobras. Por una cuestión sindical, se llevaron a la cárcel a cuatro toreros. En la cárcel fraternizaron con jóvenes fascistas y agentes provocadores.

Después de la elección para el presidente de la República, se quiso mezclar la política con el arte taurino. ¡Qué ridiculez! Se dijo que un matador de nombre había dado dinero para las elecciones a las derechas en la provincia de Toledo, y que los socialistas le iban a silbar en la plaza de Madrid, y, según

se contó, yo lo oí en el Círculo, al salir el torero al ruedo, se oyeron algunos silbidos entre los rojos, y después muchos aplausos, provocados por los blancos. Sin duda, los derechistas estaban en mayoría en el circo. Al parecer el diestro estuvo bien, según los inteligentes, al habérselas con el toro, cosa trascendental para ellos y sus partidarios. Pidieron después que le diesen la oreja del animal muerto, distinción que los taurófilos consideran casi como la cruz de la legión de honor de la torería.

En el mes de septiembre de 1935 se produjo la epidemia de atentados y atracos a mano armada. Los encuentros entre socialistas y fascistas habían empezado hacía bastante tiempo. En esa época cada barrio madrileño tenía su ronda socialista. Vestían sus componentes pantalón blanco y jersey azul, y cada uno contaba con su bandera. Había sociedades excursionistas, y las agrupaciones de este carácter más conocidas se llamaban Los Micos, Los Que Vengan. Salud y Cultura, La Troika, Domingo, etc., etc. Solía componerse cada cuadrilla de cuarenta o cincuenta jóvenes, y de algunas muchachas.

El 9 de febrero de 1935 mataron a un estudiante de Medicina, porque vendía un periódico fascista^[8]. Lo mataron en la calle de Mendizábal de varios tiros por la espalda. Siendo falangista, no era difícil imaginar de qué pistolas habían salido las balas que le arrebataron la vida. Lo enterraron al día siguiente. Los funerales fueron pomposos, muy concurridos y el féretro pasó por entre grupos de falangistas que saludaban el cadáver con el brazo derecho extendido, a la manera italiana.

Durante la República se exacerbó el entusiasmo por las comparsas. Antes no había habido comparsas más que en Carnaval, como afirmaba Lana. Aparecieron comparsas socialistas que iban en Madrid en formación a El Pardo y a la Casa de Campo, y volvían cantando. Los maestros de escuela llevaban también a los chicos los días de fiesta formados, lo mismo que los curas profesores a los seminaristas, probablemente para que tuvieran una idea desesperada y aburrida de la infancia.

En junio del 34 ocurrió un atentado en un soto de la izquierda del camino de El Pardo, entre este camino y el río Manzanares, detrás de La Playa, donde tenían por costumbre reunirse socialistas y comunistas. Estas

comparsas cantaban el *Chíviri*, canción vejatoria y desafiadora, el *Ca ira* de los revolucionarios españoles. Acudían las rondas a la Casa de Campo, muy de mañana, imitando a las formaciones militares llevando a la espalda un morral. Algunos acompañaban el cortejo en bicicleta y las chicas iban con pañuelos en la cabeza, muy llamativas.

Los grupos tenían jefes con distintivos y cierta autoridad en el mando. Otros, sin duda de menos categoría no llevaban señal. Algunos debían ser maestros de escuela. Entre estos jefes se distinguían dos hermanos y una hermana, llamada Juanita Rico.

Al cruzar por las calles donde había gran circulación de vehículos, sacaban un silbato y paraban coches y tranvías, dando lugar a que la gente hiciera comentarios, poco favorables a tales órdenes un poco vejatorias.

Sabiendo la costumbre que socialistas y comunistas tenían de reunirse en las proximidades de La Playa, los fascistas decidieron acabar con los del *Chíviri* y fueron a El Pardo el día en que allí habían coincidido tres hermanos directores, con la intención de atacar y disolver la comparsa, interrumpiendo su algazara.

Comenzada la lucha, los rojos mataron a uno de los fascistas y se dijo después que le dieron varias puñaladas. Una mujer escupió al cadáver. El fascista muerto en la playa era hijo de un policía. El padre fue en busca de su hijo, y mandó que descubrieran el ataúd en que lo llevaban, para ver el cadáver.

Cuando la comparsa socialista volvía a Madrid se dirigió desde el parque del Oeste por los bulevares hasta la glorieta de San Bernardo, siguiendo desde allá a la de Quevedo, y al torcer a la derecha, para entrar por la calle de Eloy Gonzalo, en una esquina había detenido un automóvil gris, ocupado por fascistas, y desde el interior del mismo se hicieron varios disparos y cayó muerta Juanita Rico y sus dos hermanos quedaron heridos.

Se produjo gran confusión por haberse creído al principio que el auto desde donde partieron los disparos era de la policía. Se dijo que los autores de esa descarga fueron gentes importantes^[9], pero luego se aseguró que quien

actuó fue el padre del muerto en El Pardo, que marchó a un garaje próximo, cogió un auto y desde él disparó a la Juanita e hirió a sus hermanos.

Toda la lucha de socialistas y fascistas se iba convirtiendo en un duelo de chulería o de apachismo. En España el obrero tiende con facilidad al chulo y el señorito también.

Hubo ese día y al siguiente, tiroteo en las calles céntricas, no se sabe de quién.

A eso le llamaban paqueo. Por todas partes se oía la orden de «¡Manos Arriba!».

Se verificó también un atentado contra un médico, que quedó herido gravemente. Después otro contra un pintor o escultor que era de la UGT y en su entierro sus compañeros desfilaron en columna de a tres en fondo, y al parecer hubo un aeroplano que voló por encima de la comitiva fúnebre. Todo esto ocurrió en menos de una semana.

Mataron también al secretario de las Juventudes Comunistas, en los Cuatro Caminos, disparándole un tiro a quemarropa. Cayó muerto, mientras el agresor huía.

Otro atentado que se comentó mucho fue el que tuvo por escenario un espolón agudo que da a la plaza sin terminar, llamada de la Beata Mariana de Jesús, situada en la confluencia del paseo de las Delicias con la calle de Embajadores. Este espolón se llama popularmente el Pico del Pañuelo. Había en él una taberna, conocida por el nombre de El Pajarito, donde acostumbraban a reunirse varios socialistas que habían llamado a su grupo La Vindicta.

No se figuraba uno quién habría indicado esta palabra latina que quiere decir castigo público y ejemplar. El mismo día del suceso me llevó Will con el auto, con dos amigos, un escritor y un médico, a inspeccionar aquellos parajes, desde El Club del Papel. La taberna estaba marchando por la calle de Embajadores a la derecha, en una hondonada, unos metros más hundida que la Ronda. Había que bajar por unas escaleras. Estuve viendo el interior de la

tabernucha por el cristal. No advertí la menor vigilancia. En cualquier pueblo de Europa después del atentado en la tasca hubiera habido una vigilancia grande, para observar quién pasaba por ella. Aquí nada, absolutamente nada, ni nadie.

Los de La Vindicta mataron en la calle de Arrieta a uno de la Falange que había sido, anteriormente, socialista. Imputaban los revolucionarios a los fascistas el que conquistaban con dinero a los afiliados a los sindicatos de izquierda, entre ellos por estos días a un estudiante de Medicina y a otro que había pertenecido a la FUE.

Los fascistas que fueron a atacar al grupo de La Vindicta bajaron por el paseo de Las Delicias en un automóvil, hasta llegar enfrente del bar del Pico del Pañuelo, llamado El Pajarito. Dos de los jóvenes quedaron en el automóvil cuyo motor seguía funcionando. El otro saltó del coche, descendió por unos escalones hasta llegar a la hondonada y se acercó al bar. Apenas los hubo bajado comenzó a disparar sobre los cinco hombres que había en el interior. Uno de ellos se abalanzó al teléfono para pedir auxilio quizás a la policía o a otros socialistas, pero antes de que alcanzase el aparato, cayó muerto. Entonces el agresor, dijo:

—¡Buenas noches al que quede!

—Luego se reunió con sus amigos.

—No he dejado títere con cabeza —añadió con jactancia de señorito.

Cuando se llega a un estado así, no hay nada que hacer. De los cinco socialistas, tertulianos del bar, resultaron tres muertos y los restantes heridos.

La guerra callejera rebajó la moral española ya muy rebajada, y el asesinato y el robo quedó a la orden del día.

V

AMENAZAS

Hace años que la República consultó por primera vez a todos los españoles con unas elecciones generales. Estas elecciones hicieron ver la fuerza con que contaban los partidarios de la política del centro y de la derecha.

El socialismo desconfiaba anticipadamente del resultado, que podía ser adverso para los suyos, y uno de sus jefes señaló día, una vez supiesen el resultado de la consulta electoral, para lanzarse a la calle. Creía necesario sustituir la República burguesa primeramente instaurada, por una República socialista.

La propaganda se hizo lanzando amenazas desde su campo, pero, a pesar de ello, el ministro de la Gobernación, que no se intimidó, expuso el resultado de las elecciones, que daba el triunfo a los partidos del centro y de la derecha, y la derrota al bloque de izquierdas.

Antes del plazo señalado en la apelación revolucionaria, estallaron las violencias en Cataluña, en Extremadura, en Valencia y en Andalucía. El órgano en la prensa madrileña del socialismo, declaraba hundida en el pasado la República parlamentaria democrática y próxima en el porvenir la República social.

Hay que ser muy torpe de cabeza para pensar que se puede hacer una modificación profunda de la sociedad, y convertir en poco espacio de tiempo la vida de todo el mundo en un paraíso. Es la misma utopía de los religionarios antiguos, el mismo anhelo y la misma fe en las palabras.

Triunfantes las derechas, parecía lógico que se estableciera un gobierno de su tendencia, pero su jefe no juzgó oportuno el momento para encargarse del Poder, manifestando que un Gobierno del centro debía ser el más indicado

para rectificar la política violenta y utópica de los social-comunistas.

Este oportunismo podrá ser prudente, para descargarse de unas responsabilidades y de funciones que han de producir protestas, pero, a veces, cuando se deja pasar una ocasión, resulta después difícil recuperarla. Al parecer, el jefe conservador tenía gran confianza en los aciertos del radical, para cederle el puesto que le asignaban las elecciones, o quizás es que temía hacerlo en un momento difícil como aquel.

España, en cuestiones políticas, ha sido siempre un país de poca originalidad. Ni socialistas, ni falangistas iban a tener intuición y paciencia suficientes para esperar sosegados a ver cómo se desarrollaba ese contacto entre gentes de tan distinta ideología.

No bastaba asegurar que se quería someter bajo la ley de la República a todos los españoles, cuando estos se encontraban divididos en grupos irreconciliables, y cuando se había legislado en forma tal que las nuevas leyes crearon muchos enemigos. No era tampoco posible decir que se haría respetar la obra legislativa de las Constituyentes, porque todo el empeño de los conservadores que acababan de triunfar era acabar con aquella nueva legislación.

Lo que saltaba a la vista era que los socialistas tanteaban sus fuerzas, y los falangistas las suyas, y que de ese modo lo que estaba detrás de la pantalla no era la paz, sino la guerra civil.

Se seguían hallando explosivos y armas por todas partes, continuaban surgiendo huelgas, se invadían fincas, se producían incendios que no eran casuales, había a menudo atracos a mano armada, y todo esto no se resolvía con que el jefe del Gobierno dijera en la Cámara que estaba tranquilo y prevenido, ni con que el ministro de la Gobernación tratara de restar importancia a las cuestiones de orden público.

La Falange, desde su aparición en el escenario del Teatro de la Comedia, seguía indudablemente recogiendo adhesiones entre la burguesía y aumentando sus fuerzas con aportes que le llegaban de todas las zonas de la juventud, y estos jóvenes ponían seguramente gran interés en ir cada vez más

lejos, en su acometividad.

VI

CONFUSIÓN

A primeros de marzo hubo un atentado contra dos obreros socialistas que trabajaban en el derribo de la plaza de toros de Madrid^[10]. Se atribuyó a los fascistas. En ese tiempo se dijo que habían llegado dos buques rusos, uno a Sevilla y otro a Algeciras, y que de ellos se desembarcaron armas para los revolucionarios.

El 10 de marzo, un joven de diecisiete años, que vivía en la calle de Ferraz, fue tiroteado, resultando herido en el triángulo de Scarpa del lado derecho. En gravísimo estado se le trasladó al Equipo Quirúrgico, donde para contener la hemorragia se le aplicó suero, pero no se consiguió evitar la muerte.

El mismo día, a la diez y media de la noche, se presentaba en la Casa de Socorro de la Universidad otro muchacho sevillano, de diez y ocho años, con domicilio en la calle de Benito Gutiérrez. Se le apreciaron dos heridas por armas de fuego, una en el hipocondrio izquierdo, sin orificio de salida, otra en la muñeca del mismo lado: de pronóstico gravísimo la primera. Falleció en la madrugada del 11, en el Equipo Quirúrgico.

A estos dos muchachos, fascistas, los había seguido un grupo socialista que marchaba por la calle del Marqués de Urquijo, pistola en mano, deteniendo a todos los jóvenes que encontraban, diciéndoles que eran de la policía.

Llegaron al pasaje de Valdecilla, cerca de la calle de Alberto Aguilera, sitio estratégico para una emboscada por las encrucijadas que forman las pequeñas calles de Solares y Hermosa. En la primera de estas había un círculo socialista y un colegio que tenía un patio con unos árboles raquíticos. En los balcones se veían palomillas cargadas de ropa puesta a secar. En aquella hora

con poca luz, los falsos policías se pusieron a registrar a los muchachos acosados, y al encontrarles el carnet de la Falange, los mataron a tiros^[11].

Hubo también un atentado que se dijo preparado en la Facultad de Derecho, contra un profesor y diputado socialista. Se detuvo un automóvil gris ante la puerta de su casa, de cuyo auto se apearon cuatro individuos que dispararon sus pistolas ametralladoras contra el catedrático. Resultó muerto un policía. Fue un atentado preparado por el fascismo^[12].

Uno de aquellos días se organizó una manifestación por elementos izquierdistas, a última hora de la mañana. Se dirigieron por la Gran Vía hacia la plaza de España, para seguir por la calle de la Princesa, que entonces llevaba el nombre del novelista Blasco Ibáñez. La manifestación coincidió con otra más numerosa, en la que figuraban algunos vehículos, a cuyo frente se veían banderas con la inscripción «Amnistía».

Llevando las mujeres a la cabeza, siguieron adelante hasta alcanzar el cruce de la calle de Blasco Ibáñez con Alberto Aguilera y Marqués de Urquijo. Había allí una camioneta con guardias civiles. Se apearon los civiles de la camioneta y formaron dos filas, marchando por entre ellas la manifestación sin tumulto. Uno de los manifestantes se detuvo al pie de la estatua de Argüelles y pronunció un breve discurso. En ese momento, un oficial de Seguridad, con varios agentes a sus órdenes, mostró deseos de que los manifestantes se disolvieran. Cuando les invitaba a hacerlo, desde un automóvil partieron varios disparos, y los guardias, pensando que se les comenzaba a agredir, dispararon sus pistolas. Resultaron un muerto y cuatro heridos. Durante el entierro del policía muerto por los fascistas, en la calle de Goya, hubo grandes manifestaciones con banderas negras y rojas, y tiroteos entre algunos grupos. Una de esas manifestaciones recorrió la Gran Vía y, a la altura de la plaza del Callao, cerca de mi casa, junto a un hotel, ante el Palacio de la Prensa, un hombre se subió a un camión allí parado, y arengó a la multitud.

—Estos son de la FAI —me dijo alguno que le escuchaba.

TERCERA PARTE

LA AGITACIÓN POLÍTICA

I

OBSERVATORIO POBRE

He leído una historia de España del primer tercio del siglo XIX, bastante mediocre, en donde ya comienzan las guerras civiles en el final del reinado de Femando VII. Aquellos revolucionarios liberales tenían mucho más aire y más prestancia que estos. Hay entre ellos figuras notables: Mina. Torrijos, El Empecinado, Riego. Estos actuales no son nada.

Los reaccionarios de hoy se parecen a los de entonces, han cambiado poco, pero tienen menos carácter.

La diferencia de esta guerra con otras civiles también españolas, se encuentra en que en la actual, la cantidad de muertos ha subido de una manera extraordinaria, en lo demás esta no tiene ni originalidad ni grandes figuras.

Con esta penuria de hombres que comprende a las inteligencias superiores de la época, mucha gente inquieta se lanza a puras extravagancias y veleidades, al espiritismo, a la teosofía y a cosas del mismo carácter.

Ello es muy explicable. En todos los períodos de trastorno ocurre lo mismo.

Hay gentes que creen que van a inventar algo, que van a idear cosas nuevas en el terreno tan explorado y tan reconocido como la religión, la política y las formas de gobierno. Es absurdo.

Las ideas no mueren, todo cambia, todo evoluciona. Estos creen que ya han llegado a lo definitivo, con unos cuantos conceptos viejos y ridículos. Y todavía si no tuvieran más que creer en ello, bien, pero matan lo mismo los unos que los otros.

Ha sido un descubrimiento de comunistas y de fascistas el de que hay

que tratar a la gente como a una manada, a los hombres como a reclutas, gañanes, mozos de café y taberna o mancebos de peluquería, a las mujeres como a cupletistas, vendedoras de periódicos o cerilleras. Es probable que así se acierte en muchos casos, pero es un acierto perjudicial que horra el modelo que se quiere alcanzar y que por lo tanto no sirve.

A esta obra de populachería baja, se unen muchos periodistas que no piensan más que en el éxito.

Entre los escritores y periodistas que defienden el régimen totalitario algunos lo hacen por miedo, otros por humildad y también por creer que colaboran con los directores. En general el escritor original siempre tiende al liberalismo, cuando no tiene personalidad es cuando adula a la masa o al que manda.

De la vida de Madrid durante la guerra y la revolución no se ha contado nada que valga la pena; la gente, naturalmente, tiene miedo y no se ha escrito un diario merecedor de ser leído, así que los que han pasado esos años de la revolución en el centro de España, no se han atrevido a escribir ni una línea porque se sentían vigilados.

Yo no pienso más que en contar lo que he presenciado y las conversaciones que he oído de viva voz. No quiero perderme en largos comentarios. ¿Para qué? No es fácil hacer un comentario que valga la pena. Las cuestiones políticas son muy conocidas y muy trilladas. Todos los argumentos en favor o en contra de la dictadura, de la democracia, del liberalismo o del comunismo, están hace tiempo agotados. ¿Para qué volver sobre ello? Tampoco vale la pena hacer frases declamatorias sobre la barbarie de las guerras civiles. Ya se sabe que, en general, las guerras civiles son más crueles que las guerras internacionales. En estas se guardan mejor las normas del derecho de gentes y se respeta algo más la vida de los hombres.

Como yo no he hecho un diario muy documentado y tengo ya poca memoria, puede que haya en mis notas fechas equivocadas porque no tengo la precisión del recuerdo de épocas anteriores, de cuando era joven.

Hay muchos síntomas para pensar que España no ha sabido encontrar

una fórmula buena para su vida. La República federal de 1873 fue un tremendo fracaso. La Monarquía de Alfonso XIII fue mediocre y se estaba descomponiendo de tal forma que tuvo, al fin, que recurrir a la dictadura, que tampoco le sirvió más que para deshacerse por completo. La República unitaria y semisocialista actual, ha sido otro fracaso.

Nada ha podido sostenerse. ¿Es que se trata de un país ingobernable o de un país mal gobernado? Por lo menos por ahora se ve que con un régimen de libertad y de claridad no puede vivir. En su impotencia, el español se entrega a la desesperación y a la furia.

No tiene conductores que valgan. Sus políticos, la mayoría, si algo son, son oradores, charlatanes que no quieren más que hablar y lucirse en una tribuna. Los asuntos que requieren estudio no les interesan. El pueblo es vivo y soberbio, y quiere encontrar un remedio a sus males en un momento de inspiración.

Es todo ello una pobre entelequia. Así se dicen y se hacen en este país los mayores contrasentidos. El presidente del Gobierno ha afirmado en un discurso que España ha dejado de ser católica. ¡Qué baladronadas tan sin sentido! ¡Qué pobres y estériles fantasías! Aquí sigue siendo católico todo el inundo, desde el arzobispo de Toledo hasta el último radical.

El reaccionario se hace con facilidad comunista, con la misma fe ciega y con el mismo fanatismo. No se sabe cómo se podrá acabar con esta tendencia extremista.

No hay políticos republicanos que valgan. Se habla de un jefe de fama. Se ve que es hombre tímido. Para una política revolucionaria hay que tener un temperamento fuerte y duro, y un carácter audaz. Él no tiene nada de eso. Sus aficiones literarias y sus discursos son de erudito. La literatura suya en contraposición con su política.

A principios de 1936 se han convocado elecciones y ha aparecido un cartel monumental que en la Puerta del Sol ocupaba toda la anchura entre las calles Mayor y la del Arenal, y mostraba a los transeúntes la efigie de un diputado conservador. El cartel fue apedreado por un grupo de exaltados

revolucionarios.

Poco tiempo después, estando el político de presidente del Consejo de Ministros con el gobierno del Frente Popular, se dice que unos cuantos mozalbetes y unas mujeres han asaltado la iglesia de San Luis de la calle de la Montera, no se sabe con qué fines^[13].

Me acerco a la iglesia y veo grupos que entran y salen de ella dando gritos.

Después de que la gente se fue a cenar, nos llegaron noticias de que estaba ardiendo la iglesia.

Un muchacho, botones de la pensión, indicó que le habían dicho:

—Corre a San Luis, donde está tu hermana. Hay mucha gente alborotada. Dicen que van a quemar la iglesia.

El chico fue, según contó al día siguiente, y al entrar vio al cura que estaba diciendo a las mujeres que se fueran. No venían los bomberos o no les dejaban entrar con las bombas de riego para extinguir el incendio. Esto pasaba el 10 de marzo del 36^[14].

Verdaderamente es una cosa absurda que, a doscientos cincuenta metros del Ministerio de la Gobernación, no pudiera la autoridad evitar un incendio enviando diez o doce parejas de guardias de orden público.

Los incendiarios, mujeres y chicos, entraron en la iglesia llevando en la mano botellas, sin duda con gasolina; echaron el líquido sobre una silla de paja. Luego otros tiraron papeles encendidos desde lejos. Comenzó el incendio y ardieron inmediatamente muebles, tapices y telas de altares con llamas de tres y cuatro metros de altas.

«¡Todo el inundo fuera!», gritaban los mozos, que no dejaban entrar a los bomberos. Otros, afuera, pinchaban las mangas de riego, para que el agua se perdiese. El incendio se comunicó a toda la iglesia y siguió hasta las doce de la noche, llegó a las torres que se cuartearon. Se quemaron todos los altares y apareció en el muro de la iglesia que daba a la calle de la Abada, un espacio

ancho donde había cientos de esqueletos.

En mayo de 1936 comienza a circular la fábula de los caramelos envenenados.

En esta época, la quema de iglesias, asaltos de domicilios particulares, ocupación de tierras por los campesinos, asesinatos y robos, alcanza su máxima gravedad, la gente huye del campo y no se atreve a circular por las carreteras en automóvil por miedo a los atracos.

El sentimiento más auténtico en la ciudad ha sido el miedo, el pánico, como sería en cualquier otra ciudad del mundo. Sobre el miedo se plantaban los chulos de uno y otro partido a mandar y dirigir.

II

FALSEDADES CALLEJERAS

La leyenda de los caramelos envenenados sería absolutamente incomprensible de no conocer hasta qué extremo llega la credulidad de las multitudes. La culpa de ello la tiene el Estado, por dejar en la ignorancia absoluta a las clases pobres. Se crea un mito inconscientemente y el pueblo le da fe.

El rumor comenzó a correr en diversos barrios de Madrid. En unos sitios se achacaba la culpa a una mujer que había arrojado por encima de una tapia algunos caramelos y bombones, y que, luego, los chicos, al encontrarlos y comerlos, se habían sentido inmediatamente enfermos. Otros decían que quien los echaba era una señora, arrojándolos desde un automóvil. En otras partes se decía que una vieja había obsequiado con un bocadillo a un niño, que este lo había empezado a comer, pero que su madre se lo había impedido diciendo a la vieja: «Cómase lo usted, señora». Y que entonces, al ver que la vieja no se lo quería comer, un grupo de mujeres se había arrojado sobre ella, golpeándola.

¡Qué invenciones más mediocres y más estúpidas! Es el mito del pueblo que vive sostenido por la superstición. Es el reino del misterio. ¿Quién va a tener interés en envenenar a un niño porque sí? Absolutamente nadie, pero no importa. Con esa mentalidad ancestral mítica se cree cualquier cosa.

La versión callejera de historias de envenenamiento donde tomó más cuerpo, fue en la barriada de Cuatro Caminos. Allí, según los rumores, se aseguraba que un domingo por la noche, una señora se había paseado por el barrio repartiendo caramelos a los niños, los cuales se habían puesto inmediatamente gravísimos. Según decía, el mozo de una librería había visto en la Casa de Socorro de Chamberí hasta media docena de criaturas con el vientre hinchado, que sufrían violentos retortijones.

Entre estos chicos se inventaban muchas mentiras, porque sin duda lo que oían a sus padres ellos querían darlo como visto.

Numerosos grupos de gentes, indignadas, habían acudido a la Casa de Socorro, y para convencerles de la superchería, el concejal delegado les invitó a que penetraran algunos, que así podrían informarse y asegurarse por sí mismos de la falsedad de la noticia.

Era la neurosis colectiva de un pueblo ignorante, mal alimentado, que se entregaba al histerismo e iba unas veces a rezar con fervor a una imagen de madera y otras veces quería quemarla.

Cuando la gente se hallaba en el frenesí de las averiguaciones, desde la iglesia de Bravo Murillo, a unos cincuenta metros de la dependencia benéfico-municipal, comenzaron a oírse algunos disparos. Como se dijera haber partido del interior del templo, los grupos detenidos ante la Casa de Socorro marcharon para allá y prendieron fuego a las puertas de la parroquia. Cuando trataban de incendiarla sonaron dos disparos, sin causar víctimas, lo que produjo gran excitación entre el vecindario de la barriada.

¿Quién hacía esos disparos? Probablemente agentes provocadores para excitar a las turbas.

La iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles tenía tres puertas protegidas con chapas de hierro y ventanas con rejas. Esto impidió que los incendiarios entraran e hicieran lo que pretendían. A quince metros de la iglesia había un parque de bomberos, y aunque tardaron poco en presentarse, los grupos estorbaron su actuación hasta la llegada de algunas fuerzas de Seguridad. Asalto y Guardia Civil. Los daños materiales ese día, tuvieron escasa importancia.

Según dijo un periódico partidario del mito populachero, la señora que repartía los caramelos era viuda, de cincuenta y cuatro años, y madre de una religiosa. Se la detuvo, se acusó también a un joven, a quien se llevó igualmente preso. A uno de los incendiarios se le trasladó al hospital por haberse caído desde una ventana, dentro de la iglesia, lesionándose. Hubo otros varios heridos y contusos, hombres y mujeres.

Para dirigirse a su convento de Cuatro Caminos, dos religiosas de las Mercedes salieron de la calle de Núñez de Balboa, y fueron en busca de unas niñas para llevarlas a un colegio que creían más seguro que el otro. Marchaban en un tranvía, cuando tropezaron con las turbas, y, por no comprometer a los restantes viajeros, se apearon. Entonces se les acercó un guardia para aconsejarlas volviesen pasos atrás y no arriesgasen su vida que corría grave peligro. Se refugiaron en una ferretería establecida en la calle de Bravo Murillo, cuyo dueño conocían. Al verlas refugiarse allí, las turbas quisieron asaltar la tienda, y entonces, para no comprometer al ferretero y no perjudicarlo, salieron a la calle las monjas, siendo inmediatamente agredidas. Fueron asistidas de lesiones de pronóstico reservado, estas víctimas de la ferocidad de la gente que, al acudir en favor de unas pobres asiladas, cometían el grave delito de querer salvar la vida de unas niñas de gente proletaria. Es de creer que en el asilo no había ninguna hija de aristócratas ni de millonarios. La multitud es siempre brutal, sea de las ideas que sea. El hombre es cada vez más miserable. No mejorará nunca. Su brutalidad no se agota.

Decían unos que el veneno de los caramelos era arsénico, otros que estriknina, y algunos que ácido prúsico. Hubo un periodista que dijo que, cuando los niños tomaban los caramelos, aprovechando su afán de golosinas les ponían inyecciones. ¡Qué idea tendría el tal de las inyecciones! ¡Cuánta estupidez!

Es el folletín popular, manejando el Agua Tofana o el veneno de los Borgias en pleno Chamberí.

Se repetía la historia de las sugerencias populares, el desarrollo conocido de la mitomanía y de la locura colectiva. Generalmente, la iniciativa partía de las mujeres, histéricas y exaltadas. Los hombres no querían hacer caso de los envenenamientos. Muchas de esas mujeres eran de las que llevaban sus hijos a los asilos de las monjas, y después de tener una época de cariño por ellas, comenzaban a odiarlas furiosamente y a desearlas todas las calamidades posibles, siendo capaces hasta de arrojarse sobre alguna al verla acudir en socorro de unas niñas desamparadas. En un pueblo histérico, débil y mal alimentado, y con una educación deficiente y clerical, todo es posible.

Algunos mozalbetes, con el pretexto de los supuestos envenenamientos exigieron que se interrumpiese la circulación de los tranvías. Las mujeres chillaban; algunas, sin saber porqué. El barrio de Cuatro Caminos se dividió en caramelistas y anticaramelistas. Una marquesa fue agredida, resultando con un taconazo en un ojo, y cuando el ministro y las comisiones obreras declararon que no había habido tales envenenamientos, que todo había sido una patraña, la gente populachera se sintió sorprendida e indignada.

Tampoco en ello había nada nuevo, la historia se repetía. Era el caso de las fuentes envenenadas en Madrid por los agentes de los Jesuitas en el año 1836, hacía un siglo.

Daba lo mismo que las autoridades declarasen la falsedad de la intoxicación, porque el efecto estaba ya producido, y de él se desprenderían las consecuencias. La política. ¡Qué cosa más baja y más miserable! Se había creado un ambiente de credulidad propicio a toda clase de altercados revolucionarios y populacheros. Así, en esos días, se dijo que una pareja había tornado un taxi, que al dejarlo él y ella, habían encendido unos cigarros, le habían obsequiado con otro al chófer, el cual, encendiéndolo al quedarse solo, al cabo de muy poco había muerto. Se vivía en un mundo de folletín malo, entre Ponson du Terrail, Richebourg y Pérez Escrich.

También empezó a contarse que circulaban por Madrid algunas personas que llevaban sortijas de sello que tenían un depósito lleno de ácido prúsico. Oprimido el sello salía de la sortija una espina de acero que se clavaba en la piel y mataba con una rapidez vertiginosa. Lo que no decían los inventores de esta estúpida idea, era que este procedimiento de suprimir a los enemigos, había sido inventado en una novela folletinesca mediocre, titulada Zoé, de Arturo Matthey.

En esa cuestión de los envenenamientos, un socialista me contó que vivía en el barrio donde dos chicos se habían escapado de la escuela para ir a hacer novillos, que habían encontrado un patín y se habían ido a jugar con él. Lino de ellos se había herido los dedos, que se le llenaron de sangre. Fue a su casa y su padre le dijo: «¿Qué te ha pasado?». «Una señora —contestó—, me ha dado caramelos. Yo no los quería tomar y entonces me ha herido y me ha

llenado de sangre». El padre, furioso, sale entonces con una pistola en la mano, cuenta en un grupo lo que ha oído a su hijo, les dice que esa mujer es una religiosa, y entonces se deciden varios a quemar iglesias.

Luego se coge al otro chico, se le pregunta, y ese dice que todo lo contado por su compañero es mentira.

De estas falsedades producidas por la exaltación del ambiente viene un deseo de hacer algo terrible, y así empiezan los incendios de la iglesia de Cuatro Caminos, el Instituto Salesiano, la capilla-colegio del Ave María, las escuelas del Pilar de la misma barriada, La Victoria de la calle de Garibaldi y la del barrio de Almenara.

Hay conatos de incendios en la iglesia de la calle de Raimundo Lulio, en la de San Sebastián, en el convento de las Comendadoras, en el de los Franciscanos del paseo del Cisne, todo ello antes de que acabe la primera semana de mayo.

Cuatro años después esa misma gente que quema conventos, según me escriben, va a las iglesias con fervor y hace cola en las calles para ver al Cristo de Medinaceli.

El 20 de diciembre de 1935 había subido al poder un político gallego considerado por todos como hombre de fibra, capaz de tomar una decisión fuerte.

El 11 de enero de 1936 se constituyó oficialmente el Frente Popular, celebrándose un gran mitin en Madrid.

El 16 de febrero se celebran las elecciones generales en toda España y triunfa la coalición política denominada Frente Popular, de la cual forman parte los partidos republicanos con los socialistas, los anarquistas y los comunistas.

III

HIPÓLITO

A poco de establecerme en la pensión de la Gran Vía, por el final del verano de 1936, una prima mía me escribió desde Valencia diciéndome que viese de averiguar el paradero de un primo de ambos llamado Luis Carvajal y Evans. La prima, que tenía su casa en Londres, sabía que Luis había estado en Madrid poco antes de la Revolución y que pensaba poner una librería en un pueblo andaluz. Después se había marchado, ignorándose su paradero. Había vivido en Madrid una temporada corta en la calle de Vallehermoso, en casa de un tal Hipólito González. La prima que estaba en Valencia con una hija suya, indicaba las señas exactas de este individuo.

Temía que al primo le hubiese pasado algo malo, o que estuviera preso y hallándose tan decaído, no fuera capaz de salir de una situación difícil.

Fui yo a la calle de Vallehermoso, sitio pobre, y encontré la casa, pero no encontré a Hipólito González, pero sí a una mujer flaca y consumida que me dijo que podría verle a su hijo en una librería de lance pequeña, de la calle de Jacometrezo.

—¿Dónde está esa calle? —le pregunté.

—Pues cerca de la Gran Vía y de la plaza del Callao, enfrente de un edificio grande que le llaman Capítol.

—Ese edificio —dije— está cerca de mi casa. Creo que conozco esa librería.

—Hay tres librerías allí —dijo la vieja—. Una de ella es donde está Hipólito.

Al volver, en el automóvil que guiaba Hill, quise pasar por los

cementerios antiguos de la calle de Magallanes, que recordaba haber visto hacía treinta años y que tenían un aire pintoresco. En mi primera visita estaba formada la calle por unas casuchas pobres y por chozas arrimadas a unas tapias, enfrente de la cuales se encontraban los cementerios, donde ya no se enterraba. Al comienzo de la calle había una plaza limitada por un lado con unas cuantas casas sórdidas, que formaban una curva y por el otro con un edificio amarillo, de bóveda pizarrosa y un tinglado de hierro.

Las casas antiguas de adobes y de barro de la calle de Magallanes, estaban cubiertas muchas con latas, sujetas con pedruscos. La mayoría no tenía chimenea. Otras eran como chozas informes.

En los cementerios abandonados, se veían los nichos abiertos y las arcadas ruinosas. Había paredones escalonados, unos tras otros. La gente que habitaba en aquel barrio era gente maleante, alguna acostumbrada a vivir de saquear las tumbas, despojándolas de lápidas que vendían a los canteros y de adornos de cobre y trozos de plomo, que por algunos cuartos los daban en las fontanerías.

En esa nueva visita mía, todo aquello había desaparecido, sin dejar rastro, incluso los cementerios. En la calle de Magallanes se alzaban dos hileras de casas de vecinos, casas modernas, llenas de ventanales y balcones.

Siguiendo la indicación de la vieja fui a la librería, donde encontré a Hipólito, el cual me dijo que el señor Carvajal, mi primo, había estado en su casa hacía unos meses, que él le había acompañado y asesorado para comprar libros que se llevó a la ciudad del sur donde iba a vivir y en ella puso una librería. Añadió que no podía suponer que aquel señor fuera pariente de un inglés rico.

Después de esto. Hipólito cambió de casa, al barrio de La Guindalera, con su madre y una hermana menor. Su padre, medio albañil, medio pintor, había muerto joven dejando a la viuda con dos hijos pequeños. Hipólito y Adela. La madre cuando no tenía que coser, iba de asistenta a algunas casas del barrio de Salamanca. Sus ingresos eran siempre poco seguros. De vez en cuando el padre le enviaba algunas pocas pesetas.

Antes de marcharme de la librería. Hipólito me invitó a concurrir a una tertulia que solía reunirse allí por las tardes, en la que iba una porción de gente curiosa, algunos bibliófilos, escritores, un ingeniero, un médico y uno o dos comunistas. En su mayoría era gente liberal. El dueño de la tienda era valenciano, hombre muy trabajador siempre atento a su negocio. Oía a los demás hablar mientras repasaba sus catálogos y era de los que apenas intervenían en las discusiones políticas porque se reconocía poco culto, aunque a veces tuviera buenas ocurrencias.

Hipólito, flaco, rubio, con cara de niño, con anteojos, modoso, pero a veces terco, creía ciegamente en sus ideas, pensaba que la gente no aceptaba la importancia y la bondad de las ideas anarquistas por su terquedad y su interés.

Prometí a Hipólito que alguna tarde me dejaría caer por allá.

—Sí, venga usted. Aquí se reúne gente bastante curiosa.

IV

EL CLUB DEL PAPEL

Hipólito me dijo que uno de los concurrentes a la tertulia, hombre humorista, había bautizado a la reunión con el título de El Club del Papel.

Inmediatamente de dejar la librería, telefoneé al cónsul inglés de la ciudad andaluza, quien me contestó al día siguiente que don Luis había estado enfermo, que se había ido al hospital y que se encontraba ya bien. El cónsul me indicaba lo que debía hacer si me quería trasladar a la ciudad del sur.

Entonces hablé con mi prima por teléfono. La prima deseaba verle, yo le dije que iría a buscarla, para hacer el viaje juntos.

Me sorprendió el resultado de mis gestiones. Yo pensaba que Luis Carvajal había muerto en América. A intervalos largos había tenido noticias suyas, según las cuales andaba por allá de república en república, tocando la guitarra en teatros y casinos, y algo después recibí nuevas noticias, donde se le descubría recorriendo los Estados Unidos, acompañando como guitarrista a una cantadora de aires españoles, obteniendo ambos éxito, artístico y económico. Después de aquello no había vuelto a saber más de él.

Pregunté en la policía qué documentación necesitaba para hacer el viaje. Al parecer no necesitaba nada. Mis papeles de diplomático inglés eran más eficaces para los milicianos que cualquier carnet de un partido político español. Podría circular con absoluta tranquilidad. Llevaba una documentación que se consideraba entonces como *para parar un tren*.

Le hablé a Will y salimos los dos en auto con bandera inglesa. Dejamos Madrid y marché a unirme con mi prima y su hija. Will se quedó en Valencia. Después, con mi prima y su hija, salimos en barco para el sitio en que sabíamos que estaba nuestro pariente Luis. Averiguamos que, salvado momentáneamente del peligro en que se había visto, al caer entre las garras de

una checa, se encontraba por el momento refugiado en el hospital de la ciudad. De allí lo sacamos auxiliados por el cónsul inglés al que habíamos informado de su paradero, y como Carvajal se negó a seguimos, tuvimos que conformarnos con dejarle en un sitio tranquilo y retirado.

Volvimos de nuevo a Valencia mi prima y yo por vía marítima y allá nos separamos, yo regresé a la Corte en el mismo automóvil de que me había servido para dejar la capital con Will.

Me reintegraba a la vida madrileña, distribuida en visitas a la Embajada inglesa y al Club angloamericano de la Gran Vía. Iba también a la tertulia de la pequeña librería, a la que me había invitado Hipólito y a veces oía noticias interesantes de los reunidos allí.

La primera visita a la librería quise hacerla por la mañana para conocer el escenario de El Club del Papel. Después de curiosear el escaparate donde había algunos libros viejos, grandes, con encuadernaciones de tafelete muy historiadas, entré en la tienda. Estaba solo Hipólito a quien reconocí al instante.

—¿Usted es el señor inglés que estuvo en mi casa a preguntar por un señor Carvajal? —dijo el mozo al verme.

—Sí.

—Pero no vendrá usted a conocer a la gente de nuestra tertulia. Por la mañana no hay nadie.

—No, no vengo a conocer la tertulia —contesté—. Pasaba por aquí, me sorprendió el escaparate y he comprendido que, sin haberlo buscado expresamente, el azar me ha traído a El Club del Papel.

—Sí señor, aquí es, pero ya le dije que los de la tertulia suelen venir por las tardes. Por las mañanas esto suele estar muy tranquilo.

—He pasado algunos días fuera.

—¿Ha ido usted a su país?

—¡Ah, no! No hubiese tenido tiempo, de no haber empleado el aeroplano para la ida y la vuelta. Han sido tres o cuatro días nada más. ¿Y el patrón?

—No creo que tarde. Ha salido a hacer unas compras.

—Supongo que de libros.

—Sí, de libros. La viuda de un magistrado ha avisado por teléfono para que fuese a ver algunos tomos de códigos antiguos.

Quise aprovechar el momento para sondear un poco al joven Hipólito que, desde el día que lo conocí, persistía en su fidelidad a la corbata roja. Para él debía ser como un distintivo, como la roseta o la cinta de la Legión de Honor para un francés condecorado.

—¿Y qué, se compran muchos libros? —pregunté, después de haber tomado asiento en un banco de madera a espaldas del escaparate.

—Sí; siempre sale alguna cosa. Yo casi todos los domingos por la mañana voy a dar una vuelta por el Rastro, y luego, por la Ronda, y paseando, acabo en los puestos de libros del Botánico. El que tiene constancia y paciencia siempre tropieza con algo. Claro que los encuentros son cada vez más raros. Si veo algo de precio, lo compro y luego lo vendo. Generalmente, cuando a mí no me alcanza el dinero, recurro a mi patrón y le doy parte de la ganancia.

Por su tipo, por su manera de hablar se notaba que Hipólito no era hombre del pueblo. Tenía la cara sonrosada, el pelo rubio y el cuerpo delgado y esbelto. Los anteojos que usaba daban a su cara juvenil un aire de erudito, aviejándola. Hipólito apenas debía rebasar los veinte años.

—Oiga usted —le pregunté—. ¿Por qué emplea ese apellido Expósito?

—Porque lo tengo.

—Pero eso le puede perjudicar.

—No, a mí no me perjudica. No pienso suprimirlo. Decía aquello con

un tono de jactancia terca como si quisiera desafiar las preocupaciones sociales.

—Pero puede usted llamarse con los dos apellidos de su padre.

—Mi padre se llamaba González Meister. Mi abuelo paterno creo que había sido comerciante, se casó en América con una extranjera, probablemente alemana.

—Será usted pariente de Wilhem Meister, de Goethe. Algo encuentro en usted de alemán.

Hipólito al oír esto tuvo una sonrisa amable. Sin duda no le disgustaba tener algo de germano.

—A mí —volvió a decir— no me importa nada tener de segundo apellido Expósito.

—¿Cómo firma usted?

—Hipólito González Expósito.

—Esto me parece una tontería.

—¿Por qué?

—Porque vivimos en una época rápida y obligar a que le conozcan a una persona por tres palabras es demasiado. Bastan y sobran dos.

—Sí, es verdad.

—¿Y qué era su madre? ¿Una niña abandonada?

—Sí, hija natural de un señorito chulo de un pueblo de La Mancha, que luego se hizo cura y que creo que vive aún, pero a mí, mi abuelo tonsurado no me interesa nada.

—¿Lee usted mucho?

—Sí.

—¿Qué lee usted?

—Leo con frecuencia el *Manual* de Epicteto y los *Pensamientos* de Marco Aurelio.

—¡Le atrae a usted lo clásico!

—Sí, también he leído a Kant, *La Religión en los límites de la Razón*.

—¿Y qué le ha parecido?

—Es un libro difícil de entender para mí. Es a veces enrevesado.

—Yo no tengo ya cabeza para leer obras de esa clase —le dije—. Una cosa se me ocurre. Si ha leído usted a Kant y lo ha estudiado, ¿cómo puede usted llamarse anarquista que es una cosa tan cándida y tan primaria?

—Para mí, ser anarquista es como una bandera. Es como si dijese a los demás: No estoy conforme con nada de lo vuestro.

—Sí, comprendo.

—Ahora, es imposible estar siempre en disconformidad con los demás.

—Es cierto. ¿Y usted lee todos los libros que compra?

—Sí, casi todos —respondió Hipólito.

—¿Tiene usted algunas preferencias?

—Hasta hace poco leía solo novelas. Ahora leo obras de religión y de historia: con mucha frecuencia. *El Apocalipsis*.

—¡Hombre. *El Apocalipsis*! —dije yo, quizá mostrando sorpresa—. ¡Qué raro! ¿Le interesan a usted los temas religiosos?

—Mucho. He leído varias veces los Evangelios. He leído también a Renán y a Strauss.

—Es extraño.

—¿Le parecen raras en mí esas lecturas? Pues le aseguro que me han interesado mucho.

Al llegar a ese punto de la charla, desde el sitio donde estaba yo sentado, vi una mano que agarraba el picaporte de la puerta y la empujaba para entrar. Penetró en la tienda el dueño. Era un hombre pequeño, moreno, de pelo negro y de aire desconfiado. Llevaba un traje de pana y cubría su cabeza con una boina.

Hipólito me presentó a él.

—¿No trae usted nada? —preguntó el dependiente a su patrón.

—No. Esa buena señora tenía algunos libracos, pero nada de valor. Sin embargo, para ella debían de tener mucho mérito, simplemente porque habían pertenecido a su marido. Le he ofrecido seis duros y no nos hemos arreglado. Aun así me temo que aparezca pronto y me quiera coger la palabra, pues creo que me he excedido al tasar los tomos que no valen nada.

Con la llegada del patrón, pensé que debían haberse terminado las explicaciones más o menos psicológicas de Hipólito, y me despedí, prometiendo volver otra vez.

V

ESCRITORES

Volví a presentarme en El Club del Papel a los pocos días, por la tarde, con la intención de coincidir con los tipos de la tertulia. Fui algo temprano, para ir dándome cuenta de los concurrentes según fuesen llegando. Cuando entré en la tienda vi que no era el primero.

Detrás del mostrador. Hipólito empaquetaba unos tomos gruesos. A su espalda se abría la puerta que al parecer, daba a una trastienda llena de libros. De espaldas a un escaparate estaba un periodista, Juan Goyena y Elorrio, hombre de unos treinta años, de barba espesa, con gabán gris raído y bufanda, y calzado con botas grandes. Llevaba un paraguas en la mano. Aunque no llovía, el aspecto del cielo era amenazador. Soplaban un vientecillo húmedo y frío, y las señales eran de tempestad.

El periodista Goyena tenía un aire de ser un misántropo, hombre sedentario, que en ninguna parte se encuentra tan a gusto como en su casa, en un sillón, con una manta sobre las piernas. Era un hombre que, a pesar de hablar con la gente con amabilidad, daba una impresión de pesimismo. Hipólito me presentó a él.

Pronto se inició la charla entre Goyena y yo. El periodista se expresaba con la sinceridad del que no tiene compromisos y del que cree que puede juzgar los hechos con espíritu crítico, sin pensar si sus opiniones se acercan a la derecha o a la izquierda. Pensaba que no había nada absoluto ni semiabsoluto en política, y se reía de la gente que cree que tiene la verdad sujeta en el fondo de su cráneo y que puede hablar en pontífice.

Como en la librería no había más que una silla, Goyena me dijo:

—Siéntese usted.

—Bueno, me sentaré un rato, pero no estoy nada cansado. Yo vivo aquí cerca, en la Gran Vía, y ando poco.

—Yo vivo más lejos, pero vengo despacio.

—Bueno, nos turnaremos. Estuve yo un rato sentado. Goyena se dedicó a pasear.

Goyena ordinariamente solía pasearse por la librería mientras hablaba. De cuando en cuando se detenía un instante para mirar los libros alineados y alguna vez sacaba un volumen, lo ojeaba un poco, pasaba dos o tres hojas, y lo volvía a colocar en el sitio que ocupaba.

Pronto se habló de política española, Goyena dijo:

—La República comenzó aquí con las clásicas pedanterías de los revolucionarios. Decretó la abolición de la pena de muerte, y luego ha resultado que no ha habido en España época en que se haya matado más gente.

—¿Usted cree? —le pregunté yo.

—Ahí es nada. A poco de suprimir la pena de muerte vino la sublevación de Casas Viejas, en la que unas cuantas gentes alucinadas proclamaron la anarquía en una aldea andaluza. Los sublevados se refugiaron en una choza del pueblo, y un capitán de Guardias de Asalto fusiló a varios pobres ilusos. Es la eterna manera española: por un lado la utopía, luego el hecho brutal y sangriento.

—¿Qué le parece a usted la dictadura? —le pregunté yo.

—Para una época pobre, peligrosa o de guerra, me parece bien. Se suspenden todas las funciones de lujo en el país o en la ciudad, y se dedica solo el Gobierno a resolver las necesidades apremiantes. Eso es comprensible, pero instaurar una dictadura para levantar un partido político o una idea religiosa me parece mal.

Pronto llegó don Eduardo Valdés, que me dijeron era profesor, tipo de sesenta años, de estatura mediana, tirando abajo.

Era un hombre flaco, con los brazos cortos y el vientre abultado. Vestía de negro. Era pálido con bigote pequeño. Después le he visto por la calle con libros bajo el brazo con aire envejecido, la expresión irónica y malévola. Por lo que me han dicho después, se fija mucho en las erratas. Una fecha equivocada, un nombre mal puesto, es para él algo ya tan grave, que incapacita a un autor para toda la vida.

Hablaron don Clemente y Goyena.

—¿Qué hay, *Herr profesor*? —le preguntó este último.

Don Clemente Valdés tenía la cara de mochuelo, con lentes, y pronto mostró su carácter agrio en el tono con que respondía a las preguntas al mismo tiempo burlonas y malintencionadas que le dirigieron. Reía a carcajadas agitándose entonces su vientre abultado. Sus manos eran pequeñas. Vestía de negro, sin estar de luto, tenía cierto aspecto de profesor judío de la Sorbona.

Don Clemente era catedrático de un Instituto y al parecer bastante severo con los alumnos, a los que suspendía con demasiada facilidad. Al principio se mostró socialista, después comunista intransigente, y la política le había producido bastantes disgustos.

Casi pisándole los talones apareció el doctor Hurtado, como si llegase tarde y pensara que tendría que irse antes de lo que quisiera. El doctor era un hombre, alto, calvo y risueño, de nariz larga, aire burlón, tipo que resultaba muy ameno y rebosaba en anécdotas y en frases cómicas e irónicas.

El médico era un humorista, que se reía de todo, unas veces con aire fingidamente serio y otras con aire satírico.

Lo que no se comprendía era lo que esperaban tipos como el profesor Valdés. Creía este sin duda, que, porque el gobierno había cambiado de nombre, los estudiantes iban a sentir más entusiasmo por la gramática y la filología, y se iban a pasar las noches estudiando materias desagradables y difíciles.

—¡Qué espejismo más raro! Para este profesor equivocarse un nombre o poner una errata, era algo de una importancia trascendental que invalidaba a

una persona y que había que señalar al mundo como cosa trascendente.

El profesor sabía muy bien al parecer la materia que explicaba, pero los alumnos no le tenían simpatía, cosa natural, porque los discípulos no veían en la asignatura más que un obstáculo que vencer.

Al poco rato de aparecer el doctor Hurtado, penetró en la tienda un mozo joven, tipo de bibliófilo, que iba con papeletas de una a otra librería. Era fascista, y aunque allí resultara como una mosca caída en un vaso de leche, como era un tipo de petulante, no se sentía desplazado. Creía que la política de los suyos era algo nuevo, desconocido hasta el tiempo, que iba a tener un porvenir extraordinario en el mundo entero.

Este joven fascista era flaco, cetrino. Vestía bien. Era posible que en el sombrero, en la corbata o en algo, llevaran los fascistas un distintivo característico que hiciera que se reconocieran los del mismo partido.

A Goyena no le gustaba hablar de política y tendía a la literatura, pero la actualidad se le echaba encima y aunque él quería comentar el hecho histórico o el libro antiguo, se volvía a lo actual. Cuando aumentó la tertulia alguien expresó la idea de que había en el país una saturación de literatura. Goyena dijo:

—¡En España!... ¿Usted cree que se ha leído algo en España?

Hipólito, que era de los que discutían, contestó:

—Todos los que leemos estamos saturados de literatura.

Goyena replicó:

—Eso es una petición de principio, como dicen los seminaristas.

—Yo leo todo lo que puedo.

—Yo no digo que usted no lea, lo que yo digo es que hay muy pocos que lean en España.

—Entonces el oficio de escritor debe ser aquí muy malo —indiqué yo.

—Malísimo. No es ni oficio siquiera —insistió Goyena—. Como dijo un escritor de talento: es un medio de vivir que no da para vivir.

—¿Y por qué?

—Porque en España no hay prestigio. El último prestigio universal relativamente moderno que tuvo España fue Goya. Después nada.

—¿Y los demás países?

—Los demás países han tenido grandes prestigios literarios en la época moderna. Dickens. Balzac, Tolstoi, Dostoievski... Nosotros estamos al margen. No nos podemos acercar a nadie.

—Se explica el gabán raído de Goyena —dijo el médico con sorna.

—Usted todavía es un hombre joven y puede hacer algo —dije yo.

—No sé. No creo. Voy perdiendo la memoria.

—Algunos de mis clientes —replicó el doctor—, también suelen perder la memoria, sobre todo cuando tienen pendientes cuentas atrasadas.

Hipólito trató de que no se desviara el tema iniciado, volviendo a ello, dijo:

—Creo también que en estos momentos el pueblo debe leer poca literatura. Lo que importa es hacer.

—¿Hacer qué? —preguntó Goyena—. Hacer disparates, y ser lo más bruto posible.

Hipólito se le quedó mirando un momento y después exclamó, en un tono grave:

—¡Usted es un pesimista!

—Soy un crítico liberal, bueno o malo.

—Eso me parece bien —dije yo. Luego pregunté a Hipólito:

—¿Es usted vegetariano?

—Sí. Me lo figuraba. ¿Y quizás un poco espiritista?

—No.

La negación fue poco rotunda.

—¿Y por qué se siente usted vegetariano?

—Tengo simpatía por los animales.

—Yo no he llegado ahí —indicó Goyena—. En mi pueblo tengo un huertecillo pequeño y unas cuantas gallinas. Cuando revuelvo la tierra salen las lombrices y se las echo a las gallinas, que se las comen con avidez... Qué quiere usted, no se puede tener una misma moral para las lombrices, para las gallinas y para los hombres.

—Pues habría que llegar a eso —apuntó Hipólito.

—¿Cómo cree usted que se podría llegar? —preguntó el escritor—. ¿Levantado las gallinas y las lombrices al nivel de los hombres, o bajando los hombres a la altura de las gallinas y las lombrices?

—Usted se ríe. No me extraña. Ya conocemos sus ideas. Ya sabemos que usted no tiene simpatías por el comunismo. El escritor replicó:

—Yo, ninguna.

—¿Por qué?

—Porque el comunismo es otra religión tan irracional como las demás. Se ha dicho que Lenin y Stalin leían con frecuencia los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola. Este santo vasco era de una intuición grande para la mecánica del mando y la captación del ánimo. Los comunistas rusos tenían sin duda algo instintivo parecido a los jesuitas y han estudiado la estrategia de Loyola como se estudia el manejo de un arma que se intenta emplear.

—Yo creo que la táctica no implica la unidad de ideas —dijo Hipólito.

—Quizá no, pero sí implica la unidad de espíritu.

—Yo creo que todo es bueno si acerca a la justicia.

—Yo, por más que abro los ojos, no veo la justicia por ninguna parte, ni la fraternidad —replicó Goyena—. Hay que decir: ni libertad, ni igualdad, ni fraternidad. ¡Qué farsa! Esa fantasía de que todos somos hermanos, unos en nombre de Dios y otros del anarquismo y nos degollamos como podemos.

—He leído algo suyo —dijo Hipólito—, y he visto que es usted poco partidario de los comunistas, a los que considera como fanáticos arbitrarios y judaicos.

—Es verdad —respondió el interpelado—. Yo creo que el judaísmo ha sido una de las enfermedades más graves de Europa. Todos los absolutismos vienen de allí. El Mesías de los judíos actuales es el comunismo. En la Inquisición española influyeron los judíos conversos, que, para defenderse, se mostraron más intransigentes que nadie con sus antiguos hermanos.

—No hay peor cuña que la de la misma madera —dijo el mozo de la librería.

—Entre los frailes Jerónimos y los Jesuitas, ha habido muchos conversos. Los Jerónimos del Santo Oficio fueron de origen judaico y el Papa Alejandro VI obligó a estos, para entrar en la orden, a que demostrasen previamente que eran cristianos viejos por los cuatro costados.

—¿Y en los Jesuitas? —dije yo—. ¿Cree usted que había gente de sangre judía?

—En los Jesuitas —contestó—, se distinguieron los Polanco, los Lainez y algunos otros como sospechosos de procedencia judaica. El espíritu jesuítico es una variación del espíritu judaico. Los más terribles hechos contra los judíos se imputan, en gran parte, a Diego Lainez, jesuita de familia de conversos. También Torquemada, según algunos, era de origen judío.

—¡Es curioso! —dije yo por darle un poco de respiro para que tomase aliento.

—Lo europeo —continuó el escritor— es lo relativo. Karl Marx es un profeta judío, como los de la Biblia. El judío es tímido, cuando está solo: pero unido a los suyos resulta terrible. Se asegura que en Rusia han levantado una estatua a Judas. Se comprende los incrédulos que duden de la vida de Cristo y de la intervención de Pilatos, pero glorificar a Judas es una cosa imbécil.

—Yo —dijo entonces Hipólito un poco disgustado de tener tanto tiempo que callar—, de eso de los judíos he leído poco. He visto muchas veces y han pasado por mis manos los tres tomos de Amador de los Ríos, sobre los judíos de España, pero les he tenido miedo. Era demasiada dosis para mí.

Pensé entonces que yo podría decir que había leído la *Historia de la Inquisición de España*, del norteamericano Lea, en cuatro tomos grandes, pero como había sido eso hacía ya varios años, y no recordaba la tenacidad con que Felipe II, a pesar de su respeto a la ortodoxia, trató de defender siempre, frente al papado, su intervención en los asuntos de la política interior del país, no quise alardear de erudición.

En aquel momento, el dueño de la tienda, que tal vez había estado entonces en algún café próximo, charlando en otra tertulia de gentes del barrio, volvía a su casa y al entrar me reconoció y me vino a saludar, preguntándome si me divertía en Madrid. Le dije que me interesaba la ciudad y la época, y añadí:

—Según lo que leo en la prensa extranjera, esta va muy mal. Los pueblos de España están entregados al odio. Creo que de este ensayo de nueva política que se está haciendo no va a salir nada bueno.

—Tiene usted razón —contestó el escritor Goyena—. El odio, en España no se acabará nunca, es un odio eterno. Y en cuanto a mediocridad, y a incapacidad, unos y otros son iguales, nulos.

¡Qué mezcla de petulancia y de crueldad! ¡Hace años leía en un periódico español que un concejal socialista de Madrid había asegurado que la prehistoria era reaccionaria! ¡Qué estupidez! El mejor día algún limpiabotas de aquí dirá que la teoría de Einstein no tiene valor.

El librero se mostró conforme. Él hubiera deseado sensatez, pero esto no era posible en el tiempo. En vista de ello se dedicaba por entero a la cerveza, con la que mataba o por lo menos ahogaba sus desilusiones.

Cuando yo dejé la librería, me pareció algo raro el ver que en una tiendecilla humilde hubiese cinco o seis personas que hablaban y discutían con claridad, con precisión y con buen sentido, y que, en cambio, a juzgar por los periódicos, en las reseñas del Congreso no se dijeran más que baladronadas, necedades y afirmaciones claramente falsas. El caso de España me parecía de una nación mal regida y sin clases en donde los últimos no se diferenciaban gran cosa de los primeros.

VI

EN EL RETIRO

Un día, llegó a la librería Goyena con un dibujante que, al parecer, trabajaba para una casa editorial americana y hacía ilustraciones muy perfiladas y atractivas. Se firmaba Abel. Había estado algún tiempo en México y en Nueva York, y si la vida en Madrid le resultaba incómoda pensaba marcharse a los Estados Unidos.

Dibujaba con gracia y hacía sobre todo figuras de mujeres sugestivas. Debía estar nacionalizado en alguna república americana. Se llamaba, o por lo menos firmaba. Abel Escalante. Escalante era como el moderador de su amigo Goyena.

Goyena tenía audacia en sus ideas y no aceptaba, porque sí, lugares comunes. Manifestaba un gran desdén por la política y creía que era algo como el Puente de los Asnos para las personas inteligentes y delicadas, y un escenario bueno para los audaces sin escrúpulos.

En la cuestión de la vida económica individual, afirmaba él, los socialistas son un tanto hipócritas. No hay duda que si la población aumenta en todas partes, no quedan más que dos soluciones: o la guerra constante, o la limitación de la natalidad. Si todo óvulo de mujer fuera fecundado, dentro de cincuenta años no habría sitio para vivir en el planeta. Los hombres nos chocaríamos unos a otros al movemos. La sabiduría de la vida es mentira.

—Es muy probable —dijo alguien.

—Los políticos quieren que los neutros seamos solidarios suyos —seguía Goyena diciendo—. ¿Pero por qué no nos hacen solidarios en los destinos y en los sueldos? No, los que no estamos ni con unos ni con otros, tenemos que ser solidarios en la desgracia, pero no en la fortuna. Es decir, que tenemos que estar a las duras, pero no a las maduras. Es muy cómodo para

ellos y nada cómodo para los demás. Marchan bien, hay euforia, nadie se ocupa de lo que hace el individuo aislado, pero marchan mal y entonces el individuo aislado tiene que trabajar y hasta sacrificarse por ellos. Comunistas y fascistas son como la cara y la cruz de la misma moneda —añadió después—. Todo está aclarado, ya no hay necesidad de investigar más. La libertad de pensamiento es un error. Así el mundo moderno empieza a ser tan mediocre. La Alemania de Kant deviene la Alemania de Hitler, la Italia de Maquiavelo la de Mussolini y la Rusia de Dostoievski y Tolstoi, la de Stalin y la de Molotoff.

Mientras hablaba su amigo Goyena, Abel Escalante sonreía como diciendo:

—Este hombre está loco.

Aprovechando lo apacible de la temperatura, pocos días después de mi primera visita a la tertulia de El Club del Papel, salí por la mañana temprano de la pensión y me fui a dar una vuelta por el Retiro. Lo encontré completamente desierto, a pesar del tiempo magnífico que hacía. Madrid al parecer, por ahora al menos, no siente mucho aprecio por este parque, por el que hace algunos años mostraba más inclinación.

En el Retiro me encontré con el escritor Goyena y con el dibujante Abel. Dimos varias vueltas por el Paseo de Coches y por otros laterales.

Por lo que me dijeron, los dos estaban dispuestos a marcharse de Madrid.

Al parecer, el dibujante tenía la manera de vivir resuelta, el escritor no, pero Abel le decía que le conseguiría algunas pequeñas colaboraciones en periódicos de América que le podrían dar para ir viviendo.

—¿Qué le parece a usted este jardín? —me preguntó Abel.

—Es un hermoso parque —dije yo.

—Sí —indicó Goyena— pero está estropeado por una serie de estatuas y de monumentos modernos que la mayoría son detestables.

—Hombre, no hay que decirlo tan alto —indicó Escalante riendo—. Hay que tener un poco de benevolencia con lo actual.

—Todo lo moderno es detestable —añadió Goyena—. Mire usted estas dos fuentes que están cerca del estanque, una representa una sirena y un tritón, y es muy bonita: la otra, unas tortugas y también está bien. En cambio, todos los monumentos modernos son una birria, empezando por ese grande dedicado a Alfonso XII

—Nuestro amigo es un iconoclasta —indicó Abel.

—No, es que es verdad. En principio es ridículo hacer un monumento así, enorme, a un rey insignificante que no hizo nada de particular. Si va usted mirando una por una las estatuas modernas del Retiro verá usted que todas son cursis y amaneradas como de una época pobre y necia.

—Yo creo que ya en todas partes la escultura moderna es mala —indiqué yo.

—Sí, puede ser, pero tan cursi como esta es difícil. ¿Usted ha visto nada tan risible como este monumento a Campoamor? Un señor gordito sentado en una silla con un bastón en la mano y un sombrero de copa que parece comprado en una tienda y después pintado de yeso...

—Sí, pero los reyes viejos que hay en las avenidas están bien.

—Sí, esos están bien, muy bien y algunos tienen hasta mucho carácter, pero son antiguos.

—Lo que me parece estúpido es haber hecho este Paseo de Coches. Haber llenado de asfalto una parte del campo para que se pasearan y se lucieran unos cuantos rastacueros —indicó Goyena.

—Como ve usted, este hombre es muy agrio —dijo Abel Escalante.

—Y esa escultura ¿qué es? —pregunté yo mostrando algo que parecía una fuente.

—Es un grupo escultórico de un artista que se llama Bellver y que fue

premiado en una exposición de hace bastantes años. Se conoce con el nombre de El Ángel Caído.

—Parece que no está mal.

—No, pero con una silueta poco armónica.

—Pues hay quien ha protestado de que pusieran una estatua así en que aparece el demonio.

—¿Sí?

—Sí, una tontería, porque este grupo no se puso para glorificar al diablo, sino porque se creía que era un monumento bueno.

Después hablaron de política.

—¿Cómo los partidos españoles han llegado a esta tirantez y a esta desesperación que muestran ahora? —pregunté yo—. ¿Es un proceso viejo de incapacidad política del país? ¿Acaso el rey Alfonso XIII no tenía la simpatía popular?

—No la tenía —contestó Goyena.

—¿Y por qué?

—Porque era mezquino. Quería que todos los militares se mostraran como héroes y él quedarse en su palacio.

—¿Y la reina Victoria, la inglesa?

—Tenía más simpatías entre sus amistades.

—¿Y el rey Alfonso no tenía arrestos?

—Ninguno. Todo en él era aparato. Obligó a ir a la muerte a algunos militares conocidos, entre ellos a un general llamado Silvestre. Cuando hubo en África oficiales españoles prisioneros y los moros exigieron una cantidad para su rescate y se les pagó, el rey Alfonso dijo: ¡Qué cara se vende la carne de gallina! Él, sin embargo, no puso el pie en África y una vez, cuando sus

soldados se batían en Marruecos, estaba en un coto de la provincia de Cádiz a un cuarto de hora del lugar de la lucha y no fue capaz de ir, aunque nada más que a presentarse a su ejército. Luego ya se vio lo que sucedió cuando Alfonso XIII escapó de España, dejando a la familia en el Palacio de Oriente, en una situación horrorosa.

—Estos son hechos evidentemente desacreditadores, pero debe haber otros motivos —repuse yo.

—El principal motivo —dijo Goyena— fue el reino de lo paradójico en nuestra vida. Como país fósil, hemos tenido siempre un gran entusiasmo por lo muerto: sentimos un gran respeto, al menos exterior, por todo lo viejo, marchito y cansado. No supimos aprovechar las energías que podía haber en el suelo de la tierra, y en el subsuelo moral dejamos dormir las fuerzas y la riqueza: solo cuando estas fuerzas y esta riqueza comenzaron a agotarse explotadas por otros, las ensalzamos y consideramos.

—Mal sistema.

—Efectivamente. Ha habido en España, quizá más en el subsuelo que en la tierra, riquezas explotables que no hemos sabido explotar. Las hemos arrendado, no hemos podido hacer nada de provecho.

—¿Y usted cree que eso ha ocurrido tan solo con las riquezas de la tierra?

—Eso ha ocurrido en todo. Yo conozco el pequeño mundo literario. Cuando hay un escritor original, brillante, en un periódico de última clase, sus colegas se dan cuenta clara de su valor, le ven capaz de hacer cosas relativamente bien, y sin embargo, nadie piensa en aprovechar la cantidad de talento y de energía que el mozo pueda tener. Dejan pasar años y más años, y cuando el escritor fatigado, cansado, se ha hecho un nombre a fuerza de agotar su resistencia, se ha agriado y no tiene nada que decir, entonces es cuando el periódico de gran circulación le ofrece sus columnas y le llama ilustre.

—De ese modo todo valor resulta estéril.

—Sí, naturalmente: luego, los jóvenes, los revoltosos, los que vienen

detrás, dicen: Si no vale nada, si es un amanerado. Y tienen razón en parte. Ese escritor se ha dejado en una labor oscura todo su ingenio. Al llegar a la pobre nombradla posible aquí, no le resta más que una miserable rutina. La gracia con que amenizó antes sus escritos, se fue: la ironía degeneró en chiste; ya no le queda nada.

—Malo es para un país no saber aprovechar la energía de sus hombres.

—Esto que sucede en literatura, pasa en la política en mayor escala aún. Mientras en el político hay ideales ambiciosos, tiene que contentarse con ser un comparsa de la gran comedia; su criterio no se cotiza: las ideas no se aprecian, su energía o su talento parecen peligrosos. Pasa el aprendizaje y cuando el político pierde todo propósito noble y decente, se habitúa a las triquiñuelas y piensa en sacar partido de todo, y alcanza ese dulce estado de indiferencia, cuando están ya todos sus instintos idealistas muertos, entonces el individuo se halla a punto de figurar en política. De figurar... no de hacer nada bueno ni útil al país.

—¿Y de eso no es posible darse cuenta?

—Creo que no. En todas las carreras y profesiones hay una época de retiro, de jubilación. En la carrera política durante la monarquía, al llegar a esa época de jubilación era cuando se empezaba a vivir.

—¿Y por qué cree usted que eso ocurre más aquí que en otros lados?

—En todas partes la gente no ve más que lo que le quieren enseñar y no oye más que lo que le quieren decir, se explica de una manera torcida lo que puede tener una explicación lógica. El partido liberal durante el periodo monárquico ha tenido siempre en sus filas hombres distinguidos; tantos, que formaban una masa compacta que impidió que la gente joven pudiese sobresalir y manifestar sus energías. No pasaba lo mismo en el conservador; aquí las lilas estaban más claras; había lugar para que los jóvenes avanzaran y manifestasen su valer.

—Eso parece un tanto paradójico.

—Pues así era. Los conservadores podían moverse con mayor soltura

para ir ganando posiciones. El partido liberal era de hombres destacados, liberales de toda la vida, pero en su mayoría gastados en las luchas políticas. Entre los conservadores había hombres más nuevos, que llevaban menos años batallando y, por lo tanto, menos escépticos. Los gobiernos liberales los formaban gente muy experimentada, muy docta, muy discreta, pero sin ninguna ilusión. Los conservadores acogían con mayor facilidad a la juventud, quizá no de buen grado, pero por necesidad, y así tuvo que airearse y admitir en sus filas gente nueva, lo que le daba, a pesar de ser una agrupación de hombres retrógrados, una apariencia de partido joven y casi revolucionario.

—¡Es curioso!

—Los partidos liberales, en cambio, no cuidaron de renovarse: sofocaron los entusiasmos de la juventud, cerraron el camino de toda ambición. Como partido fueron la síntesis de la timidez, de la cortedad, del apocamiento, más pusilánime.

—¿No tuvo alguna época de energía?

—Sí, cuando la Revolución del 68. En ese tiempo, estos hombres, después todo prudencia, fueron capaces de realizar una labor política que dio algunos frutos. Luego se durmieron. Quizá veían que el país no les seguía y se contentaron con vivir en el escepticismo.

—¿Usted cree que el español en general no ve nada generoso que hacer en la política?

—Eso creo. No ve nada. Hay dogmas en la derecha y en la izquierda, pero no hay más.

—Eso es como vivir al borde del abismo —indicó Abel.

—Sí, es verdad.

—El siglo XIX —dije yo— con el entusiasmo por el progreso ha ocasionado un trastorno social que será muy difícil de resolver, sobre todo para estos políticos actuales tan mediocres. En lo alto, el capitalista más fuerte, más inteligente que el aristócrata antiguo, en lo bajo, el obrero más

miserable, más inculto y más lleno de rencor que el siervo de la gleba. Esto ¿cómo se arreglará? No lo sabemos, ni si se arreglará alguna vez.

—Sí, así creo yo también, pero ¿qué le vamos a hacer? —dijo Goyena—. No podemos salir de ese atranco. A nosotros mismos nos querrán fusilar los unos y los otros, porque no somos ortodoxos a sus vulgaridades sagradas.

—Sin embargo, usted cree algo en el comunismo —dije yo.

—Yo no.

—Pues ha aparecido su firma en un documento de adhesión a Rusia —le contesté.

—Sí, pero yo no he puesto mi firma en ese papel —contestó Goyena.

—¿Y entonces? ¿Por qué no ha protestado usted? —preguntó el pintor.

—Porque eso me hubiera colocado entre los enemigos del gobierno actual y hubiera podido ser grave para mí dados los procedimientos actuales.

—Tiene usted razón —dije yo y añadí: ¿Y la juventud en los partidos republicanos no ha hecho nada aquí?

—Poco. Esos estaban gobernados por santones, o por cucos, y tampoco se prestaban a recibir el empuje de la juventud. Aquí no hay más que fórmulas, rutinas.

—¿Y los partidos reaccionarios?

—Viven con sus odios y su fanatismo, pero son más hábiles en la práctica que los revolucionarios, conservan el rencor años y años, y no tienen generosidad ninguna.

—Pues cuando tengan ustedes media España reaccionaria y otra media semítica, se van a lucir.

—Figúrese usted qué perspectiva. Entre Karl Marx y san Ignacio de

Loyola —exclamó Abel.

—No es un porvenir muy halagüeño —dije yo. Luego pregunté al escritor:

—¿Y usted qué va a hacer?

—Quizá me vaya al pueblo o quizá me vaya a París.

—¿Y en el pueblo tiene usted garantías de vivir tranquilo?

—No, pero más que aquí, sí. Allá nadie me conoce como escritor ni saben lo que pienso. Al extranjero iría con más gusto, pero no tengo medios de vida.

Luego hablamos de los contertulios de El Club del Papel, y Goyena pintó como un tipo muy original al doctor Hurtado. Habían ido hacía unos meses con un bibliófilo rico que tenía automóvil a la calle de Embajadores, a la taberna del Pajarito, donde habían matado los blancos a tres obreros.

Al subir hacia Madrid, el doctor Hurtado dijo que si no nos estorbaba iría un momento a una casa que estaba delante de la iglesia de San Cayetano, en la calle de Embajadores, a hacer una visita. Se lo dijo al chófer y paramos delante de la iglesia. Bajó el doctor, y mientras esperamos un momento, pasaron delante de nosotros tres chiquillas de siete u ocho años, y cuando se acercaban, levantaban el puño cerrado y se reían.

Al volver el doctor, y al verlas, les dijo:

—Bueno chicas, no os asustéis.

—¿Son ustedes fascistas? —preguntó una de ellas.

—No, somos artistas de circo —contestó el doctor.

—¡Mentira! ¡Mentira! —dijo una de las chicas—. Usted es el médico de la Casa de Socorro.

—Sí, pero de noche toco el bombardino en un café.

—No es verdad, eso no es verdad.

—Bueno. ¡Adiós pequeñas! Si alguna de vosotras quiere ir a algún lado, este señor os lleva.

—No, no.

—¡Adiós, chiquitas!

Después de charlar en el Retiro, salimos Goyena, Abel y yo, y llegamos al Parterre.

—Está bien —dije yo—, aunque esa estatua central moderna no viene muy a cuento.

—Es verdad.

Había un grupo de adelfas que tenían las flores ya un poco marchitas.

—Voy a escribir un artículo —indicó Goyena— que voy a titular: «Ante las llores marchitas de las adelfas».

—¡Bonito título! —indiqué yo.

—Sí, pero este hombre escribirá un artículo desagradable con ese título romántico —dijo Abel.

—¡Qué se va a hacer! No se puede disfrazar la realidad —repuso el aludido.

—Es un bárbaro —replicó Escalante por su amigo.

—¡Cuánto más hermoso —dijo Goyena de pronto— sería un mundo como el nuestro, aunque sea en el cosmos una partícula miserable, si no tuviera en su corteza más que vegetales!

—¿Usted cree?

—A mí me parece que sí. Todo lo vivo, desde el alacrán hasta el hombre es dañino, pero el vegetal en cambio es bondadoso.

—¡Qué locuras! —exclamó riendo el pintor—. ¡Hasta dónde llega el pesimismo! Puede que haya astros y planetas en donde ocurra eso, pero a nosotros ¡qué nos importa!

—Tiene usted razón —añadí yo—, puede que haya magnificencias en el universo, pero como nosotros no las conocemos ni las podemos conocer, nada nos interesan.

VII

EXPLICACIONES DEL ESCRITOR

Siguió Goyena y expuso la situación de Madrid con bastantes datos.

—Se ve —comenzó diciendo— que los jefes de las agrupaciones políticas preparan a sus huestes con truculentos discursos para arrojarlas unas sobre otras. Sin embargo, la filosofía práctica de la aventura y de la lucha en España, no necesita de grandes predicaciones, porque existe desde tiempo inmemorial latente en el país.

Expresó el escritor después sus ideas que yo voy ahora recordando.

Todos los neutrales —dijo— tememos que vaya a ocurrir el mejor día alguna terrible tragedia, pero muchas veces los unos y los otros olvidan el posible drama para entregarse a un odio particular.

En el momento presente es cuando se entra de lleno en el prólogo de la tragedia española. Se inicia la guerra de partidarios en las calles. Las comparsas de jóvenes socialistas ensayan formaciones de tipo militar en sus salidas de fin de semana, de los días festivos, llevando a la cabeza de sus grupos algunas muchachas como abanderadas. Los fascistas hacen lo mismo y cuentan para adiestrarse con jefes militares. Los rojos disimulan sus manifestaciones dándoles aire de fiesta con las comparsas, tocando el *Chíviri*, que es un estribillo ratonero, y los blancos se esconden a la luz del sol, pues tienen grandes defensores.

La proximidad del Guadarrama permite a los socialistas madrileños dedicarse a la instrucción militar, haciendo sus ejercicios con armas traídas la mayoría de fuera, entrenándose para la lucha que consideran próxima. Las autoridades republicanas no están sin duda enteradas o no quieren enterarse. Como se dice aquí, la autoridad está siempre en la higuera.

El Carnaval se ha celebrado con una manifestación que ha coincidido con la llegada a Madrid de un jefe que figuró en la Revolución de Asturias. Ese día, los madrileños han podido ver ondear al aire por las calles banderas rojas. Se ha dicho que al frente de la manifestación marchaba una gran oradora, La Pasionaria, que, al parecer, es muy elocuente.

Coincidió con ese alboroto la noticia de que el Ayuntamiento de Manzanares (Ciudad Real), había determinado prohibir los entierros religiosos. Pocos días más tarde, en Pascual Grande, un incendio, probablemente intencionado, destruyó la iglesia del pueblo, cuyo altar mayor era antiguo.

Se celebró en un domingo de Cuaresma una manifestación del Frente Popular, en la que figuraron gran número de banderas socialistas y comunistas. Jóvenes vestidos con pantalón blanco, jersey azul, corbatas y pañuelos rojos, cantaban La Internacional y daban gritos: «¡UHP! ¡UHP!». Se dijo que este *slogan* quería decir: Unión, hermanos proletarios.

Comenzaba a manifestarse ese estado de que habla Hobbes: *Bellum omnium contra omnes*, y a revelarse el fondo de alegría y de ferocidad que hay en las capas inferiores del hombre.

Ideológicamente, todo ello aparecía envuelto en cierta confusión. Antes había más homogeneidad en las teorías y sistemas políticos. Ahora ya no la hay, Los fascistas tienen ideas comunes con los comunistas, los socialistas se hacen autoritarios. Todo esto parece nuevo y es viejo, quiere salirse de su cauce y buscar otro nuevo, pero como no lo hay, a la larga todo termina en lo mismo. Lo que se dice no vale nada, lo que no se dice es lo auténtico, lo que se piensa y se desea.

La intolerancia y el despotismo son muy propios de socialistas y comunistas, como de reaccionarios. No aceptan que haya nadie que resista y no se incline ante ellos. Si pudieran aniquilarían a todo el que no se rinde.

«El que no está conmigo está contra mí», dice el Evangelio. Es el sentir eterno de los pueblos semíticos.

¿Espíritu crítico? No hay ninguno. Se discurre con palabras, con lugares comunes, con frases hechas. Hay palabras que son tabúes y basta pronunciarlas con énfasis para tener razón.

Se comprende que el comunismo tiende a tomar un aire religioso. Sus canciones modernas son muy mediocres. Se ve que nuestra época no es época de himnos, aunque los partidos se empeñan en cantarlos y en celebrarlos.

La gente española se parece al lector de folletines que cree que cuanto lee es verdad. Todo está perdido, y el traidor y sus cómplices triunfan, pero, ¡oh prodigio de la candidez y de la simplicidad!, de pronto van a terminar las maldades y a comenzar el idilio.

¡Cómo se pueden creer estupideces tan palmarias! ¡Pensar que una gente de esta clase quiere dirigir un país!

El pueblo ibérico, como todos los del Mediterráneo, se parece mucho al semítico, tiene la misma intransigencia y la misma crueldad. Seguramente en España hay pueblos de procedencia no semítica, pero se han contagiado todos con el ejemplo y con su moral.

Emplean unos y otros un vocabulario caprichoso. Los comunistas llaman a sus grupos células, los fascistas decurias y centurias. Los unos levantan el puño, los otros el brazo con la mano abierta, pero esos signos que les sirven para distinguirse y reconocerse, los truecan para enmascararse y engañarse unos a otros. Entonces los fascistas levantan el puño y gritan: «¡UHP!» En cambio, para camuflarse los socialistas dicen: «¡Arriba España!».

El fascismo es en gran parte el señoritismo. Todos estos señoritos luchan, según ellos, contra un poder caprichoso y arbitrario, pero se puede tener la sospecha de que si ellos llegan a mandar, harán lo mismo, y mostrarán la misma arbitrariedad e injusticia.

Es un tiempo este en el cual los ciudadanos pacíficos, sean cualesquieras sus opiniones, viven con la sensación de que las leyes son letra muerta, de que todas aquellas clases de delitos que figuran en los Códigos no son nada o casi nada para los que puedan alegar ante los jueces un carnet

misterioso y el uso habitual de una camiseta, roja o azul, o la insignia estrellada con la hoz y el martillo soviéticos.

Alzar el puño, en ademán altanero, es tanto como mostrar un salvoconducto, como señalarse poseedor de un talismán que autoriza a la ejecución de unas cuantas barbaridades. Frente al brazo levantado, con la mano abierta, la fuerza pública, si no quiere comprometer su cargo, queda en actitud pasiva, aun en el caso de que el gesto o el ademán se acompaña del insulto y de la burla.

Frente a las masas socialistas, se agrupa una juventud que alardea de valor personal y de desprecio por la vida. En el fondo es la chulería española. Nadie duda que unos y otros tienen a veces energía y valor, pero con el tiempo se irán viendo los resultados completamente nulos de todos. Tipos de matones hay en abundancia, lo cual para la civilización es un desastre.

Lo primero para ser político es tener claridad en la cabeza, y estos no la tienen, no son más que petulantes que discurren con frases hechas.

Los revolucionarios se parecen mucho a sus antagonistas, son casi iguales, con el mismo espíritu de señoritos. Los unos quieren conservar sus privilegios, los otros quitárselos y quedarse con ellos.

Las revoluciones antiguas, principalmente la Revolución Francesa, dejaron algo. Estas modernas no dejan nada, más que montones de muertos. Todo es viejo, en la política, manoseado y mediocre.

La juventud de uno y otro bando parece irse adiestrando para una guerra civil. ¡Desventurado país! Sus guerras civiles no le han dado la experiencia que debía tener.

Esa lucha siempre en la clandestinidad y en la sombra, está llenando de episodios oscuros la época actual. Muchas de estas historias de muertos y atropellos no se sabe qué garantías de certeza tienen, porque nadie hay que sea imparcial y todos hablan con apasionamiento, y exageran lo bueno o lo malo, y se recalca y se adorna lo que cuentan según las ideas que tienen. Dos fuerzas brutales, egoístas, sin espiritualidad alguna, pelean con violencia: la burguesía

que quiere conservar sus privilegios y el proletariado que pretende arrebatar las ventajas a los burgueses y apoderarse de ellas.

El público corriente y tranquilo quisiera no enterarse en gran parte y el Gobierno desearía lo mismo, pero de cuando en cuando la chispa de la guerra civil alarma a los políticos que la mayoría, desearía vivir con sus sinecuras en paz y escapar de sus responsabilidades molestas de todas clases. La actividad pública es de una mediocridad extraordinaria.

No ha salido en España un hombre que valga la pena. ¡Qué vulgaridad, qué pobreza! En la mente de estos políticos no hay más que petulancia, espíritu de tristeza y de impotencia.

Si la masa socialista y comunista reúne a las fuerzas obreras, la fascista o falangista cuenta entre sus afiliados a una gran parte de la juventud española burguesa, que probablemente se considerará íntimamente defraudada si llega al éxito.

De ese modo el territorio nacional se divide en dos campos enemigos irreductibles e irreconciliables, ambos poderosos, sin que sirva de nada para aplacarlos y llevarlos a un ambiente de tolerancia, las voces de algunas personas sensatas.

Esa indiferencia para el consejo es fenómeno corriente en el país. El pueblo español en la historia moderna siempre tiende a tomar un carácter histérico y caprichoso, y probablemente la misma masa que quema conventos hará cola después para rezar ante la imagen de un santo o de una virgen. Se cree en el milagro religioso, como se espera hacerse millonario no por el trabajo, sino por el premio gordo de la Lotería.

En España no hay más que gritos y amenazas proferidas por los voceadores de la dictadura del proletariado y por los fanáticos de los estados de tipo totalitario.

Para hacer más oscura y más agresiva la lucha, entre unos y otros grupos. Hay, según se dice, gente de acción, de una parte y de otra, espías y confidentes que traicionan a sus propios afiliados. Esa gente anda de taberna

en taberna, de café en café, repitiendo en un sitio lo que dicen en el otro, sistema que tampoco es nuevo, pues se ha empleado con anterioridad en todas las revoluciones.

Esta fue la explicación que dio Goyena del estado político de España y sobre todo de Madrid.

VIII

DESÓRDENES

Esta tarde en El Club del Papel había un lleno. Los apasionantes sucesos que a diario se desarrollan, sacaban a la gente de quicio y de sus casas, y parecía que todo el mundo tenía ganas de pelea. Los unos desde un lado de la barricada, los otros desde el otro.

En la pequeña librería de la calle de Jacometrezo, cuando llego yo, además de los de casa, el amo, el dependiente, el escritor y el profesor, estaban el médico irónico y un ingeniero de Montes, que no suele concurrir con tanta frecuencia como los demás, debido a que el cargo oficial que desempeña le impone frecuentes salidas al campo, para realizar visitas de inspección. Aquella tarde anclaba también por la tienda Aquilino, un vendedor ambulante de novelas folletinescas.

Cuando entré yo. Hipólito decía, refiriéndose a él y a sus camaradas:

—Nosotros somos intervencionistas. Hacemos política de clase.

—Todo eso es una candidez —le replicó Goyena—. Lo que pasa es que ustedes están entontecidos con la imitación de Rusia.

—¡No! Yo no pienso en mí al decir esto. Pienso en los compañeros.

Apareció entonces en la librería. Marcos, el secretario pedante de un ministro, al que Hipólito preguntó qué se decía en el despacho de su jefe. Marcos no quería hablar. Sin duda le habían dado la consigna del silencio.

—Yo no puedo hablar —indicó con cierta pompa.

—Pues no sé por qué —le dijo Aquilino—. Porque tú no eres más que un librero de viejo como yo.

Marcos le lanzó una mirada de ira, fulminante, con el deseo de clavarle en uno de los pies de la estantería.

El fascista, comentando algo que se había dicho antes sobre los atentados callejeros, apuntó:

—No los matamos nosotros. Los mata el Espíritu Santo. El doctor mientras tanto sonreía y cantaba en voz baja, sin dar importancia a lo que se hablaba.

Colón, Colón, treinta y cuatro

tiene usted su habitación

Entonces Goyena, que discutía con Hipólito, dijo:

—Es indudable que Rusia ha producido un hombre extraordinario.

—¿Quién? —preguntó Hipólito.

—Dostoievski.

—Dostoievski era un reaccionario.

—¡Qué tontería!

—Sí señor, un reaccionario, aunque estuviese sufriendo el destierro en Siberia.

—¡Bah!

Se discutió el caso en un aparte y se volvió después a las cuestiones del país.

—España no ha tenido ninguna genialidad política. En ese sentido resulta mediocre —dijo uno de los contertulios.

Oyendo hablar a la gente de Madrid me da la impresión de que en España el ingenio está muy repartido entre la gente. Casi todo el mundo tiene a veces gracia y habla bien, pero, en cambio, no hay grandes hombres. No hay

ni ha habido modernamente un Churchill, ni un Clemenceau.

En la librería se habla con demasiada claridad. Por eso, algunas veces, como se trata de un establecimiento público, por el que pasan gentes diversas, a curiosear los estantes, por si en ellos hallan el libro que van buscando o alguno que le gusta oír lo que se habla, el médico burlón, medio en broma, medio en serio, suele advertir a sus amigos en voz baja:

—¡Eh, cuidado con la turbina!

Ese llamamiento de técnico significa algo como pedir un poco de prudencia, pues se supone haber espionaje tanto de un lado como de otro.

Yo hacía notar que España, como colectividad, resultaba un pueblo mediocre, y que ya todo le salía mal. Además del número de gentes fanáticas que en ella hay, se diría que tiene sus santos patronos de espaldas.

Se seguían oyendo tiros en Madrid y por todas partes, y se recogían en las calles con frecuencia muertos, lo que allí se llamaba irónicamente fiambres. Unas veces de un bando, otras de otro. Había habido una huelga, y se veían colas en las panaderías.

IX

ESTADO DE LA POLÍTICA

Después de un gobierno republicano neutro, que no pudo conseguir la paz interior de España: se seguía luchando entre blancos que tiraban a fascistas y rojos que eran comunistas. Los republicanos moderados y los monárquicos no tenían fuerza ni acción, ya no pintaban nada y parecía que a lo largo del tiempo no habría en el país más que fascistas y comunistas.

Mientras los jefes de la revuelta de Asturias eran aclamados por sus gentes en las calles: el poder público se manifestaba por su debilidad. En el extranjero se añadían nuevos capítulos a la Leyenda Negra, verdadera o falsa. En las instrucciones del Komintern se notaba la convicción que tenían de que en España el ambiente estaba tan caldeado, que pronto estallaría una revolución social.

Se ha dicho que en el Museo de Moscú se ha inaugurado solemnemente una sala dedicada a la futura revolución de España, cuyo primer ensayo fue el octubre rojo del 34, en Asturias.

Al constituirse el Frente Popular en enero del 36, lo hizo con un programa que a un jefe radical que quedó fuera de él, le pareció moderado. El programa pretendía restablecer el imperio de la Constitución. No se creyó en la promesa. Los que habían oído el discurso pronunciado por un jefe socialista en el Cine Europa, de los Cuatro Caminos, el 2 de enero de ese mismo año, vieron que este consideraba como deber de las masas la implantación del socialismo revolucionario.

En la misma sala del mismo cine, veinte días más tarde, el jefe de la Falange proclamaba que la lucha electoral iba a ser intensamente dramática, al plantearse la batalla, entre el frente asiático, torvo, amenazador, de la revolución rusa en su traducción española, y el frente de la generación

falangista en línea de combate.

Al salir de la librería aquella tarde, con el doctor Hurtado, este me dijo que en España hay y ha habido siempre simuladores de la genialidad entre la clase política.

Para mí, esto es un ejemplo malo y desmoralizador. Suponía yo que si la gente llega a pensar que por un recurso cualquiera artificioso se puede tener fama, si el éxito se puede conseguir con una martingala de prestidigitador, ya todo el mundo tenderá a eso.

Siguen los atentados en Madrid y fuera de la capital.

El 7 de mayo de 1936, matan a un capitán de Ingenieros cuando marchaba por la noche, del brazo de su mujer. Lo matan en la calle de Lista, entre la de Alcántara y la de Montesa. Un individuo, auxiliado por otros que ocupaban un automóvil, se acerca a la pareja, apoya el cañón de su pistola en el costado del oficial y después, a quemarropa, dispara, destrozándole con una bala dum-dum los intestinos. Una vez cometido el atentado, el automóvil desapareció velozmente^[15].

Parece ser que este capitán, socialista, era el instructor de las milicias de su partido.

Se detuvo a cuatro de los supuestos cómplices del atentado.

En un desfile militar por el Paseo de la Castellana, el 14 de Abril, al marchar las fuerzas del Regimiento Número 1, por uno de los lados de la tribuna presidencial, donde se hallaba el escuadrón de la escolta del Presidente de la República, comenzaron a sonar varias explosiones de una traca colocada allí. Se produjo gran confusión. Las fuerzas de la escolta invadieron la calzada del paseo para rodear la tribuna del Presidente, sonando repetidos disparos. Al restablecerse el orden, se vio que había varios heridos, uno de ellos grave, que falleció en el botiquín de la Casa de la Moneda, un niño también muerto y un oficial de la Guardia Civil^[16], en el cual, al hacer la autopsia de su cadáver se descubrió un proyectil alojado en el hígado.

Para las tres de la tarde del día siguiente, se anunció el entierro del

oficial. La comitiva debía salir del cuartel de los Altos del Hipódromo, junto a la Escuela de Ingenieros Industriales, edificio rodeado a esa hora de grupos armados. Parejas de la Guardia Civil salieron del cuartel, con objeto de impedir que se produjeran manifestaciones y luchas entre unos y otros. Cuando el ataúd fue sacado en hombros por compañeros del muerto, se puso en marcha la comitiva, por el paseo de la Castellana abajo, en el preciso momento en que, a la puerta del cuartel se detenía a un individuo y se le quitaba una pistola ametralladora, que llevaba oculta. En un auto, fue trasladado inmediatamente a la Dirección General de Seguridad.

Ya en marcha el entierro, en el momento en que un fotógrafo, frente a la Escuela Normal de Maestras, trataba de impresionar una placa con el desfile, creyendo algunos que había sacado en vez de la máquina una pistola, se lanzaron contra él para apalearle, teniendo la fuerza pública que forcejear rudamente con la muchedumbre para impedir que el fotógrafo fuese linchado. Ello indicaba la excitación, la nerviosidad a la que iba llegando el ambiente.

Pocos pasos más allá, al sacar otro individuo la pistola, hubo gentes que corrieron a refugiarse en un portal y otros que asaltaron este porque creían que iban a encontrar allí al provocador del barullo.

Al paso de la comitiva frente a la calle de García de Paredes, desde la parte de atrás de una casa en construcción en la calle de Miguel Ángel, hicieron una descarga que se creyó de ametralladora, dada la rapidez con que siguieron los disparos. Se produjo una confusión enorme. Agentes de Seguridad, de la Guardia Civil y de Asalto, corrieron pistola en mano y penetraron en la obra, obligando a cuantos trabajadores había en ella, a levantar las manos cacheándolos sin pérdida de tiempo y no les encontraron arma alguna. Los disparos habían herido en el vientre a un muchacho de dieciocho años, y el barullo que se produjo fue tan grande, que entre los agredidos figuró el Jefe Superior de Policía, a quien confundieron con uno de los individuos a los que se atribuían los disparos.

Al alcanzar el entierro la altura de la calle de Lista, desde las azoteas y tejados hubo nuevos disparos, y aunque los guardias recorrieron los tejados, no encontraron a nadie. Las gentes, al oír el tiroteo, corrían despavoridas a lo

largo de las calles que desde el fondo del barrio de Salamanca van al paseo de la Castellana; se cerraban las tiendas, tomando el público como nuevas descargas el descenso de los cierres metálicos de los escaparates. Se atrancaron las puertas, cacheándose a las pocas personas que se deslizaban a lo largo de las calles. Mientras tanto el entierro del oficial de la Guardia Civil seguía su marcha.

También, desde una obra del paseo de Recoletos, próxima a la Cibeles, hubo tiroteo, haciéndose diez o doce disparos, mientras que los que ocupaban las mesas de las terrazas de algunos cafés, huían asustados, por las calles a espaldas del Ministerio de la Guerra.

El periódico *Claridad*, sin el propósito seguramente de confirmar su título, decía que la iniciación de todo ello había sido el que, al pasar un tranvía frente al edificio de Bellas Artes, en el momento en que el entierro se ponía en marcha, el conductor del tranvía había alzado el puño, agrediéndole un grupo de paisanos y militares, y sonando algunos disparos salidos de una obra de la calle de Bretón de los Herreros, que desemboca en la Castellana cerca del antiguo Hipódromo.

Hubo multitud de heridos graves, entre ellos uno que falleció antes de alcanzar la Casa de Socorro de Chamberí; otro, joven, a quien atravesaron el cráneo con un balazo con salida de la masa encefálica muerto inmediatamente^[17] y un muchacho del Requeté, a quien un oficial de Guardia de Asalto le pegó un tiro por haber gritado ¡Viva España^[18]!

Después de este entierro tan accidentado, una de las víctimas de la fiebre criminal, fue un estudiante de Medicina, de diecinueve años que, al salir de su domicilio, en la Cava Baja, a las siete y media de la mañana, se vio perseguido por varios individuos que le acechaban. Estos, luego de disparar sobre el estudiante sus pistolas, huyeron en un auto por las calles de San Bruno, Concepción Jerónima y San Salvador, donde, por ser dirección prohibida, tropezaron con una camioneta de obreros del servicio de Carabanchel; el taxi fue a estrellarse contra un portal de la calle de la Lechuga y sus ocupantes huyeron, la mayoría por la calle del Salvador, excepción de uno que se metió por la calle de la Audiencia, desapareciendo todos. El

estudiante recibió dos heridas de hala, una en cada pierna^[19].

A continuación, un domingo, se supo que el hijo de un empresario^[20], de veinticinco años, falangista, llevaba varios días sin aparecer por su domicilio. Comenzaron las indagaciones de la Policía, y una pareja de la Guardia Civil, de vigilancia en Pozuelo de Alarcón, después de oír varios disparos y de ver pasar un automóvil a toda velocidad por la carretera, halló atado a un árbol el cadáver del joven, muerto a tiros.

Cuando aún se comentaba el hecho, en el camino de Carabanchel se encontró el cuerpo de un teniente con infinidad de heridas de bala y de arma blanca, y grandes equimosis en las muñecas, como si hubiera sido conducido hasta allí atado. El teniente era al parecer falangista^[21].

Poco después, en la calle de Torrijos, frente al bar Roig, punto de reunión de elementos fascistas, a las diez de la noche, cuando la terraza del bar estaba más concurrida, se detuvo ante ella un automóvil, surgieron de su interior varios individuos, sacaron sus pistolas, y empezaron a disparar simultáneamente contra uno de los grupos. En la terraza se produjo un gran pánico. Corrió el público derribando sillas y mesas. Hubo varios heridos, un barquillero, grave, un estudiante de dieciocho años, que falleció en el Equipo Quirúrgico, a donde fue inmediatamente conducido. Los agresores huyeron en el auto, sin que nadie pudiera seguirles^[22].

Nuevamente las calles de Madrid se convierten en escenario de hechos criminales y las agresiones entre los bandos políticos continúan. A la una y media de la madrugada, en el momento en que salen de una reunión vaqueros y lecheros de la UGT, de la Casa del Pueblo, en la calle de Piamonte, desde un auto que tenía su motor en marcha, les hacen una descarga. Algunos de los lecheros socialistas caen al suelo. Se trata de un automóvil marca Balilla, negro, con la matrícula puesta al revés para que no se pudiera leerla fácilmente.

Tres de los obreros quedan heridos, gravísimos. Un agente de policía que estaba tomando el fresco en el balcón de su domicilio, hace varios disparos de pistola contra el auto, pero no logra detenerlo.

X

CHARLAS Y CONTRADICCIONES

Aquella tarde volví por El Club del Papel a primera hora. Goyena y el dependiente Hipólito discutían sin violencia, pero no se entendían. El primero era un pesimista sistemático. Hipólito, por el contrario, creía en la bondad y generosidad de los hombres.

—Ustedes son iguales que los religiosos. Son doctrinarios y dogmáticos, como ellos —decía Goyena.

—Será el fermento judío —dije yo aludiendo a lo que dijimos días antes.

—Eso es —insistió el escritor—. El judío está en los dos extremos de las doctrinas políticas, es una gente netamente absolutista, afirmativa y sin dudas.

Comprendió Hipólito que tenía enfrente dos enemigos, aunque yo prefería mantenerme en el papel de espectador, dejando que uno y otro discutieran cada uno con sus razones.

—En todo lo que es extremado —decía Goyena— aparece el judío. Ya dijo alguno que en la misma Inquisición española hubo influencia judía. En cuanto a estos comunistas, son de un absolutismo y de una mezquindad verdaderamente raros. No comprendo cómo siendo tan mezquinos en la intimidad quieren teóricamente una organización social tan generosa.

—No es que se quiera nada generoso —dijo el dependiente— ni el absolutismo, sino la justicia.

—¡La justicia! ¿Dónde está la justicia? Si fuera posible, lo más aproximado a lo justo, sería llevar a la realidad esa fórmula, creo que de

Saint-Simon, el sociólogo: «A cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras».

—No está mal —dije yo.

—Pero... ¿Cómo se sabe eso? ¿Quién va a ser el árbitro que va a decidir la capacidad y las obras de cada uno? Mirado desde un punto de vista humano, ¿no parece una injusticia el que uno tenga capacidad destacada y el otro no?

—Nosotros —interviene Hipólito— queremos que a cada uno se le de según sus necesidades.

—Eso no puede ser —indiqué yo.

—¿Por qué? —pregunta el mozo.

—Porque no es posible.

—Claro que no es posible —insistió Goyena—. ¿Es usted un sensual? Entonces, no le bastará con una, y habrá que darle cuatro mujeres. ¿Es usted glotón? Tendrá usted racionamiento doble y triple. Eso no es dable, no ya en un pueblo pobre, sino tampoco en un pueblo rico.

—¿Por qué? —pregunta de nuevo Hipólito.

—Porque la naturaleza no es tan espléndida —contesté yo—, porque hay demasiados hombres y mujeres, y la mayoría de los países no tienen medios.

—Hay que contar con la miseria —añadió Goyena—, no hay más remedio. Pensar que se vive en un paraíso es una estupidez. No hay tal paraíso y por esa razón los hombres luchan con encono.

—¡Con demasiado encono! —exclamó Hipólito, con un asentimiento melancólico.

—Lo que usted quiera —dije yo—, pero ello no es una fantasía, es una realidad. Es como varios perros que se echan sobre un hueso, el que más

puede, ese se lo lleva.

—Podía haber un poco de justicia —volvió a insistir Hipólito.

—No la hay en los actos, ni en las intenciones —repliqué yo.

Goyena, que se había puesto a mirar los estantes, dio media vuelta y dijo:

—Tiene usted razón, no hay posibilidades de justicia ni la habrá nunca. El pequeño patrón que ha puesto en el trabajo su esfuerzo y su inteligencia, es un explotador: en cambio un burócrata es respetable: el diputado, el alto empleado, el profesor que no va a clase, el empleado que hace la vista gorda y llega a rico en poco tiempo, esos son hombres muy dignos.

—Pero usted ha podido hacer lo suyo —le dice Hipólito al escritor—. ¿Para qué quiere usted más?

—Al lado del estraperlista lo que he conseguido, con mi trabajo, bueno o malo, no es nada.

—Es posible —contesta el dependiente—, pero usted tiene su nombre.

—Eso vale poco —replicó el escritor—. Con la fama no se come, pero en fin, pasemos de largo cuestiones sin importancia y vamos a ocuparnos de lo que nos rodea. ¿Sigue usted leyendo mucho?

—Sí —contesta Hipólito—. He leído las obras de Eurípides y las de Aristófanes. También he leído la *Odisea*. Herodoto y los *Comentarios* de César.

—Veo que se dedica usted a los clásicos. ¿Y de los modernos?

—Todo lo que ha caído en mis manos, sobre todo historiadores, lo he leído con interés.

—¿Y a quién prefiere usted?

—El que más me ha gustado —dice Hipólito—, ha sido Carlyle.

También me ha gustado Michelet.

—¿Ha leído usted a Nietzsche?

—Sí.

—¿Le habrá parecido un poco absurdo?

—No, a mí me ha gustado mucho. También he leído a Alian Kardec.

—Eso no lo lea usted. Son paparruchas ridículas.

XI

HOMBRE DE POCO FIAR

En ese momento penetró en la tienda un tipo de hombre decidido.

Carnicer, tipo fuerte, tirando a rojo, con una sonrisa burlona, de veintitrés a veinticuatro años y comunista, hombre que en su tipo se notaba que era capaz de cualquier mala acción.

Era individuo de mediana estatura, con aire de poco fiar. Hipólito se aproximó a él, y el otro sostuvo con el dependiente una breve conversación en voz baja, marchándose después deprisa a la calle.

—¿Quién es? —preguntó Goyena—. ¿Un anarquista?

—No —contestó Hipólito—. Es un comunista.

—Malas trazas tiene. ¿Cómo se llama?

—León Carnicer. Dice que el anarquismo es literatura.

—¿Y es hombre de fibra?

—Sí, es un hombre duro, de mala intención. Ha sido antes seminarista y ahora es comunista.

—¡Mala mezcla! —digo yo.

—Lo mismo le da comer que no comer —afirmó Hipólito—. Se ha pasado temporada sin casa, durmiendo en los portales. Dicen que ha andado por América, y que ha robado todo lo que ha podido, pero que no tiene dinero, porque se lo ha gastado en grandes juergas.

—¿Y ahora qué hace?

—Vive con una muchacha. Isabel. Yo creo que la explota.

—En un tipo así no me chocaría nada.

—Han asegurado que no se llama ni León ni Carnicer.

—Eso es muy comunista —dice Goyena.

—Él se las da de hombre jovial.

—A mí me ha parecido un tipo falso y sombrío, capaz de cualquier canallada, un cazurro de mala intención, un *sournois*, como diría un francés —añade el escritor.

—A mí tampoco me ha hecho gracia —indiqué yo.

—Le he oído varias veces cambiar chirigotas y bromas con el falangista —dijo Hipólito—, y cualquiera, al oírles, podría pensar que hablan sin malicia ninguna de los atentados corrientes hechos por unos y por otros.

En aquel momento entra en la librería Aquilino, vendedor de libros y periódicos, narigudo, gran entusiasta del jefe del Gobierno. Inmediatamente colocó el disco de las genialidades de su ídolo político.

—¡Bah! A pesar de lo que usted diga —le interrumpió Goyena—, a mí me parece que ese hombre no es tan gran cosa como usted cree. Le he visto salir de la Presidencia con un aire tan cansado, que se ve que no puede con su alma. Es un hombre que finge una energía que no tiene. El mejor día va a dar un gran chasco.

—Eso dicen los que envidian su posición y su talento —dijo Aquilino—. Es el político más grande de España.

—Hum ¡Qué se yo! —asegura Goyena—. Me han contado que muchos días, después de comer en la Presidencia, se encierra en su despacho para dedicarse al estudio de los asuntos de Gobierno: pero hay quien dice que cuando se marcha al cabo de dos o tres horas, el gran diván del despacho muestra a quien lo quiera ver, la huella de su cuerpo, que ha dormido allí la siesta.

—¡Será porque trasnocha!

—Es posible, pero no creo que para estudiar los asuntos, sino para lucirse un poco y sentirse grande. Su mujer se pirra por la elegancia.

Aquilino refunfuñó sin contestar, y como Hipólito le dijo que no tenía nada que entregarle, cogió la puerta y se fue a la calle.

Entonces, el amo de la tienda, con referencia a este Aquilino que acababa de salir, indicó:

—Dicen que este hombre ha vendido su cadáver.

—¡Bah, tonterías! —apuntó el dependiente Hipólito.

—Parece ser que tiene una anomalía rara en el corazón, y un médico le ha comprado su cuerpo para que después de que muera, poderlo estudiar.

—Puede ser. Se ha hablado de ventas así —dijo Goyena.

—¿A usted le molestaría una venta de esa clase? —preguntó Hipólito.

—A mí, nada —contestó Goyena—. Después de muerto lo mismo me da un mausoleo que un pudridero.

—Ya se sabe lo que ha dicho Einstein —dijo el amo de la tienda.

—¿Qué ha dicho?

—Que todo es relativo.

—Esa es una frase de don Hermógenes, en una comedia de Moratín —replica Goyena—. ¿Usted cree que por decir una vulgaridad así, alguien se hace célebre?

CUARTA PARTE

LA LUCHA POLÍTICA

I

UNOS Y OTROS

No pienso poner los nombres de la mayoría de los que intervienen en la política de España —dice Evans— porque no tengo la seguridad de los hechos que se les atribuyen. Únicamente citaré esos nombres populares que todo el mundo conoce.

Para el 19 de diciembre hay un nuevo jefe del Ministerio. Portela Valladares, que hace en las Cortes esta aclaración muy tajante y violenta:

«Allí donde el enemigo se nos presente a cara descubierta, lo aplastaremos. Si está escondido lo iremos a buscar para terminar con él... Cabalgaremos, pero a galope, a pasarles por encima. Es preciso reaccionar con energía y defender la República, y yo os digo, señores del Frente Popular, que contra el fascismo el gobierno es beligerante».

Así se expresaba el jefe del Gabinete, juzgando la situación y a las cuarenta y ocho horas, un paisano suyo, desde los bancos de enfrente, le replicaba:

«Sois parásitos de la anarquía: no la podéis contener, porque es vuestro intento el vivir de ella».

En la librería se habló mucho de los sucesos graves que todos los días hallaban reflejo en los periódicos.

—¿Cree usted que el nuevo Gobierno podrá dominar esta situación peligrosa en que se encuentra? —le preguntaron a Goyena.

—No lo sé.

—¿Qué clase de hombre es el Presidente que acaban de nombrar?

—¿Portela? Es un hombre original.

—¿Usted le conoce?

—Sí. es un tipo un poco arbitrario y violento. Un día iba yo con él de noche y con otro amigo, por la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol. El que ahora es presidente, iba de etiqueta, con levita y sombrero de copa. Al cruzar de una acera a otra, un coche de punto se acercó a nosotros a todo correr, y no solo estuvo a punto de atropellarnos, sino que quiso darnos un latigazo. Furioso Portela, echó a correr detrás del coche, lo alcanzó, subió a él, cogió al cochero por el cogote y estuvo a punto de tirarlo desde el pescante al suelo, pero después, sin duda, le pareció excesivo, y tras de darle al cochero unos cuantos pescozones, bajó del coche y se acercó a nosotros sonriendo.

—Eso está bien. Da la impresión de un hombre capaz de la acción y de la reflexión.

—Sí, si tiene suerte hará algo. Si no tiene suerte fracasará como todos. El único que puede subsistir en el Gobierno es el que mande sin dar explicaciones.

—¿Qué tipo es el presidente Portela?

—Es alto, flaco, de movimientos bruscos, con el pelo blanco desde la juventud. Así como los demás políticos españoles tienen aire de tenderos o de comerciantes, él tiene aire de ser algo.

Goyena en la librería afirmó que los políticos españoles no eran capaces de hacer nada porque carecían de tipo. Alguien dijo:

—Pero, hombre... ¿usted piensa que eso puede ser de tanta importancia?

—Mucha.

—Creo que lo dice usted en broma. Antes parece que había buenos políticos entre los españoles.

II

EL FRENTE POPULAR

Todos los izquierdistas han formado un bloque, incluso los anarquistas: la ausencia única de un pequeño grupo, casi solidifica más el conglomerado. Se sospecha que los republicanos se dejarán una vez más engañar por los socialistas, que juegan con ellos como el gato con el ratón.

En el Frente Popular se seguía las instrucciones de la Tercera Internacional, y en periódicos alemanes se publicó un informe para que no quedara la menor duda de desde donde venía la inspiración, que era, según ellos, rusa. Se ponía todo en práctica para adormecer los recelos de los republicanos de izquierda, y se pregonaba el triunfo final del comunismo, manteniéndose la agitación constante en las zonas industriales y en el campo. En el fondo, no se pensaba más que en imitar a Rusia.

Madrid estaba en un momento de alarma, y hasta se llegó a hacer una concentración entre socialista y comunista *sotto voce* en el Stadium.

La campaña electoral regida por el centrismo republicano ha sido un completo fracaso. Pudo ser algo que aplacara el peligro inminente, y no ha hecho más que agravarlo. En situaciones tan críticas no se comprende cómo alguien espera llegar a la normalidad con paliativos, con gobiernos sin opinión, y sin masas.

Todo el mundo vio una injerencia bien marcada del Presidente de la República que ha obrado con una ligereza de bailarina^[23]. Debió de creerse todavía en los tiempos en que caciqueaba por los agror andaluces, de monárquico. ¿Cómo pensar que el país, al rojo, se tranquilice y se calme con un grupo de ministros que proceden de partidos que en realidad no tienen fuerza ni casi existen?

Cuando la amenaza revolucionaria era más fuerte que nunca, el

excacique andaluz y el político gallego se creyeron con medios, y en sazón oportuna, para hacerse un partido. Era incomprensible esta esperanza. Y eso a la vista de los dos campos hostiles, que peleaban sin darse cuartel. Era absurda tal candidez en los dos políticos que querían fabricar una nueva derecha e izquierda.

A nadie podía sorprender lo ocurrido, más que a los dos directores de una orquesta sin ejecutantes, que vieron fallidos sus cálculos. Ello demuestra lo mal que estaban informados. Y para que su sorpresa fuese mayor, todo se verificó en una jornada electoral sin incidentes. Los trastornos se tenían preparados para después, y en daño de unos compañeros no menos despistados que los políticos del centro.

El día de la primera vuelta electoral, Madrid tomó de noche un aire sombrío y amenazador a medida que se fue enterando el público de los resultados electorales. Triunfó el Frente Popular en la ciudad y en las cuatro circunscripciones catalanas, y el gobernador de estas cedió inmediatamente el mando a una personalidad de izquierda.

Madrid aquella noche ofreció un aspecto sombrío, como si se estuviese incubando una tragedia. El presidente del Gobierno se retiró a descansar, no sobre sus laureles, porque no los había conseguido, pero llevaba varios días sin acostarse y estaba inquieto y cansado. El país lo estaba también. Las noticias de los gobernadores de provincias acusaban el desbordamiento. En algunos sitios la autoridad había huido, el que llamaba era el secretario, para anunciar que las gentes de la calle invadían los gobiernos civiles.

Lo síntomas indicaban la necesidad de declarar el estado de guerra en toda España. Madrid durante el nuevo día estuvo tranquilo, pero anocheado, la Puerta del Sol comenzó a mostrarse turbulenta y ceñuda. Era para preocupar seriamente a quien la viese desde los halcones del Ministerio de la Gobernación.

No se sabe si el presidente del Consejo pidió al de la República las medidas extremas precisas, inevitables para contener el desorden. No se sabe si el jefe se negó a firmar el decreto. Lo cierto fue que el presidente del Consejo huyó de su puesto, y que las calles se empezaron a llenar de grupos, y

que la CNT y la FAI lanzaron un manifiesto exigiendo que sus presos salieran a la calle, y pidiendo además la abolición de la ley de Orden Público.

¡Y eso que todavía se ignoraba la composición de la Cámara! En algunas circunscripciones había que esperar, para conocer el resultado definitivo, a una segunda vuelta.

Hubo un momento en que se creyó que en la Cámara habría un equilibrio de fuerzas, unidos el centro y la derecha frente a la izquierda. Ante esa posibilidad, sin esperar a su comprobación, el Frente Popular ya no se contuvo, se entregó a la violencia, descubrió su juego por entero, y se lanzó a la calle a apoderarse del Poder. Las masas invadieron las calles, y hasta se dijo después que un teniente coronel, había sido quien dirigió el sitio del Ministerio de la Gobernación, plaza fuerte de donde habían huido los que la guardaban.

Ante la fuga del nuevo Presidente, se tramitó y se solucionó la crisis, encargándose un jefe republicano de presidir un gabinete exclusivamente revolucionario y de acción^[24]. Desde entonces comenzó a hablarse por todas partes de que el Ejército se iba a sublevar.

Parte de las supuestas izquierdas se supuso por todos que querían dar una puñalada por la espalda a sus compañeros del Frente Popular.

Inmediatamente, comenzó el desbordamiento en todo el país. Un día, los reclusos del penal de San Juan de los Reyes, en Valencia, incendian y destruyen el edificio donde están encerrados: el mismo día, en Cartagena, los penados se amotinan, retienen como rehenes a dos oficiales y matan a un vigilante.

La primavera de 1936 es caliente y siguen los atentados contra las personas.

Días después de aquellos tumultos, ante los rumores que circulaban sobre posibles sublevaciones del Ejército el pánico fue enorme y todos los ricos se apresuraron a escaparse en sus autos.

El 16 de junio, aquel paisano del jefe del Gobierno que le había

señalado desde los bancos de la oposición como un explotador de la anarquía, dijo:

«No creo exista actualmente en el Ejército español, cualquiera que sea su idea política individual, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera sería un loco o un imbécil, lo digo con toda claridad. Aunque considere que también sería un loco el militar que, al frente de su destino, no estuviera dispuesto a sublevarse a favor de España y en contra de la anarquía, si esta se produjera».

Antes de un mes, el 12 de julio, en la calle de Augusto Figueroa, un nuevo atentado aumentaba la serie inacabable de estos. Unos desconocidos mataban a un teniente de Guardias de Asalto^[25]. Al salir de su casa, dispararon sobre él, los que allí le acechaban y cayó muerto casi instantáneamente. Se veía que los que actuaban en esa clase de ejercicios, iban teniendo cada vez más técnica y más seguridad en su puntería.

Inmediatamente, el Director General de Seguridad señaló a los falangistas como autores de la muerte. Dijo que había una pista para llegar a los inductores. Quiso enlazar el hecho con el asalto de la terraza del Bar Roig, en la calle de Torrijos. Otros decían que los que entraron en el bar eran oficiales de Asalto y que uno de ellos ostentaba un apellido francés ilustre, pero al parecer esto no era completamente cierto.

Aquel y otros dos oficiales, parece ser que formaban un grupo de asaltadores al servicio del Gobierno. Se afirmaba por los falangistas que al oficial se le había suprimido, no por ellos, sino por sus propios compañeros de triunvirato, por haberse negado a tomar parte en un atentado contra una persona muy destacada del momento. En estas épocas revueltas nadie sabe la verdad.

Esa muerte del teniente irritó a los oficiales republicanos del cuartelillo de Pontejos, donde comenzaron a reunirse sus camaradas y subordinados.

Llegó entonces al cuartelillo otro teniente. Le seguía un capitán de la Guardia Civil. La sala de oficiales ofreció la reunión abigarrada de militares

con traje de paisano, médicos de la Dirección y milicianos socialistas, un oficial de la Guardia Civil y un compañero suyo, llegados ambos del Ministerio de la Guerra. Se entrevistaron con el Ministro, hombre importante. Se habló de la situación y de que había que suprimir a estos y a los otros.

Cerca de las dos de la madrugada —un día 13 de julio del 36— se detuvo a la puerta del cuartelillo de Pontejos una camioneta. La ocuparon un cabo interino, ocho guardias y dos oficiales. Fueron en busca de la primera víctima propiciatoria de la Revolución. Era un político conservador conocido.

Llegaron a la calle de Velázquez, a las tres y diez de la madrugada. Había allí la correspondiente pareja que prestaba servicio. La convencieron para que dejase abrir la puerta. Subió el capitán al tercer piso, con varios guardias. Se dieron a conocer a un criado de la casa, que les interrogó a través de la mirilla. Los de la patrulla dijeron que tenían una orden de detención del Gobierno, para la persona que allí habitaba.

Presente, tras la mirilla, el requerido, supo que quien le hablaba era un capitán de la Guardia Civil.

Entonces les dejó pasar, y una vez dentro, le alarmó de nuevo el ver que el oficial no iba de uniforme, sino de paisano. El militar le mostró su carnet para tranquilizarle. Quiso el político alegar su condición de diputado, pero el militar le dijo que no se trataba nada más que de evacuar una diligencia y que poco tardaría en volver a su casa.

Preguntó el capitán dónde estaba el teléfono, apostó un guardia en él para que nadie lo utilizase, y ya hecha imposible esa comunicación con el exterior, empezó a desarrollar su plan. El político que había salido de su alcoba con un pijama, se vistió, vigilado por otro guardia. Mientras lo hacía, el capitán de la Guardia Civil arrojó al suelo y pisoteó una bandera española que adornaba la habitación del diputado, y otro guardia maltrató a uno de sus hijos, porque pretendía que algún criado avisara a un íntimo de la casa.

Al salir ya vestido, y despedirse de sus familiares, el político dijo a su mujer:

—Si no me matan, antes de media hora sabrás de mí. Bajó la escalera, y, al llegar a la calle, señalándole un asiento en la parte de la camioneta, el jefe le dijo:

—Ese es su sitio.

Esta camioneta como otras de la Dirección General de Seguridad, llevaba los asientos paralelos al pescante, unos detrás de otros. Le obligaron al preso a sentarse en una de las banquetas en unión de dos guardias, y en la banqueta inmediatamente detrás de la que ocupaba él, se sentaron tres guardias más. Cuando el automóvil avanzaba por la calle de Velázquez, ya próxima a torcer la de Don Ramón de la Cruz, uno de los guardias que iba sentado detrás de la víctima le disparó un tiro en la nuca. Al sentirse herido, el político, que era hombre muy fuerte, se defendió unos momentos intentando saltar del camión. Los guardias lograron inutilizar al herido y lo derribaron al suelo entre dos de las banquetas.

Al llegar la cementerio, los encargados del depósito no opusieron ninguna resistencia a hacerse cargo del cadáver, y no preguntaron quién era, por varias razones. Primero porque la entrega la hacían unos guardias de Asalto, después porque en aquella época eran corrientes las muertes violentas por motivos políticos. La escena del cementerio fue poco más o menos la que sigue:

—Te traemos un fiambre —dijeron los guardias. El hombre del depósito, medio dormido, respondió sin ninguna curiosidad:

—Ponerlo ahí dentro.

Esta versión de la muerte la publicó un escritor comunista que tenía muchas razones para estar bien enterado.

A esa misma hora, el ex Director de Seguridad del Gobierno, después de haber estado a visitar el cadáver del oficial muerto, en la capilla ardiente, visitaba a su sucesor.

El oficial de la Guardia Civil dijo que habían asegurado que aquel hombre llevado al Depósito era un sereno muerto por la madrugada en una de

las calles del extrarradio. El cadáver quedó tendido sobre una de las mesas. La curiosidad de uno de los empleados del cementerio, se fijó en que la camioneta tenía el número diecisiete y por esto dedujo que era un coche oficial.

Alguno registró el cadáver y no encontró nada. El reloj había desaparecido. Madrid tardó algunas horas en enterarse del misterio de la Necrópolis.

III

PRONUNCIAMIENTO

La reunión de esta tarde de mediados de julio en El Club del Papel ha tenido su interés. Hemos sabido varias noticias, siendo el informador el joven falangista que hacía algunos días no aparecía por allí. Se conoce que hoy, al tener varias cosas que contar, ha querido significarse como hombre bien enterado. Poco olfato significa esto, porque manifestarse fascista o comunista entre gente a quien no se conoce es estar expuesto a un mal golpe.

Ha traído la noticia de que el Ejército español de África se ha sublevado. ¡Era de esperar que algo por el estilo ocurriese en una tierra así de *pronunciamientos*! Se olfateaba que iba a suceder algo por el estilo. Ahora, qué es lo que pasará después, es lo que no sabe nadie y es lo que preocupa a todos.

Por lo que esta tarde me ha dicho en la tertulia, la sublevación no ha podido sorprender ni al Gobierno ni a la gente. Además de haber recibido denuncias de cuanto se preparaba, los mismos que han acabado por sublevarse contra el Gobierno, se lo habían advertido.

Se ha contado ahora que la noche en que el presidente del Gobierno conoció el resultado de las elecciones, que fue un verdadero desastre, se le telefoneó para que tomara medidas para impedir disturbios. Luego él consultó con varios generales, a juzgar por lo que he oído y estos aseguraron que su ideal sería no cambiar de forma de gobierno, sino sustituir la República mediatizada por comunistas y anarquistas por una República conservadora. Muchos querían derribar la República. Se le recomendó al presidente establecer una dictadura.

El presidente anduvo conferenciando con uno y con otro, pero llegó un momento en el que vio que no había arreglo posible y dijo: «Esto se resolverá

con una guerra civil que será sanguinaria».

¿Quién triunfará? No lo sé. Dependerá de las fuerzas de unos y de otros, y de la actitud del extranjero. Falangismo y comunismo son puras entelequias que no tienen gran valor práctico, pero son banderas que llevarán las fuerzas a un lado o a otro.

Se habla de los generales, de que algunos son partidarios de un cambio completo, de otros que quieren la continuación de una República conservadora. La mayoría creo que son enemigos de la República. El Gobierno cambia el lugar de mando de los generales, pero se ve que está en Babia y que no sabe lo que hace.

Se ha contado que ha habido una conferencia de dos generales en el monasterio de Irache. El uno temía una emboscada de su compañero, y fue acompañado de dos ayudantes que iban provistos de bombas de mano. Se explicaron los dos generales, el más liberal y el más conservador, y este prometió no sublevarse, lo cual no fue obstáculo para que se sublevara días después.

El liberal volvió a su ciudad y los revolucionarios le fusilaron por conservador^[26].

—¡Cuánta barbarie y cuánto desatino, y qué poca genialidad!

La verdad es que el español es terco en estas cuestiones de política. Es terco y feroz y disimulado cuando le conviene. Uno de los militares que se sospechaba iba al sur a ponerse al frente de los fascistas, fue a presentarse en Madrid al Ministro de la Guerra.

—Sospechan de usted mi coronel —le dijo el Ministro, medio en broma, medio en serio.

—Pues entonces préndame usted.

—Hombre no, no. Yo ¿cómo voy a sospechar de usted?

Al día siguiente, el coronel dirigía como general fuerzas sublevadas en

el sur.

Estos políticos españoles que pasan por hábiles, son torpes y hasta cándidos. Si son revolucionarios, yo creo que son como niños, unas veces cándidos y otras veces brutos, pero nunca hábiles. Un francés o un italiano les da cien vueltas.

Parece que se han abierto los parques y se han dado armas de fuego a todos los que las pedían. Es un disparate, porque es entregarse al capricho de la masa popular que procede por impulsos del momento.

En julio y agosto hay fusilamientos en todas partes, sobre todo en la Casa de Campo.

IV

DESPISTADOS

En estos primeros días de la Revolución, en un restaurante elegante donde estoy, un miliciano entra con su mujer, una gorda, vulgar y fea, y cuatro chicos, pide que le traigan una comida succulenta y buenos vinos. Después de comer se levanta, muestra el puño en alto y marcha.

Me dan ganas de decirle:

—Usted es un tonto o un pillo, porque si usted no paga, a usted no le pagarán tampoco, y ya se verá de qué vive. ¡Qué gente más torpe y más poco comprensiva!

Toda la Guerra Civil ha sido manifestación de falta de genialidad.

El español ha demostrado en esta guerra ser valiente y cruel.
Condiciones de pueblo primitivo.

No hubo un caso de persona sagaz y de previsión en el gobierno rojo.
Todos los acontecimientos le desbordaban.

Un ministro quiso hacer algo y mandó a Bilbao un barco, el Cabo Quilates. Estaban presos en él un historiador de Vizcaya y un escritor, ninguno político, a los dos los mataron^[27].

En el barco iba la tripulación con un equipo de pederastas.

El Hotel Continental de San Sebastián se convirtió, según parece, en un serrallo, sobre todo de los italianos. Había allí muchas catalanas ricas, mujeres de fabricantes, unos huidos, otros medios entrampados. Aquellas señoras, jóvenes, guapas, salían por la mañana a la iglesia y por la noche dejaban el reclinatorio por el diván. Los jóvenes oficiales italianos mostraban más ciencia amorosa que bélica.

EL ALZAMIENTO NACIONALISTA

La rebelión nacionalista que comenzó en tierras de Marruecos repercutió enseguida en Madrid, donde según me han dicho, llegó un telegrama de un amigo que felicitaba a otro por su santo, lo cual significaba que las tropas de África se habían sublevado.

Sospechando algún movimiento sedicioso el jefe del Gobierno llamó por teléfono al comandante general de Melilla, y este al parecer no contestó, y poco después un coronel avisó que el general estaba preso. Llamó a continuación a Tetuán, para ordenar que el jefe se trasladase a Melilla. Así lo hizo, en un hidro, pero fue a quedar en poder de los legionarios dueños de la situación en la plaza.

En Madrid se constituyó un nuevo Gobierno presidido por un señor farmacéutico. Quiso el Presidente averiguar la actitud de la oficialidad de las fuerzas establecidas en los distintos cuarteles y comprendió que la mayoría estaba de acuerdo con los sublevados de África.

En Madrid y su provincia el núcleo principal levantado era por entonces el del cuartel de la Montaña. El jefe de este preparó la defensa del edificio y lo mismo pasó en muchos otros cuarteles, en el de María Cristina, en el del Conde Duque, en el Campamento de Carabanchel en Vicálvaro, en Getafe y en Alcalá de Henares.

A su tiempo, el gobierno republicano fue informado de que en la Montaña tenían los rebeldes sus juntas y que habían nombrado un jefe para la resistencia. Las calles se llenaron de curiosos y de milicianos, la mayoría de los cuales se dirigía hacia el barrio de Argüelles.

El día del ataque al cuartel de la Montaña salí yo con Will y fuimos por la calle de Ferraz.

Había en el barrio un público enorme que presenciaba los preparativos del combate y muchos grupos de comentaristas. La gente estaba inquieta, algunos pensaban cándidamente que tomando el cuartel estaba la partida ganada para la República. Se oían cañonazos y tiros. Estuvimos hablando un rato con Hipólito, el chico de la librería El Club del Papel, a quien encontramos en la calle. No estaba optimista. Sin duda la marcha de la Revolución no le producía entusiasmo.

Se dijo que había llegado hasta allá el ministro de la Guerra en un auto, pero que tuvo que retirarse deprisa porque los atacantes del cuartel no solo no le oyeron, sino que le amenazaron, y el ministro se vio sin defensa entregado a la multitud que no le respetaba y tuvo que retirarse a su ministerio.

El ser domingo hizo que la gente estuviese más libre para saciar su curiosidad. Se supo pronto que aquella misma mañana, a eso de las diez, habían llegado al cuartel de la Montaña numerosos grupos con uniforme de soldado y las personas que lo vieron opinaron que no tenían aire de quintos. Calculaban que los adheridos eran varios centenares. Los soldados se sorprendieron ante aquella llegada de caras nuevas, desconocidas, y sospecharon que algo se tramaba. Ellos eran indiferentes en cuestiones políticas y no les agradaba la idea de resistir un sitio cuya finalidad no conocían.

A partir de ese momento fue mayor la separación de la clase de la tropa acuartelada y de la oficialidad. Localizaron a los soldados en patios interiores con objeto de impedir que pudieran observar las maniobras de los fascistas y de los oficiales. Estos últimos se encargaron. Apresuradamente, de montar los parapetos con sacos terreros, y colocaron las ametralladoras, entregándolas no a los soldados, en quienes no tenían confianza de que se sumasen al movimiento, sino a los civiles, que habían penetrado por la mañana en el cuartel. Se pusieron ametralladoras Hotkins en los distintos ángulos del edificio.

Los rojos con todas las fuerzas de la Guardia Civil y Milicias Obreras, así como con elementos de los cuerpos de Carabineros, Aviación y Carros de Asalto, fueron a eso de las siete de la tarde delante del cuartel. El domingo

quedó ya rodeado el edificio, colocándose algunos morteros y ametralladoras en los lugares estratégicos de la plaza de España, calle de Ferraz, paseo de Rosales y calles próximas. La de Luisa Fernanda se fue llenando de gente que esperaba con curiosidad el ver lo que podía suceder en el cuartel, convencidos casi todos de que se trataba de un asunto en que ninguno de los bandos contendientes podría mantenerse por mucho tiempo a la expectativa.

Mientras esto ocurría, autobuses llenos en el interior y sobre el techo cruzaban las calles con gente que cantaba y gritaba. Socialistas, comunistas y anarquistas consideraban su triunfo seguro, y tenían razón, porque la situación de los encerrados en el cuartel era mala, de un éxito difícil, casi imposible.

Las terrazas de los cafés estaban llenas, como todos los domingos, entre el público había infinidad de gentes en mangas de camisa, la mayoría armadas. Estos milicianos tenían aspecto sereno, era gente joven que parecía que iban a ir a jugar al fútbol. Al principio todo pareció tener un aire de fiesta, mucho más que de comienzo de una aventura militar.

Las primeras fuerzas que acudieron a tomar parte en el ataque al cuartel de la Montaña que eran en su mayoría obreros, iban al mando de un capitán y de un teniente del Ejército.

Llegados a la plaza de España, el capitán pidió veinte voluntarios con armas largas, y los emplazó en las inmediaciones del edificio.

A las siete de la tarde pasó por las inmediaciones del cuartel de la Montaña una camioneta que procedía de la Puerta de Hierro. La guardia del interior del edificio, echó el alto a los de la camioneta, disparando a continuación contra los que la ocupaban. De aquellos disparos resultó la primera víctima de la jornada, un guardia civil, al que alcanzó un casco de mortero. Hubo además nueve heridos de hala y diez contusos. Los del cuartel se defendían con nutrido fuego, respuesta a la primera intimación que les habían hecho para que se rindiesen.

A primera lora de la noche se tomaron todas las medidas necesarias para evitar el que, aprovechando las sombras, algunos de los cercados intentaran escaparse.

Las fuerzas del Gobierno se disponían, apenas amaneciese, a tomar el cuartel: estaban mandadas por un comandante de la Guardia Civil, otro de Guardia de Asalto y por tres capitanes.

A las cuatro de la mañana se conminó a los encerrados para que depusieran su actitud, dándoles al mismo tiempo un plazo de veinte minutos para que fueran abandonando el cuartel, del que debían salir de cinco en cinco y desarmados. Durante la madrugada se habían oído disparos en el interior del edificio, dirigidos hacia donde estaban los milicianos. En tanto, un avión lanzaba proclamas sobre el cuartel en las que daban un plazo hasta las siete de la mañana para rendirse. Se supo luego que dentro del cuartel había como una veintena de cadetes que hacían prácticas. A los que pretendían coger las proclamas arrojadas por los aeroplanos, los oficiales trataban de impedirselo pistola en mano, diciéndoles: «El que coja una proclama, muere de un pistoletazo».

Las piezas de artillería de los rojos empezaron a disparar a las siete de la mañana. El primer disparo, brindado al capitán de las milicias, echó abajo la puerta del cuartel. A continuación los de dentro hicieron disparos de mortero, dando con sus proyectiles en un poste del tranvía que derribado hizo caer a tierra los cables.

Las fuerzas obreras siguieron disparando, contestándoles desde dentro. Los carros blindados asaltantes hicieron funcionar sus ametralladoras. Los aviones seguían lanzando proclamas: tan solo a última hora dejaron caer algunas granadas.

En la parte final de la Gran Vía y en las proximidades del antiguo mercado de los Mostenses, numerosos vecinos, asomados a los balcones de sus casas, presenciaban las operaciones que se emprendían por las fuerzas de Asalto, Guardia Civil y Milicias Obreras, contra el cuartel de la Montaña. En un cine se estableció un hospital de sangre, atendido por la Cruz Roja y médicos particulares. Allí fueron operados varios guardias de asalto, a los que se trasladó después a los hospitales.

VI

ATAQUE AL CUARTEL DE LA MONTAÑA

A las ocho de la mañana se colocaron las piezas de artillería amenazando el cuartel de la Montaña. Salió para parlamentar un soldado de la calle, pero al acercarse a los sitiados le dispararon. Este soldado comunicó que la tropa estaba dispuesta a rendirse, pero que no lo estaban los jefes.

El cañoneo duró hasta las diez de la mañana. Las descargas de los que defendían el cuartel, en los primeros momentos, daban la impresión de que contaban con muchos fusiles. Poco después pareció que el número de los disparos había disminuido.

A eso de las diez y media de la mañana, desde lo alto de un edificio situado al lado de un convento que forma una esquina de la calle de los Reyes, empezaron a hacer disparos de pistola ametralladora contra las fuerzas de Asalto y Milicias Obreras, que respondieron a la agresión. El tiroteo duraría unos veinte minutos. Un agente de policía con tres milicianos, subió a una azotea desde la que se dominaba el sitio de donde habían partido los disparos, hostilizando a los agresores con fuego de fusil.

En el momento más culminante de la lucha, había aparecido un soldado, escapado del cuartel que rompió el paredón de la parte trasera que da al paseo de Monistrol. Abrió un boquete en la pared y corrió a unirse a las fuerzas atacantes. Este soldado manifestó a estos que, a primera hora de la mañana, un jefe les había dirigido una alocución diciéndoles: «La República está en manos de anarquistas y bolcheviques, es preciso defender a España».

Al querer de nuevo salir algunos soldados del cuartel para entregarse, desde dentro dispararon sobre ellos, cayendo muerto un sargento. A las once menos cuarto los cañones rojos iniciaron un avance.

Poco después, la oficialidad sublevada izó la bandera blanca y al

acercarse las tropas leales al gobierno republicano confiadas, les hicieron una descarga. Entonces volvieron a disparar los cañones gubernamentales.

El comandante^[28] hizo saber, en nombre del Gobierno, la conveniencia de enviar un parlamentario para enterar a los rebeldes de que tenían un plazo de veinte minutos para entregarse, pero recibido el parlamentario por el coronel que mandaba a los cercados, al saber este el objeto de la visita, respondió con insultos contra la República.

Por la Radio se hizo saber a los soldados que el Gobierno concedía licencia ilimitada a los que estaban en el cuartel. Entonces ellos se sublevaron en forma que los oficiales no les pudieron dominar; por el contrario los soldados lograron encerrarlos en el patio central del edificio. A continuación sacaron banderas blancas en las ventanas.

Los grupos armados que entraron en el cuartel se apoderaron de la ametralladora emplazada delante del edificio, donde hallaron a un comandante muerto. Así mismo se incautaron de las armas y del dinero de la compañía que entregaron a los guardias de asalto.

El júbilo popular fue enorme, y las fuerzas de voluntarios rojos, Guardia Civil y pueblo, situados en la plaza de España, fraternizaron con los soldados que empezaban a salir del cuartel. Algunos oficiales intentaron escapar por la puerta trasera del edificio, siendo perseguidos por los que les rodeaban.

Los jardines de la calle de Ferraz aparecían con grandes hoyos producidos por las bombas lanzadas por los aviones. También el arbolado había sufrido los efectos del bombardeo. Esquina a la calle de Luisa Fernanda había tendido, sobre la acera, el cadáver de un sargento de Ingenieros.

Al subir el repecho que da acceso a la explanada del cuartel, se hallaron cuatro o cinco cadáveres de oficiales, y otros más en un paseo próximo a la fachada. Fueron allí recogidos algunos cuerpos que todavía daban señales de vida, interviniendo los médicos de la Cruz Roja, practicando una cura y siendo llevados al hospital de Beneficencia.

La mayoría de los oficiales cayeron en la lucha de la madrugada. Varios

de ellos tenían un solo disparo en la sien derecha, señal probable de haberse suicidado. Todos los cadáveres fueron alineados para proceder a su traslado. Se dijo que algunos oficiales se vistieron con el traje de los soldados y pudieron escapar.

Después de la rendición del cuartel de la Montaña salió un numeroso grupo de soldados que habían sido prisioneros de los militares. Iban por la calle con los brazos en alto y los puños cerrados. El patio del cuartel estaba sembrado de muertos.

Muchos militares se despojaban de sus guerreras, tirándolas al arroyo y en mangas de camisa se unían a los obreros. En esa forma se fueron alejando del cuartel hacia el centro de la ciudad. Al pasar, sin gorras, por la calle de Ferraz daban gritos en señal de regocijo y levantaban los puños en alto.

En otros lugares del cuartel se encontraron heridos graves y de pronóstico reservado, todos los cuales fueron trasladados a las ambulancias de la Cruz Roja que se habían instalado en la explanada. Hallaron también en el interior grandes barricadas hechas con sacos terreros y colchones.

Al detener a la oficialidad sublevada, un alférez, en el momento de salir a la calle, encontró a un niño de siete años que, llorando a lágrima viva, decía a las tropas gubernamentales: «No le matéis que es mi padre y si lo hacéis nos quedaremos sin él mis tres hermanos y yo. Nosotros somos socialistas, pertenecemos a las juventudes. Por eso no disparéis, y si lo hacéis matadnos también a nosotros». El niño en tanto se había colgado del cuello de su padre y todos los que presenciaban la patética escena daban gritos para que le perdonasen.

La primera bomba arrojada sobre el cuartel de la Montaña había lesionado en la cabeza al general que mandaba las fuerzas encerradas allí. Al penetrar los asaltantes, el general y un ayudante marcharon por los pisos altos, abriendo un agujero en una tapia que les permitió pasar a otro cuartel que hay en la misma zona, poniéndose en manos de un capitán de Asalto, quien en el automóvil, y con fuerte escolta, los condujo a la Dirección de Seguridad.

La llegada del jefe de la sublevación al despacho del Director fue un

momento dramático. Era la una menos diez de la tarde. El capitán, con varios subalternos, hizo entrega de los presos. El jefe llevaba la cabeza vendada y su rostro se hallaba intensamente pálido. Aún llevaba su bastón de mando.

El general había llegado al cuartel en las primeras horas de la mañana del sábado, 18, en automóvil, y acompañado de cuatro comandantes de Infantería y uno de Caballería, vestía de paisano y en el cuartel se puso el uniforme, previamente llevado, apenas entró. Durante el sábado y el domingo fueron acudiendo al cuartel hasta cuatrocientos noventa hombres, entre militares retirados y fascistas; apenas llegados se les proporcionaban las armas necesarias. El domingo, a última hora de la tarde, el general les arengó.

Los pocos soldados que allí había del licenciamiento del mes anterior y algunos de cuota y clases y sargentos que no les merecían confianza, fueron encerrados en las cuevas, retirándoseles el armamento y las municiones.

Al general y al coronel detenidos, apenas llegados a la Dirección General de Seguridad, se les trasladó a la cárcel, quedando allí incomunicados.

Se aseguró que el general se defendió a sí mismo en la causa que le formaron, pero fue condenado a muerte.

Las fuerzas que habían tomado parte en el ataque al cuartel de la Montaña se trasladaron en camiones a la Puerta del Sol, que estaba llena de una muchedumbre que los recibió con vivas entusiastas. También conducían otros camiones del Frente Popular, muchachos con banderas e insignias socialistas, comunistas y anarquistas, y numerosos trofeos, cascos, correaes y armas, más los cañones, carros de asalto y tanques que habían intervenido en la toma del cuartel.

Entre esas fuerzas se mezclaban quintos de los regimientos sublevados, alegres por el decreto de su licenciamiento, y numerosas muchachas armadas de fusiles y pistolas. Las fuerzas populares que no llevaban armas de fuego, iban con los machetes recogidos en el cuartel. Algunos soldados ostentaban una de las banderas arrebatadas a los sublevados, que entregaron al Subsecretario de Gobernación, quien después de dar varios vivas a la República, la colocó en el balcón del ministerio, mientras millares de personas

gritaban y levantaban los puños en alto. Las gentes un poco cultas creían que la victoria en el cuartel de la Montaña era algo como la toma de la Bastilla.

Se supo después que las fuerzas del cuartel de María Cristina se habían entregado sin resistencia, así como las del Conde Duque. En Vicálvaro había resultado muerto un guardia de Asalto y dos soldados de Artillería, y en Getafe, en el cuartel de Artillería, después de llegar las fuerzas pedidas a Cuatro Vientos, los del aeródromo habían bombardeado el cuartel, donde los soldados acabaron por imponerse a los jefes y los obligaron a rendirse. Se detuvo a treinta y un jefes, trasladados a Madrid en dos autobuses.

En Carabanchel, las fuerzas de Infantería, Ingenieros, Artillería y de la Escuela de Tiro, sufrieron el ataque de la Aviación y de carros de asalto siendo llevados allí los cañones que ya no eran precisos en Getafe. Con la protección de aviones, avanzaron la Guardia Civil y los de Asalto hasta apoderarse del Campamento.

Entre todos los focos se hicieron unos mil prisioneros, sobre todo en jefes y oficiales.

Después del ataque y de la toma del cuartel de la Montaña, la inquietud de la población aumentó. Mujeres armadas de fusiles, casi todas con uniforme y pantalones, se paseaban por la calle. Los grupos pedían la documentación a todo el mundo, se contaban historia de muertes, de atracos y de robos. En los alrededores de la plaza del Callao y del edificio del Capítol, había siempre una enormidad de gente. Un día oí decir que un individuo al parecer desesperado, salió a un balcón de ese edilicio y comenzó a tiros con la multitud. Había que pensar que el tal no anclaba bien de la cabeza. Las patrullas con armas, formadas sin el menor control entraban en las casas, sacaban gentes de sus habitaciones y robaban y fusilaban a quien querían. Muchos eran maleantes, ladrones y presidiarios.

VII

OPTIMISMO POPULAR

Al día siguiente de la toma del cuartel, los soldados y las criadas paseaban por las calles de Madrid como en día de fiesta. Los jovencitos detenían a la gente con las pistolas por capricho, por jugar a los revolucionarios.

Después de la euforia que ha producido entre estos militares improvisados sus éxitos, a pesar de que aún persiste en ellos su antipatía por toda vestimenta castrense, la victoria les ha envanecido y van orgullosos con el pecho cruzado con un correaje y el pantalón con un cinturón con cartucheras y sus armas. Días después de la toma del cuartel de la Montaña hubo por las calles una verdadera mascarada de carnaval. Aparecieron gentes vestidas de máscara de una manera inverosímil, unos con tricornio y traje de general, otros de fraile y de obispo, y algunos también de frac y sombrero de copa. Este instinto de anarquía, de burla, de confusión, tan bien representado por Goya en sus aguafuertes, reinó en la calle durante varios días. No ha durado mucho la euforia del triunfo porque se ha sabido que lo de Madrid no es definitivo ni mucho menos. La gente perspicaz ve que esto es el comienzo de una guerra civil.

En pleno siglo XX, revive en España la vieja epidemia que se creyó extinguida.

Al día siguiente estuve a ver el cuartel de la Montaña. La fachada estaba llena de agujeros hechos por las granadas y se veía claramente que la lucha había sido violenta.

Se dominó el foco del cuartel de la Montaña, incluso con relativa facilidad y apenas sin bajas, se estrangularon, en un abrir y cerrar de ojos, las rebeliones de otros distintos cuarteles de los cantones, pero mientras se atendía

a lo más inmediato, nada se pudo hacer para ganar otros puntos estratégicos distantes y aún duraba en el Madrid rojo las alegrías de esa primera victoria, cuando se supo que a no muchos kilómetros de la capital se había levantado una barrera que amenazaba con sus ataques, de momento no más que contenidos, pero no rechazados. Había enemigos que acudirían veloces y bien armados, con deseo de venir a enderezar lo que aquí se les había torcido.

Lo peor va a ser que la sensación de fracaso que esa barrera deja en los que ya se creían triunfantes, va a servir para excitar más y más las pasiones de lo que, dueños de Madrid y armados, se encuentran conviviendo con millares y millares de personas indefensas, en las que se sospecha escasa o nula afección por el movimiento revolucionario. Las turbas mandan en la calle desbordando cada vez más a un Gobierno que no se siente con fuerzas para contenerlas. Me temo que van a cometerse muchos atropellos, quizá crímenes espantosos en cuanto se den cuenta estos milicianos de la empresa que les queda por terminar, si es que la terminan.

Hacia el parque del Oeste y la calle de Rosales, siempre hay tiros, sobre todo de noche.

Las noticias que llegan del sur no son malas para ellos, porque, excepto un grupo numeroso de militares de Toledo que se han encerrado en el Alcázar, el resto del país, más republicano que otra cosa, manchego, andaluz y levantino, se extiende hasta el mar. De la parte de Extremadura se tienen noticias vagas. De Andalucía los informes por ahora son inciertos. Se asegura que las tropas nacionales han dominado Sevilla y Huelva, con moros traídos de Marruecos, y pretenden alcanzar Madrid por la parte de Talavera.

En la parte de Castilla próxima a Madrid, las noticias son oscuras y contradictorias.

Las milicias rojas con rumbo a la sierra habían alcanzado, ya antes de que el cuartel de la Montaña cayese en manos de sus atacantes, puestos destacados en Villalba y El Escorial, y habían colocado su vigilancia en el ángulo donde se abre, ante la puerta de un cafetín, el doble acceso de los puertos de Guadarrama y Navacerrada. Allí pudieron detener a oficiales del Ejército, que, veraneando en los pueblos serranos, corrieron a incorporarse a

sus regimientos apenas se enteraron del movimiento de unos y de otros. Ordenaron a los autobuses de línea se detuvieran hasta que las patrullas recibiesen órdenes sobre el caso de la capital.

Mientras esperaban en Villalba, la vertiente norte del alto del León se iba llenando de nacionales. Por el puerto de Navacerrada corrían al tercer día las noticias de los sucesos de Madrid y llegaban trece camiones de soldados, pertenecientes a Transmisiones, de guarnición en el cuartel de El Pardo.

Salieron de allí diciendo que marchaban contra las tropas de Segovia que se sabía haberse declarado por el movimiento militar. Al pasar la columna por los escasos pueblos del trayecto hasta La Granja, habían los soldados alzado el puño y vitoreado la Revolución, recibiendo los obsequios que quisieron hacerles, vituallas y jamones, guardándolos en los autos. Al llegar ante las puertas de hierro del ex sitio real, algunos grupos de obreros y campesinos a la expectativa, a pesar de tener a dos pasos los cañones de las fuerzas artilleras de Segovia, los vitorearon creyéndolos revolucionarios, pero los sublevados, alcanzando ya lo que buscaban, se apearon de los camiones, prorrumpiendo en gritos de «¡Viva España!»

Hoy me aseguran que Madrid ha quedado casi bloqueado. Ya veremos.

VIII

SITUACIÓN GRAVE

Los acontecimientos se van complicando y lo que al principio pudo parecer a ciertas gentes confiadas «un pronunciamiento más», va tomando el cariz de un suceso entre serio, intrincado y peliagudo.

Hasta para los que no somos españoles, pero sí residentes actuales en España, a pesar del alivio que nos pueden ofrecer nuestros documentos y nuestra condición de extranjeros, la proximidad del fuego de tan gran hoguera como la que se ha encendido, nos pone un reflejo sombrío en la cara, y algo de zozobra en el espíritu. ¿Estaremos seguros de que no arriesgamos nada?

En estos días siniestros desde la seis de la tarde en adelante ya no se ve a nadie en la calle.

Llevamos arrancadas bien pocas hojas del calendario de un Madrid francamente rojo, y ya sentimos el vaho de esta situación peligrosa y anómala. Habría podido decir cierto escritor que de no haber muerto, se hallaría ahora perplejo ante una terrible duda ¿Qué hacer después del republicanismo? ¿Qué hacer después de la revolución esta?

Ha bastado una semana para que todo se haya transformado, operándose en el escenario madrileño algo tan rápido como una de esas mutaciones que se producen en la representación de una revista de gran espectáculo. Hasta el modo de saludar en la calle es ya distinto de lo que era antes. Ya no se dice «¡Adiós!», sino «¡Salud!», ostensiblemente, poco menos que a gritos, y el nuevo estilo ha cundido con rapidez acelerada. No sabemos hasta dónde llegará esto.

En la calle todo el mundo viste ahora mal, muchos han debido registrar el fondo de sus armarios para ponerse lo que tenían desechado hace años, pantalones con rodilleras, chaquetas con los codos desgastados, zapatos con

los tacones torcidos y se ha compuesto un tipo, con aire cochambroso: el pobre porque no tiene otra cosa, el rico porque ha ingresado en una orden mendicante supuesta que le produce vivos deseos de disfrazarse de proletario.

El pueblo está siniestro. A primera hora, en las casas aristocráticas se ven con frecuencia en los halcones algunas milicianas despeinadas con albornoces como de baño o gabanes elegantes que sacuden una alfombra o una ropa. Son tipos que se han incautado de palacios. La gente de la calle canta con frecuencia y a voces a coro:

A las puertas de Madrid

Lo primero que se ve

son milicianos de pega

sentados en el café.

El Gobierno se esfuerza por dictar medidas tranquilizadoras, que no convencen a ninguna persona que tenga algo que perder. Se ha prohibido la circulación de vehículos con gente armada, y dado órdenes de detener a cualquiera que, sin autorización especial para un servicio concreto, se le sorprenda por las calles de la capital circulando con armas en grupos o en vehículos, pero al mismo tiempo que esto se prescribe, se reconoce que hay gente que abusa y se temen no solo atropellos y desórdenes deliberados, sino confusiones sin finalidad.

Con la excusa de la preparación del orden se verifican registros un tanto arbitrarios que no están justificados. La Izquierda Republicana, precisamente el partido del Presidente de la República, a quien pintan bastante nervioso estos días, se ha incautado del Casino de Madrid y del Círculo de la Unión Mercantil. Así se matan dos pájaros de un tiro. Se organizan hospitales de sangre, y al mismo tiempo se expulsa de sus casas a los aristócratas y a los ricos, para con más facilidad cazarlos en las calles. Otros se adelantan a prevenirse, apuntando a la carta de menor riesgo y en este sentido la dirección del Hotel Palace, y no sé si también la del Ritz, han ofrecido sus edificios al Gobierno, para que los utilicen como hospitales.

En la puerta del piso donde vivo, he puesto un gran tarjetón en el que consta mi nombre, mi nacionalidad, y para inteligencia de los que no saben leer —dueños ahora de la calle—, una banderita inglesa que desempeña su cometido de ¡Detente, bárbaro!

La lectura de los periódicos es bien poco tranquilizadora, por lo que se refiere a seguridad de personas y de bienes. Cuando lee uno que el Ministerio de la Gobernación habla de milicias armadas que, haciéndose pasar como fuerzas del Gobierno, se dedican a cometer toda clase de desmanes, es difícil no alarmarse.

El que esté defendido por un tabú político en su poltrona ministerial puede respirar con tranquilidad, pero los demás no. Los rojos han matado hace días a un historiador jesuita, al único que tenía prestigio científico, en la Orden. Lo han fusilado en la carretera de Vicálvaro. Los Jesuitas por este tiempo ya no estaban en el convento. Este historiador al parecer se encontraba refugiado, según han dicho, en una pensión de la calle de Fuencarral con otros dos compañeros.

Fueron a buscarles a la casa y a los tres los fusilaron.

IX

GARCÍA VILLADA

Me he enterado mejor de lo que ha ocurrido con el jesuita que han fusilado los rojos.

Este se llamaba Zacarías García Villada y al parecer era un investigador de gran mérito y un hombre independiente, partidario de la verdad por encima de todo. Habiendo tanto comiquillo, tanto farsantuelo entre el clero español, los rojos son tan brutos que van a fusilar a uno de los hombres más íntegros, más sabios y más entusiastas de la verdad.

Zacarías García Villada había nacido en Pal encía en 1879. Ingresó a los quince años como novicio en la Compañía de Jesús y comenzó sus estudios en Cardón de los Condes. Al parecer fue muy buen estudiante. En 1918 formó parte de la redacción de la revista de los jesuitas *Razón y Fe*. Allí publicó varios artículos principalmente de crítica histórica. Después se distinguió por sus libros y artículos publicados desde 1912 en adelante, obras que se ocupaban de la historia medieval, historia religiosa de España y paleografía.

Escribió un Catálogo de los códices y documentos de la catedral de León, una Paleografía española y Covadonga en la tradición y en la leyenda.

Descubrió el Códice de Roda perdido en 1699. Luego empezó a publicar su *Historia eclesiástica de España*. En el año 1929 salieron las dos partes del tomo primero y entre 1932 y 1933 aparecieron otras dos partes del tomo segundo y todo el tomo tercero. La obra quedó interrumpida aquí al llegar a la fecha de la reconquista de Toledo en 1085. Lo más interesante, que era el estudio de los orígenes del Cristianismo en España y de las vicisitudes de la iglesia española en la época del imperio romano, del gobierno de los visigodos y de los árabes del califato, quedaba ya esclarecido. Era un estudio imparcial, sin concesiones a nadie, buscando solamente la exactitud. El padre

García Villada vivía en Madrid y tenía todos sus papeles en el convento de la calle de Areneros. En mayo de 1931 ardió el convento y desapareció parte de la documentación y libros de la biblioteca del historiador jesuita.

El padre García Villada en su discurso de entrada en la Academia de la Historia y al parecer en otras ocasiones atacó enérgicamente a los que habían incendiado el convento de los jesuitas.

En 1935, en la sala de una sociedad titulada Acción Española, dio unas conferencias con el título de «El destino de España en la historia universal». Se supone que sus afirmaciones contribuyeron a su muerte. No es cosa creíble, porque si le hubieran fusilado por sus ideas, antes que a él hubieran tenido que matar a todo el clero español. Según algunos, García Villada vivía en una pensión con otros dos compañeros de la orden, en la calle de Fuencarral. Fueron a buscarle unos milicianos, le llevaron en un camión a la carretera de Vicálvaro y allí le fusilaron ¡Qué brutalidad la de estos rojos!

Lina señora que visita la pensión donde vivo le conoció. Al parecer García Villada era un hombre alto, moreno, fuerte, con el afeitado de las mejillas que le dejaba la cara con un tono azul.

Le habían indicado para que fuera académico de la Academia Española. Pocos con tantos méritos como él para ser académico en serio. La Compañía no lo permitió.

García Villada creyó que sus colegas historiadores y eruditos podían hacer algo por él durante la revolución. No hicieron nada. Probablemente no podrían. Así estos rojos españoles con cabeza de plomo, pedantes y negados, mataron a uno de los historiadores españoles de espíritu más libre, al único jesuita que recordaba a los antiguos casuistas e intelectuales de la orden y que destacaba entre la mediocridad del clero actual.

—¡Qué gente más bestia! —decía Goyena con rabia en la librería El Club del Papel—. Le hubieran fusilado a Voltaire, en Madrid, si hubiera en Madrid un Voltaire y le hubieran ovacionado a un imbécil orador de mitin. ¡Qué torpes! Son iguales que los reaccionarios, pero más brutos.

Según parece este laborioso historiador de la Iglesia, no tenía el espíritu de su Orden, había consagrado su vida a sus estudios, y no solo ha sido inmolada su existencia laboriosa y fecunda, sino que, seguramente, habrán destruido sus matadores, aquella labor que, obra de muchos años, debía guardar para redactar sus minuciosas exposiciones.

X

DÍAS PELIGROSOS

Hoy, al pasar por la calle de Serrano, me he tropezado con el entierro de un jefe comunista caído en el frente de Somosierra. Ha sido algo, ciertamente no buscado y que me ha hecho poquísima gracia. Sacaban al muerto en su caja de un edificio del Estado, he tenido que levantar el puño como uno de tantos más, para evitarme explicaciones difíciles y no incurrir en vacilación más que peligrosa. Si esto sigue así, y no lleva traza de orientarse de otro modo, tendremos que acabar los extranjeros que deseemos seguir saliendo a la calle, por adoptar el uniforme de los hombres-anuncio, y colgarnos una bandera por delante y otra por detrás como una casulla.

Estos tropiezos de día resultan con todo menos comprometidos que los que tiene uno de noche.

No es posible andar a esas horas por las calles de Madrid. De repente, al volver una esquina, se le echan a uno encima grupos de personas insolventes y sin la menor responsabilidad, amenazando al pacífico trasnochador con fusiles y pistolas. Muchos de estos grupos lo forman chiquillos que juegan a la revolución, y que, si las tornas se volviesen, con la misma inconsciencia acudirían a las procesiones.

España ya no tiene, desde hace muchos años, genialidad ninguna. Resulta un país pesado, turbio, sin gracia. Hasta los toreros se han hecho patosos como dicen aquí. Los periódicos publican fotos en las que se ve a alguno de ellos no citando a banderillas a los fascistas, sino apuntándoles con una ametralladora. Ya en los primeros momentos se descubría que esta revolución no tenía dantones ni robespierres, y que iba a ser algo de lo más agarbanzado y vulgar que imaginarse puede. Todo lo que brota de un extremo o de otro es igualmente mediocre.

—¿Cómo se habrán hecho las requisitorias entre los masones? ¿Por qué clase de historiadores o de intelectuales, cuando entre los nombres de los presuntos afiliados a la masonería —me dice Will— aparece don Manuel Ruiz Zorrilla?

—¿Quién era Ruiz Zorrilla? —pregunto yo—. ¿Un poeta?

—No, era un republicano —contesta Will—. Mi padre era muy partidario suyo.

No me sorprende, pues aunque no han sido muchos los comunistas españoles que he tratado, y no me refiero a esos de automóvil y medias de seda que últimamente florecían en los jardines de la aristocracia española, sino a los que se consideraban intelectuales y a los envenenados por las toxinas rusas, como coincidían en sus inclinaciones, poniendo bien de relieve su ambición: su busca para encontrar un nuevo camino de medro, no muy distinto, en el fondo, de los que tenían por enemigos irreconciliables.

Comprendo en el conservador o en el tradicionalista el entusiasmo por los prestigios, por el título, por el excelentísimo señor, con toda esa quincallería social: pero en el comunista y en el anarquista no se comprende fácilmente. Sin embargo he visto que lo sienten como los nuevos ricos, con idéntica fuerza y avidez. Parece que se ha desacreditado todo. No hay tal. La gente se pirra por las distinciones ridículas. Tiene también el mismo amor desenfrenado por los automóviles suntuosos.

A estas gentes que ahora en Madrid se muestran crueles y violentas, si tienen que salir algún día huyendo, no será sin que antes hayan puesto a cubierto sus billetes de banco o sus monedas de oro. Se les verá, con toda seguridad, haciendo vida de sátrapas, pues en todo su apostolado hay mucha farsa y mucha ansia de riqueza y de lujo. Las sociedades se apoderan con un pretexto cualquiera de algún palacio de una familia aristócrata.

Esto me hace recordar la anécdota que en cierta ocasión me contó un señor español, referente a Fernando VII, un dicho gracioso de ese monarca al que llamaron el Deseado para poner más de relieve su condición indeseable. Porque en este país Ilota siempre en el aire la paradoja.

Habiendo visto la sustitución que se había hecho de la guardia del Palacio real, de los milicianos liberales por los voluntarios realistas, el Borbón dijo con sorna: «Son los mismos perros con diferentes collares». Aquí, en cuestión de gobiernos, nunca ha sido más que cambio de collares.

Lo mismo se puede decir en este momento de rojos y de blancos. La única diferencia que hay, será que probablemente los que atacan a estos de aquí, tendrán más disciplina, y acaso logren reunir gente más hábil a su lado, mientras no le tomen al cargo demasiada confianza; pero en crueldades y barbarie allá se andarán unos y otros.

XI

EL IDEAL DE MANDAR

Aquí todos quieren tener sus sedes para mandar y dictar órdenes a rajatabla, nadie se somete con calma a una unidad de dirección, todo el mundo se siente con ánimo para campar libremente por sus atrocidades. El Partido Sindicalista tiene su centro en la calle de San Bernardo y en la de Gravina, cerca de la plaza de San Gregorio, los anarquistas su comité central, un *bureau* político en la calle de la Luna, en el palacio de Monistrol donde hay un Comité de Defensa que reparte armas a todo el que acude para alistarse.

Aquí quien no tiene un arma es porque no quiere. Si todos los que se pasean por la capital estuviesen funcionando en los frentes con bravura, puede asegurarse que la guerra no duraría mucho, pero es más fácil presumir de bravo en un registro domiciliario, con la vista puesta de reojo en un medallón de oro o en un alfiler de corbata, que gallear detrás de un parapeto en la sierra.

Dentro de este caos, se dan algunos episodios verdaderamente chuscos. El periódico *ABC*, del que se ha incautado una alegre y poco segura partida de «chicos de la prensa», alguno ya tallado y veterano para tener historia de «fondo de reptiles» en los ministerios de la Monarquía primero, en los de la Dictadura después y en los de la República al final, ahora señala su adhesión entusiasta al nuevo orden.

QUINTA PARTE

TERROR EN MADRID

I

EN LA PENSIÓN

Seguía viviendo yo en la pensión de la Gran Vía, regentada por una señora española, viuda de un inglés, mujer de aire inteligente, de mucha prudencia y de buen juicio. Hacía mi vida habitual, iba a ver todo lo que me parecía característico, visitaba El Club del Papel y por las noches leía. En tiempos fríos, me gustaba estar solo, al lado del fuego, pensando en vaguedades. Dormía mis ocho horas diarias como si tal cosa.

La gente en la pensión seguía siendo la misma. En El Club del Papel faltaban algunos tertulianos. El escritor Goyena había desaparecido. No se oían más que crueldades y barbaridades. En un pueblo del mediodía habían sacado a los presos enemigos a la plaza de toros, y los habían matado ante el público, como si fuera un espectáculo. En otras partes habían violado a las mujeres y las habían matado y cortado las orejas. ¡Qué cosas horribles habían ocurrido en el país!

II

SEÑORAS DISTINGUIDAS

Por entonces entraron en la pensión una muchacha en compañía de su madre, enferma, las dos llenas de miedo, gente distinguida de la aristocracia. No habían podido huir de Madrid por la enfermedad de la madre. Me dijeron que eran de origen andaluz, apellidadas Guzmán. Ignoraba yo el nombre de pila de la madre: la hija se llamaba Mercedes. Habían vivido sin duda un poco aisladas, pues solo así podía comprenderse que no se hubieran enterado de que para ellas la estancia en Madrid tenía que ser peligrosa.

Yo había recibido la visita de un señor amigo de un antiguo empleado de la Embajada inglesa. Iba vestido de miliciano. Me contó que una prima suya se hallaba refugiada en la dependencia de una legación y estaba llena de terror porque allí había verdaderas orgías. Querían que todos los de la casa participaran en ellas. La muchacha se defendía encerrándose en su cuarto, y se fingía enferma, pero temía alguna violencia. El enviado pensaba si yo podía influir para que las dos señoras pudieran entrar en mi pensión de la Gran Vía, donde yo habitaba.

—Hablaré con la dueña —le dije—. Esto parece que está lleno, pero veré si hay algún arreglo posible y, si lo hay, se lo comunicaré a usted.

Pared por medio de la pensión había una casa de comisiones entonces parada, y la dueña habló con el gerente por si le podían ceder a ella dos cuartos. Los obtuvo por un alquiler, con la condición de que, al acabar la guerra, se volvería a dejar la casa a su estado anterior.

Llegaron a la pensión la señora ya de edad y su hija. Doña Petra y Mercedes, las dos andaluzas de un pueblo próximo a Sevilla. Al parecer era gente rica y de buena posición.

La señora y la hija me dieron muchas gracias por haber conseguido que

entraran en la casa.

La hija Mercedes se manifestaba muy contenta, como si yo les hubiese hecho un gran favor.

Tocaba el piano con sus manos delgadas y finas, valeses antiguos, trozos de ópera y sonatas. Era una buena pianista y sabía dar un aire romántico a todo.

Cantaba con poca voz, acompañándose al piano, canciones populares italianas *Vorrei morir quando tramonta il solé*, o *Mari y Santa Lucia*. También cantaba *Quand l'amour meurt*.

Pourquois pleurer les jours

Regretter les songes perdus?

Y La paloma:

Cuando salí de La Habana

¡Válgame Dios!

Una linda guachindanga

Que sí señor.

De noche, solía jugar conmigo con frecuencia al ajedrez. A Mercedes le gustaba charlar y coquetear, pero yo no estaba en edad de galanteos.

Con alguna frecuencia yo comía fuera de la pensión, y no mostraba gran interés en averiguar lo que hacían los demás pupilos. Esa falta de curiosidad debió hacer que madre e hija me trataran amablemente, y quizá también el que fuese inglés y militar, creyendo tendría influencia y podría protegerlas. Estaba dispuesto a ello, porque creía que eran buenas personas y de nobles sentimientos.

Por aquellos días la Gran Vía estaba ocupada por fuerzas de la CNT. Se vigilaba el edificio llamado Capítol, por haber partido desde él disparos contra

la gente de la calle. Se veía que todo el mundo estaba enloquecido, porque, ¿qué iba a conseguir un hombre con disparar tiros contra la multitud?

En la casa seguía viviendo el chófer Will de la Embajada inglesa, hijo de un empleado de las minas de Río Tinto. Había sido de chico un poco calavera o indisciplinado, y hecho una porción de excursiones de vagabundo por España y África del Norte, acabando por entrar de chófer en la Embajada inglesa de Madrid. Había pensado, al comprender que en España iba a pasar algo malo, el mandar a su mujer y a sus hijos a un pueblo de Inglaterra, pero las cosas habían ido demasiado deprisa y no habían llegado a emprender el viaje. Además el hijo mayor, Paul, se sentía comunista y quería tomar parte en la guerra.

Will era hombre alegre, y estaba siempre canturreando. Recordaba coplas andaluzas:

*¡Pobresito lo minero
que desgrasiato son
que trabajan en la mina
y mueren sin confesión!*

Otras veces:

*Deja que cobre en la mina
y te compraré un refajo
y una nagua blanca y fina
que te asome por debajo do cuarta de muselina.*

O aquello de:

*En el hospitalito
a manita derecha*

allí tenía mi compañerita

su camita jecha.

O también:

Se lo pedí a lo sivile

por el santito del día

que aflojaran lo cordele

que lo brazo me dolían.

Como se ve el archivo de coplas de Will estaba bien surtido.

III

SUCESOS DE LA CÁRCEL MODELO

Por entonces yo pude hablar con un oficial del Ejército que estaba preso en la Cárcel Modelo, y se había salvado de milagro de la degollina que allí ocurrió. Lo que como testigo presencial contaba, parecía algo inconcebible. A él mismo y a pesar de verlo con sus ojos, le costaba trabajo convencerse de que había sido una realidad. Hablaba de ello como de un sueño, como si se hubiera salvado de un incendio durante el cual estuviese metido en una habitación envuelta en llamas.

Ese episodio, que tuvo por escenario la Cárcel Modelo, fue de lo más sintomático de lo que puede ser una revolución. Se veía que toda esa obra de las religiones y de la cultura no tiene eficacia. Los unos con el débil amor al prójimo en los labios, los otros soñando idilios, y después todo son asesinatos, robos y crueldades. Lo mismo pasó en Rusia, que en Alemania, que en España.

Según Will, a mitad de la tarde del día 21 de agosto, se inició un pequeño incendio en un almacén de leña de la cárcel, y se propagó a la instalación de la panadería. Acudieron al punto los bomberos, y el incendio quedó sofocado en menos de una hora. Por si el suceso se había provocado para favorecer una evasión de los detenidos, rodearon la cárcel fuerzas de Guardias de Asalto, de Seguridad y milicianos, ocupando también las casas inmediatas. Se hizo un registro y no se descubrió nada que fuera indicio de algún plan, de algún proyecto de fuga o de otra clase.

No se confirmó la menor sospecha de que se hubiese preparado un plan para favorecer la evasión. Alguien debió pensar que el pequeño incendio podía tomarse como base para hacer una limpieza sangrienta. En las revoluciones y en todos los movimientos populares, se repite lo mismo, no hay casi nunca originalidad. Había en la prisión de la Moncloa exministros republicanos,

diputados, falangistas de cierto nombre y militares. Todos ellos tenían confianza de estar en esta cárcel que era la única prisión que aún seguía en poder del Gobierno, regida por elementos del Cuerpo de Prisiones, custodiada interior y exteriormente por guardias de Asalto, no en poder de las milicias, como se hallaban las cárceles de San Antón. General Porlier, Duque de Sexto y la nueva de mujeres, en Las Ventas.

Esa situación oficial daba seguridad a los detenidos, de que no estaban a merced de la violencia de las turbas, como en las demás prisiones que sufrían diariamente registros y se hallaban sometidas al capricho de criminales. Sacaban los milicianos a los presos sospechosos que aparecían muertos luego, en los alrededores de la ciudad.

Con todo, los que estaban en la Modelo, tenían entre ellos un caso que podía hacerles desconfiar. Un doctor diputado, viendo lo que sucedía en Madrid, buscó refugio en el Congreso, y allí pudo dormir algunos días, haciéndose llevar la comida de un bar próximo. Informado de su presencia el vicepresidente del Consejo, por orden del jefe del Gobierno, le exigió que se marchase, confesándole que tenían un asalto al edificio de la Cámara. En el mismo coche oficial le llevaron a la cárcel de la Moncloa, asegurándole que su vida sería respetada, como la de todos los presos.

Hacia mediados de agosto, el periódico *Claridad*, entre socialista y comunista, con una mala intención repulsiva publicó un suelto que era una franca excitación para que se acabase con los detenidos de la Modelo. Se denunciaba que, entre los vigilantes de la cárcel, los había fascistas, y dos de ellos desaparecieron a consecuencia de aquella noticia, sin que se supiese después su paradero.

Dijeron que un general, ministro, supongo que de la Guerra, había mandado quitar la guardia del Ejército que vigilaba la cárcel para sustituirla por una de milicianos. No se comprende con qué objeto. Era una invitación a la matanza. Era entregar sin defensa a los presos de la prisión a la barbarie comunista. No se explica una orden así más que en una persona inepta o en un agente provocador.

Continuó el periódico *Claridad* la campaña contra los presos de la

galería de políticos y el 17 del mes, las milicias entraron en la cárcel practicando registros en los cuales se despojó a los presos de alhajas, documentos y dinero. El 20 se volvió a repetir el registro, con violencias brutales. Se obligaba a los presos a desnudarse para que nada quedara oculto, e incluso a abrir la boca, descargando sobre ellos empellones y golpes con las culatas de los fusiles.

En Madrid, durante la época roja, hubo varios periodos de máxima exaltación. El primero que culminó en el asalto al cuartel de la Montaña. El segundo al llegar las fuerzas internacionales. Después ya no pudo renacer el optimismo. Se mascaba el fracaso.

Al día siguiente, infinidad de rumores sembraban de inquietud el ambiente de los detenidos de la Cárcel Modelo. Desde lo alto del corredor de sus celdas, pudieron observar los presos en los patios un ir y venir confuso de milicianos armados.

En la cárcel, según las explicaciones de Will, había cinco galerías convergentes como las varillas de un abanico, en un gran espacio circular llamado El Centro, donde se encontraban las oficinas y otras dependencias. En ese espacio, fuera ya de las galerías en las que estaban las celdas distribuidas en tres pisos, era donde se reunía a los presos que iban a matar antes de atarlos y sacarlos a los camiones que esperaban en el patio exterior.

Allí, en una de las habitaciones se veían miles de neceseres de viaje que se amontonaban hasta el techo, y que pertenecían a los presos que habían sacado para fusilarlos.

El día de la matanza de políticos el alboroto comenzó en las primeras horas de la madrugada. Se abrieron violentamente las puertas de los tres pisos de la galería con lo que despertaron a todos los detenidos. Después se oyeron voces de «¡Atención! ¡Atención!...»

Minutos más tarde, ya despiertos los detenidos y agrupados en las puertas de las celdas, con las caras desencajadas, volvió a oírse la voz del miliciano que gritaba:

—Para traslado. ¡Atención a los nombres! Los llamados que contesten y que salgan con todo lo que tengan, conforme se los vaya nombrando.

Empezó a oírse la relación de los nombres de los condenados.

Este día parece que se sacó al patio a los presos de delitos comunes, ladrones, asesinos, estafadores, etc... Se les arengó con gran vehemencia, señalándose en esa labor una mujer que tenía un mono de miliciano, con su pistola al cinto, ofreciéndoles la libertad si se sumaban a la causa de la República. Se consideraba que los ladrones y asesinos eran pobres víctimas de la injusticia social. Para las nueve se dispuso un nuevo registro en la galería de los políticos, que fue de una barbarie y de una brutalidad extremadas, y a la hora de la comida un nuevo registro les privó de sus ropas, no dejándoles más que lo puesto.

Muchos de ellos quedaron en camisa.

Los vagos, los maleantes y los asesinos que iban a ser puestos en libertad, quizás aleccionados por sus vigilantes, prendieron fuego a sus petates, produciéndose un incendio que dio pretexto para disparar con ametralladoras desde las azoteas de las casas próximas contra el patio donde los detenidos políticos se paseaban. Treinta o cuarenta presos cayeron alcanzados por las balas. Un general prisionero, comprendiendo donde estaban los sitios protegidos por el tiroteo, distribuyó rápidamente a la gente y pudo evitar que el daño de la primera sorpresa fuera mayor. Muertos y heridos quedaron en el patio, junto a las tapias, durante la noche.

A las seis de la tarde los oficiales de prisiones subieron a la galería de políticos con varios milicianos, acusando a los presos de haber disparado desde allí. Era una acusación estúpida y canallesca. Ordenaron que cada uno se metiera en su celda, en posición de firmes, al lado del petate. No encontraron nada anormal, les tomaron la filiación, y si alguno trataba de encubrir su apellido, los oficiales de Prisiones corregían el error premeditado.

Una hora después volvieron a subir los milicianos, tratando de bromear sobre temas de política. Entrando en la celda de uno de los presos, le acusaron de chulo y trataron de quitarle el mono que llevaba puesto, poniéndole las

pistolas en el pecho. Uno de la FAI quiso ponerle la mano encima, y entonces recibió un terrible puñetazo en la frente que le hizo rodar por el suelo. Después de eso, serían las ocho de la noche, los milicianos se retiraron.

A las nueve se oyó en la escalera un gran estrépito, irrumpiendo en la galería ocho anarquistas, con pañuelos rojos al cuello, empuñando pistolas ametralladoras. Uno de ellos era moreno, casi negro y el pelo, alborotado, le caía sobre los ojos. Otro llevaba unas polainas de soldado, una camisa deshilachada y un gorro de forma caprichosa. Había un tercero que lucía al aire el dorso sudoroso.

—Estos son nuestros —gritaron—. Vamos a mataros aquí, en fila, por fascistas y por traidores.

Los alinearon. El primero de la fila a las preguntas insultantes, respondió:

—Podéis matarme porque tenéis la fuerza, pero que nadie ponga la mano sobre mí, porque lo destrozo.

A uno de la travesía del *Plus Ultra* le quitaron el reloj que había llevado. Al advertírsele al miliciano, este dijo:

—Mejor: con eso tiene historia.

Después dieron órdenes de salir y bajar, llevándoles atados fuertemente hasta llegar a un ancho espacio donde convergían las cinco galerías. Allí había una muchedumbre de milicianos y milicianas con fusiles, confundidos con guardias de Asalto y oficiales de Prisiones.

Al penetrar en la primera galería, los presos que se habían librado de la cacería de la tarde anterior, sentados en el suelo, miraban el puente que servía de observación a los vigilantes de turno, que, apoyados en los fusiles, estaban en la barandilla. En el suelo de la galería, un joven sucio y desgredado, sentado ante una mesita llena de papeles, se alumbraba con dos cirios, y al otro lado de la pared, en montón y sin asistencia estaban los heridos de la tarde anterior, revolcados en su sangre.

A los que iban trayendo les ordenaron colocarse delante de los otros presos que ya estaban allí sentados. Al cabo de unos minutos, apareció un grupo en la galería, al frente del cual iba un miliciano de la UGT.

—¡Cuidado! —gritó—. Acabamos de ser nombrados por el Comité de la cárcel, y nada se hará aquí sin nuestro consentimiento.

Aquella declaración ocasionó al punto discusiones, recogida de papeles, entradas, salidas... Así hasta la medianoche. Las que más se señalaban en la tortura de los desgraciados presos eran las mujeres, ofreciéndoles galletas para que se fueran bien alimentados al otro mundo. A quien más insultaban y de una manera más rabiosa era a Melquíades Álvarez. Este exclamó:

—Tener que aguantar tantas vejaciones de estos miserables es triste.

Luego comenzó a hablar elocuentemente como podía haberlo hecho un convencional de la Revolución francesa. Se refirió a su vida y a sus ideas sobre la libertad y la justicia. El público de criminales le oía sin interrumpirle.

Lo que entonces se discutía entre ellos era si debían fusilar en masa a todos, o solo a los políticos: prevaleció lo último, diciendo alguien:

—A estos, que son «los gordos». Que vengan los de la primera fila.

La trágica comitiva la formaban varios a quienes no se les veía.

Los fueron identificando. El principal era Melquíades Álvarez.

¿Por qué este grupo de gente asesina y mediocre odiaba a Melquíades, que era un republicano y un gran orador? Probablemente es por esto, por envidia.

Después, unos milicianos salieron de la galería al patio con sus pequeñas linternas, gritando:

—¡A ver, ese que se llama «general Capaz»!

¡Qué estupidez! Ese que se llama... Lo mismo le podían decir a Napoleón o a César, o al portero de la esquina.

Apareció a poco el reclamado, y le ataron a la espalda. A empujones le llevaron al sótano. Al salir, teniendo sobre la nuca el cañón de una pistola, tuvo ánimos para gritar:

—¡Cobardes, miserables! Un hombre como yo tiene derecho a que se le mate de frente.

Al exgobernador de Zaragoza ni siquiera le sacaron del sótano. En uno de los rincones lo mataron.

Entre los presos refugiados en uno de los ángulos del patio, había un coronel de Intendencia, acompañado de dos hijos, también militares. El coronel era un hombre grueso con las piernas cortas y el vientre abultado, calvo, con un parecido sorprendente a un abogado.

Uno de los milicianos, que, provisto de una linterna, andaba buscando «a los gordos del patio», al tropezarse con el coronel exclamó lleno de ira:

—¡Sinvergüenza! Tú eres ese canalla de abogado. ¡Este embustero no se nos escapará ya!

Le agarró con violencia, y llamó a sus compañeros para que le ayudasen mientras el coronel gritaba:

—¡Yo no soy abogado! Soy un coronel del Ejército, y aquí están mis hijos y mis amigos, que pueden atestiguarlo.

Por fin se convencieron y pudo librarse de la pena que querían imponer a este hombre que, por aquellos días, en el propio Madrid, predicaba en favor de la Revolución.

El alba llegó para que el sol iluminara aquel cuadro tétrico y sombrío. No mucho después, hacia los rastrillos comenzaron a oírse numerosas detonaciones. Eran los milicianos de la UGT que, al pretender relevar a los de la FAI, en la custodia de los políticos y militares, tropezaban con la negativa de los anarquistas a dejar su puesto.

IV

DESPUÉS DE LAS EJECUCIONES

Avanzada la mañana, a los detenidos que aún quedaban con vida se les hizo volver a sus celdas.

Parece ser que a eso de la una de la madrugada se había presentado en la cárcel una persona de autoridad, reprobando lo que allí se hacía. Le amenazaron, al oírle, de muerte, y tuvo que escapar, seguido de la escolta que llevaba no sin decir en alta voz:

—Asesinos, con eso se pierde la guerra.

Y parece también que el propio Rosenberg, embajador de los Soviets en Madrid, comentando esta matanza de la Cárcel Modelo, dijo:

«Nosotros hicimos en Rusia algo muy duro, pero con un plan y una finalidad de tipo político. Esto no. Esto es un capricho cruel y estúpido. Es el furor del crimen por el crimen mismo».

Después de esta guerra no se puede creer ni en la bondad ni en la hidalguía del español.

¡Qué mediocridad la de los revolucionarios de aquí! ¡Qué falta de energía y de talento! No ha habido en España ningún tipo como los de la Revolución francesa Danton, Robespierre. Saint-Just o Fouché que unían la ferocidad con el genio, ninguno como Mazzini o Cavour, y mucho menos como Lenin. Stalin o Trotsky.

Esos tuvieron su lado bueno y su lado malo: los españoles no han tenido más que su lado malo. Todos los revolucionarios nuestros son mediocres.

Will, con ese gusto muy corriente por lo macabro, me cuenta que ha visto a Melquíades muerto. Parece que tenía una contracción en la cara como

de risa. Por lo que he oído decir era un orador extraordinario. Los demás muertos estaban con un cartel en el pecho con un número. Entre ellos el general Capaz, que era republicano. ¡Qué brutos! Eran capaces de entusiasmarse con García Atadell, asesino miserable, y de fusilar a Capaz y a Melquíades Álvarez. Esta revolución fracasará.

Empieza mal. Estos comunistas y anarquistas son tan crueles como sus enemigos y tan incapaces como ellos.

Hacia las dos de la madrugada sacaron los cadáveres del sótano y los pasaron, sobre unas escaleras de mano a modo de parihuelas y cubiertos a medias por un lienzo, ante los otros que aguardaban lo que de ellos quisieran hacer.

Algunos republicanos y socialistas que no quieren creer en la brutalidad absoluta de sus correligionarios aseguran que han oído hablar de que en el grupo de los asesinos de la Cárcel Modelo había elementos oscuros reaccionarios, alguno exfascista. Piensan que entre los comunistas y anarquistas, se filtraron agentes provocadores. No tendría nada de particular, y que los rojos no lo notaran por soberbia y por estupidez tampoco tendría nada de raro.

Sin embargo, he oído decir que uno de los comunistas más violentos y más lleno de odio contra los republicanos, había pertenecido al fascismo y que hacía pocos meses lo abandonó para ingresar en el partido comunista. Lo lógico entre gente inteligente, sería preguntar como el antiguo poeta latino: *Quid mihi prodest* (¿A mí, de qué me sirve?)

Después de oír lo ocurrido en la Cárcel Modelo, uno de los ministros, el más perspicaz del Gabinete rojo, dijo preocupado:

—Con esto hemos perdido la guerra.

V

UNA CHECA

Las primeras checas las montaron los comunistas a imitación de Rusia, pues muchos de ellos habían vivido allí desterrados desde la Revolución de Asturias de 1934. Después, los anarquistas, por no ser menos, establecieron las suyas propias. El ministro de la Gobernación no se atrevió a oponerse a esta constitución de checas. El Gobierno se mostró siempre cobarde.

Will, que es hombre atrevido y se considera invulnerable como nacionalizado inglés, fue a una checa del Círculo de Bellas Artes a ver si estaba preso allí el hijo de un pariente de su mujer. Hizo una descripción horrenda de lo que vio. Parece que entró por la calle del Marqués de Cubas que debe de ser la antigua calle del Turco, donde mataron al general Prim.

Entró por una puertecita pequeña que apenas se utilizaba. Le abrieron, le preguntaron qué es lo que quería y explicó con tranquilidad a lo que iba. Al parecer, todo aquello estaba lleno de milicianos amenazadores. Le hicieron pasar al sótano que estaba como alfombrado con banderas rojas y amarillas, para que se pisara sobre estas telas. Will, que es un tipo sereno y audaz, se mostró imparable como si no le hiciese efecto aquello. Cree que con su acento andaluz y su calidad de inglés puede intentarlo todo. La checa al parecer era impresionante. Había tipos temibles, de verdaderos bandidos. Rincones donde se oían gritos de dolor y Will asegura que vio una pila de baño llena de sangre.

—Por si acaso, no lo cuente usted —le dije yo.

Después ha estado Will en la Dirección de Seguridad, en la calle de Víctor Hugo, donde al parecer hay unos álbumes con setenta mil fotografías de personas encontradas muertas, fusiladas en los alrededores de Madrid y abandonadas en los alrededores.

En esta dirección, en la escalera y luego en la calle, se veía una fila

interminable de personas que iban a ver las fotografías de los álbumes y a ver si identificaban a algún muerto de la familia.

—Se ve que el español es de lo más cruel de Europa —dije yo preocupado.

—Sí, es verdad —indicó Will.

Este cuenta que sus hijos y sobrinos andan merodeando por los alrededores de Madrid y todos los días encuentran diez o doce muertos entre la hierba o entre las piedras. A veces los registran, pero casi siempre resulta que ya los han registrado antes algunos y les han quitado lo que tenían de valor, si es que tenían algo. A pesar de esto parece que algunos chicos han encontrado en los muertos dinero, relojes, carteras, anteojos, etc.

VI

AVENTURAS DE UN DIPUTADO

El destino de las personas es vario y se señala para unos como un amanecer sonrosado y alegre, mientras toma para otros el ceño de una puesta de sol, sombría y amenazadora. A fines de julio, las patrullas habían detenido en el Hotel Palace a un exdiputado radical, de Barcelona, gallego de nacimiento, a quien conocí y hablé los días que estuve yo en ese hotel^[29]. Le habían detenido al diputado con su mujer y un amigo. Les llevaron en automóvil al palacio de Monistrol, en la calle de la Luna, donde había una checa de la CNT.

Después de ser allí interrogados, los sacaron de la checa y los trasladaron, a las tres personas reunidas, y siempre sobre ruedas, a la Casa de Campo, con objeto de darles lo que llaman «el paseo», del cual es corriente que nadie vuelva por su pie.

Pero una vez allí, antes de que el asunto se liquidase con unas descargas más o menos a quemarropa, el diputado radical, hombre listo y persona a quien la vida le ha familiarizado con el empleo de toda clase de recursos, echó mano de su facundia, y pudo convencer a los que se disponían a quitarles la vida con el razonamiento de que resultaba una necesidad que no aprovecharan su esplendidez, ya que las circunstancias les ponían en situación de hacerse, con bien poco trabajo y ninguna responsabilidad, dueños de unos cuantos billetes de banco. Total, que el consejo cayó en buen terreno, y la semilla fructificó inmediatamente en la resolución de llevarles otra vez al Palace, donde al verlos entrar la gente del hotel los miraron como a resucitados.

Allí el político tuvo que juzgar las palabras de orador que había pronunciado en la Casa de Campo como la mejor soflama de su vida pública, pues le permitieron salvar la existencia de tres personas, la suya, la de su mujer y la de su amigo, mediante la entrega de una cantidad que es de suponer

sería importante.

Claro que, una vez que se fueron los milicianos, por si variaban de opinión, los salvados dejaron el Palace y se refugiaron en la Embajada de México. Allí el político radical pasó tres meses dedicado a la lectura de versos de Becquer y de novelas policíacas.

De la Embajada, salió con su mujer y un amigo, evacuados a Valencia, y en un alto del camino, en una mala posada, a través de un tabique pudo oír a unos milicianos levantinos que se las prometían muy felices si cogían vivos en sus manos al exdiputado radical a quien llamaban canalla y le dedicaban otros calificativos que él dejó pasar sin pedir rectificación, porque no estaba el homo para bollos. Luego el diputado, su mujer y su amigo embarcaron en Valencia, y tomaron tierra extranjera y tranquila.

VII

MALA SUERTE

La estampa del destino tiene también su anverso. El 29 de agosto fue detenido en la calle de Claudio Coello, cuando marchaba por ella a pie en busca de nuevo refugio un exministro republicano de la Gobernación. Lo detuvo la FAI, el grupo titulado Los Libertos. Según leí en el periódico al día siguiente al ser puesto en manos del Director General de Seguridad, el detenido hizo constar su agradecimiento por las atenciones delicadas que le habían guardado sus aprehensores.

Desde el día siguiente al trágico suceso de la Cárcel Modelo, se estableció dentro de sus muros un tribunal para juzgar a los detenidos militares y políticos que allí quedaban, mientras circulaba en Madrid el rumor que se había entregado el Alcázar de Toledo.

También se decía que se trataba de nombrar a Picasso director del Museo del Prado.

Para entonces, en las corridas de toros que se celebraban en zona roja, los toreros habían introducido la novedad de hacer el paseo de las cuadrillas llevando el puño en alto.

En la actuación del tribunal recién constituido se fueron celebrando juicios contra los sublevados en Madrid, Getafe, Leganés y Alcalá, siendo el primero de los juzgados un teniente de Artillería de Getafe, que después de veinte años de servicios había llegado a esa graduación desde soldado. También pasó ante el tribunal un comandante que era quien había declarado el estado de sitio en Alcalá, ordenando poner sábanas blancas en el cuartel, antes de que la aviación lo bombardease. De los dos capitanes con él procesados, uno había enarbolado una bandera republicana en un camión el 14 de abril del 31, y el otro se había sublevado en Jaca, con Galán y García Hernández.

Excepto el teniente, condenado a cadena perpetua, los demás fueron condenados a muerte y fusilados en la cárcel.

Como consecuencia de los juicios celebrados en días siguientes contra los jefes del Regimiento de Zapadores de Carabanchel y del Batallón Ciclista de Alcalá, hubo ocho penas de muerte y veintitantas de cadena perpetua.

El día 19 de septiembre se vio la causa contra un ministro de la República. Ninguno de sus colegas aceptó su defensa. Todos estos valientes en sus discursos no se atrevían a ponerse en contra de los chulos de la cárcel.

Dijeron que en Barcelona, después de fusilar a un capitán de Artillería, habían hallado en las botas del cadáver documentos que comprometían al exministro republicano de la Gobernación. Fue condenado a muerte y fusilado al día siguiente. Cuentan que dio muestras de gran valor. Cuando iba a ser fusilado cogió en broma un botijo de agua y echó un trago al aire, para demostrar que no le temblaba el pulso.

Por entonces se formó el batallón de Leones Rojos, integrado por dependientes de comercio que salieron para el frente de Extremadura unidos a la Guardia Civil. Esta cambió de nombre llamándose en lo sucesivo Guardia Nacional Republicana. Hubo un desfile por las calles de la capital, en camiones y coches llenos de guardias ondeando banderas rojas y alzando el puño, en tanto vitoreaban a la República.

Habló por radio una ministra anarquista y la oímos decir: «Todos hemos comprendido que el triunfo de los militares supone la ruina de España».

Ya el pueblo se considera solo antifascista, borrándose, según él, las diferencias ideológicas que existen entre socialistas, anarquistas, comunistas y republicanos.

Estos últimos figuraban ya a la cola. Unos quince días antes, al llegar a Madrid Rosenberg, como primer embajador de los Soviets, habló del presidente de la República Española y dijo a un redactor de *Pravda* que era «no solo uno de los mayores políticos y hombres de estado de la Europa occidental moderna, sino la figura más significativa de la democracia

burguesa de izquierdas de todo el mundo».

Este gran personaje estuvo a punto de ser fusilado por los rojos cuando huía al Mediterráneo.

Como Madrid empieza a conocer los ataques aéreos, se han tomado medidas para prevenirlos, reduciendo el alumbrado público, y en las casas empleando el *mínimum* indispensable de luz. Se han establecido altavoces para dar los avisos de la presencia de aparatos enemigos. Los tranvías circulan con alumbrado especial y los automóviles solo con luces de población. También se ha hecho público el teléfono a que habrá que llamarse en caso de incendios o averías en las conducciones de agua o de gas, así como para solicitar el servicio de las ambulancias municipales, para conducir heridos a los hospitales y clínicas de urgencia.

Se aconseja a la población que se refugie, al oír los altavoces, en los sótanos y plantas bajas, y se ha visto a gentes, cargadas con colchones, que iban a dormir en las estaciones subterráneas del Metro. Se ha hecho saber la existencia de refugios adecuados para cuatro millones de personas, el cuádruple de la población de Madrid.

VIII

LOS CHICOS MADRILEÑOS

A poco de comenzar el Movimiento, han empezado a darse mítines en algunos teatros y a la salida actúan enganchadores dando consignas para que se formen grupos de choque. El que más y el que menos, sabiendo cuál es el objeto de la reunión y comprendiendo que es mejor presentarse como voluntario entusiasta, que no con tipo de hombre que va sin ganas y a la fuerza a ser alistado.

Así, todo el elemento obrero ha tenido que entrar en alguna organización política. Socialista, comunista o anarquista. De haber estado en un puerto, con barcos en que meterse, el noventa y nueve por ciento se hubieran largado, diciendo: «¡Ahí queda eso!»

En tanto, las sociedades obreras se apoderan de palacios y se instalan en ellos. Los sindicatos ordenan la presentación de sus afiliados, la mitad de los cuales, al encuadrarse en el ejército, quieren dar la sensación falsa de ser voluntarios. La eterna mentira. Si hubieran podido zafarse del servicio hubiesen quedado muy pocos.

Comunistas y anarquistas se apoderan de hoteles y de casas ricas, y allí llevan a las milicianas que se lucen en los balcones y miradores con trajes elegantes y batas de color.

La gente expulsada de sus casas y de sus hoteles, se mete donde puede, en algún rincón, pero ahí tampoco la dejan en paz y la molestan solo por el gusto sádico de mortificarla.

Todas las mañanas, los jóvenes están obligados a ir a un nuevo cuartel, casi siempre un palacio requisado, para recibir órdenes y aprender algo de instrucción, marcar el paso y practicar la técnica de la retirada.

Pasados unos días son acuartelados, sin poder salir de su encierro. Les dan de comer muy medianamente, proporcionándoles tabaco y bebida. Para dormir se las arreglan como pueden, tendiéndose en el suelo y sin abrigo, unos contra otros para no helarse. De vez en cuando, un orador enfático y pedantesco les larga algún discurso, bien provisto de lugares comunes, que apenas escuchan. También aparece algún jefe importante y les lleva botellas de licor que reparte. El alcohol hace de las suyas, y el que más y el que menos, después de bien bebido, se siente valiente, dispuesto a comerse los hígados del contrario.

Se ve claramente el fin que persiguen con estos repartos de botellas con líquidos alcohólicos.

Una madrugada, apareció un comandante después del reparto de botellas, y en un A arenga muy efectista y de frases huecas, dijo a los medio dormidos que le escuchaban, que el enemigo estaba muy próximo y había que darle cara. Rápidamente se les equipó con manta, botas y un morral de costado, con plato y cuchara por todo armamento.

Salieron, cruzando Madrid, por la Cuesta de la Vega, en dirección al Puente de Segovia, llegando hasta el final del tranvía en la carretera de Extremadura, y allí estuvieron merodeando. Se aproximaron a la línea de fuego y ocuparon trincheras guareciéndose en ellas. Algunos chuscos comenzaron a sacar el sombrero por encima del parapeto en la punta de un palo y aquello inició el tiroteo de los nacionales.

Estos muchachos de Madrid, obreros, dependientes de comercio, estudiantes, era lo mejor de las tropas rojas, se batían con valor, hacían chistes sobre su miseria y sus peligros y daban la impresión de que la guerra era una broma.

Manolo, un chico de una librería de la calle Ancha, conocido de Hipólito ha entrado en las filas y allí se ha encontrado con Paul, el hijo de Will, y pelean juntos.

El primer día, hasta las cuatro de la tarde no pudieron comer, lo que hicieron después con gran apetito y en cantidad. Mientras tanto se estaba

verificando la evacuación de vecinos del barrio, donde las tiendas se veían abandonadas. Las tabernas se llenaron de parroquianos, que por sí solos se servían y pagaban honradamente. Dieron cuenta de buena parte de los víveres y de los alcoholes.

Anochecido, y todavía sin armamento, algunos entraron en las trincheras de la primera línea, relevando a los que se encontraban en ellas, siendo entonces cuando los armaron.

Más de la mitad de aquellos improvisados militares, no habían tenido nunca un fusil en sus manos, pero medio en broma, medio en serio, se vieron colocados cara al enemigo. Aquellos muchachitos de Madrid eran arriesgados y valientes. Consideraban el valor en broma, y todo les parecía cómico y propio para hacer chistes. Se les ocurrían cosas peligrosas, las hacían exponiendo la vida y después decían a los compañeros de la aventura:

—¡Menuda jindama hemos tenido, amigo!

¿Y quién no? Que no arrimaban candela los tíos de ahí enfrente con las ametralladoras.

Al día siguiente hacían alguna otra barbaridad y a muchos los cazaban como a conejos.

Las trincheras se habían hecho apresuradamente y apenas si les cubrían hasta la cintura, teniendo que estar agachados para que no les vieran. Mal organizados y con la imprudencia del novato, estaban amontonados y metiendo mucho ruido, sin saber lo que les esperaba.

Cuando amaneció el día siguiente, desde el cerro en que se encontraban vieron el Hospital Militar de Carabanchel, notándose movimientos preparatorios del ataque enemigo. Unas horas más tarde, la aviación contraria voló sobre ellos en plan de reconocimiento, sin descargar, y al poco empezaron a hostilizarles con intenso fuego de artillería, haciéndoles muchas bajas.

IX

LOS ATAQUES

Por lo que contaban los defensores de Madrid, los ataques eran fuertes y pasaban sus miedos correspondientes. La mayoría de la tropa que atacaba se componía de moros y regulares. La resistencia fue muy dura y se consideró como un acto de valor.

Al día siguiente, sin que nada lo justificara, cundió el desorden entre los ya fogueados, se retiraron a la carrera y si no llegaron hasta sus casas fue porque no les dejaron.

Castigaron mucho con artillería el final de la carretera, cruzándola después unos tanques, al amparo de los cuales los moros se internaron en la Casa de Campo, por una puerta de aquella, lográndolo por la poca precaución en el mando y el desorden y anarquía de las milicias. Poco a poco los que entraron se extendieron hasta la Ciudad Universitaria.

Durante diez o doce días, todas esas fuerzas madrileñas anduvieron desperdigadas, comiendo gracias a las cocinas de las Brigadas Internacionales, a las que se agregaron. Estas acababan de llegar, iban magníficamente equipadas, resistían y castigaban bien al enemigo. Para operar, enviaban siempre por delante como cebo, un pobre batallón de milicias, el cual salía hecho pedazos del encuentro, y luego entraban ellos de refresco y pegaban de firme.

A los jefes de las milicias no se les veía por ninguna parte. Los más arriesgados estaban heridos, y los demás se habían escapado. Solo la sensatez de unos y el instinto de conservación de otros, les hacía agruparse detrás de los parapetos dispuestos para la defensa. El tiroteo no cesaba, menudeando los casos de suerte porque no caían muchas granadas dentro de las trincheras.

Aburridos de aquel desorden, los chicos madrileños se escondían en las

casas abandonadas y trataban de dormir, pero siempre aparecía por allí algún futuro comisario que apuntándoles con al pistola les obligaba de nuevo a marchar a primera línea. Cansados de tanta exigencia, en más de una ocasión les hacían cara a los matones dispuestos a todo, y las amenazas se convertían en ruegos, que quedaban en nada cuando les animaban a acompañarles, lo que les ponían en gran aprieto. Era muy raro descubrir un acto de valor en aquellos directores.

Mermados y deshechos los pseudo-voluntarios madrileños volvieron a la capital para ordenarse y reorganizarse, y al cabo de quince o veinte días de descanso, salieron en dirección al frente de Carabanchel, ya mejor preparados. Allí se les alojó en un grupo escolar de la calle del General Ricardos, donde hallaron relativa comodidad, hasta presentarse un día «las tres viudas», nombre que daban a un grupo de tres aeroplanos negros como murciélagos, que empezaron a descargar sobre ellos bombas y más bombas, que cayeron en el grupo escolar y arrasaron todas las casas de los alrededores. Cuando salieron a la calle se vieron rodeados de llamas y cascotes, felicitándose de que el grupo escolar se hubiera librado, porque había dentro unas mil personas.

Entonces, los jefes, temiendo una nueva incursión de «las viudas», los enviaron rápidamente a primera línea, ocupando una posición situada en las faldas de un cerro denominado El Basurero, que estaba próximo al Campo de Comillas.

En el Ejército Rojo donde mandaban los comunistas, se espiaba a los compañeros tibios y se les confiaba las tareas difíciles y sin brillo; se daban consignas crueles que había que cumplir. En cambio, en las tropas formadas por anarquistas, la insubordinación y la rebeldía eran frecuentes, y solo en momentos de entusiasmo marchaban todos unidos.

Allí debían prestar vigilancia en parapetos y en casas fortificadas. Manolo, el de la librería de viejo, y Paul, el hijo de Will, estaban cerca del enemigo, tanto que, en muchos casos, les separaba de él solamente una tapia o una calle estrecha. De nada valían los fusiles, solo el cinto lleno de bombas servía para impedir sorpresas, que, de vez en cuando, soportaban, replicando

debidamente.

Por la noche ocupaban puestos avanzados y casas metidas en cuña dentro del terreno enemigo, teniéndole a uno y a otro lado.

Entraban en ellas sin que los contrarios se dieran cuenta, aprovechando la oscuridad, en grupos de quince o veinte hombres, y si se obraba con prudencia, y no se hablaba ni se hacía ruido, no había cuidado, para que no se enteraran los enemigos de que los tenían infiltrados en sus líneas. Tan bien preparado estaba todo, que conseguían hasta llevar lumbre en grandes latas tapándolas con mantas. Luego cerraban las roturas de las paredes haciendo de ese modo llevadero el frío intenso que dominaba.

Un día, por imprudencia, sostuvieron un tiroteo y al darse cuenta el enemigo, les deshizo con unos cuantos cañonazos la guarida, hiriendo a varios. El miedo al peligro les hacía ser observadores, reconociendo los sitios antes de ocuparlos, para librarse de un disgusto. Las huellas que dejaban las balas indicaban de qué parte venían los tiros, y eso les hacía tener confianza.

El comandante del grupo era un muchacho joven, de una aldea de Asturias, a quien sus paisanos le llamaban El Pescaderín porque había sido mozo de una pescadería. Era temerario en el combate, pero sin pizca de malicia ni de previsión. Era hombre templado, audaz. Llevaba ya mucho tiempo en Madrid, pero seguía siendo un tipo inocente. Creía que la revolución traería la felicidad.

Algunos de los que luchaban a sus órdenes trataban de convencerle de que el hombre es un animal bestia, bárbaro y fanático, y que no hay que sacrificarse por él, porque no merece la pena. Pensaban convencerle para que abandonase sus inútiles heroicidades y desafíos al destino, pero no conseguían nada.

Paul, el hijo de Will, me cuenta que un día, por haberse desviado demasiado de sus líneas, después de un tiroteo habían tenido que esconderse en el techo de un homo, de una manera muy incómoda. Desde allí se veía un patio con un pozo, donde estaban dos moros lavando su ropa, y de vez en cuando aparecía uno más para sacar agua del pozo. Un compañero que hacía

de enlace estaba herido en un muslo y su situación preocupaba a sus camaradas.

Estuvieron allí más de diez horas, sin moverse del sitio, esperando de un momento a otro a que les descubrieran, hasta que se echó la noche encima, y cargando el comandante a cuestras al compañero de enlace, llegaron hasta la puerta y pudieron alcanzar la posición, y salvar el pellejo. En el momento en que saltaban el parapeto, fue cuando empezaron a disparar sobre ellos, sin alcanzarles. Allí se les recibió con gran alegría, pues ya se les creía prisioneros.

En los ratos de ocio, que no faltaban, cada uno se dedicaba a sus aficiones; el uno leía, alguno cantaba, otros jugaban a los naipes. Las casas estaban abandonadas y la mayoría saqueadas. Los que las visitaban se quedaban con lo que les parecía, y otros miraban aquello con indiferencia y desdén.

El soldado, según Paul, en primera línea generalmente no cogía más que lo que precisaba, sobre todo comida, pues la movilidad a que estaba sometido, le impedía cargar con cosas para él inútiles y estaba más atento a su propia vida.

En cambio, el que entraba y salía en el sector diariamente, como les ocurría a los obreros de fortificación, dejaban chicas a las plagas de langosta; se llevaba lo que podía, a veces por necesidad, otras por instinto. Algunos libros recogidos servían de distracción.

La guerra muchos días es más entretenida de lo que se figuran los que no participan en ella —me decía Paul—, pero tiene momentos mucho peores de los que cualquiera puede figurarse.

Uno de esos momentos lo vivieron cuando el enemigo atacó un altozano a la derecha de la calle del General Ricardos, cerca del Basurero. La compañía que lo defendía tuvo que retirarse en malas condiciones y otro grupo de milicianos fue llamado urgentemente para reforzar la posición, entablándose una lucha cuerpo a cuerpo y entre ruinas de casas, armándose un gran barullo teniendo que preguntarse el que se encontraba enfrente a qué partido

pertenecía para acogotarlo o para reunirse con él.

Fue entonces cuando se pusieron en Madrid grandes carteles de propaganda comunista, invitando a los jóvenes a ir al frente del barrio de Usera, ofreciéndoles ascensos y premios al que consiguiera incendiar un tanque, cosa fácil, según el cartel de propaganda, pero que costó muchas vidas, pues los jóvenes no tenían la menor preparación para ello. En el Basurero de Usera murieron la mayoría de ellos.

—Y no ha habido ninguna protección —le pregunté a Paul.

—Sí, la Cruz Roja de Suiza ha mandado grandes cantidades de leche condensada para los niños pobres, y se les daba, en un café del barrio próximo a la escuela, un vaso de leche y un poco de pan. Varias veces presencié este desayuno algún personaje de la Cruz Roja extranjera, y aquel día hubo cantos regionales, jotas y poesías, y después, La Internacional, acompañada al piano por alguna profesora.

A estas fiestas acudían las autoridades de los partidos. Las madres, enternecidas, daban las gracias al representante extranjero. No se celebraban fiestas religiosas ni tradicionales, como Nochebuena, los Reyes, etc., siendo las fiestas los entierros suntuosos, con formaciones de milicianos, en el tránsito, como el de Durruti.

En otro intento para evitar confusiones —aseguró Paul— tuvieron que adoptar el truco de llevar un brazalete blanco, atado al brazo, consiguiendo rescatar con grandes pérdidas, lo que habían tenido que abandonar anteriormente.

Cuando no había operación, se instruían en el manejo de las ametralladoras, lanzabombas y otras máquinas automáticas, armas en mal estado, que a fuerza de cuidados y de probaturas apenas podían lograr que funcionasen. Tenían también algún mortero cogido a los italianos en el desastre suyo de Guadalajara, armatostes pesados y de gran calibre, que les traían de cabeza porque no sabían manejarlos. Careciendo de municiones apropiadas, para suplirlas les mandaban granadas mal calibradas que explotaban al salir del cañón, siendo peor el remedio que la enfermedad. Se

fabricaban en una fundición llamada Ferrobellum que regentaba un periodista, en unión de un socio que murió al efectuar una de la pruebas.

Se hacían bombas con tubos de cañerías que llenaban de dinamita, cerrados por un extremo y por otro, les ponían una mecha y, una vez encendida, los arrojaban al lado contrario.

X

LA PROPAGANDA

La propaganda en ambos bandos era intensa y constante. Unos de los medios empleados consistía en tirar grandes cohetes con octavillas invitando a deponer las armas. El enemigo repetía el sistema mandando cigarros, que en el bando rojo escaseaban, los cuales llevaban impreso el envoltorio. A falta de tabaco, los rojos mandaban libritos de papel de fumar, que, a cada cuatro o cinco hojas, tenían impreso un consejo de pasarse a sus filas.

Se daban también con frecuencia lo que llamaban actos de confraternización, conversaciones sostenidas entre los dos bandos. Se ponían de acuerdo y saltaban unos cuantos de cada lado, sosteniendo amigable charla durante algún rato. Hubo vez en que más de cien individuos a un tiempo se olvidaron por unos momentos de que eran contrarios, preguntándose por conocidos y familiares.

En algunas ocasiones, puestos los bandos de acuerdo, se suspendía el tiroteo y saltando un hombre de cada lado, se hacían el saludo cada cual a su manera, y después de fumar un cigarro, se cambiaban paquetes de periódicos. Con tanta frecuencia se sucedían estos actos que enterada la superioridad, los suprimió inexorablemente, amenazando castigar al que lo hiciera.

Una de las propagandas más eficaces del enemigo consistía en hacer hablar por un altavoz a los que pasaban a su lado, quienes llamaban por sus nombres a los que hasta hacía poco habían sido sus camaradas, elogiando las comidas que les daban, cosa que hacía mucha mella entre los que sentían la escasez de alimentación, que fue aumentando en el lado rojo, hasta el final de la guerra, alcanzando la miseria absoluta.

El comisariado era una organización comunista cuya influencia aumentaba por días. Dominaba a las Brigadas e instalaban unos centros rojos

en locales donde se daban conferencias y se inculcaba la idea marxista. Todos pretendían ser oradores y el que se destacaba iba ascendiendo fácilmente de categoría en el partido, pasando de comisario de un grupo a tener el mismo carácter en una brigada o división.

El sistema de espionaje resultaba antipático. Consistía en tener en cada escuadra de cinco hombres uno de ellos confidente. Este se enteraba de cómo pensaban los demás, y a su vez, puesto de acuerdo con el de la compañía, se lo comunicaban al del batallón, cuyo individuo estaba al tanto de todo lo que pasaba en su unidad. Era una técnica comunista y maquiavélica.

Los encargados de surtir de ropa lo hacían muy de tarde en tarde, y el que la necesitaba tenía que procurársela por su cuenta. El uniforme era absurdo y con las diversas prendas extrañas que se ponían unos y otros, aquello parecía un carnaval. Todos ellos resultaban tipos extravagantes.

Lo que les chocaba a los rojos era el que los nacionales no atacaban a Madrid por el Norte. Sabían algunos que este ataque lo llevó a cabo Napoleón cuando avanzó por Chamartín de la Rosa.

XI

VISITA NOCTURNA

Como yo había sabido que en dos casas inmediatas a la pensión nuestra de la Gran Vía se habían efectuado registros y se habían llevado a varias personas, fui a la Inspección de Policía del distrito y me di a conocer como militar inglés, preguntando qué tendría que hacer en caso de que intentasen registrar la casa en que vivía. Me dijeron que debía avisar inmediatamente a la delegación por teléfono.

Convine con Will en estar prevenidos por si la cosa ocurría. Durante unos días nos acostaríamos vestidos y preparados para avisarnos mutuamente. Pusimos un timbre en mi cuarto y otro en la alcoba de Will dispuestos a que el primero que oyese la llamada avisara al otro, y los dos apareceríamos en el recibimiento de la casa pistola en mano.

Las criadas eran tres: la doncella, Lolita, chica valiente y decidida, muy entonada y muy juiciosa. Era muy amiga mía, muy inteligente y yo tenía mucha simpatía por ella. La Puri era la otra muchacha, que tenía un novio miliciano, y luego la cocinera que era una mujer de cierta edad. También había una asistenta que aparecía todas las semanas y a veces dos veces a la semana.

Lolita, esta chica por entonces doncella de la pensión, había sido mecanógrafa de una oficina. Había visto que estaba en peligro y había entrado en la pensión donde se encontraba mucho más segura y protegida. Su hermano había sido fascista y estaba con los nacionales. Era una mujer muy inteligente. Si yo hubiera sido más joven, me hubiera dirigido a ella.

Yo no era hombre para engañar a una muchacha como aquella y esto que Lolita comprendía, le daba cierta estimación por mí. Ella iba aceptando un poco inconscientemente la moral de la guerra y la Revolución.

Teníamos pistolas ametralladoras Will, la dueña de la casa. Lolita y yo.

Una noche, a las dos de la madrugada, oí el timbre que repiqueteaba en la pensión de la Gran Vía. Inmediatamente Will y yo dimos la señal de alarma. Aparecimos al punto en el recibimiento y a los pocos momentos la dueña de la casa y la doncella Lolita. Los cuatro armados. El que llamaba era León Carnicer, a quien había conocido en la librería El Club del Papel.

Carnicer, que se sorprendió un tanto al tropezarse conmigo, dijo que tenían orden de registrar la casa. Con él iban tres hombres más.

—Este piso —dije— está protegido por la Embajada inglesa.

—Eso nada importa —replicó Carnicer.

—¡Ah, muy bien! Dentro de un momento vendrá gente de la Embajada.

—Aquí está esta picara —dijo Carnicer, refiriéndose a Lolita.

—Sí, aquí está defendida por mí —dije yo— y al que quiera hacerle daño verá lo que le cuesta. Ustedes no son más ladrones y asesinos.

Mientras Will, Lolita y yo hacíamos frente a los llegados, la señora andaluza se había puesto en comunicación con la Embajada, transmitiendo un aviso a nombre mío.

—Ahora vienen —dijo la señora.

—No nos importa —replicó Carnicer.

—Bien —le contesté yo—. No le digo a usted más que una cosa, y es que si alguno de ustedes levanta el fusil, lo mato como a un perro, pase lo que pase.

Ante aquella amenaza, vaciló Carnicer, y luego quiso tomarlo a broma. Acabó diciendo que tenían una orden de detención de Mercedes, la señorita andaluza. Y mostró un papel.

—A ver, la orden.

Me mostró un papel que yo cogí con la mano izquierda, lo arrugué y lo metí en el bolsillo.

Carnicer era un tipo de hombre falso, sombrío y exaltado, con una sonrisa medio irónica.

—Ese papel —dije yo— no tiene ningún valor. Lo ha podido escribir usted o cualquier canalla de los suyos. Esa señorita no sale de aquí. Si recibe una citación del juzgado, vista y aprobada por la Embajada inglesa, irá donde la indiquen. Si no, no saldrá de casa.

—Eso lo veremos.

—Ustedes no son ni anarquistas ni comunistas, son sencillamente asesinos y ladrones.

Carnicer pareció reflexionar. Yo comprendí que tenía la partida ganada e insistí.

—Esa señorita es pariente mía. Yo soy el comandante Evans, del ejército inglés, y si alguno le ataca a ella o a mí, le costará caro.

—Yo no me meto con usted —replicó Carnicer.

—Pero yo sí me meto con usted, porque quiere hacer una canallada y eso yo no se lo permito.

—¿Es su querida?

—No le tengo que dar explicaciones de ninguna clase. Solo le digo que al primer movimiento que haga le pego un tiro y dispuesto a vender cara mi vida.

—Y yo también —dijo Will.

El teléfono sonaba insistentemente.

—Bueno, vámonos —dijo Carnicer cínicamente.

Los tres hombres salieron de la casa y bajaron de prisa las escaleras.

Cuando llegó la gente de la Embajada, ya se habían ido.

Yo pasé varios días recluido en mi cuarto, porque se hacían prisiones en la calle a capricho. El hombre medio, que no había manifestado nunca ideas políticas, no podía vivir. Le decomisaban la casa, iba a otra y al poco tiempo registraban esta y la saqueaban.

Luego salí acompañado de Hill, fuimos los dos armados al café, y allí nos informamos de las noticias que se tenían sobre los manejos de García Atadell y su partida. La Escuadrilla del Amanecer formada por este miserable, era como la representación más genuina del bandido español. Ladrón y asesino, y después convertido y ejecutado entre curas y frailes.

Las cosas en la ciudad marchaban cada vez peor. La gente sincera, de inclinaciones socialistas o comunistas, veía que la desesperación llevaba a aquellas gentes al crimen y a la barbarie. El pueblo, que creía en gran parte que la victoria era segura, empezaba a vacilar, a temer, que podían perder la partida. Ante eso no había medida de contención, se caminaba a pasos de gigante hacia el desbordamiento y hacia el crimen.

Se ponían de manifiesto cada vez más los fieros instintos animales. De poderse hacer una estadística de los muertos de un lado y de otro, al dar un resultado parecido, habría que pensar que las utopías políticas no sirven para que el hombre sea bondadoso con su semejante. Los políticos españoles actuales, son como los conquistadores españoles de América, Hernán Cortés. Pizarro. Núñez de Balboa, etc., terribles, violentos y crueles. Lo único que les diferencia de los actuales es que aquellos eran geniales y estos son completamente mediocres.

Cuando en el Evangelio de San Mateo se habla del árbol bueno y del árbol malo, se dice como corolario: por sus frutos los conoceréis. Lo mismo se puede decir de los hombres de nuestros días: por sus actos los conoceréis. No hay ningún Espartaco entre los revolucionarios españoles.

XII

UN DESCONTENTO

Unos días después se presentó a ver a Mercedes un pariente suyo. Manolito Padilla que, al parecer, era miliciano de la FAI. Estuvo a enterarse de lo que había pasado con la visita de Carnicer.

Manolito era primo de Mercedes, joven esquinado y descontento, a quien cortaron la carrera. Se había preparado para ser diplomático. Ya con la Revolución era imposible y tendría que esperar a que acabara este período de guerra y de fusilamientos. Había ido a ver a su prima a la pensión y le había ofendido ver la bandera inglesa en la puerta.

Se enteró de que allí vivía un militar inglés.

Manolito Padilla era un reaccionario de temperamento y de ideas: a un primo suyo que era fascista le habían matado en la calle. Él, al saberlo, se hizo miliciano de la FAI.

A veces iba a ver a Mercedes y sin conocerme sentía gran antipatía, por estar defendido por el gobierno de Inglaterra. Un día hablamos largo rato y hasta simpatizamos. Manolito comenzó a ir a la librería El Club del Papel y se hizo amigo de algunos de los tertulios. No era tan agrio como parecía de primera intención, y hasta sentía simpatía por algunos de los conocidos.

Por lo que me contó Mercedes, este muchacho primo suyo, no era tan atravesado como parecía, lo que sí era orgulloso. Había tenido un hermano a quien se consideraba como el honor de la familia y este hermano se había enrolado con los fascistas y era amigo de los jefes. La familia entera se inclinaba por él y Manolito se veía desdeñado. Esto le ponía frenético de cólera. A veces discutía con furia. Tener toda la familia en contra era demasiado para él.

Antes del comienzo de la guerra, al hermano de Manolito lo mataron a tiros los comunistas, y con esta injusticia notoria que hay siempre en las familias, casi consideraban a Manolito el causante de la muerte de su hermano.

XIII

LOLITA

Una semana más tarde estaba yo por la mañana leyendo en mi cuarto, cuando se presentó Lolita, la doncella de la pensión, muy elegante y muy guapa. La vi ir y venir, y le dije:

—Hablemos un momento Lolita. Siéntese usted. Lolita se sentó.

—Veo que coquetea usted un poco conmigo, Lolita.

—¿Lo ha notado usted don Carlos?

—Sí.

—¿Y eso le parece mal?

—No, no me parece mal, pero le tengo que hacer una observación.

—¿Qué observación?

—Que yo tengo sesenta años cumplidos y que dentro de tres o cuatro puede ser que esté hecho un carcamal y usted sea una mujercita joven.

—¿De verdad tiene usted sesenta años?

—Sí.

—Pues no lo parece.

—A esto que le digo, hay que añadir que soy militar y que quizás el año que viene o el otro haya una guerra con Alemania y yo tenga que ir.

—¿Y por qué me dice usted eso?

—Para indicarle que como presunto marido soy una calamidad. Yo

—añadí— tengo mucha simpatía por usted, y creo que es una chica muy inteligente y bondadosa.

—¡Muchas gracias, don Carlos!

—No es un requiebro, es una convicción, pero yo creo que en todo hay que poner las cosas en claro.

—¿Y por qué dice usted eso?

—Lo digo porque dentro de cinco o seis años yo seré un viejo, supongo que antes de un año o unos meses después, viene la guerra europea. Si me llaman, como me llamarán, tendré que ir a donde me manden. En la guerra puedo morir, quedar herido o prisionero. Sesenta años y una guerra en perspectiva a la que yo tendré que ir. No es un buen programa para una chica guapa e inteligente.

—Me da tristeza oírle hablar a usted así, don Carlos.

—Sí, lo comprendo, pero en todo a ser posible hay que buscar la verdad.

—Sí, tiene usted razón. Yo tengo confianza en usted.

—Yo también en usted Lolita, pero no quiero perjudicarle y que le quede mi recuerdo como el de un canalla que se ha aprovechado de un momento de debilidad suyo.

Lolita se acercó a mí, me dio la mano y me la apretó con fuerza.

XIV

PACA, LA RUBIALES

Como por aquellos días peligrosos estaba yo más tiempo en casa que de ordinario y no salía a la calle más que teniendo algo urgente que hacer, conocía a los proveedores de la pensión y también a una asistenta a la que llamaban Paca la Rubiales.

Esta iba una vez o dos a la semana a la pensión a fregar y a encerar el suelo. Era una mujer de tinos treinta y cinco a cuarenta años, guapa, rubia, muy trabajadora que lavaba la ropa, cosía a máquina, frotaba el suelo, todo con un ímpetu extraordinario y se mostraba siempre alegre.

Se había casado, según contaba, muy joven con un capataz, el Chaparro, con el que tuvo un hijo y una hija. El Chaparro era cominero y conservador que siempre estaba echando sermones de moral y esto a ella le aburría, le ponía negra, como decía con gracia.

—¿Pero es para tanto? —le pregunté yo.

—Sí, mi marido, el Chaparro, cuando vino la República, empezó a decir en la vecindad que era religioso y que los republicanos y los socialistas eran todos unos bandidos, y cuando comenzó la Revolución, desapareció, yo no sé si le matarían en la cárcel o qué le pasaría, pero yo no tuve noticias suyas. Entonces apareció el pintor amigo mío, el Gorriones, y nos entendimos enseguida. Mis chicos son también rojos como todo el barrio y se entienden muy bien con el pintor. El Gorriones es un poco golfo, pero buena persona y alegre. Mis hijos le tienen también mucha simpatía porque es un hombre de mucha chispa y buen corazón. Si podemos, yo me divorcio y nos casaremos.

—¿Y por qué le llaman el Gorriones?

—Porque cazaba pájaros en la Dehesa de la Villa.

—¿Y está aquí ahora?

—No, está en Teruel.

—¿Y es militar?

—Sí, es teniente. Es un poco fanfarrón, pero tiene gracia, sabe usted. Y nos entendemos al pelo y les quiere mucho a los chicos míos. ¿A usted no le parece bien lo que he hecho yo?

—A mí, sí, muy bien. ¿Y ya le manda a usted el Gorriones dinero para vivir?

—Sí, pero no siempre porque es un poco loco, por eso tengo que trabajar yo en las casas.

—¿Y cuando viene su hombre le da a usted su sueldo de oficial?

—Sí. quizá se quede con algo para convidar a los amigos y a la gente de casa. Me dice que repartido en la temporada ese dinero es poca cosa y cuando viene de licencia nos damos unos banquetazos terribles.

—Pues casi creo que tenía razón, porque ese dinero de su paga, repartido en unos meses, no lo notarían ustedes probablemente mucho.

—Toda la familia trabajamos. Mi chica cose a máquina, mi chico está de aprendiz en una imprenta y tiene aficiones de pintor y vende algunos cuadros, y así vamos marchando.

—Eso es lo principal, y tener alegría.

—La vida es dura...

—Sí... ¿Qué se va a hacer?

Yo le preguntaba lo que pasaba en su barrio y ella contestaba dando muchos detalles pintorescos y desganaos.

—¿Y dónde está su barrio?

—Pues un poco más lejos de los Cuatro Caminos. Hay Metro.

—No conozco bien esa parte de Madrid —indicó yo.

—Después de los Cuatro Caminos está el Estrecho, Bellas Vistas y luego Tetuán —explicó ella—. También está cerca la Dehesa de la Villa y ahí hay cazadores de conejos con bichos y gente un poco maleante.

—¿Bichos son hurones?

—Sí.

—Ahora no podrán hacer gran cosa los guardas contra los cazadores furtivos.

—Nada. Ahora son ellos los que hacen lo que les parece. Y mandan como si fueran los amos.

—Vida libertaria.

—Sí.

—Bien si pudiesen seguir.

—¿Por qué no va usted alguna vez por allí don Carlos? —me preguntó ella.

—Ya iré, pero ahora la cosa está un poco fea y le pueden dar a uno un disgusto, y más siendo extranjero.

—Sí, es posible.

La charla con la Rubiales era pintoresca y divertida. Contaba historias muy graciosas y muy descaradas. En ellas aparecían los líos de las mujeres y de los hombres de la barriada, y con mucha frecuencia la preocupación de la gente por los muertos que se encontraban en medio del campo.

—Cuando pueda usted ir por allá —me decía la asistenta—, verá usted que chicos más majos tengo.

—Sí, ya iré, pero ahora parece que anda la cosa con dificultades.

—Sí, es verdad. Cada lunes y cada martes se encuentran fiambres en los alrededores.

Esto de fiambres me sorprendió. Luego recordé que llamaban así con humorismo sombrío a los cadáveres.

Por la Paca sabía después con qué exactitud pasaban las cosas en los alrededores de Madrid, sitios que no eran evidentemente muy tranquilizadores, y menos para un extranjero.

Me contó unas historias raras. En su barrio al parecer había comunistas, fascistas disfrazados de rojos, espiritistas y masones.

Por lo que me ha explicado, los chicos forman cuadrillas a las que dan nombres folletinescos sacados de novelas populares y hay Los Piratas, Los Aguiluchos. Los Micos, etcétera. A veces estas cuadrillas tienen su presidente que da sus órdenes y sus consignas que luego los demás no las toman en serio.

Una de las historias de Paca la Rubiales que más me llamó la atención, fue la de una mujer de buena posición que había caído tan bajo que vivía en una cueva de su barrio.

—¿Y qué le pasó a esa mujer? —le pregunté.

—Pues yo no sé, pero creo que todo fue debido a su falta de carácter. Al parecer, de chica no tenía energía ni malicia. Un señor ya viejo, amigo de su padre, le dijo una vez que tenía que enseñarle unas flores, y la llevó a un cuarto y la forzó. Esta mujer, que es un poco insensible a todo, ni protestó siquiera. Si a mí me pasa eso con un hombre, yo lo mato.

—Sí, creo que sería usted capaz de eso.

—¿A usted le parecería mal?

—No, a mí no. ¿Qué le pasó después a esa pobre mujer? ¿Hizo algo?

—Es como una paloma o como una ternera. Pasó algún tiempo y el

señor se fue y le substituyó otro. A ella no le chocaba nada y así vivió años y años, hoy con uno mañana con otro, sin comprender sin duda que no era esta una manera habitual de vivir. Después se había presentado en el hospital porque estaba débil y en su ausencia le habían quitado la casa, y tenía que vivir en una cueva, mal alimentada.

—¡Pobre mujer!

—Ella dice que quiere engordar a ver si puede vivir como antes y encontrar alguno que la sostenga. Todo esto lo dice con fórmulas de cortesía y de respeto, y con el ánimo de no haberse enterado de nada de cuanto ocurre en Madrid.

—¡Qué inocencia!

—Algunas veces, los milicianos del barrio le llevan con ellos en un camión y le dan algo de lo que requisan o de lo que roban, y ella les da las gracias con mucha finura.

—¿Usted suele visitar a esa mujer?

—Sí, y le llevo algo para que coma.

—Pues entonces yo le daré a usted un poco de dinero y le lleva algo de mi parte, chocolate o bollos. Le pagaré a usted lo que sea.

—Muy bien, don Carlos. Así lo haré.

XV

UN JOVEN ENTUSIASTA

Tiempo después, tuve yo una impresión penosa. Estaba, después de almorzar en mi cuarto, leyendo en mi butaca, cerca del balcón, cuando oí que llamaban a la puerta de mi cuarto.

—¡Adelante! —dije.

Se abrió la puerta y en el hueco apareció Mercedes.

—¿Se puede pasar, don Carlos? —preguntó.

—Sí, ¿qué ocurre? —dije yo levantándome y saliendo a su encuentro.

—Que quiero presentarle a un joven amigo mío.

—Muy bien, pasen ustedes.

Entró Mercedes, seguida por un muchacho vestido de militar, que no llegaría a los veinte años y tenía un aire infantil.

—Este chico —dijo Mercedes— es un compañero de mi infancia, unos meses más joven que yo. Luisito ha venido a verme, y dice que dentro de unos días va a la Casa de Campo a defender Madrid, con los rojos y contra los fascistas.

Yo me sorprendí del deseo de aquel muchacho.

—¿Y dónde vive usted habitualmente? —le pregunté al chico después de indicarle una silla para que se sentase.

—He venido de París con ese objeto —dijo el muchacho— con un amigo que va a hacer lo mismo que yo.

—¡Qué disparate! —exclamé yo sorprendido.

—No es disparate, no —dijo Luis—. Mi padre ha tenido un alto cargo con la República, y es lógico que yo la defienda.

—No, no es lógico —repuse yo—. Si usted tuviera responsabilidad en lo que pasa, sería lógico que la afrontara, pero usted no tiene ninguna responsabilidad, no puede tenerla. Eso no se traspasa de padres a hijos.

—Yo creo que la tengo.

—Más la tienen los militares y se han sublevado.

—Sí, puede ser.

—Si usted quiere, yo le llevo a la Embajada inglesa y está allí metido aunque sea mientras dure la guerra.

—No, no. Eso sería una traición. Además, nosotros ganaremos la guerra —dijo él, con aire convencido.

—No la ganarán —repuse yo—. Tienen ustedes enfrente al Ejército español casi íntegro, la ayuda técnica alemana y la italiana... Están ustedes perdidos.

—Rusia ayudará...

—Nada. ¡Qué va a ayudar! Rusia no hará nada. Es un pueblo maquiavélico. Todos los países europeos están preparándose para otra guerra mayor. Aquí no mandarían ni un fusil que valga, lo único que harán será llevarse lo que puedan.

—No me convence usted, señor Evans.

Entonces yo, volviéndome hacia Mercedes, le dije:

—Vamos a ver, Mercedes. Trate de convencer a su compañero de infancia de que lo que pretende hacer es un grandísimo disparate.

—No sé si podré convencerle —dijo ella—. Luisito está muy firme en

sus trece.

Evans le dijo al chico, hablándole de tú:

—No seas tonto y no te metas en eso. Si la República no es nada. Además estos son unos chulos y no te lo van a agradecer. Tú crees que ellos pensarán que tú vienes de una manera romántica a exponer tu vida por una idea. ¡Cá, hombre! Ellos creerán que tú vienes aquí porque te conviene, a hacer tu carrera y si te ven en un momento difícil, te dejarán que te hundas.

—No, no me convence usted.

—Lo que quieras chico, lo que quieras. Creo que no vale la pena de sacrificar por este Gobierno la vida de una persona joven y generosa.

—Es que yo soy republicano.

—No seas tonto. El ser republicano, ¿qué significa hoy? Nada. ¿Es que tú crees que en una de esas repúblicas americanas se vive más dignamente y con más libertad que en Holanda, en Suecia o en Noruega? Pues si lo crees, te engañas de medio a medio. Los hombres no tienen importancia. En Holanda o en Suecia, le verás al rey en la calle y a la mayoría de los presidentes de las repúblicas americanas, si les quieres ver, tendrás que escribir un memorial y pasar entre soldados de guardia. Hay que ver la realidad en la vida, y no ocuparse de las fórmulas.

—Pero usted, señor Evans, es militar.

—Sí, pero yo soy viejo, ¿qué me espera a mí? Nada, lo mismo da que me peguen un tiro..., pero tú eres una criatura, puedes tener suerte en la vida. ¿Para qué te vas a jugar tu porvenir en una cuestión que para ti no es nada?

—Usted también se la habrá jugado.

—No. yo me hice militar por espíritu de aventura. No por obligación moral. He andado por el mundo entero en sitios en donde no hubiera estado siendo paisano, pero tú, ¿qué vas a hacer? En esta campaña vas a estar metido en un agujero de la tierra como un gusano.

—Cumpliré con mi deber.

—No tienes ninguno, no te alcanza la menor responsabilidad.

Aquel muchacho, tan terco para afrontar su perdición, había estado en Valencia unos pocos meses recibiendo instrucción militar, y venía con las estrellas de teniente.

Luisito tenía el fanatismo de la juventud. No creía en los instintos bajos de la mayoría.

Mercedes pensaba en su matrimonio próximo con él y se le veía que estaba exaltada y enloquecida.

Luisito se entusiasmaba pensando en la guerra y en el amor que le esperaba. Yo no le pude convencer.

Luis se incorporó a las fuerzas republicanas de teniente. En el campo de batalla se hizo cada vez más audaz y preparó golpes de mano contra el enemigo. Llegó a tener la impresión de que era invulnerable. Mercedes temblaba y se entusiasmaba con sus hazañas. ¡Qué vida la de los dos! Era para ellos un sueño; los días, él pensando en sus proyectos de sorpresas y celadas, ella temblando de terror, y las noches entregados a la pasión.

Si ganaban la guerra, se casaba con Mercedes. El porvenir se les presentaba magnífico.

Cuando los dos muchachos salieron del cuarto, reanudé yo la lectura, pero pronto tuve que dejarla, pues mi espíritu no tenía la fijeza necesaria para seguir el relato del libro. El recuerdo, tan inmediato de aquella pobre criatura, deslumbrada por una idea completamente falsa me obsesionaba, me ponía ante la realización próxima de un verdadero suicidio.

Después supe que el muchacho no había hecho caso de mis consejos.

Luis se incorporó a su regimiento que estaba cerca de la Casa de Campo.

No, la vida no era siempre mediocre, como decía el señor Evans, debía

pensar el chico.

Los cuatro o cinco primeros encuentros a Luis le habían dado la impresión de que la guerra no era tan peligrosa como se decía. Quizás el chico había tenido en la escuela militar de Valencia momentos de pánico, pero al ver que se desarrollaba con facilidad en la guerra y que su novia le admiraba, había creído ya dominar la situación.

Con frecuencia citaba a Mercedes por teléfono y los dos andaban agarrados del brazo por la calle.

Según me dijeron, Mercedes estaba entusiasmada con su amigo en plena luna de miel libertaria. ¿Quién lo iba a suponer en una muchacha como aquella llena de prejuicios de todas clases? Yo pasé en la Gran Vía cerca de ellos y no me vieron, tan entusiasmados estaban el uno con el otro. El idilio, desgraciadamente, acabó de prisa. Una mañana, en una salida que hicieron los rojos cerca del Manzanares, Luis cayó, herido de una hala en el pecho. Le llevaron a la clínica del Palace Hotel. Mercedes estuvo siempre a su lado. Luis no reaccionaba. La hala había interesado órganos muy importantes y el médico no preveía un buen final. Por influencia de la madre de Mercedes se llamó a un cura y a un empleado del juzgado, y se verificó un matrimonio *in extremis*.

Al compañero de Luisito que también había venido de Francia y que dirigía los disparos de un cañón en el Retiro, le mataron unos días más tarde que a Luis y quedó destrozado.

Después de este tiempo, Mercedes desapareció, debió encontrar algún procedimiento para ir a su tierra.

Pasados unos días, la madre abandonó la casa y les sustituyeron en el cuarto un matrimonio de gente de alguna edad con un tipo un poco judío.

La dueña de la casa, en vista de que yo no decía nada, me habló de Mercedes y de su madre, y me preguntó si sabía algo de lo que les había pasado. Yo le dije que no lo sabía.

La dueña pensaba que habían ido las dos a una finca suya de Andalucía.

Después, por lo que me escribió Hill, ya terminada la guerra, Mercedes escribió a Lolita y la invitó a que fuera a pasar unos meses en su finca de Andalucía, y Lolita fue y se casó con una persona rica.

Pero por entonces la guerra seguía lo mismo. El frente de Carabanchel y el del sur de Madrid, no se constituyó hasta el final de 1936, cuando los nacionales, después de tomar Toledo, avanzaron hasta la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria. Este avance desde Toledo duró apenas diez o doce días. En noviembre el frente estaba ya en la Ciudad Universitaria.

XVI

LA MUERTE DE DURRUTI

Un suceso que ha impresionado mucho a la multitud, ha sido la muerte de Durruti. Buenaventura Durruti parece que era de una familia vasca radicada en León.

Durruti tenía varios hermanos. Todos ellos fueron anarquistas, violentos, aventureros y audaces; pero el más audaz de todos y el más inteligente era Buenaventura. Los tres o cuatro murieron a mano armada. Para Buenaventura Durruti no había nada imposible, tal fe tenía en su suerte y en su brío. Al estallar la Revolución del 36, formó una Brigada y considerando sin duda que Barcelona no estaba muy expuesta al ataque de los nacionales, decidió trasladarse a Madrid con su gente.

En el camino, según se dijo, tuvieron sus fuerzas un encuentro con las tropas enemigas y parte de los anarquistas flaquearon y, al terminar la pelea. Durruti parece que mandó entrar a sus soldados flojos en vagones y los precintó y los devolvió a Barcelona.

Después Durruti entró en Madrid con sus tropas y marchó a pelear a la Ciudad Universitaria. La gente tuvo un gran entusiasmo por él. Alguno me dijo que le había visto con una gorra y una chaqueta de cuero negro en primera fila y dando sus órdenes. No había duda de que era un hombre valiente y generoso de una inteligencia despierta en todo lo que no rozara a sus ansias revolucionarias.

Pocos días después se supo que a Durruti lo habían matado, no por una bala enemiga, sino por alguna de los suyos. Al parecer le hirieron por la espalda, porque había mandado diezmar los batallones que mandaba, por cobardes. Trasladaron al herido, según dijeron, según unos al Hotel Ritz, según otros al Palace donde murió. Le enterraron con gran solemnidad.

Durruti tenía razón como militar, pero no la tenía como anarquista. La guerra no se puede hacer más que con una disciplina estrecha y dura. Querer hacer la guerra con anarquistas que van a pretender discutir las órdenes de sus jefes, es una perfecta locura.

La muerte de Durruti quedó en la oscuridad. Que lo mataron en la retaguardia de la Ciudad Universitaria varios desconocidos en pleno día, es evidente. La versión que circuló después fue que lo habían suprimido los comunistas que perseguían a muerte a los anarquistas después de las luchas de Barcelona entre los dos bandos políticos.

Primero se contó que había recibido en la Ciudad Universitaria un tiro en la espalda disparado por alguno de su tropa. La bala había entrado por la escápula izquierda, le cruzó el cuerpo y se le alojó en el hígado. Los que contaban esto añadían que se le llevó en una camioneta al Hotel Ritz y que allí murió después de largas horas de agonía.

Unos afirmaban que no, que había sido herido en la plaza del Callao, cerca del Hotel Florida, donde se alojaba, y que la mano que disparó la pistola era de un comunista. La figura de Durruti había producido, casi al llegar a Madrid, gran entusiasmo y esperanza en los rojos, y se le hizo un entierro muy solemne y se le dedicaron a su memoria artículos, versos y canciones.

XVII

BOMBARDEOS

Poco tiempo después de la llegada de las Brigadas Internacionales, hubo en Madrid un bombardeo muy violento de los sitiadores que causó muchas víctimas. Yo no veía en él gran objeto. En mi casa la mayoría era de opinión de refugiarse en el sótano. Yo le dije a la dueña que no era partidario de eso porque de morir no me agradaba quedar herido envuelto en cascotes. Así que pensaba quedarme en mi cuarto. Tomé unas gotas de láudano que tenía, me acosté y dormí perfectamente. Al día siguiente me enteré de los destrozos y de las muertes que había causado el bombardeo, sobre todo en el barrio de Arguelles, porque hubo muchos destrozos.

Unas semanas más tarde de haber visto al joven llegado de París que venía a unirse a los defensores de la capital, un médico de la Institución Libre de Enseñanza me invitó a ir con él a la azotea de la Telefónica. Fuimos provistos de buenos gemelos para ver si se advertía desde este observatorio el giro que tomaba la lucha entre rojos y blancos. Yo no comprendía la eficacia de este ataque. Me parecía inútil y sin objeto. Creo que hubiera sido más lógico atacar Madrid por la parte de Chamartín, por el lado de La Guindalera, por el Retiro o por la Estación de Mediodía.

Llegamos a la Telefónica y subimos en el ascensor hasta la terraza. El médico había conseguido un permiso especial, pues no dejaban subir allá más que a gente de la casa. El observatorio era peligroso. Tanto aquella torre como las que coronaban el edificio de la Casa de la Prensa, frente a la plaza del Callao, solían verse cañoneadas con frecuencia por las piezas emplazadas en los altos de la Casa de Campo por los nacionales.

La técnica que había que seguir no era complicada. Sonaba el tiro, se echaba uno al suelo, pasaba el proyectil y podíamos levantarnos a explorar el campo enemigo. Así estuvimos media hora. Yo le dije al doctor:

—Por ahora no entran en Madrid.

—Sí, eso parece —contestó el doctor.

—Lo que no comprendo yo es porque no han atacado los nacionales la ciudad por el Norte.

—En la parte Norte tienen enemigos —me dijo el médico.

—Sí, pero por esa parte del oeste tienen enemigos y, además, la altura, que es más difícil de dominar.

Él creía que los rojos llevaban la guerra muy bien, yo no lo veía así. Cierto que los blancos tenían más medios que los rojos. En los rojos había mucho aparato, mucho espejismo.

Recordé la escena a la que asistí días atrás, con motivo de la manifestación que se había celebrado con la llegada a Madrid del embajador de Rusia. La manifestación había desfilado por la Gran Vía, de noche, y todo tenía un aire tétrico. Yo la estuve contemplando desde el halcón de mi piso de la Gran Vía. Aquella masa de gente, circulando por el centro de la amplia calzada, en medio de la noche, casi en silencio, producía una enorme inquietud.

¿Quién podía luchar con una muchedumbre así ya fuera roja, blanca o amarilla? Era como caer en un pozo profundo: verse sin la menor posibilidad de defensa. La masa, la multitud, sea de la opinión que sea... ¡Qué horrendo pantano!

De Rosemberg, el embajador ruso, dijeron luego que lo fusilaron en su país por no haber tenido éxito en España ¡Qué brutalidad! Como si alguien tuviera seguro el éxito de antemano.

Qué gente mediocre, estos delegados extranjeros. Los rusos que han tenido hace todavía pocos años escritores tan extraordinarios, ahora no tienen nada. También los españoles tuvieron grandes escritores en el siglo XVII, pero eso no quita para que rusos y españoles tengan hoy una mentalidad poco destacada.

Al bajar de la terraza a la calle, le hablé al médico de un muchacho al que había conocido pocos días antes, en la pensión, llegado de París para tomar parte en la defensa de la capital, hijo de un exministro de la República y sobrino de otro.

El médico, que se conocía estaba informado también de la llegada de aquel muchacho a quien no había visto, comprendí oyéndole que ignoraba lo que había ocurrido. Aquella noticia le sorprendió dolorosamente. Se vio que le causaba gran impresión.

Seguimos juntos el médico y yo. Gran Vía abajo, charlando. Yo comentaba la sorpresa que me había producido ver cómo la pintoresca España de pandereta de los extranjeros, alegre y sonriente, se transformaba en una harpía horrible, capaz de toda clase de maldades. Temía que las violencias y las crueldades que se cometían en todas partes, no fuesen consecuencia de las ideas exacerbadas, sino atavismos de las razas.

Comenté con el médico el caso de García Atadell, informados como estábamos ya de su detención y de su muerte dándole golpes de pecho. No podrían decir los religiosos que se tratase de un ateo o de un librepensador, ni que se hubiese educado en el materialismo contemporáneo. De todos modos, aquellas persecuciones y crímenes de un lado y de otro habían desacreditado a España en todas partes.

El médico que no quería insistir en motivos tristes, explicó lo que había ocurrido con unas mujeres que, en plena calle, levantado sus faldas habían gritado: «¡Queremos amor!». Era una frase de bacantes. Un viejo que pasaba por allí les dijo: «Si estáis salidas aquí me tenéis a mí», e hizo mención de soltar la correa de sus pantalones, pero las tales le insultaron con una furia cómica y añadieron: «Tú eres un viejo ridículo. Nosotras queremos jóvenes rusos».

El médico y yo convinimos en que se había llegado al colmo del absurdo. El médico citó, como una cosa excepcional el caso de un tal Melchor, el anarquista director de prisiones, al que llamaban El Ángel de la Anarquía, porque usaba de su cargo para librar a la gente de las cárceles. Era andaluz, de Sevilla; un anarquista con gracia^[30].

Este año 36, que ya ha pasado afortunadamente, ha sido en España un año de crímenes horribles. ¡Qué de bestialidades no se han hecho! Si se hiciera una estadística exacta y se pudieran contar los crímenes con detalles, el mundo quedaría estremecido y asombrado.

¡Qué país! ¡Qué crueldades! ¡Qué sadismo más bestial!

He oído hablar con detalles de fusilamientos de personas inocentes de un lado y de otro. Esto no es cosa rara en las guerras civiles, en las que no se respetan fórmulas de derechos.

Se habla de un sainetero andaluz preso^[31]. Me dijeron que este pobre hombre pasaba la vida en la cárcel de San Antón, como los demás, barriendo suelos, pelando patatas, charlando entre bromas y veras con los amigos que encontró en la cárcel.

Unas veces tenía esperanzas y creía que nada le pasaría, y hacía chistes otras se alarmaba y veía el porvenir negro.

XVIII

UN POETA DECADENTE

Will conoce a un poeta bohemio y hampón. Pedro Luís de nombre, le ha visto uno de estos días en la calle y el poeta le dijo que le convidara a una taberna a echar un trago.

—Bueno —dijo Will— te invito a unas copas, pero no bastantes para ponerte fastidioso y borracho, porque tú a mí no me das la lata.

—No. no pienso emborracharme. Tengo que hacer una comisión importante.

—¿Qué tienes que hacer?

—Tengo que verle a un sainetero en la cárcel de San Antón.

—¿Es amigo tuyo?

—No, le tengo bastante asco.

—¿Y entonces, para qué quieres verle?

—Para reventarle.

—Pero, ¿te ha hecho algo a ti?

—No, ¿pero te parece poco ser un reaccionario asqueroso?

—¡Menudo gachó eres tú!

—Yo no perdono. Ese tío no se escapa de mis manos. Tomaron en el mostrador unas copas de vino blanco y el poeta dijo:

—Bueno, no quiero tomar más por ahora.

Salieron y los dos marcharon juntos a la calle de Hortaleza y entraron en el convento de San Antón convertido en cárcel.

Pedro Luis y Will llegaron a la sala donde estaba el sainetero, y Pedro Luis habló con él, con una ironía torva de mala clase.

Cuando se decidió a salir de la cárcel. Pedro Luis les dijo a los carceleros:

—Cuidado. ¿Eh?... Cuidádmelo bien... Ya sabéis que a este no le mata nadie más que yo... ¿Verdad, tú?

El sainetero no sabía exactamente si se trataba de una amenaza o de una broma. El aire de Pedro Luis no le tranquilizaba. ¿Por que le tenía este odio? Probablemente por el éxito popular. ¡Qué complejos extraños de maldad!

Pasaron días, unos cómicos presos en la cárcel de San Antón, con los cuales habló el sainetero, quedaron libres. Los cómicos fueron reclamados por embajadas y se largaron.

Una noche le llaman al sainetero y le llevan al tribunal para pedirle cuentas de si se había burlado en sus obras o no de los trabajadores. Él se defiende como puede y le condenan ¡Qué necedad! Condenar a muerte a un sainetero por si ha dicho algún chiste sobre los obreros. ¡Qué estupidez!

Al día siguiente por la madrugada lo meten en un camión y le llevan a Paracuellos donde lo fusilan^[32].

Probablemente el poeta, que se llama El Verdugo de la República, ha estado en el fusilamiento. ¡Qué pobre miserable! Este es un pueblo de locos y de perturbados. Hay pocos quijotes y una inmensidad de sanchopanzas asesinos.

Otros muchos casos de repugnante crueldad se dieron. Uno fue el que me contaron del hospital. Un médico del hospital tenía un enfermero que era miliciano. A un tipo con fama de fascista le habían fusilado porque había caído una bomba de aeroplano en un sitio estratégico de Carabanchel, y no era posible que nadie supiera el carácter estratégico de este lugar más que

teniendo informes de alguno que viviera en el pueblo. Al fusilarle entre otros, no lo mataron, curó de sus heridas y le quedó un pequeño absceso.

El médico que no se atrevía con el enfermero, porque el hombre se daba mucha importancia, le dijo:

—Diga usted que traigan a este herido a la sala de operaciones. Tengo que hacer una pequeña intervención.

El enfermero no apareció con el herido. El médico se marchó a su casa, y al día siguiente por la mañana preguntó al enfermero.

—¿Y ese que fue fusilado y que tiene que venir aquí, dónde está?

—Ya lo he despachado —dijo el enfermero. Efectivamente, le había llevado a la sala de operaciones y allí le había cortado el cuello.

XIX

TUMULTOS CALLEJEROS

En el otoño y en el invierno del 36 se dieron órdenes a los milicianos de estar preparados para una operación: la voladura de un cine situado en una glorieta a la derecha de la calle del General Ricardos. El cine estaba habilitado como cuartel por el enemigo, y las fuerzas que lo ocupaban en su mayoría eran moros y regulares.

El intento de la voladura se estudió durante más de un mes. Se hizo una galería subterránea hasta llegar al sitio de referencia, colocando varios regueros de dinamita. Los milicianos se retiraron a segunda línea y la explosión fue algo terrible. La mayor parte de las casas próximas se vinieron abajo, volando por los aires bloques enormes de piedra y de cemento que causaron víctimas.

Aquella tarde se oía desde casa el tiroteo que nos pareció más lejano de lo que era. Hacia las siete de la tarde salí a ver qué ocurría y me encontré en las calles próximas los portales cerrados, escasa circulación y un ambiente de tragedia. Al llegar frente a una clínica había algunos grupos llenos de ansiedad, seguramente gente de la familia de las víctimas.

Entre dos luces, me acerqué al Club del Papel. Varios dijeron que habían comenzado a oírse unos ruidos extraños, sospechosos, como si ocurriese algo. Se vio gente que corría, cierres de tiendas, mujeres con niños que buscaban una puerta salvadora, y en eso llegó a la librería un ruso, amigo de Hipólito, hombre alto, con los ojos claros, que explicó lo que ocurría. Era que llegaba una manifestación.

Entonces el doctor, dirigiéndose a un contertulio llamado don Clemente, le dijo en voz baja:

—Profeso, cuidado con la turbina, que con esta gente yo no me fío ni de

mi camisa. Abrochemos el cerebro y a esperar con cautela.

Una tarde, estábamos allí el librero, Hipólito y el profesor don Clemente, cuando entró un ruso de unos treinta y cinco años, que dijo que era escultor. Se puso a hablar con gran libertad. A mí me pareció más que nada un agente provocador y el médico hizo como de costumbre una alusión a la turbina. El ruso dijo que por la noche se iba a hacer una gran manifestación en honor de su país.

Desde el anochecer comenzó a pasar por la Gran Vía gente que iba y venía. Yo me fui a casa y después de cenar me asomé a ver la manifestación en honor de Rusia y de las Brigadas Internacionales. El aspecto que ofrecía la calle era imponente. A lo largo de la Gran Vía, a oscuras, los bordes de los tejados dibujaban su contorno sobre un cielo plomizo, ceniciento y la multitud desfilaba alzando el puño y lanzando gritos. Entre los manifestantes se distinguían algunos tipos extraños, cuyas voces roncadas no oídas habitualmente revelaban su carácter de extranjeros. Parecía como si marchasen encuadrando los grupos indígenas, de obreros españoles, en que abundaban los jóvenes.

Cuando llegaron las Brigadas Internacionales, el Madrid militar tuvo aspecto. Se veían soldados y oficiales de buen tipo, algunos paseando con mujeres extranjeras. Luego ya, cuando se marcharon, el pueblo quedó triste y sombrío.

Después de que la manifestación pasó por la calle, volvió a quedar casi vacía: solo cruzaban de tiempo en tiempo algún que otro camión, conduciendo milicianos.

HISTORIAS OÍDAS

La tertulia del Club del Papel ha variado mucho. Ya va poca gente. Goyena hace tiempo que no la frecuenta, Abel Escalante tampoco aparece, no se sabe si están los dos en Madrid, quizá consiguieron salir de la capital y aun de España. El profesor parece que está en Valencia, el librero sigue en su tienda, aunque el negocio debe resultar nulo y no hay más que muy escasas salidas para comprar libros ofrecidos en venta. Ocurre también que el dependiente Hipólito por ocupaciones políticas o por otros motivos falta a menudo, no sé si con permiso o sin permiso del patrón.

Contó el doctor la historia de la mujer de un importante industrial, amigo suyo, la cual, mediante el sacrificio de algunos billetes de mil, consiguió que fuese evacuada. Embarcó en Alicante, tomó tierra en Marsella y dando la vuelta por el sur de Francia llegó a establecerse en San Sebastián, donde tenía amistades porque en tiempo corriente era donde solía pasar los veranos. Desde allí, por la Cruz Roja, enviaba noticias al marido diciéndole que estaba triste y que se acordaba mucho de él, pero ocurrió que el marido averiguó, sabe Dios cómo ni por qué conducto, que la prójima evacuada tenía un nido confortable en un hotel junto a la Concha, llevaba una vida espléndida y lograba gran éxito entre los oficiales italianos que en San Sebastián se reponían de sus heridas, y que si no rivalizaban en la lucha con César ni con Alejandro, en amores eran unos donjuanes. A la dama le llamaba algún erudito la Venus Citerea.

El industrial madrileño no estaba muy informado de lo que podía suponerse de una mujer a la que llaman Venus, si solo se la consideraba guapa, o si algo más, pero lo que le roía el espíritu era el aditamento de Citerea, que solo servía para confundirle. El librero le dijo que él buscaría el significado en un libro de Mitología para ver si podía aclararle algo el concepto. Él creía haber leído que Venus nació entre las espumas del mar,

sobre el muelle lecho de las olas que se extienden entre la punta meridional del Peloponeso y las costas de Siria, pero el industrial se mostró cada vez más escamado, porque a los italianos de Mussolini nunca les tuvo gran simpatía, y su mujer no había visto más que el trozo de Mediterráneo de Alicante a Marsella, y después la Zurriola.

Luego, el médico contó que en el Palacio Real, en las guardillas, se había instalado un grupo de soldados vascos y algún asturiano, los cuales tenían por misión observar el Campo del Moro, no fuera que se metieran por él los que ya estaban en los alrededores. Mientras unos vascos vigilaban, los que no estaban de servicio se dedicaban a cazar perros y a comérselos. Salían a la calle con un hueso atado a una cuerda, y cuando engañaban al animal y conseguían llevarlo a un sitio apartado, lo mataban, lo llevaban después a Palacio, y allí lo despellejaban y lo salaban para comérselo más tarde.

Algunas mujeres que habían notado ya sus maniobras, cuando los veían salían a gritarles indignadas: «Fuera de aquí, cochinos perreros».

También se refieren algunos episodios ocurridos en pueblos de las inmediaciones, relatados por gentes que, al acercarse las tropas nacionales, huyendo de ellas han venido a refugiarse a la capital, ocupando los pisos de los incautos que salieron de veraneo, sin saber lo que iba a suceder. Estas gentes refugiadas cuentan cosas verdaderamente extrañas, pintorescas unas, crueles y criminales otras, testimonios de una barbarie repugnante.

En uno de los pueblos circuló el rumor, entre los aldeanos, de uno de los propietarios ricos de los contornos que andaba montado en un caballo blanco, recorriendo los pueblos de la sierra, matando a los niños de los obreros. La gente lo llegó a creer.

—Pero... ¿cómo pueden ustedes llegar a creer semejante cosa? —les decían algunos—. ¿Cómo, individualmente, una persona cualquiera va a dedicarse a la matanza de niños y a rivalizar con Herodes, sin que nadie le diga nada?

En el primer momento en que se les hacían estas reflexiones, parecían oírlas y convencerse, pero, inmediatamente, como animales con su querencia

volvían a incurrir en las mismas ideas absurdas de su ancestral barbarie.

En el pueblo de ese propietario, rival de Herodes, la gente en una de sus reuniones para instaurar la Revolución, decidió que uno de los amigos de aquel estaba de más. Buscaron al propietario para que fuera con ellos. El propietario marchó con la cuadrilla de hombres armados de pistolas. Al ver a su amigo, se le acercó y, poniéndole la mano en el hombro, le dijo fríamente:

—Fulano, el pueblo ya no quiere jefes.

Y al decir esto, los que le acompañaban sacaron sus pistolas y dejaron al hombre muerto.

Otro caso, según han contado, fue el de un hombre al que le conocían por la zamarra de pana y una gorra a cuadros que solía usar. Este amigo dio su zamarra y la gorra a un pobre desgraciado que era tonto, y lo mandó con un encargo a una ciudad próxima, en donde estaban los enemigos. Estos, al verle al tonto creyeron que se trataba del hombre de la zamarra y lo fusilaron inmediatamente.

Otro tipo del país supo que un conocido suyo había declarado contra él y por sus declaraciones le habían condenado a muerte. Al verle le dijo:

—Sé que me has denunciado, pero te perdono. No tengas miedo del castigo eterno, porque yo estaré en el cielo y pediré a Dios que te perdone.

—¡Qué fe! —dijo asombrado uno que oía el relato—. Esa gente es muy cándida.

—¿Por qué cándida? —preguntó un desconocido.

El interrogado calló. No quiso decir que esa creencia en la inmortalidad le parecía un poco de moro y de judío.

Después de aportar el médico y el profesor otras informaciones, el escultor, que era hombre pedante, empezó a hablar de su arte, y a enlazarlo con la revolución, sin que nadie pudiera ser capaz de ver qué engranaje podría haber entre una cosa y otra. Según el escultor, el arte nuevo escultórico

influiría profundamente entre los revolucionarios.

Al profesor don Clemente le hubiera gustado replicarle, oponiéndose a aquella sarta de utopías sin fundamento, de vaguedades y de simplezas... ¿Qué podría tener que ver la escultura con la transformación de la sociedad? Creía que nada, pero el médico le hizo un gesto y don Clemente dejó que la turbina siguiera su curso dando vueltas.

Un muchacho, que quizás era fascista, narra el episodio de un señor, vecino de la casa donde él vive, hombre de edad, viudo y con un hijo de dieciséis a diecisiete años, al que los milicianos fueron a buscar para fusilarle.

El padre del muchacho, al saber lo que pretendían, les gritó a los milicianos:

—Yo voy con mi hijo.

—No, usted no.

—Sí, yo también. Le van a fusilar al chico. Yo... ¿qué voy a hacer solo? Voy a vivir miserablemente. Prefiero que me fusilen también a mí. ¿Qué puede importarles a ustedes?

—Pero usted no ha hecho nada contra nosotros.

—Cierto, pero prefiero morir con mi hijo, porque sin él yo no quiero vivir. ¡Sería muy desgraciado!

—Bueno, entonces, ¡qué le vamos a hacer!

—Bien, ahora me visto en un momento.

Se puso su chaqueta y su sombrero, y salió con su hijo a tomar un automóvil que esperaba a la puerta.

El dueño de la librería ha contado que en Boadilla del Monte había un hombre empleado en una finca. Este hombre, cuando estaba en la miseria, escribió a un conocido suyo diciéndole que no tenía para vivir, que estaba muerto de hambre. El amigo le procuró la colocación en su casa de Boadilla.

Cuando vino la Revolución, el amo estaba en la finca. El guarda creyó que era una tontería estar empleado donde podía ser el dueño. Mató al amo y empezó a vivir como propietario, guardando lo que era suyo. De ese modo se obtenía una simplificación de funciones. El hombre se las manejaba muy bien como propietario. No tenía que discutir con nadie. No le pasaba como a los grupos de comunistas y anarquistas que se han hecho dueños de palacios en la capital, después se han pasado la vida riñendo y amenazándose.

XXI

EVANS SE MARCHA

Después de la retirada de las tropas internacionales. Madrid tomó un aire de tristeza y de cansancio. Se veía que ya la mayoría de la gente no creía en el triunfo de los rojos. La comida se hizo escasa y la vestimenta cada vez más pobre.

Al día siguiente, al salir de la librería y al llegar a la plaza del Callao, el médico y yo —dice Evans— nos separamos. Yo subí a la pensión, donde tenía citado a Will, el chófer de la Embajada. Cuando entré en mi cuarto, llamé a la camarera y le pregunté si Will había llegado.

—Sí, hace un momento —contestó ella.

—Pues dígale que le espero en mi cuarto.

Al verle entrar le dijo:

—Will, he decidido marcharme.

—¿A dónde va usted? —me preguntó el chófer sin darse por muy sorprendido.

—Primero iré a Valencia, y allí embarcaré para Marsella, camino de Inglaterra. Quiero dar un vistazo por Francia. Tal vez esté una temporada en París.

—¿Y no deja usted, mi comandante, algunos amores por aquí?

—No, yo va me he cortado la coleta en esas cuestiones.

—Pues la chica de aquí anclaba muy entusiasmada por usted.

—¡Bah! Nada. Han pasado otras cosas que no son para contar. Yo

nunca he pensado en ella. Soy viejo para casarme.

—Así que, ¿otra vez a buscar conflictos?

—¡Psch! ¡¿Qué se va a hacer?! Ya está uno acostumbrado a eso.

—¿Y cuándo se marcha?

—Mañana por la noche.

Pensaba yo que la guerra de Alemania con los aliados no tardaría en estallar, y creía deber mío acercarme lo más pronto posible a mi país.

SEXTA PARTE

SIN RUMBO

I

VIDA DESORDENADA

Manolito quedó con Evans en que le daría noticias de los amigos y que estas noticias se las comunicaría a Will para que, cuando fuera, se las comunicara a Evans.

Hipólito, según parece, hace una vida desordenada. La mayoría de las noches no va a dormir a su casa, donde la madre y la hermana están angustiadas por temor de que le pueda ocurrir algo. No se pueden acostumbrar a ver que falta y a no pensar en incidencias malas. Saben que algunos días se acerca a los frentes, y eso las tiene con el alma en un hilo.

Recuerdan el caso de un compañero suyo, que él contó, y que revela los extraños rodeos que busca el destino para llegar a su fin. Ese amigo de Hipólito, un día, tuvo que lanzarse en auto a toda velocidad a lo largo de un camino bombardeado, a derecha e izquierda, salvándose sin sufrir lo más mínimo. Luego, días después, estaba en una posición contando con alegría aquel verdadero milagro de la casualidad a sus camaradas, cuando llegó una hala perdida y lo dejó muerto.

La fidelidad que guarda Hipólito a sus ideales, le tiene de ordinario muy lleno de preocupaciones. Es un iluso, que siente el anarquismo como una religión nueva. Tiene de la madre la bondad y la tendencia al sacrificio y quizá del padre la tendencia al análisis.

Un día, al volver a su casa después de algún tiempo de no aparecer por allí y sin que ellas, la madre y la hermana, tuvieran noticia alguna de por dónde andaba, encuentra en su vivienda del Puente de Vallecas un refugiado desconocido. Es un hombre viejo, gastado, achacoso, que viste ropas desastradas.

Hipólito, al descubrir aquel huésped con el que no contaba, le preguntó

a su madre:

—¿Qué hace aquí este viejo? ¿Te paga?

Anastasia le respondió:

—Sí, aunque no sea mucho, algo paga.

—Lo digo, porque si no da algún beneficio, ¿para qué vamos a tenerle? Aquí nada sobra, no estamos para hacer caridad a nadie. Cada cual que se las arregle como pueda.

La madre replicó:

—Sí paga, sí. Tiene un poco de dinero, y con ello él se remedia y a nosotras puede ayudarnos un poco.

—Bien está —dijo el dependiente de la librería—. Pero, ¿qué es lo que ha hecho hasta ahora? ¿En qué se ha ocupado?

—Era maestro en el pueblo.

—¡Hum! ¡Maestro! me choca —murmuró Hipólito en tono de escama—. ¿Maestro, y trata de esconderse? Debe ser un reaccionario.

La madre, toda temerosa, ante el recelo de su hijo intentó convencerle de que le huésped era un pobre diablo, un bendito que no había hecho en su vida nada malo, un hombre de bien, incapaz de causar el menor daño a nadie, un asustado por todo cuanto estaba ocurriendo a su alrededor.

—Es muy bueno —añadió—, muy bueno, y nos hizo muchos favores en el pueblo. No digas por ahí que le tenemos en casa. Que nadie se entere.

—Bien, madre, bien, lo haré. Callaré por mi parte, pero usted cuide mucho de no comprometerse..., y de no comprometerme. En mi posición en el Partido, si supieran que en mi casa hay un enemigo, no les haría mucha gracia.

II

ASALTO A UN BANCO

Hipólito abandonó la casa y siguió calle del Pacífico arriba para acudir a la librería. Iba descuidado, cuando vio detenerse en el borde de la acera un automóvil y que desde el asiento de la delantera le llamaba una voz:

—Hipólito, ¿a dónde vas a estas horas por aquí?

Era León Carnicer el que le interrogaba.

—Salgo de casa de mi madre e iba a la librería.

—Anda, vente con nosotros.

—No. voy a tomar el Metro, para ir a mi trabajo.

—Súbete aquí conmigo y te llevaré al centro, pero lo que debías de hacer es dejar el trabajo y venirte con nosotros.

El jefe de milicianos iba con su cuadrilla en dos automóviles, todos armados. Se dirigían a practicar un registro. Hipólito se sentó a su lado y el coche arrancó hacia la Puerta de Atocha.

—¿A dónde vais? —preguntó a su amigo.

—A asaltar un banco.

—Es decir, a robar.

—Lo que quieras. Es lo mismo.

—Yo no iría nunca a quemar una iglesia ni a fusilar a nadie.

—Sí, tú eres un idealista.

—Y tú la guerra bruta.

—Todos los grandes hombres tienen dos o tres periodos en su vida. Yo estoy en el primer periodo.

—¿Y cómo te las arreglas para hacerte obedecer de tu gente?

—Porque saben que no me ando por las ramas. Yo estoy dispuesto a limpiar Madrid de reaccionarios y de fascistas. Me he cargado a todos los que he podido.

El auto pasó por delante de una cervecería. En una de sus mesas había un militar de barba negra, de ceño duro rodeado de soldados.

—Mira, ahí tienes al Campesino.

—¡Mala facha! Tiene aire de cruel y de bárbaro.

—Es lo que hay que ser en una revolución. Ese hombre no tiene temor ninguno de afrontar los mayores peligros.

—Quizá finge. Es difícil mirar la muerte próxima con serenidad.

—¡Psch! ¿Qué se yo? Yo mismo no lo sé. Obro con incongruencia a propósito. En la situación en que estoy hay que ser enigmático para tener un poco de prestigio. Si yo no hiciera más que mostrar un sentido común vulgar, nadie me respetaría, pero si me envuelvo en misterios, puedo resistir algún tiempo. Les digo a mis gentes: aquí hay que apretar, aquí no: aquí ser severo y cruel, allí no. Si estos perros me conocieran, me devorarían. Yo me sucedo a mí mismo, como dijo un dramaturgo español. Evoluciono y no soy siempre el mismo.

—¿Y ahora qué eres?

—Soy un granuja —contestó el miliciano, en el momento en que detenía el auto cerca de un edificio de la calle de Serrano.

Hipólito bajó al mismo tiempo que Carnicer, cada uno por su portezuela.

—Bueno, yo me voy —dijo Hipólito.

—No seas mandria —replico el miliciano—. Sube con nosotros. El ser testigo de lo que pase no te ha de comprometer.

—Bueno, subiré, pero ya sabes, no ha de ser más que como espectador.

Todos los que componían la cuadrilla de León Carnicer tenían aire siniestro. La patrulla iba a registrar la casa de banca de Salvat. Era un edificio lujoso. Cuando llegó la patrulla los empleados estaban trabajando. Al penetrar la patrulla en el vestíbulo, Carnicer preguntó por el director. La noticia inmediatamente circuló por la casa y corrió como reguero de pólvora. Todo el mundo se asustó porque ya sabían lo que ocurría en Madrid.

Diez milicianos armados hasta los dientes aparecieron en las oficinas. Hipólito esperó en el vestíbulo. Aquellos canallas dijeron después que habían encontrado en el pupitre de un empleado un escapulario, y en el de otro, unas hojas fascistas.

Carnicer habló al jefe del despacho, mientras sus secuaces, maestros en el asesinato y en el robo, registraban las cajas, las carpetas y los pupitres.

Los del partido penetraron en el despacho del director, que se comunicaba por una puerta con un vasto salón, que era la oficina principal. La puerta de comunicación estaba entornada. Todos los empleados, al ver entrar a la patrulla, se pusieron en pie, y entre ellos se produjo un gran silencio de pánico. Nadie hizo la menor observación.

Carnicer dijo que le habían mandado hacer un registro. Fueron apareciendo libros de contabilidad, copiadore de cartas, cuadernos de pólizas, se vaciaron cajones sobre las mesas. Todo se iba registrando. Se veía claramente que los encargados de la inspección arbitraria no traían orientación ninguna, ni trataban de buscar algo preciso, determinado; marchaban sin seguir una pista en busca de un azar que les dejara algo entre las manos. Lo que trataban, indudablemente por encima de todo, era el producir una impresión de miedo en los empleados, conseguir después que se considerase como muy natural una reclamación.

Al cabo de un rato, en la mesa del subdirector, que tenía su despacho al otro extremo del salón de la oficina, debieron haber hallado algo firme para apoyar su propósito, una carta sospechosa sin duda, sobre cuyo texto Carnicer pidió explicaciones que, naturalmente, no le dejaron satisfecho. También, al repasar las nóminas de los empleados, tropezaron con el nombre de uno de ellos, que era un joven rubio, delgado, con lentes de concha, cuya afiliación estaba en las listas que llevaban de los de Falange.

El subdirector y el falangista fueron reclamados.

—Hala, vengan con nosotros.

Los demás empleados miraron a sus compañeros con indiferencia y con muestras de una terrible cobardía, la del que se considera a salvo de un grave peligro, y juzga ya fuera de su comunidad al desventurado que ha caído al mar y se ve arrastrado por las olas que momentos antes amenazaban a todos.

Cuando ya parecía que la requisita había terminado, el director hizo entrar en su despacho al jefe de la patrulla, como si tuviese que tratar con él de algún asunto especial y reservado. No fue muy largo el rato que allí permanecieron hablando. Debieron ponerse pronto de acuerdo y todo ello sin que se oyeran gritos ni voces altas.

Mientras tanto los milicianos habían desaparecido escaleras abajo, llevándose a los presos.

III

FAMILIA DISPERSA

Hipólito no quiso subir con la cuadrilla, fue solo detrás por la escalera donde vio a una rubia guapa que había conocido en la librería hacía unos meses.

—¿Quién es? —preguntó al portero.

Este, bastante asustado, contestó:

—Es la cuñada del director de la casa de banca.

El director, don Enrique Salvat, hombre joven rubio y enérgico que hasta entonces se había mostrado seco y duro con todo el mundo, fingía desde hacía tiempo en su despacho que la situación había cambiado. Se mostraba un buen compañero y llamaba a los empleados camaradas, mimándolos y obsequiándolos con palmadas en el hombro y cigarros. Sobre todo a dos de ellos que eran de la UGT y a uno que había ingresado hacía poco en la CNT, les halagaba y consideraba necesario emplear las fórmulas de la época revolucionaria.

A poco, el jefe de la partida. Carnicer, salió del despacho del director despedido por este con palmadas de su mano sobre el hombro y alcanzó en las escaleras a sus camaradas. Hipólito que les estaba esperando en el portal, se despidió de él para seguir a pie hacia el centro, hasta la librería. Los automóviles arrancaron con los milicianos. En uno de ellos habían ocupado asiento en la parte de atrás, el subdirector y el joven rubio con lentes, fascista, a los que llevaban a la checa para ser interrogados.

Cuando el director de la casa de banca acudió aquel mediodía a comer con la familia, en su casa del barrio de Salamanca, informó a su mujer de la desagradable visita que había tenido aquella misma mañana, en su despacho

de la sociedad, del registro que efectuaron, de las detenciones del subdirector y de uno de los empleados, y le explicó el arreglo que había pedido hacer con el jefe de la patrulla sacrificando lo necesario para ponerse a salvo de un grave tropiezo.

Dejarían la casa con todo lo que había dentro para que se estableciesen en ella los terroristas, darían veinte mil duros a León Carnicer, que se los embolsaría, y a cambio de ese donativo, les procuraría el jefe de la partida salvoconductos para todos los de la casa, facilitándoles además el traslado al puerto de Valencia para embarcar hasta la frontera de Francia por la parte de Cataluña.

La familia de Enrique Salvat estaba formada por el matrimonio y tres hijos, dos varones, de diez y doce años, y una niña más jovencita. La mujer del director se llamaba Candela, vivían en el piso principal, que ocupaba toda la planta de la casa: más arriba tenían sus habitaciones la suegra de Enrique y su cuñada Blanca.

Cuando estas fueron informadas de lo que ocurría y se las advirtió que se preparasen sin pérdida de tiempo para el viaje, pues Salvat, al tratar con Carnicer, había tenido buen cuidado de no olvidar a las dos mujeres en la proyectada evacuación, la suegra de Enrique, que además de tener ya muchos años, padecía una enfermedad crónica y estaba bastante enferma para temer como peligroso un largo viaje, no se dejó convencer por su hijo político de la conveniencia y necesidad de dejar Madrid, y al no aceptar el viaje, la madre, su hija. Blanca, tampoco quería marcharse.

—No acepto tu sacrificio, hija mía —dijo la anciana al oír lo que decía Blanca—. Yo soy vieja, estoy enferma, y para lo que me queda de vida, no debo exponerme a morirme en medio de una carretera o en un tren o en un barco. Quiero que me entierren en España, en Madrid, y no me moveré de aquí, pase lo que pase, pero tú, que eres joven...

No, mamá, es inútil que te esfuerces en convencerme para que me vaya con mi hermano. De ningún modo puedo dejarte sola.

—Ya sabes que aunque tú te marches, no me quedaré sola. Sabes que

Pascuaza, la que fue tu nodriza y desde entonces ha venido a vivir con nosotras, por ser viuda y sin hijos, me cuidará como hace tantos años me viene cuidando. Y si llega mi hora estando tu ausente, me cerrará los ojos y encargará de que me entierren.

—Es inútil mamá. Yo soy tu hija, no me obliga ni un marido, ni hijos y no me separo de ti. Cumpliré con mi deber mientras Dios me de salud y fuerzas. Para hacerlo, si a mí me ocurriese algo, entonces es cuando Pascuala podría seguir cuidándote ella sola, pero mientras yo pueda, no te abandonaré.

Salvat, cuando supo esto, comprendió que era inútil insistir con su suegra y su cuñada. La suegra defendía el quedarse por su mucha edad y sus dolencias, la cuñada quería no marcharse por su cariño filial.

Blanca era una muchacha quizá no muy inteligente, según decían, pero guapa, atractiva, morena, con los ojos negros, brillantes y una boca bien dibujada de labios sensuales. Su novio era militar, capitán, fascista, aunque de momento estuviese luchando encuadrado en las tropas del gobierno rojo porque aún no se le había presentado la ocasión que buscaba para dar el salto al bando contrario. Parecía perseguirle la mala sombra, pues venía desempeñando destinos que le apartaban del frente, como si sospechasen de él y no le creyeran muy seguro. Y aquello, que le alejaba de peligros, le alejaba también de poder ir a luchar en el campo de los suyos.

Enrique Salvat, manejándose con gran habilidad, merced al auxilio que le procuró su inteligencia con León Carnicer, arregló con facilidad sus papeles y los de su familia, teniendo que prescindir de Blanca y de su madre, y en un coche que Carnicer le procuró, dando la vuelta por Valencia y Barcelona, llegó a la frontera francesa, y una vez allí, tomó el tren para Burdeos, donde embarcó para Buenos Aires. Un cable enteró a las dos mujeres que quedaban en Madrid de que habían llegado, y dos meses después se supo que Salvat había entrado a formar parte como asesor de la dirección de un banco.

IV

LUCHA EN LAS TRINCHERAS

Se había ordenado atacar a cuerpo descubierto por el centro de la calle, batida por el fuego enemigo, tan pronto como la explosión se verificase. En los primeros instantes, los contrarios, sorprendidos, apenas hostilizaron, pero repuestos, ofrecieron tenaz resistencia, haciendo muchas bajas. Los que ocupaban el cine murieron la mayoría aplastados, y a partir de aquel día se conoció aquella parte del barrio con el nombre de Frente de la Muerte.

En este frente se repitieron las voladuras, unas veces producidas por unos, otras por otros.

Las trincheras iban por la parte oeste de Madrid, cerca del río, bordeando los viejos cementerios, el barrio de Colmenares y la Casa de Campo, siguiendo la dirección norte. Habían hecho los defensores en los cerros arenosos unas habitaciones de trogloditas que tenían cierta gracia. En la parte baja de la pared que daba a la carretera había algunos huecos que servían de dormitorio, luego la cocina con su fogón de piedra y el puchero encima, y después una escala que llevaba al vértice del cerrillo, con unas pequeñas trincheras para disparar si era necesario. La gente joven, tomándolo a broma, hacía chistes sobre su situación y sobre lo que les podía pasar.

Los jefes tenían otra actitud, se mostraban ásperos y secos. Los soldados del ejército rojo no eran todos de clase humilde, pues había entre ellos estudiantes, empleados, médicos, etcétera. La mayoría de los obreros eran oficiales y se mostraban ordenancistas y rígidos. Los estudiantes y empleados de tiendas, se manifestaban burlones y humoristas, siempre que no estuvieran delante los jefes. En las trincheras vivían como topos, sin gran peligro; ahora, los puntos avanzados de escuchas eran de gran exposición.

Cada vez las construcciones de los trogloditas madrileños eran más

seguras y se hacían chabolas dentro de las trincheras, más cómodas que las guardillas y sotabancos.

De las casas abandonadas se llevaban muebles y otros enseres, se construían estufas y se llegaba a tener líneas de luz eléctrica que hacían más llevadera la vida de campaña. A Hipólito le destinaron a una compañía de ametralladoras que tenía marcada su segunda línea de resistencia al final de las tapias de los cementerios de San Isidro. Allí vivían en los cementerios, improvisando dormitorios en los nichos desocupados para lo cual se derribaban cuatro tabiques y después de bien limpio el hueco, se tapaba con una manta que hacía las veces de cortina. El enemigo en todas partes era la cantidad de ratas que había.

El frente entonces se estabilizó. Tan solo hubo, durante meses, algunos combates sin importancia y algunas voladuras aparatosas. Los jefes de la Brigada fueron destinados al Ebro, pasando a ocupar sus cargos gentes de la primera línea. Había baterías en Las Vistillas, y los nacionales las bombardeaban con sus aeroplanos.

MISERIAS DE LA GENTE

El carácter de la época en Madrid era de preocupación y de abandono. Algunas veces se recibían en una Casa de Socorro noticias de una enferma o mujer próxima a dar a luz, y entonces el médico que estaba de guardia, acompañado por un miliciano, tenía que ir a asistirle consiguiendo para ella algún bote de leche condensada.

Gentes humildes, traperos, porteros, chicos, chicas y viejos, se veían cerca de las trincheras de segunda línea, jugando los unos a la rayuela, todos ellos viendo si podían apandar algunos restos del rancho, y ayudando a los milicianos a lavar sus ropas. Cuando el médico del Ayuntamiento aconsejaba la evacuación de enfermos al hospital, solían negarse, y entonces tenía que recetar y hacer una receta para que fuera alguien a ver si conseguía que le dieran la medicina en alguna farmacia.

Las conversaciones de la gente revelaban cómo se vivía en este tiempo. A lo mejor decía el marido:

—¿Has visto qué bien ha estado la mañana? No hemos tenido obuses, ni aviación, esta tarde podíamos salir un poco con los chicos.

—No te fíes —respondía la mujer—, no te fíes de nada ni de nadie. A lo mejor esta tarde tenemos que bajar a los sótanos.

—¿Has notado qué olorcillo tan rico a sardinas sube de casa del practicante?

—¡Qué vamos a hacerle! Este hombre ha tenido suerte y ha sabido coger una buena Brigada.

—Los del Campesino tienen todo lo que quieren —decía el padre de

familia.

—Es que tú eres tonto, otros se meten por ahí y brujulean, sacan cosas para comer lo que pueden: tú no sabrás nunca vivir. ¡Mira que traer *palo dulce*! ¿Qué quieres que haga yo con esas vainas?

—Pues endulzar un poco la malteja, lo que hacen todos. Te prevengo que había cola para comprarla. Hoy la chica ha visto pagar por una cabeza de ajos quince duros.

—¡Vaya cabeza! Ni que fuera de canónigo o de obispo. ¿Y qué hay para comer?

—Pues arroz y naranjas. ¿Qué quieres que haya, si eres un infeliz y no traes nada?

—Es que falta de todo, chica. No tendré más remedio que meterme en algún partido o afiliarme en algún sindicato. Aunque ya es tarde, todo está cogido. ¿Y de leña cómo andamos?

—Mal. ¿Y el amigo tuvo que te la prometió?

—Vive en Cuatro Caminos, pero dijo que habría que recogerla donde él vive, hacia el Estrecho. Tendré que ir yo por allí, porque a la chica no se la darán. ¿Tienes por ahí alguna camisa vieja, o algo para llevárselo? Porque ya sabes que ese no quiere dinero.

—Pero... ¿vas a ir tú?

—¡Qué remedio! Yo sé dónde es y no es fácil llegar a su casa si no se ha ido nunca. Iré esta tarde.

Diálogos como estos se oían en muchas casas, indicio de cómo se vivía en la mayor parte de ellas.

Lo que también ocurría con frecuencia, después de haber ido en busca de lo que era preciso a lugares del extrarradio, el que le recibía a uno allí, hablaba del amigo influyente que estaba en la taberna y que no quería salir de ella, y cuando se le recordaba lo de la leña o de las astillas, contestaba que

había llegado en mala ocasión, que noches antes habían estado los milicianos y habían arramblado con todo lo que quedaba.

En los primeros meses la vida se hizo muy dura y había lo que llamaban *pegas*, como si no fueran bastantes la aviación y los obuses. Constantemente se tenían que resolver de prisa problemas de la mayor trascendencia, pero no había tiempo ni ganas ni nadie escuchaba, todo eran fracasos y desastres, sin solución alguna. Así vivía la mayor parte de los vecinos de la ciudad.

Los tranvías y el Metro no dejaron de circular en toda la guerra y si hubo algunas dificultades, fueron raras. Llegaban coches y vagones hasta las líneas de fuego, y la gente no sentía miedo de viajar en ellos.

Nadie se alarmaba porque muriera alguno destrozado por un obús o porque se incendiara un coche.

La vida seguía con cierta regularidad y con cierto pesimismo indiferente. La afluencia de la población de los pueblos próximos a la capital, hacía que los vehículos se llenaran hasta los topes y el Metro iba también con muchas apreturas.

Los taxis al principio marchaban bien, pero luego los sindicatos, los milicianos, los militares, empezaron a incautarse de ellos y se redujo el servicio en términos tales que llegó a desaparecer.

El personal de los tranvías empezó a escasear, y muchos viajeros, obreros en su mayoría, milicianos y tropas, se negaban a pagar, diciendo al cobrador a gritos: «¡UGT!» o «¡CNT!», y no soltaban los cuartos. Esto duró poco tiempo y se obligó a pagar a todo el mundo.

Pronto se vieron cobradoras en el tranvía, que en general eran buenas chicas, y la gente no concedió importancia al cambio. Vestían mono azul, pistola al cinto, y la cartera para guardar el dinero. Hubo algunas bromas, sin perder el control, porque una mujer, en general baja, gorda y con protuberancias señaladas, armada de pistola, no era cosa a la que se pudiese tomar en chunga. Luego ya no se fijaba nadie si la cobradora era guapa o fea, chatilla o nariguda.

Las mujeres dieron nombres nuevos a los trayectos diciendo:

—Cobradora, hasta el parapeto.

Y la cobradora entregaba el billete diciendo:

—Ahí tienes.

El tuteo era general en todas partes.

—¡Adiós camarada! —decía el ordenanza al jefe, y si este pedía un vaso de agua, le contestaban:

—Tráetela tú.

Al de blusa le gustaba llamar de tú al de corbata, y este se resignaba.

En general, el obrero se defendía mucho mejor que la clase media y hacía alarde de comer más y mejor que el médico o que el ingeniero. En Madrid, la clase media dio el ejemplo de la serenidad y del valor, pues si el de las trincheras se jugaba a veces la vida, el hombre de la calle se la jugaba también y además soportaba una mayor miseria y abandono.

VI

ESCENAS PINTORESCAS

La guerra obligaba muchas veces a trasladarse de un local a otro y había que bajar los muebles, las mesas, las sillas, etc... de las oficinas, y los ordenanzas gritaban:

—A ver esos químicos, o esos médicos, ¿qué hacen que no bajan las cosas?

Entonces los técnicos se disponían a hacerlo, pero algunos ordenanzas o porteros más sensatos no les dejaban, comprendiendo que era más difícil curar la difteria o hacer un diagnóstico con el microscopio que bajar una banqueta a un sótano.

La clase media no provocó nunca la más ligera discusión con nadie, ni con los de arriba, jerarquías, etc... ni con los de abajo: pero al mismo tiempo perdió su empaque. ¿Sospecharía la clase media que aquella postura iba a ser la última manifestación de su existencia? Podía ser que al terminar la guerra civil se acabara con el resto de esta clase y que no volviera, y que no hubiese más que una burguesía rica, millonada, de grandes negocios, y después una clase de trabajadores pobres y sin medios.

Algo que daba motivo a escenas pintorescas en las casas era lo que llamaban *la requisa*.

Cuando todos los de la familia estaban más tranquilos, se oía una voz chillona que gritaba:

—¡Madre!

—¿Qué pasa?

—Que están los milicianos.

Era la voz de uno de los chicos o de las chicas de la familia.

—Pero... ¡otra vez! ¿Qué quieren?

—¡Qué han de querer! Ropas y no sé qué más.

—Bueno, estas gentes no paran de pedir. Ayer fueron sartenes y cacharros para los del parapeto, hoy ropas. ¿Qué han dicho?

—Que vendrán esta tarde, que avisemos a los vecinos para que estén a las tres y no pierdan tiempo.

—Pues anda, ve subiendo y dales lo que pidan, que yo no quiero luego historias. Yo no tengo ninguna confianza con estas gentes —decía la mujer.

—¿Pues? —preguntaba el marido.

—Porque el otro día registraron la casa y había un trozo de bacalao para la cena en la cocina y cuando vine ya no quedaba nada.

—¡Qué se va a hacer! Hay gazuza.

—Sí, pero nosotros no les robamos a ellos.

Inmediatamente que comenzaba la requisita había excitación y agitación en la vecindad, cuchicheos en los descansillos y comentarios sobre el frío que hacía. Algunos vecinos entraban en sus casas y tomaban precauciones. Buscaban sábanas remendadas, chaquetas viejas, colchones a los que les habían quitado la mitad de la lana, en medio de discusiones siempre en voz baja:

—No des esto... da lo otro. ¡Vamos deprisa!... ¡Yo el colchón no lo daba!

Por la tarde aparecían seis o siete milicianos con gorras y con fusiles. El jefe mal encarado decía:

—A ver, la ropa y los colchones, que en las trincheras hace mucho frío y vosotros no lo pasáis. Dejadlo todo en la portería, en montón —y

encarándose con uno de los suyos, añadía:

—Tú te quedas ahí, y nosotros vamos a los pisos. Estaos a la vista por si viene el camión.

—Bueno.

Iban llamando a las puertas, una por una.

—A ver, ¿cuántos sois aquí?

—Cinco, mi marido está en el frente —contestaba la mujer por ver si se compadecían.

Nada, allí no se compadecía nadie más que de sí mismo.

—A ver, las camas —decía el jefe—. ¿Cuántas hay? ¿Cuatro? Pues venga un colchón.

—Entonces, llevaros este.

—Venga.

Los milicianos cargaban con el colchón y lo dejaban en el descansillo, llamando enseguida a otra puerta, y así se iban repartiendo los diversos actos de la requisa.

Alguna vez, al llegar a una puerta, la portera que les acompañaba, decía:

—En este cuarto no hay nadie.

—Pues... ¿qué pasa? —preguntaban los asaltadores.

—Que el hombre está trabajando.

—Pues dile que mañana deje lo que sea, si no, le echaremos la puerta abajo. Luego volveremos a la misma llora que hoy, o si no, que te deje la llave.

En todas partes se repetían las mismas escenas. Bien es verdad que

hacía mucho frío. En aquel invierno de la guerra, hubo muchas nevadas, y en Madrid llegaron las nieves por el mes de diciembre hasta las rodillas, sobre todo en 1937.

Los milicianos y las gentes mal comidas, con hambre y con frío, lo quemaban todo; ardían cuadros, el lienzo, el marco y hasta si hubiera habido en Madrid algún Stradivarius o algunos pianos Erard, los hubieran quemado.

No se veía ninguna salida a la situación, no había un plan fijo. La idea de los comunistas, según decían ellos, era terminar la guerra y luego hacer un cambio social. El plan de los anarquistas era primero hacer la revolución, y luego terminar la guerra. Cada cual tiraba por su lado y no se podía llegar a nada colectivo y unánime.

No era posible alcanzar un orden aceptado por todos que permitiera consagrarse únicamente a la cuestión de la guerra, a ver de ganarla. Cada día eran más los elementos que actuaban por cuenta propia sembrando de atrocidades la capital. Eso no preocupaba. El Gobierno tenía bastante con lo que llevaba encima. No se sentía con decisión para tomar medidas radicales, medidas que hubieran sido necesarias para acabar con los abusos.

Todo cuanto se hacía era torpe, de aire brutal y sin gracia. El contagio del medio enrarecido era desolador y a personas que habían sido siempre honradas, incapaces del menor abuso, se las veía dispuestas a intervenir en cualquier chanchullo, siempre que se pudiera llevar a cabo disimuladamente.

Las calles aparecían llenas de hombres desarrapados que marchaban con un saquito en el brazo para guardar en él todo lo que podían atrapar. Mujeres hasta hacía poco decentes no tenían inconveniente en gritar:

—¡Hijos sí, maridos no!

Muchas de ellas eran tipos poco atractivos, amojamadas por el hambre, que habría de serles difícil hallar el indispensable compañero para hacer real la primera parte de su invocación.

Fue entonces cuando un día, después de hablar con el médico amigo, me contó este caso.

En la clínica a cuyo frente se hallaba el médico, se habían presentado una madre y una hija, gente *bien*. La madre era rígida, con cierta energía en la expresión y en sus ademanes, hablando poco y muy correctamente: la chica de unos veinte años, guapa, alta también, y de aspecto preocupado.

La madre habló la primera y la hija apenas despegó los labios. La tarde anterior la hija había salido de casa al anochecer. Según la portera le acechaban dos milicianos en la calle con un auto, salió, la habían cogido y metido en el coche, desapareciendo con ella. La madre se enteró después, y esperándola se hizo muy de noche. Cuando volvió la hija le hizo varias preguntas para saber dónde había estado, pero la chica no contestó una palabra.

La madre dijo al médico que la había llevado a la clínica para que reconociera a la muchacha.

—Lo que quiero es que me diga usted, pero de una manera clara y de verdad, si mi hija está intacta, porque si no, estoy dispuesta a pegarle un tiro. En mi familia no se han conocido estas infamias.

—Señora, no es lo mismo ser forzada, que consentirlo. La madre refunfuñó. El doctor no estaba nada satisfecho de aquel encargo tan poco grato.

—Pasen ustedes aquí —dijo— y la reconoceré.

La hija, frente al médico, le miró fijamente y él se dio al punto cuenta de todo. La reconoció y dijo:

—Esta chica no tiene nada y está bien. No hay la menor duda. Entonces la madre le preguntó al doctor:

—¿Podría usted certificar el estado de la chica?

—Bueno, ahí, en ese cuarto de al lado hay papel y pluma, si quiere usted tráigalo.

La madre salió de la sala.

—¿Quiere usted darme las señas de su casa? —preguntó la muchacha al médico en voz baja.

—Estas son —y sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio.

Cuando volvió la madre con el papel y el tintero, el médico dijo:

—Realmente un certificado así, en esta época, no tiene sentido, porque lo que no ha pasado ayer, puede pasar mañana en las circunstancias en que vivimos y yo no puedo garantizar el porvenir.

—¿Pero usted me asegura que en el momento mi hija está bien?

—Esté usted tranquila, señora, por ahora está completamente bien.

—Entonces, muchas gracias —dijo la madre.

El doctor las acompañó hasta la puerta.

Al día siguiente se presentó la chica en la casa del médico a explicarle.

Habían abusado de ella dos milicianos, dos canallas miserables que ella si pudiera los mataría como a perros, pero con eso no arreglaría nada su situación.

¿Qué iba a hacer? Ella quería evitar una posibilidad. Porque dos miserables la hubieran violado, ella no tenía que estar sufriendo las consecuencias de un acto así.

El médico le dijo que no era especialista en estas cuestiones y que le recomendaría a un ginecólogo amigo. La chica se fue.

—Luego conocí a esta muchacha —terminó diciendo el doctor—. Era una chica simpática y la pude ayudar para que consiguiera un permiso para marcharse a Valencia y de aquí se fue a Marsella, y después a América.

VII

MADRID SITIADO

En noviembre, ya Madrid está sitiado y amenazado. Una punta de lanza acerca al enemigo al pecho de la ciudad. El pueblo apoya su espalda contra la sierra, pero como en sus alturas están también los contrarios, puede decirse que se encuentra inmóvil, mantenido quieto contra muros infranqueables.

Todo Madrid está cercado excepto la parte este. La carretera de Madrid a Valencia, la de Guadalajara y Cuenca, quedó siempre libre y funcionando durante toda la guerra. Mera fue quien derrotó a los italianos en Guadalajara. Había llovido durante la noche y el general, albañil de oficio, vio el terreno encharcado, supuso que los camiones y automóviles pesados no podrían funcionar bien entre el lodo, se echó sobre la fuerza enemiga, la derrotó y dispersó. Este suceso hizo que los rojos entonaran una canción que comenzaba diciendo:

Guadalajara no es Abisinia...

Vuelve el rigor del invierno, y las gentes casi no tienen sitio donde pasearse. Los que aún conservan ánimos para salir van a la calle de Alcalá, frente a las verjas del Retiro, y circulan desde la estatua de Espartero a la esquina de la calle de Torrijos. En este lugar se han instalado numerosos puestos de libros viejos, extendidos en la acera y muy frecuentados. Allí la literatura está fácilmente accesible, lo único que queda algo barato en la corte, sin duda porque la mercancía ofrecida llegó gratis del despojo de los almacenes de las casas editoriales.

Entre la calle de Alcalá y la de Diego de León, las aceras a ciertas horas ofrecen el aspecto de un concurrido bulvar. Las campanas de las iglesias próximas no suenan.

Los rojos deben mascullar entre dientes la frase de Azaña de que el país

ha dejado de ser católico. ¡Qué estupidez y qué superficialidad!

Por cierto, según se ha dicho, en el camino de Valencia hubo un momento en que el presidente del Gobierno fue detenido por una patrulla de milicianos y estuvo a punto de ser una víctima más de la revolución.

Madrid bajo la influencia terrorista, ha mostrado cambios políticos al parecer sinceros. Muchos católicos se han hecho ateos, no sabemos si definitiva o provisionalmente: al menos hablan como tales. Hay conservadores que se han declarado comunistas mientras sopla el viento de Moscú. Hay jóvenes ricos que siempre miraron al trabajo como algo horrible y ahora quieren ser obreros. Y hay no pocas muchachas dignas, hasta hace poco recatadas y pudibundas, que aspiran a ser bacantes. Quien más, quien menos, todo el mundo se siente arrastrado a ocultar su auténtica personalidad, procurándose una provisional para ponerse a cubierto de tropiezos peligrosos.

Hay centros revolucionarios en todos los distritos. En el palacio de Cervellón, en la calle de Santa Isabel, se ha instalado un club que puede recordar al de los jacobinos parisienses; en la calle de Francisco Silvela, entre la Prosperidad y Madrid Moderno, hay un teatro revolucionario; en la calle de Santiago, cerca de la Milanese, abre sus puertas un cine anarquista. Como en todas las revoluciones, hay más espontáneos para pronunciar una soflama o componer una arenga que para coger un fusil; más para robar que para disparar balas contra el enemigo, desde el frente.

En el paseo de Rosales y en la Ciudad Universitaria, los dos bandos ocupan trincheras a poca distancia las unas de las otras. Para circular por sus proximidades se necesita un salvoconducto. El barrio de Argüelles, medio deshecho por un ataque de la aviación, ha sufrido casi un incendio total. Las casas algunas se sostienen por sus cuatro muros, pero por dentro están vacías. Se ha dicho que en un empujón los nacionales han alcanzado el Puente de los Franceses y el paseo de Rosales, y aún algunos hablan de la plaza de España y de la calle de Leganitos. Después parece que han retrocedido.

Estos que se llaman nacionales, como si la mayor parte de los que a la fuerza padecen en Madrid hubieran perdido su nacionalidad, en castigo a su desdicha, atacan a la izquierda por el barrio de Usera y el Puente de la

Princesa y en la derecha desde las alturas de la Casa de Campo, teniendo instalados sus cañones sobre el cerro de Garabitas y en el del Águila.

Yo no sé qué significado tiene la palabra garabita. El Diccionario de la Academia no dice nada sobre esta voz. Hay garabito, en masculino, pero no en femenino. Garabito, asegura el libro de la Academia, es un asiento en alto, la casilla de madera que usan los vendedores de fruta en el mercado, y también un gancho o garabato. Garabato es un instrumento de hierro con sus puntas torcidas, utilizable para colgar algo, un trozo de jamón o un saco de patatas.

Estas garabitas inclementes del cerro están también en alto, pero no se tira de ella, sino al contrario, desde ellas tiran a los madrileños y no flores, ni siquiera proclamas invitando a la rendición.

Hacia la Casa de Campo actúa como jefe de las fuerzas de resistencia, los internacionales, el general Kleber y cerca de estas, dirigen los mandos Mangada y Galán. Enfrente a Villaverde está Lister, y hacia Húmera y Pozuelo impone su fiereza y su estampa de Jaime el Barbudo, el Campesino.

VIII

VIOLENCIAS

Después de la Escuadrilla del Amanecer, de Atadell, flor y nata del robo, del asesinato y del engaño de lo más adelantado en cuestión de liquidar fortunas particulares y gentes desafectas para el otro mundo, habían aparecido Los Lince de la República, que se dedicaban a pescar en río revuelto, a robar y a matar. Trabajaban por rachas: un día se dedicaban a detener mujeres e hijos de generales, otro a cazar gentes relacionadas con la Compañía de Jesús, al día siguiente cotizantes de Falange Española, otro a ex monárquicos acaudalados o a ex militares.

Estos jóvenes milicianos dedicados a asaltar casas y a robar, la mayoría eran chulos fanfarrones que podían recordar aquel romance que comienza diciendo:

*A mí me llaman el loco,
el loco de mi lugar,
todos viven trabajando
y yo vivo sin trabajar.*

En sus registros domiciliarios, cualquier escopeta de salón resultaba un arma terrible, capaz de justificar para ellos la aplicación de la ley marcial. Todo aparato de radio provocaba un alboroto: cualquier fotografía de los Borbones levantaba ampollas en la sensibilidad de los *purificadores* del ambiente madrileño, y cuando en el domicilio de un militar se encontraba un sable, un espadín o una pistola, les causaba la misma sorpresa que si en un convento encontrasen la barra de rojo para los labios de una mundana.

Ninguno de estos hombres de las brigadas policiacas poseía el menor

entusiasmo político, ni espíritu de partido. Eran tipos cínicos, incapaces del menor sentimiento de piedad, que se aprovechaban de todo lo que podían. Hacían su pacotilla y se preparaban para huir a tiempo, teniendo en cuenta el cambio posible.

Las brigadas estaban poniendo a Madrid imponente. Evans llegó a desconfiar de su curiosidad. A pesar del salvoconducto como súbdito inglés y de otro documento que le había proporcionado Hipólito, no estaba tranquilo. Notaba que a veces producía desconfianza.

Era sabido que todo el que salía de casa y aun los que se quedaban en ella estaban amenazados por la acción investigadora de las patrullas que, en vez de engrosar la defensa de los frentes, se reservaban para una retaguardia menos peligrosa y más productiva. Aun los que mostraban un carnet con el sello estampado de una sociedad obrera, estaban expuestos a ser detenidos en cualquier momento, con un resultado y unas consecuencias imprevistas.

La cara a la pared. ¿Tiene usted documentación que acredite su personalidad?

No siempre le hablan al interrogado con tanta prosopopeya. Lo más frecuente era decir:

—Tú, camarada, los papeles.

Y en caso de que no dejaran satisfecho al demandante de los documentos, andando, a la checa más próxima. Las había en todos los barrios y allí las dudas se ponían o no en claro. Y, si no se ponían, si no lograba el sospechoso alguien que le avalase, una persona de categoría en el padrón revolucionario capaz de satisfacer a los chequistas, entonces, ya se sabía, a la tapia, es decir, cuatro tiros, o uno en la sien, cosa de efecto más rápido y seguro. En cuanto al consumo de municiones, había que ahorrarlas, porque la tarea era larga. A veces, si se caía en un mal momento, nada bastaba, ni explicaciones ni recomendaciones, ni argumentos.

Acercarse a un café resultaba bastante peligroso, porque las patrullas vigilaban celosamente estos establecimientos como cazadores a la espera.

Solían sus hombres estar a la puerta de los más concurridos, de guardia, como si se tratase de una fuente en pleno bosque, a la que acudieran los pájaros a saciar su sed. Al exigir los papeles, muchos de los que con tanto interés los pedían no eran capaces de disimular que no sabían leer.

Según algunos, las muertes sistemáticas a que se dedicaban las brigadas policíacas, no eran del todo espontáneas, sino que contaban con una organización regentada por una sociedad dirigida por un tal Marcelin, al que tenían por francés o belga de nacimiento.

En cuanto a las checas de Madrid, parece que su principal organizador fue un jefe de policía. El ministro de la Gobernación se zafó de estas cuestiones como si no estuvieran en su mano. Otros procedimientos, unos rusos, otros imitados de películas, se empleaban en las checas. Se hacía que focos de luz fuertes se lanzaran sobre los detenidos y se les tenía así largó tiempo, mientras los investigadores se quedaban refugiados en la sombra y al acecho.

La literatura también ha ofrecido aportaciones a la Revolución. Un ex aristócrata, vestido con su mono de cuero y su gorra, luciendo una insignia anarquista en el pecho, escribía en *El Sindicalista* de Ángel Pestaña^[33]. El poeta del que se cuentan fechorías sin fin, se proclamaba a sí mismo El Verdugo de la República, y muchos periodistas, pobres diablos, miserables y aduladores se dedicaban a hacer biografías de personajes de la derecha en el periódico *Claridad*, cuya publicación coincidía con la desaparición del biografiado o con su muerte.

Verdaderamente querer hacer apología de una revolución así con un ideario tan pobre y tan poco original, y con una cantidad de muertes sobre todo asesinatos tan grande, es una estupidez completa.

En compensación, en el lado blanco se daban casos de barbarie. ¿De dónde se habrá fraguado esa fábula de la hidalguía de los españoles? Modernamente no han demostrado más que condiciones para matar, para denunciar y para robar^[34].

A pesar de todo, se veía en Madrid que el que conocía personas

influyentes se salvaba.

En la España roja, el que contaba con influencias, fuera de derechas o de izquierdas, hacía lo que le daba la gana. Todo era cuestión de amistad o de compadrazgo. Así se veían tipos que se sabía que eran reaccionarios, protegidos por un cacique rojo, de la situación, y no les pasaba nada. Sobre todo si esas gentes tenían dinero, entraban en una embajada y salían de Madrid cuando les parecía. Esto no dependía de que fueran rojos o blancos, sino de que el ambiente era de arbitrariedad y de injusticia.

Otra cosa eran las brigadas que se habían formado para marchar a los frentes, como la titulada del Acero, que antes de salir para la campaña, abandonó su alojamiento de la calle de Francos Rodríguez, donde estaba establecida la comandancia del 5.º Regimiento de la milicia popular, y lució en algunos desfiles sus monos azules, sus correaes, machetes y fusiles, llevando como gastadores diez muchachas esbeltas y gallardas.

También la brigada anarquista era una cosa seria. El jefe llevaba traje de cuero negro y la gorra de lo mismo, y su aire decidido y fuerte daba a entender que era hombre de fibra.

Había además la tropa de El Catalán, que se dijo era un presidiario fugado de la Guyana^[35], y la de Los Aguiluchos de la Libertad, compuesta en su totalidad de anarquistas.

Lister y el Campesino no se quedaban atrás en sus ardimientos por el triunfo de la Revolución. El primero era un hombre flaco de un pueblo de la provincia de Pontevedra. El apellido suyo parecía inglés. No tenía mal aspecto. Era de aire inteligente y suspicaz. Había estado antes en Cuba y ejercido el oficio de cantero. Algunos decían que acababa de salir de presidio. Tenía la frente ancha, iba afeitado y su cara ofrecía un gesto un tanto amargo. Había habido varios Lister en Inglaterra. Uno de ellos famoso por sus curas antisépticas. Este Lister gallego también se proponía curar, a su modo, el cuerpo social por suponerle enfermo de *reaccionarismo*.

En cuanto al Campesino, Valentín González, era un comunista que comenzó su vida según se contaba asaltando una garita en donde estaban

encerrados unos guardias civiles. Después se alistó en el Tercio de Marruecos y se pasó a las tropas del jefe moro Abd-el-Krim. Antes de la Revolución, el Campesino según decían estaba en la cárcel. Sin duda tenía vocación para la guerra, y quiso hacerse un profesional.

Era tipo sombrío de barba negra, boca cerrada, imperiosa, y la mirada lija y dura. Se sospechó también de él, haber sido uno de los cómplices en el asesinato de una mujer que se dedicaba a hacer encajes, que figuró en los periódicos durante largo tiempo. La opinión más corriente tenía al Campesino por un criminal, pero no faltaba gente que afirmase que no, que toda esa leyenda suya de bandido y de hombre disoluto era falsa. Lo cierto es que daba la impresión de un hombre de cuidado, sombrío y receloso. Un francés hubiera dicho de él que era un tipo *sournois*.

Entre estos Lohengrines de la Revolución, había una Walkiria. Dolores Ibarri. La Pasionaria, buen tipo de mujer apasionada e inteligente que hablaba con elocuencia y se veía que tenía una fe ciega en sus doctrinas. Los discursos de la Pasionaria eran siempre muy entonados y muy políticos. Había algunas otras jóvenes que, en las reuniones políticas, usaban de la palabra con arrebatada furia, dentro del tono violento de la oratoria revolucionaria.

IX

EL CERCO SE APRIETA

La instalación de los nacionales en la Casa de Campo, fue en noviembre del 36. Algunos dicen que los moros debieron arrancar algunas piedras de la tapia que rodea aquel parque real, para meterse dentro. Otros afirman que hay una puerta al camino. Se supo también por entonces la fuga de García Atada, con dos de sus agentes, todos los cuales fueron a dar a Canarias en manos de los nacionales. De Canarias se le trasladó a Sevilla al ladrón y asesino, donde se arrepintió, rezó, se confesó, comulgó y murió como un buen católico, aunque en garrote vil.

Para coronar la cumbre de aquel maremagnum revolucionario, aparecieron pocos días antes de la llegada de los fascistas a las inmediaciones de Madrid, las Brigadas Internacionales, con aire de cosa seria y amenazadora. Estaba compuesta por gente robusta, hombretones de treinta a cuarenta años, buenos tipos, altos, fuertes, bien armados. La mayoría llevaba casco, fusil y pistola ametralladora.

Madrid estaba por entonces lleno de carteles y de letreros, la mayoría perfectamente estúpidos. Uno de ellos decía:

«El proletariado español lucha porque la vida feliz no sea un privilegio de unos cuantos».

¡Qué candidez más ridícula, pensar que basta tener unas pocas pesetas para llevar una vida feliz! ¡No es poco difícil eso de ser feliz sin dinero y con dinero! Se repartirían las riquezas de los millonarios de Madrid entre todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y chicos, y le tocaría una o dos pesetas de más a cada uno al día, si llegaba a tanto. Y con eso, ¡hala!, a ser feliz. A ser feliz con tuberculosis, con sarna, con raquitismo y con muermo. El ser feliz es una condición tan rara que apenas se da.

¿Cómo va a ser posible conquistar la felicidad por medio de una Revolución como esta, que presenta el mismo cariz sombrío que tienen todas las cosas de nuestro tiempo?

Habría de ser curiosamente paradójico el que se llegase a la felicidad por un camino sembrado de cadáveres entre restos de gente a la que se ha sorprendido cuando estaban entregados al descanso y que luego aparecían en camisa, desperdigados por las carreteras y desmontes de los alrededores de la capital.

En Madrid se fusilaba todas las madrugadas, principalmente en la Casa de Campo, pero también se fusiló a mucha gente en Chamartín, en la Moncloa, en la Dehesa de la Villa, en la Ciudad Universitaria, en los Cuatro Caminos, en un campo de fútbol de Vallecas, en las tapias del Cementerio de San Isidro y en la Pradera del mismo nombre, cerca del Manzanares.

La historia de la Revolución española, ni por un lado ni por otro parece homogénea, pues en la derecha hay carlistas, monárquicos, conservadores, liberales y republicanos. Si alguien quisiera historiarla, tendría que hacerlo en un folletín truculento, en el que figurasen como protagonistas tipos como la Pasionaria y la Nelken. Durruti, Lister, el Campesino, más algunos plumíferos que supieron escapar con tiempo y con dinero.

Pero como política creadora se ve que no es nada o casi nada. Por eso, si tratan de emplearse en ello plumas como la de un Madariaga, ajeno totalmente a lo truculento y preocupado por cuestiones de derecho y envuelto en el ambiente que se respira en las asambleas internacionales donde se discute con comodidad ante magníficos paisajes del lago Lemán, no se podrá obtener más que algo sistemático y nada más. La política teórica no vale dos pepinos.

Para enfocar esto de aquí, había que poseer la cachaza de un torero gitano, que después de presenciar una matanza de sesenta o setenta personas cerca de su casa, llegó a ella con la preocupación en el rostro.

—Pero... ¿qué pasa? —le dijeron.

—¿Qué pasa? *Ná*, que aquí va a caer más de uno.

He comenzado a preparar mi equipaje, he cedido mi piso a un compatriota más enraizado que yo en el país, me he procurado las garantías escritas precisas para que no me ocurra en el camino de Valencia lo que al presidente de la República a quien insultaron los milicianos. Puede decirse que estoy con un pie en el estribo, en el estribo del auto, que, aprovechando la única y estrecha salida que aún queda como utilizable, aunque no esté en su totalidad a salvo de cañones, me llevará al puerto de Valencia para allí embarcar y ya veremos qué viene nuevo.

Antes de salir, hoy, día oscuro de noviembre, un conocido que viene a despedirme, me cuenta una cosa triste que será la última página de mi *Diario* en España.

Es algo que se refiere a las sacas de la cárcel de San Antón, una de las controladas por las milicias.

En San Antón han entrado un gran número de aristócratas, monárquicos y militares que desde hace muchas semanas se vienen ensayando en el oficio de barrer celdas y pasillos, pelar patatas y limpiar lentejas.

En este tiempo, mediados de 1938, ya no se cometían atrocidades en Madrid. La vida en cuanto a seguridad personal era la de siempre. Como digo en otra parte, los crímenes, los robos y los atropellos de toda clase terminaron a fines de diciembre del año 1936, y principios del 37. Esto no quiere decir que las querellas personales entre milicianos y el espionaje de los fascistas —a quienes entonces se llamaba en Madrid *fachas*— no diese motivo para detenciones y peleas, pero la criminalidad era la normal, o tal vez inferior a la que corresponde a una ciudad de más de un millón de habitantes.

Yo fui a Valencia en uno de los numerosos coches de que disponía la Embajada inglesa, y lo llevaba yo. En esa fecha, octubre de 1938, no circulaba el tren, pues los nacionales habían cortado la línea en el Jarama hacía tiempo. Por esta razón los viajes se hacían por carretera, y no teniendo coche propio era muy difícil o casi imposible llegar a Valencia.

Aquí me enteré que poco antes aparecieron por el puente del Mar varios coches conduciendo elementos de la FAI, en lo alto de uno de ellos iba una mujer enarbolando la bandera anarquista. Al llegar frente a la casa del partido comunista, antiguo palacio de Cervellón, en medio de la plaza, casi frente a la Capitanía, enfilaron los anarquistas las ametralladoras y comenzaron a disparar, pero los comunistas, por el aviso de la radio, tuvieron tiempo de prepararse y desde los balcones y desde el tejado de su casa, y quizá también ayudados desde el Gobierno Civil y desde la Capitanía, dispararon contra los anarquistas y quedó la plaza llena de heridos y muertos. Los que se salvaron, lo hicieron huyendo y pasando el pretil del río. Unos dijeron que había habido sesenta muertos y un jefe de policía dijo que cerca de un centenar.

Lo que más se parece a la República española es la fiesta que acaba en borrachera y después en riña.

Los que hacen de directores creen, porque sí, que están en el mejor de los mundos posibles, que no hay peligros, que todo tiene que salir bien, que los enemigos son pocos y que no vale la pena de pensar en ellos.

Así que empiezan a disparar desde el primer momento, los conservadores reaccionan con más lentitud, pero con más prudencia.

Entre los sucesos ocurridos en Valencia que yo oí contar en esta ciudad —dice Evans— fue un intento de asalto de la casa del partido comunista, por elementos de la FAI. Se dijo que entre las víctimas había gente de la aristocracia, pero quizás esto fue un rumor intencionado. El partido comunista tenía su casa en la plaza de Tetuán, cerca del cauce del Turia. Por aquellos días, un elemento importante de los anarquistas había sido muerto por la espalda. Existía una guardia que llamaban popular formada por elementos antifascistas de todas clases. Por la emisora de la radio del pueblo, se dijo que se rogaba a los elementos de la Guapa (GPA). Guardia Popular Antifascista, pertenecientes a la FAI o simpatizantes, se quitaran aquella tarde el uniforme después del entierro del compañero muerto por los enemigos.

Efectivamente, después del entierro hubo algunos atentados contra los elementos de la Guardia Popular Antifascista, pero el episodio más dramático del día ocurrió en la plaza de Tetuán. Hubo cerca de aquí un hogar de

intelectuales, sacados más o menos voluntariamente de Madrid y que se llamaba Casa de la Cultura. Estaba en lo que anteriormente era el Hotel Palace. Cuando se cansaron de pedirles firmas de adhesión a Rusia o proyectos soviéticos, los licenciaron. Evans estuvo un día a saludar a una persona conocida que vivía allí con su marido. Hubo una reunión política de señoras. Una de ellas hablaba de sus dos hermanos. A uno de estos lo habían asesinado y le oyeron esta frase verdaderamente fraternal:

—Lo tuvo merecido porque era fascista.

Ya nadie se sorprendía por estas afirmaciones, porque además, muchas veces, las frases truculentas eran una maniobra para fingir. Recuerdo que a una de las oyentes se le abrieron los ojos desmesuradamente, era la señora de un médico, otra sonrió porque estaba en el secreto de aquella frase.

Un cuento que se hizo clásico fue el del suicida. Un señor desesperado se arrojaba al paso de un tranvía. El conductor paraba a tiempo, bajaba y le preguntaba:

—¿Por qué hace usted eso, hombre?

—Porque quiero morir.

—Pero eso es muy fácil, grite usted «¡Viva la Falange!» y lo conseguirá fácilmente.

Entonces el suicida pensaba en dónde podría dar con más eficacia aquel grito para cumplir sus deseos. Se iba a la casa de la CNT, abría la puerta violentamente y gritaba: «¡Viva la Falange!» Entonces uno de los compañeros se le acercaba amablemente y le decía: «No grite usted mucho amigo mío, porque el portero es antifascista».

Desde que comenzaron a llegar evacuados de otras regiones a Valencia, se han oído muchas veces por las calles canciones populares a coro como no es costumbre en estas tierras: seguramente se trata de soldados del Norte que han venido por aquí.

Quizás esas canciones que a veces tienen un aire nostálgico ha sido lo

único agradable que se ha oído durante la guerra.

SÉPTIMA PARTE

HISTORIAS DE WILL

I

EL POETA ENLOQUECIDO

En la primera carta de Will a Evans dice primero que la época de las checas de los crímenes estilo García Atadell, parece que ha pasado. Ya no hay apenas registros en Madrid, ni se mata ni se roba como antes.

La casa donde vive su mujer en la calle del Desengaño, se ha desocupado en parte. Su cuñada y su hijo Paul se han marchado a Valencia. El chico llevaba documentación de inglés y no le ha costado nada salir de España. Will vive con la familia ya bien, la comida es mediana, pero algo saca de racionamiento de la Embajada inglesa.

Un sobrino de su mujer. Paco, es un miliciano destacado, hombre joven y valiente a quien han hecho capitán. Se ha acostumbrado a hacer lo que le da la gana.

El otro, más joven. Luis, es un águila para los negocios. Va metiéndose por todas partes.

Ya en 1937 y 1938 fueron años relativamente tranquilos en Madrid, en donde no se cometieron grandes crímenes. Se luchaba con valor y con serenidad. Una cuadrilla de chicos de diez a catorce años, La Cuadrilla de los Micos, se dedicaba a robar.

Registraban a los fusilados, desvalijaban las casas de las afueras.

Will solía ver con frecuencia al poeta, que andaba por el pueblo hecho un facineroso. Vestía de miliciano con un pistolón y llevaba unas grandes barbas.

Hace unos meses, delante de una cervecería de la calle del Carmen, me dijo:

—Anda tú, Will, convídame a una caña.

—Pero tú eres un roñoso —le contesté—. Tú tienes más dinero que yo.

—¡Qué voy a tener! Si yo no tengo dos reales. Gracias a que a veces puedo robar algo por ahí.

—Eres un tío fresco. Bueno, vamos a entrar en esa tasca. ¿Y tú qué haces?

—Yo nada, el canene. Si esto marcha mal, chico, me voy a tener que suicidar.

—¿Y por qué?

—Porque ya me he cargado a unos cuantos fascistas y carlistones, y si estos vencen, le cogen a uno y le hacen polvo.

—¿Y no te puedes escapar?

—Ya, ¿para qué? Si me da igual. A mí me ponen a trabajar como un peón. ¡Vamos hombre! Prefiero que me peguen dos tiros.

—¿Y sigues haciendo versos?

—Sí, eso siempre. Es la única afición que me queda. Si quieres ahora mismo te hago un soneto pistonudo.

Pedro Luis pidió al tabernero un papel y un lápiz, y me hizo este soneto que le envió a usted y aunque yo no entiendo nada de esas cosas creo que está bien.

En la cervecería había un grupo y vimos que entre ellos estaba el Campesino con sus oficiales.

—¡Menudo gachó! —dije.

—Ese es implacable. Trata a sus soldados como a perros y los fusila por un quítame allá esas pajas —repuso el poeta—. Es un tío templado.

—Sí, eso parece, pero según dicen por culpa de él no se han podido realizar los planes del general Rojo.

—Es un gachó que hace lo suyo y piensa que lo de los demás no vale nada, pero el hombre va subiendo de importancia. A mí no me pasará lo mismo.

—A ti, qué te va a pasar, si eres un curda.

Después estuvimos hablando de Negrín que de pronto iba tomando una importancia grande y parecía hacerse el dueño de la situación.

—Vaya un gachó, y a uno no le dan nada.

—Pero si no haces más que emborracharte, ¿qué te van a dar?

Negrín era un diputado socialista desconocido más allá de las puertas de la Casa del Pueblo y aun dentro de la Casa del Pueblo. En este tiempo era simplemente un profesor socialista, amigo de la buena mesa y compañero inseparable de Prieto, con el que se reunía para devorar grandes cantidades de alimentos. Una tarde, en el restaurante Parrita, se comieron entre los dos un jamón entero cocido en jerez. Se dijo de Negrín que del atracón estuvo a punto de morir. Se aseguraba de este médico, que como los antiguos romanos, después de comer se metía los dedos hasta la garganta, vomitaba y volvía a tragar, ¡qué bárbaro!

Y eso hecho por un profesor de Medicina, ¡qué haría si fuera ingeniero o marino!

II

EL ASALTO A UN BANCO

Mi comandante —escribió Will a Evans—, me he enterado del asunto de la casa Salvat por el que me dijo usted que tenía algún interés.

En el piso del director de esa casa de banca de la calle de Serrano quedó instalada la brigada de León Carnicer. Los porteros antiguos de la casa eran gentes de poco fiar. Salvat daba todos los meses buenas propinas y siempre trataba tanto al marido como a la mujer, con naturalidad y con llaneza. Ni él ni su mujer tenían la menor simpatía por el director del banco. Eran gentes envidiosas, carcomidas por un rencor solapado y con muy malas intenciones.

Pocos días antes de la Revolución, el portero había tenido un altercado con la niñera de los Salvat, por si dejaba el cochecillo de la niña en un sitio o en otro del portal. Como informase a la dueña de su queja contra la criada dándole a entender que debía despedirla, la señora trató de quitar importancia a la querrela y el portero se sintió ofendido de que no le obedecieran.

Tenían estos porteros una hija maestra, pequeña, rubia y con anteojos. Todos sus conocimientos adquiridos en la Escuela Normal, le habían servido para hacerla pedante y ridícula. Animada de un orgullo extraño, se sentía dominada por una rabia de grandezas y de odio desaforado contra las demás mujeres, en todas las cuales no veía sino obstáculos para que ella alcanzase sus ambiciones, que no tenían límites. Había ingresado, con ánimo de medrar, en el Partido Comunista, y como no era caso de pedir una escuela en Madrid, porque estaban cerradas, se había conformado con hacerse miliciana. Se llamaba Remigia, y los camaradas del partido le habían llevado de secretaria de una checka, porque sabía escribir a máquina bien.

A fuerza de ver a menudo desde la portería al novio de la señorita Blanca, al capitán Manrique, que era un mozo bastante pinturero, un tanto

suelto de lengua para dirigirse a las mujeres, con chicleos, se entusiasmó con él. El capitán la piropeaba al verla, a pesar de que no era guapa.

La maestra comunista había tomado en serio aquellos piropos del capitán y se había enamorado de él. Desde que flotaba en el ambiente lo que ella tomaba ya por triunfo de un nuevo orden social, se hacía ilusiones de desbancar a la señorita burguesa. Por Blanca tenía un odio feroz, más aún que por ser la novia de Manrique, porque reconocía que era una mujer guapa y solicitada por todos.

Aunque tarde, el capitán Manrique había comprendido el error de no ser más cauto con aquella mujer, que, por otra parte, ni para divertirse tenía encanto alguno, y cerrando el pico en lo sucesivo, cuando se la tropezaba se limitaba a darle los «buenos días», y no solo incurría en esa frialdad, no menos peligrosa que su pasada imprudencia, sino que sentía un gran desdén.

Aún no habrían llegado a Buenos Aires Salvat y su familia, cuando los porteros, inventando una serie de falsedades y azuzados por su hija, ganosa de hacer daño a su rival en el corazón del capitán Manrique, denunciaron que al piso tercero izquierda acudían con frecuencia algunos oficiales de filiación no muy segura, monárquicos, enrolados a la fuerza en las tropas del Gobierno, y que, en esas reuniones, con seguridad se dedicaban todos ellos a escuchar las emisiones de las radios de los nacionales.

Inmediatamente el piso de Blanca y su madre recibió la visita de una patrulla de milicianos. Con ellos llegaba una asistenta, a la que hacía año y medio habían despedido, al observar que en la casa desaparecían objetos y que estas desapariciones coincidían con los días que la asistenta acudía para hacer la colada. Esta asistenta se había mostrado siempre como una mujer orgullosa, que daba mucha importancia al trabajo que realizaba en la casa, a lo limpia que dejaba la ropa y a lo que ella sabía ahorrar. Si alguna vez le habían dicho alguna indicación para que tratase con cuidado una pieza delicada, o le habían preguntado por un pañuelo que faltaba, respondía siempre con voz alterada, tratando tanto a la señora mayor como a la señorita, a pesar del tono amable que habían usado al dirigirse a ella, con poco respeto. Tanto Blanca como su madre habían llegado a tenerle miedo.

Cuando la despidieron, hartas de pasarle tantas impertinencias y temerosas de quedarse sin ropa, no la perdieron del todo de vista. Hacía también el lavado de la ropa para un matrimonio que ocupaba uno de los entresuelos y alguna vez Blanca, al entrar o salir, veía a la asistenta charlando con la portera.

Los milicianos efectuaron un concienzudo registro en casa de Salvat y nada encontraron sospechoso, ni siquiera la radio que los denunciantes daban como segura.

Estando allí la patrulla apareció el capitán Manrique.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Qué buscan ustedes aquí?

—Ha habido una denuncia de que en este piso se celebran reuniones sospechosas, probablemente para oír las emisiones de los fascistas.

—¿Y han encontrado ustedes el aparato de radio?

—No, no hemos encontrado nada.

—Entonces...

Los milicianos quedaron un momento sin saber qué contestar. Entonces, el oficial les dio su nombre, porque él respondía de todo, aseguró que la denuncia era falsa y añadió que sospechaba de dónde procedía, y con qué intención se había hecho: pero añadió que él estaba dispuesto a defender a aquellas dos mujeres, porque no habían cometido delito alguno.

Los milicianos se fueron, y entonces el capitán Manrique dijo a Blanca y a su madre que, al día siguiente, estaba encargado de salir con un jefe superior, a hacer una visita en la línea de fuego.

Aquello intranquilizó el ánimo de la muchacha, pero el militar trató de convencerla de que era muy difícil que le pasase algo, pues precisamente el sector a dónde iban, hacía mucho tiempo que estaba tranquilo.

Cuarenta y ocho horas más tarde. Blanca oyó llamar a la puerta del piso, salió a abrir, presa de la intranquilidad constante en que vivía desde que su

novio había salido de Madrid, y halló a un sanitario que le traía una carta.

Miró el nombre y reconoció la letra de su novio. Abrió inmediatamente la carta y supo que el capitán Manrique se hallaba en una clínica, en la calle de García de Paredes. Le tranquilizaba con palabras muy claras, asegurándole que se trataba de una cosa muy ligera. En el momento en que recorrían una trinchera del frente de Somosierra, había habido un cañoneo desde las posiciones nacionales situadas en lo alto de un cerro y un casco de metralla le había alcanzado en una pierna, pero, hecha ya la cura en la clínica, el médico había dicho que sería cosa de quince días, a lo más, aunque luego quizá tuviera que andar poco para restablecerse por completo.

Blanca fue a enterar a su madre, y se preparó a correr a la clínica para saber, por sus propios ojos, si el capitán no le engañaba con el objeto de tranquilizarla.

Una vez en la clínica, confirmó que, efectivamente, la cosa no tenía más importancia que la que se le había dado. El novio, animoso y decidido, narró con su facundia ordinaria el suceso, que no era tan sencillo como él indicaba en la carta. Había habido un ataque imprevisto a la posición que él había logrado contener y rechazar, animando a la gente y burlándose de los milicianos que, sorprendidos en el sosiego que por aquella parte reinaba hacía tiempo, en el primer momento no habían pensado más que en huir.

Pocos días después, el capitán Manrique ya contaba con el permiso del médico para salir de la clínica, aunque no se le hubiese dado de alta por el momento, y para celebrar su mejoría, él y otro herido que estaba en parecida situación, se fueron dando un paseo hasta un café de la calle de Alcalá.

Estaban tomando caté tranquilamente, cuando se presentó una miliciana ancha y bigotuda, con dientes de oro, que se sentó en la mesa más próxima a la de los oficiales, pidiendo al camarero le sirvieran una copa de *Chartreuse*. Se la tomó de un trago, dando pruebas de gran resistencia para el alcohol, y comenzó a mirar a los oficiales con descaro y como los viese de tipo elegante y risueño, muy entretenidos en lo que hablaban y sin ocuparse de ella para anda, dijo a una pareja de milicianos que andaban dando vueltas entre las mesas, como si buscasen a alguien:

—Esos dos seguramente son fascistas.

Los oficiales se rieron al oír aquel despropósito, sin pensar en las consecuencias que pudiera traerles una afirmación como aquella, y contestaron a las preguntas de los milicianos, que se habían aproximado a la mesa, que pertenecían al Ejército del Gobierno, y que habían sido heridos en el frente, saliendo aquel mismo día con permiso del médico de una clínica, todavía sin que se les hubiese dado de alta.

Se ve que los hombres en la política son malos, crueles y cobardes, pero las mujeres son mucho peor. Tienen que vengar las ofensas hechas a su vanidad como sea.

La miliciana gorda no se quiso dar por satisfecha con aquellas explicaciones, ni confesar su error, y con rabia y saña, poniéndose en pie y derribando la copa vacía al levantarse de su asiento, gritó como una fiera:

—Hay que acabar con esta gente, camaradas. No les hagáis caso.

Como la miliciana gorda siguiera dando gritos, replicando a lo que los oficiales afirmaban diciendo que todo aquello era una solemne patraña, que eran dos enemigos disfrazados para traicionar mejor a la causa del pueblo, entraron en el café otros milicianos que andaban por la calle, diciendo:

—Vamos al Círculo de Bellas Artes. Allí se pondrá todo en claro.

Los oficiales, serenos y tranquilos, contestaron:

—Vamos donde queráis.

Los milicianos salieron a la calle, rodeando a los dos oficiales, y los trasladaron a una checa próxima en donde la cosa se complicó aún más. No mucho después, salían en un camión para el camino de Chamartín y en un desmonte fusilaron a los dos, sin que les valiesen sus reclamaciones.

En vano fue que Blanca esperase aquella noche a su novio, aunque le había anunciado que iría a verla. Pasaron varios días sin saber nada de él. Volvió a la clínica a informarse. Tampoco allí pudieron averiguar lo pasado.

No sabían más que de la clínica habían salido dos oficiales aún no dados de alta, y no habían vuelto. Y en casa del oficial tampoco tenían noticias.

No hubiese necesitado moverse tanto para saber lo ocurrido a Manrique, porque la hija de la portera, camarada y amiga de la miliciana gorda del café, conocía muy bien lo que había pasado.

III

UNA FAMILIA DISPERSA

Evidentemente, en la vida lo habitual ofrece atractivos cuando se contempla con ojos nuevos e ingenuos. Eso que un poeta francés ha dicho en broma que la vida es muy cotidiana, es muy cierto. Las cosas de todos los días son interesantes para el que es capaz de verlas como si fueran novedades. Un pueblo o una gran ciudad, presentan, para el que puede tornar esa actitud ingenua, una completa seducción. La vida del pequeño comerciante, del afilador que pasa tocando su flauta, del trapero que hace sonar una campana, del cartero que va de puerta en puerta, del cochero que espera en una esquina, de la gente que hace tertulia ante el mostrador de la tienda de ultramarinos, todo esto puede tener interés.

Más para ello es preciso que el ambiente esté sereno, que la vida sea plácida, que el espíritu disfrute de un tranquilo bienestar.

Blanca había perdido su curiosidad para el espectáculo de la calle desde que se había quedado sin defensa, por la desaparición no aclarada del capitán Manrique. Si hubiese desaparecido en el frente, ella hubiera pensado que, al fin, había conseguido dar el salto que preparaba, pero desapareciendo de la capital, la explicación resultaba demasiado fácil y simplemente trágica. A pesar de la multitud de incidentes, de novedades, en maneras y actitudes que Blanca hubiera podido descubrir en la nueva vida madrileña, ella no tenía ojos ni atención para nada, desde que se había visto despojada de los hombres de la familia en que apoyaba su confianza.

Comenzaba a dejarse vencer por la desesperación, sobre todo desde que su infortunio aumentó con el estado de su madre. Aquella sucesión de desgracias, una sobre otra, aquel cúmulo de accidentes infortunados, abrumadores, aquel vivir en una constante inquietud, pendientes del sonido de un timbre, del de la puerta o del teléfono, que les podía informar de algo

nuevo, todavía más grave que todo lo que ya había pasado, quebrantó de tal modo su ya debilitada naturaleza que el cuerpo de la pobre señora se iba consumiendo por momentos y como cada día hallaba Blanca más dificultades para poder cuidar a su madre y, sobre todo, para mantenerla medianamente, trazaron un plan que pensaron era lo único que, si se conseguía, podía salvarla.

Tenían un amigo de la familia, compañero de carrera del padre, que había sido médico de bastante renombre, el cual seguía al frente de una casa de salud. Este señor, alienista, regentaba una especie de sanatorio pequeño, próximo a los altos del Hipódromo, donde recibían asistencia facultativa bajo su vigilancia y cuidados, algo más de una docena de enfermos nerviosos, no demasiado violentos en sus ataques, más bien maniáticos que locos furiosos. Allí llevó Blanca a su madre, después de haberse puesto por teléfono de acuerdo con su amigo el doctor, convencida de que, aunque tuviera que separarse, era la única manera de que estuviese bien atendida y bien alimentada, pues el sanatorio contaba con abastecimiento especial.

El día que la llevó en un taxi que pudo procurarse con mucha dificultad, cuando ella y la muchacha regresaron a su casa se sorprendieron al hallar ante la puerta de su piso una pareja de milicianos, de guardia, esperando a que volvieran. Eran milicianos de la cuadrilla de Carnicer que iban en busca de Blanca.

No fue posible convencerles de que venían de recluir a su madre gravemente enferma en una casa de salud, ni que a la muchacha de nada se le podía acusar. La vieja nodriza quiso que se las llevaran juntas, ella no quería separarse de su señorita, sino sufrir lo que ella sufriese.

Los milicianos dijeron que buscaban solamente a Blanca, la vieja no podía hacer, de llevarla, sino estorbar.

Entonces corrió la pobre y achacosa mujer, cargada con sus pesadumbres a buscar a un amigo de la señora que sabía lo era también del jefe de policía pidiéndole la colaboración de sus agentes para indagar y descubrir el paradero de la muchacha donde se la habían llevado y qué pensaban hacer con ella.

El jefe de policía, informado de lo que su amigo le decía por teléfono, le hizo ir a su despacho, y una vez allí le tuvo que decir con sumo pesar en la voz:

—No me decido a hacer ninguna gestión para que la encuentre, podría ser contraproducente para la detenida, el que esos incontrolados supiesen que nos interesamos por rescatarla... ¿Dice que es una muchacha joven y bastante agraciada? Peor que peor.

IV

LA MUJER PRESA

Cuando Blanca, llevada por los milicianos en un automóvil, que esperaba a la puerta de la casa, llegó a un hotel de Prosperidad donde tenía su morada particular el jefe de la patrulla, la introdujeron en una salita que había en la planta baja, a mano derecha según se entraba en un pequeño vestíbulo. Había allí un sofá, dos sillones y cuatro sillas, en el testero un espejo, con marco dorado, y por las paredes varios cuadros, que representaban vistas de capitales europeas.

Los milicianos entraron en la habitación de la izquierda, después de decir a la detenida que aguardase en la salita, donde esperaban hallar al jefe, para comunicarle que el servicio que les había encomendado estaba cumplido.

—¿Dónde habéis dejado a la pájara? —les preguntó Carnicer.

—En la salita del otro lado del vestíbulo.

—Está bien, podéis retiraros y aguardar en el jardín. El viejo don Clemente, el profesor que se las echaba de cínico, que charlaba con los milicianos que penetraron en el despacho, y que había callado mientras el jefe de la patrulla se informaba por sus subordinados del servicio, dijo a Carnicer:

—¿Hay gato encerrado?

—No. es gata. ¡Y de Angora! —dijo León relamiéndose los labios con un aire de sátiro.

—¿La dejas ver?

—¿Para qué? Tú eres ya viejo y no tienes ya dientes para masticar ese *boccato di cardinale*. Platos como ese requieren estómagos jóvenes.

—¿Estómagos?

—Bueno, ya has entendido lo que te he querido decir. Bastante consumo hacemos de términos rotundos y bárbaros para que no los empleemos cuando no son imprescindibles.

—Estás versallesco y aficionado a los eufemismos.

—Eufemismos... No recuerdo qué es eso.

—Sois de una ignorancia verdaderamente repulsiva.

—Sí, lo que tú quieras. A mí, de eufemismos... plin.

—¡Qué barbarie!

—Lo que tú quieras, pero hablando de lo que importa te diré que la gachí es superior y que tú no la tendrás porque eres un tío viejo y feo, y no podrías darle la mano, ni aun poniéndote guantes.

—Y tú vas a hacer con ella una canallada.

—Eso ya lo veremos, no tengo que dar explicaciones a nadie.

En aquel momento entró, sin anunciarse, en el despacho, Hipólito.

Al cruzar el jardín, desde la puerta de la calle a la del hotelito, le había sorprendido ver detrás del cristal de la salita, pegado a la vidriera, el rostro de Blanca. La reconoció al momento.

Hipólito había estado una vez con unas papeletas de libros pedidos por su patrón en una librería grande de la Carrera de San Jerónimo. Mientras hablaba cerca del mostrador enseñando sus fichas, se había presentado una señorita elegante, rubia y muy guapa, acompañada de una institutriz. La señorita habló con el dependiente principal de la casa y le pidió varios libros. El empleado dijo que vería si los encontraba.

La señorita dejó sus señas y se marchó.

Después Hipólito se enteró de que esta señorita era cuñada del director

de la Banca Salvat.

Hipólito supo por don Clemente que Carnicer había detenido a la cuñada del director de la banca y que la tenía secuestrada.

Inmediatamente se decidió a ir a ver a León. La imagen de aquella mujer espléndida se conservaba con fuerza en su imaginación de pobre empleado de la librería de viejo. Decidió intervenir primero amistosamente y si no conseguía nada por este medio, por la justicia, aunque en esta época no se pudiera esperar gran cosa de ella.

—¿Y por qué habéis prendido a esa muchacha?

—¡Hola párvulo! ¡Qué pronto le has echado los ojos encima!
—contestó.

—Yo no tengo ninguna mira sobre ella. La he visto porque al entrar estaba mirando hacia el jardín desde detrás de la vidriera.

—¿Es que tú también la conoces? —dijo uno de los hombres de León a quien apodaban Germinal.

—La vi un día en que acompañó a este a un registro, porque se empeñó en que le acompañara, no porque yo me dedique a esas cosas, pero no sé de ella otra cosa más, sino que es la cuñada del director de una sociedad de banca. No conozco su nombre ni su estado civil, ni si es casada o soltera.

—Da lo mismo —apuntó Germinal—, ¿verdad León? De todos modos, casada o soltera, no ha de variar su destino. Entrará a formar parte del harén del Gran Pachá Carnicer.

—¿Qué dice este? —saltó Hipólito alzando la voz y encarándose con su amigo—. ¿Crees que eso puede hacerse?

—¿Tú quién eres para impedirlo? —dijo Carnicer mostrando sus dientes con su sonrisa de cínico.

—Yo, tanto como cualquiera de vosotros, y más que todos vosotros. Vosotros sois unos cerdos, unos marranos, dignos de ser burgueses, y yo no.

—Para eso son las mujeres.

—Muy bien, que se acueste con quien quiera, con uno o con diez, pero no por lo que vosotros mandéis. ¡Qué anarquistas sois vosotros! Ya lo he dicho, y lo repito, sois unos cerdos.

—Sí, los cerdos de Epicuro... Creo que así se dice.

—Sí.

—Es que te gusta y la quieres para ti. ¿No es eso?

—Yo no la conozco aún, pero me indigna que con el pretexto de las ideas anarquistas, estáis desacreditando todo, Os habéis sentado a la mesa de los burgueses y sois tan brutos y tan cínicos como ellos. Os estáis dando un banquete de puercos mientras muchos pobres sufren ahogos y miserias. No sois otra cosa que unos ladrones y unos canallas.

—¡Para la jaca muchacho que desbarras! Si no fueras quien eres, si no te quisiera como te quiero, puede que esas palabras que derrochas tan a destiempo te costasen caras.

—Ya lo supongo.

—Quedamos en que no sabes lo que dices, y en que te has tomado el rábano por las hojas. Calla y óyeme. Para que veas que te has equivocado en este caso, voy a decirte que si me he ocupado de ella, es porque soy un buen amigo tuyo, y no me pasó por alto el día que la encontramos en la escalera de la banca, el efecto que en ti produjo su estampa de jaca andaluza.

—¿Qué dices?

—Que a mí me sobran mujeres, sin perjudicarme una que le gusta a un amigo. Sobre todo a un amigo como tú, lo oyes viejales —dijo volviéndose hacia Hipólito—, un amigo que es tímido, pero que sabrá darle su ten con ten.

Germinal quiso protestar, pero Carnicer le detuvo la frase y con un gesto continuó:

—Le he seguido la pista, hasta el momento que ha quedado a punto de caramelo. ¡Para que veas Hipólito, lo amigo tuyo que soy! Y tú, Germinal —dijo volviéndose para el otro—, no alargues la jeta que, como te he dicho ya, y te repito ahora, esa fruta sazónada no es para carcamales, no harías, sino babosearla.

—¿Qué dices? —volvió a preguntar Hipólito en el colmo de su sorpresa, que no era capaz de vencer.

—Digo que hay que despistar a la gente. No echés la cosa a un exceso de generosidad. Yo no hago nada que no esté premeditado.

—Sí, con premeditación y alevosía —dijo Germinal.

—Tú cállate, que eres un *pimpi* —añadió Carnicer—. Aquí —indicó señalando la frente—, hay algo más que piel y huesos, si yo me acochinara con esa mujer, daría una impresión demasiado vulgar a todo el mundo, incluso a ti, que me conoces.

—Pero es que yo no quiero una mujer, por guapa que sea, violentada.

—Eso allá tú. No querrás que te las pongan como le ponían las carambolas a Fernando VII.

—Yo sería capaz de quererla, pero por el camino que tú has imaginado, no.

—Búscala por el camino que quieras. De frente y por derecho, como se tiran a matar los buenos espadas, con riñones, o al revuelo de un capote, como asesinan los toreros cobardes a los toros marrajos. Eso sí, la niña merece una buena faena.

Germinal que vio que allí no era posible que él sacase una buena tajada, se despidió de sus amigos y se fue refunfuñando.

Quedaron solos León e Hipólito, mano a mano, con la mesa de por medio.

—Bueno, ahora que nos hemos quitado de encima a ese tío —continuó

Carnicer al quedarse solos—, te diré, con la franqueza con que hablan los hombres, que la perita en dulce es para ti, si no te empeñas en hacerle demasiados ascos. Ahí la tienes, en la salita de enfrente, te la llevas cuando quieras, y si te empeñas en despreciarla, en ese caso, ya puedes imaginar el destino a que la condenas.

—¿Qué destino?

—¿Cuál puede ser? El de todas las mujeres que pasan por aquí. Si alguna, de mi gusto, prefirió seguirme, lo hizo porque quiso. Aquí no se violenta a nadie. Esa es la chipén, las mujeres violentadas no saben a nada. A esa mujer yo la miro como cosa tuya. Para eso la he traído. Si la abandonas, si la dejas marchar, arrastrada por la corriente, sin tenderla una mano para sacarla del agua, entonces yo la llevaré a la checa, y allí verán lo que hacen con la gachí, aunque me lo supongo, pero de lo que allí suceda, la responsabilidad será exclusivamente tuya. Yo me habré lavado las manos antes de entregártela.

—Está bien, déjame un par de horas para decidirlo.

—¿Un par de horas dices? Y también un par de días, si tanto te hace falta para devanar la madeja de los sesos. Total, lo que aquí pueda hacer de gasto no será mucho. Tiene todo pagado. Ya sabes que la señora Raimunda, mi cocinera, no guisa mal, y que tengo la despensa bien provista.

—Creo que antes de que anochezca, sabrás mi decisión.

—Está bien, si quieres usar uno de mis autos, para resolver en menos tiempo la consulta, puedes hacerlo. En la puerta habrá dos o tres, escoges el que quieras. Dile al Chaval que es cosa mía.

Hipólito salió presuroso del hotelito de la Prosperidad, pero no hizo uso del automóvil que le había ofrecido su amigo. Tenía confianza en lo que le había dicho, y juzgó que no era preciso obrar tan rápido. Carnicer habría podido juzgarle temeroso de que no daba nunca mucha fe a sus palabras, de que podía variar de criterio en aquel asunto, para él tan importante.

Hipólito fue al Puente de Vallecas, a casa de su madre y de su hermana,

contó a las dos mujeres el caso de Blanca, un poco amañado, presentándola como una desventurada perseguida por un destino implacable, pero sin descubrir la impresión que en él había causado, la primera vez que la vio.

—Traétela aquí —dijo la hermana.

Hipólito dejó el Puente de Vallecas más tranquilo, y cuando estuvo de vuelta en el hotelito de la Prosperidad, entonces sí, empleó uno de los autos de su amigo para llevar a Blanca a su nuevo destino, pero sin decirle nada de que la salvaba de la checa, hasta que no la vio bajo el techo de las dos mujeres, en el humilde piso, tan distinto del que ella había dejado en el barrio de Salamanca. Y si dijo algo fue para que, en lo sucesivo, no cometiese imprudencias, y se guardase de volver a caer en manos de otro gerifalte, que no usara los modos versallescós de Carnicer.

PREOCUPACIONES DE HIPÓLITO

Después de haber llevado a Blanca a casa de su madre. Hipólito estuvo varios días sin aparecer por allí, como si quisiera aguardar, para presentarse, a que la muchacha se acostumbrara al nuevo ambiente en que las circunstancias la colocaban. Ella se avino pronto a vivir allí oculta. Comprendía que una mujer como ella, aun vestida con ropas menos lujosas, que pudo proporcionarle su criada, estaría siempre en peligro dejándose ver por la calle, sobre todo si no la acompañaba un hombre, y no un hombre cualquiera, sino uno que estuviese a bien con la situación política, que pudiera salir al paso de cualquier atropello o insolencia.

Al día siguiente de llegar Blanca allí, bajó con la hermana de Hipólito a una tienda de ultramarinos, cuyo dueño era del mismo pueblo que la señora Anastasia, la madre de su salvador, y desde allí, por teléfono, llamó a la casa de salud donde había dejado a su madre. Para no agravar la situación de la enferma, se limitó a preguntar por ella, sin informarle de nada de lo que le había ocurrido. ¿Para qué enterarla de lo pasado si no serviría más que para hacerla vivir agobiada de mayores torturas? Ya tenía bastante la pobre mujer con lo que llevaba encima: sus años, su enfermedad y la separación de su hija.

Trató también de llamar a su casa, pero sonaba la llamada del teléfono sin que nadie acudiese a descolgar para responder. El piso debía de estar vacío. ¿Qué habría sido de su nodriza? ¡Pobre mujer! ¡Tan fiel, tan leal, siempre! ¿Le andaría buscando? Era difícil que diera con ella. Hubiese deseado hablarla, aunque no fuese nada más que para tranquilizarla, para evitarle dar pasos inútiles y desesperarse creyendo a su señorita asesinada.

Pasaron varios días sin que Hipólito apareciese por allí. Blanca conoció al viejo aldeano huésped de la familia, pero ninguna de las mujeres le informó de quién era, ni él tampoco descubrió su personalidad, ni el misterio que

cubría su ropa usada de labriego. ¿Para qué? Uno y otro eran dos desgraciados, dos hermanos en la cofradía del dolor y en la miseria.

El huésped, como se aburriese de su vida recoleta, entre cuatro paredes, lo que de ser fraile en vez de cura le hubiese extrañado menos, alguna vez salía a dar una vuelta. Primero se iba anochecido, luego se fue confiando algo, y se marchaba a otras horas, de la mañana o de la tarde. Siempre regresaba pronto. El temor le acosaba mientras iba por la calle. Se volvía a menudo creyéndose seguido, y en todas las personas que cruzaban a su lado, creía descubrir posibles enemigos. La obsesión de las checas torturaba su imaginación y estremecía sus nervios.

Alguna vez entraba, para hacer un poco de tertulia, en la trastienda del tendero paisano suyo, pero no la frecuentaba demasiado, por temor a comprometerle. La mayor prudencia era poca, y sobre todo, si Dios tenía dispuesto al fin su martirio, para rescate de sus muchos pecados, moriría con resignación, siempre que nadie pagase con él la imprudencia de haberle conocido y de haberle tendido una mano misericordiosa. A pesar de estos pensamientos, era un hombre egoísta.

Blanca también se aburría muchas horas en la casa del Puente de Vallecas. Había comenzado a hacer jerséis de lana. Adela le había enseñado un punto con el que se avanzaba mucho, el material se lo proporcionaban en la comisaría del distrito y trabajaba para los milicianos de los frentes. Las horas se le hacían interminables.

¡Qué casa la de Hipólito! ¡Qué pobreza! La única habitación un poco mediana era el taller donde trabajaban, la hermana cosiendo a máquina y la madre haciendo jerséis de lana. El cuarto era de una pobreza cómica. El papel que sin duda estaba roto, lo había sustituido Hipólito por cubiertas de periódicos ilustrados y allí se veían retratos de personajes, vistas de pueblos, etcétera. Había una estufa donde se guisaba y se calentaban todos durante el invierno.

Tenía también Hipólito algunas novelas que había llevado de la librería, pero unas las conocía ya Blanca, y otras, pronto leídas, ya no podía volverlas a leer.

En el mismo piso, en otra habitación, vivía un chico manchego de veinte años, fuerte, rubio, alto, de ojos claros y cara rojiza. Tenía las manos grandes, cubierto el dorso por un vello amarillento. Algunas veces solía entrar a sentarse allí un rato. Era amigo de bromas. Vivía con una hermana casada. El cuñado era miliciano y andaba con un camión llevando municiones a los frentes. El manchego, que se llamaba Raimundo, cuando se le ponía algo en la mollera, era muy violento y perdía la calma, pero volvía a ella fácilmente. Sus terquedades resultaban tormentas de verano.

Le había sorprendido el Movimiento en Barcelona, donde trabajaba en una fábrica de azulejos, que se cerró por la guerra. Mataron al propietario de ella en los primeros días de la sublevación. Consiguió que le dejasen marchar a Madrid, pasados varios meses durante los cuales se dedicó a varios oficios, sin asentarse en ninguno.

Contaba cosas espeluznantes de lo ocurrido en la capital catalana, y otras bastante divertidas y pintorescas. Conocía algunos que habían estado en San Sebastián, y después en Irán, teniendo que refugiarse en Francia, y volver a entrar por la frontera catalana. Uno contó que un jefe que defendió el Casino de San Sebastián, con catorce hombres, lo hizo con tal energía que solo pudo ser tomado el edificio cuando cayó gravemente herido de dos balazos. Luego le llevaron medio muerto al hospital, donde le tuvieron hasta el día en que evacuaron la ciudad. En esa fecha, le hicieron firmar un cheque por valor de todo lo que tenía en el banco, fusilándolo luego que lo firmó. Como el herido no se podía tener en pie, hubo necesidad de llevarlo hasta el cementerio en camilla, apoyando esta en el paredón para poder hacer la descarga.

Contó también que el principal cabecilla de Barcelona. Durruti, había llevado al obispo de la ciudad para que embarcase y se salvara, pero el obispo dijo al anarquista que estando en peligro los curas, él no debía ponerse a salvo y se volvió a su palacio.

Un día, Raimundo contó que en Barcelona incendiaron una iglesia y vio desde la calle a uno de los revolucionarios con una casulla puesta y una mitra en la cabeza. Una vez que la iglesia empezó a arder, él salió escapado con aquellas prendas eclesiásticas sobre su cuerpo, corriendo y gritando:

—¡Eh, camarada, que soy de los vuestros!

Al huésped viejo, cuando oía contar esas cosas, se le ponía carne de gallina. Blanca pasaba un mal rato, pero trataba de disimular, aunque escuchase con demasiada atención el relato de aquellas fechorías.

Contó también Raimundo el caso de un poeta, que, dominado por el miedo, había huido de Madrid y marchado a refugiarse en Barcelona, donde creyó que estaría más seguro, pero al llegar a la capital catalana, oyó decir que era preciso fusilar a los periodistas madrileños, porque habían sido traidores. El poeta volvió entonces a Madrid y la obsesión de un fin trágico próximo había de tal modo torturado su imaginación, que acabó volviéndose loco de terror. Una vez en el manicomio donde le recluyeron, edificio que había sido convento antes, decidió el desventurado quedarse de pie y no hacer sus necesidades, y entonces se fue hinchando, hinchando y poniéndose negro, hasta que murió.

El manchego, que conocía al poeta Pedro Luis, que algunas veces, antes de la Revolución le había sableado, había hablado con él, que iba armado hasta los dientes con el pistolón al cinto y le oyó decir:

—Cuando se acabe este carnaval, me tendré que pegar un tiro.

VI

LA DESAPARICIÓN DEL VIEJO DE CASA DE HIPÓLITO

Un día en que el huésped viejo salió, llegó la noche sin que volviera. Pasaron las horas, y la madre y la hermana de Hipólito comenzaron a sentir inquietud, intranquilidad. ¿Qué le podía ocurrir que no estaba en casa para la hora en que solía retirarse cuando salía? Bajó Adela a la tienda a informarse de si estaba allí o le habían visto. Dijo el dueño, su paisano y amigo, que había estado un momento la tarde anterior, pero que, ni por la mañana, ni por la tarde, le habían visto.

Pasaron un día, dos, tres, sin que apareciese por la casa, sin que pudieran averiguar nada. Llamaron por teléfono a la librería, preguntando por Hipólito, pero allí no dieron noticias del muchacho. Llevaba una semana sin aparecer por la tienda.

Una semana después de la desaparición del viejo, comprendieron que algo, y algo grave, debía haberle ocurrido. Un día se presentó Hipólito, que, informado de la desaparición del viejo, no le dio importancia. A él ni le iba ni le venía. Ya habían dicho que cada cual se las arreglara como pudiera. Se felicitó de que, lo que fuese, hubiese ocurrido fuera, sin que ellos estuviesen mezclados. La culpa era de su madre por haberle consentido refugiarse en su casa.

Sufrió mucho su madre, la señora Anastasia oyéndole hablar de aquel modo. Se dolía ella de que hubiesen prendido y quizá matado a un hombre tan bueno, un bendito que a nadie había hecho daño, un alma de Dios. Adela callaba, Blanca trataba de descubrir algo tras aquella mudez que parecía deliberada, y se sorprendió del tono con que la madre se lamentaba de la desaparición de un simple conocido. ¿Por qué la noticia le impresionaba tanto? ¿Qué le habían dicho de aquel hombre propietario de unas tierrecillas del mismo pueblo de donde eran estas mujeres?

A Hipólito se lo habían presentado también como un humilde propietario y nada más. Sin embargo, instintivamente, sin explicarse por qué, desde el primer día le había sido antipático y no le había dirigido la palabra. Le encontraba de un egoísmo bajo. Pensaba que el viejo podía trabajar como cualquiera, pero no, allí estaba mano sobre mano, sin hacer nada, como si fuese el amo, aprovechándose de lo poco que tenían las dos mujeres. Esto le producía a Hipólito indignación y cólera. Le parecía aquel hombre un explotador de los buenos sentimientos de su madre. Algo veía turbio, algo que no alcanzaba a desentrañar. Por eso, cuando su madre, la señora Anastasia, trataba de suavizar la opinión adversa de Hipólito sobre el huésped, protestaba.

—Os daré mi jornal entero si es preciso —decía el dependiente de la librería—, pero no quisiera que a él le llegara un céntimo. Ese hombre, que se vaya a vivir donde pueda, que trabaje, que aún puede hacerlo. Por mi parte, aunque le viese muerto de sed, no le daría un vaso de agua.

—¿Y por qué?

—Es un hombre antipático, que no piensa más que en sí mismo.

Al cabo de un par de semanas de la fuga del huésped, Hipólito se encontró en el Paseo del Prado a León Carnicer, el cual le dijo:

—¿Qué hay, muchacho, cómo van esos amores? ¿Ya has pasado el Rubicón?

—¿Amores? Si crees que los tengo, estás equivocado. La muchacha vive con mi madre y mi hermana. Yo apenas las veo.

—¿Y tu madre cómo está?

—Bien, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque hay una cosa que tienes que perdonarme, algo que han hecho mis cachorros, y que, en los días que estuve fuera de Madrid se liquidó sin mi intervención. ¡Si yo hubiese sabido!

—No sé a qué te refieres.

—A dos sospechosos que encontraron los chicos una tarde conversando, sentados, a la puerta del Botánico. A dos pasos de aquí. ¿Y qué tenía mi madre que ver con eso?

—Porque uno de ellos, el más viejo de los detenidos, era tu abuelo.

—¿El cura? —saltó todo sorprendido el muchacho.

—Sí.

—¿Y qué hicieron con ellos?

—Los fusilaron.

—¿Han fusilado al padre de mi madre? —exclamó—. Eres un bestia.

—Yo no sabía que lo fuese. Además, entonces estaba fuera de Madrid, pero de todos modos, lo hubiera fusilado, solo supieron su nombre después, por la declaración que hizo a última hora uno que le acompañaba, que creyó que descubriendo que era él, se salvaría.

—¿Qué has adelantado con eso? Te advierto que a mí no me importa nada. No sé para qué hacer canalladas inútiles. ¿Qué vas a conseguir? ¿Ganar la guerra? Si ya la tenemos perdida.

—¡Muchacho, no te comprendo!

Los dos amigos se separaron sin estrecharse la mano. Hipólito volvió pasos atrás para ir a informar a su madre de lo que había averiguado sobre la desaparición del huésped.

La Anastasia sufrió una impresión menos fuerte de lo que su hijo esperaba, porque los días transcurridos la habían acostumbrado a juzgar aquel fin como algo irremediable, definitivo. Además, su espíritu estaba tan acostumbrado al sufrimiento, que ya era muy difícil que nada significase una novedad en aquel dolor suyo, por desagradable y amargo que fuese.

La noticia produjo gran impresión en Adela, por más joven y menos hecha a los golpes duros de una realidad enemiga e implacable.

—A mí —dijo Hipólito—, me ha hecho comprender, el descubrir el misterio en que ese hombre se envolvía, que mi instinto no se había equivocado. Le odié desde el primer día que le vi en esta casa, sin saber por qué.

—No digas eso, hijo mío —exclamó la hija del fusilado—, si alguna culpa tuvo en la vida, bien la ha rescatado con su martirio. ¡Pobre padre mío!

—¡Pobre abuelo! —murmuró Adela temblando.

—¡Qué importa una vida que se pierde! Además, se pierden muchas todos los días, era ya viejo, poco le quedaba que vivir. Pero, aunque hubiera sido más joven... yo no siento estimación ninguna por la vida.

—No repitas eso. ¡Por Dios! —exclamó la señora Anastasia.

—Lo digo como lo siento —replicó Hipólito—, pero no acierto a comprender cómo conservabas, madre, cariño a un hombre miserable que te había abandonado.

—Era mi padre —argumentó Anastasia.

—Aunque lo fuera —afirmó Hipólito.

—Pues eso no es natural. La sangre siempre tira. La madre, por no seguir oyendo a su hijo, se marchó a otra habitación. El muchacho siguió hablando con Adela.

—A mí, no me importa nada eso de la sangre. Te digo que me desespera, que me vuelve loco el verte, que todavía asientas a esos sentimientos de la madre. Es decir, que a ti, pobre, buena, enferma, que has vivido para ella, te ha querido sacrificar a un hombre, porque era su padre. Un padre que no hizo nada por su hija, que la abandonó, un viejo miserable y egoísta, que solo corrió a refugiarse a vuestro lado cuando se vio en peligro, sin acordarse hasta entonces de que existíais... ¡Ah! ¡Si todavía viviese, ahora

que sé quién era, yo le fusilaría y le aplastaría como a una víbora!

—No digas eso, por Dios —le pidió Adela, juntando sus manos en ademán de súplica.

—El hablar con nuestra madre —dijo Hipólito— me ha trastornado. Se ve que el mundo no se regirá nunca por el pensamiento y la razón. Siempre será el capricho, la estupidez, la rutina.

—Pero, hombre, por Dios, tranquilízate.

—¿Qué necesidad tienes de invocar a Dios en estos momentos? Si hubiese un Dios, puedes estar segura de que viviría de espaldas a todos nosotros, a esta España que se arrastra entre unos y otros, sin hallar jamás unos hijos que la traten como a una madre.

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Es decir, que toda tu vida de trabajo y sacrificio, el afecto mío, todo eso no vale nada ante la ausencia definitiva, por fin, de ese viejo miserable que tuvo a nuestra madre y que no se ocupó de ella para nada, que la consideró como una vergüenza, como un crimen. ¡Pues te digo que me alegro de que los cachorros de mi amigo León le hayan asesinado como a un perro! No merecía cosa mejor, ha tenido el fin que merecía.

—¡Cálmate, cálmate! —repetía Adela.

—Un padre no es nada —continuó Hipólito desvariando— si no se ocupa de sus hijos; si no cuida de ellos, no es nada, menos que nada.

Y como estimase que había dicho todo lo que tenía que decir, y que no convencería, cogió el portante y se marchó de nuevo a la calle.

VII

HISTORIA ABSURDA

Esta historia que sigue la ha contado Will y la recojo por extravagante. Le han dicho que al pasar un hombre por la Ronda de Toledo y al preguntar en un portal por una persona, vio un botijo y le preguntó a la portera:

—Qué. ¿se puede beber?

—Sí.

El hombre bebió, siguió al poco tiempo su camino y en el Campillo del Mundo Nuevo le entró un dolor de vientre tan fuerte que se echó al suelo. Uno de la policía le preguntó qué le pasaba y él se lo contó. Poco después el hombre había muerto.

El de la policía fue a la Ronda de Toledo, dio con el portal y le dijo a la portera:

—¿Qué tiene ese botijo?

—Agua, ¿qué va a tener?

—¿Usted bebería el agua de ese botijo?

—Yo sí, ¿por qué?

—Pues beba usted.

La mujer bebió y al poco tiempo estaba muerta.

Según la gente, en el botijo había un alacrán.

No sabemos si se trata de un mito de gente alucinada o de una realidad. Todo, en este tiempo, es absurdo y disparatado, y la gente está predispuesta a

creer en las mayores locuras.

OCTAVA PARTE

LOS SUEÑOS DE HIPÓLITO

I

FANTASÍAS

Para Hipólito el cambio social estaba profetizado en la Biblia, en Ezequiel, cuando Gog se lanza sobre los montes desolados de Israel, seguido de todos sus guerreros y también en el Apocalipsis, en donde Satanás, soltando sus cadenas, induce a las naciones del mundo para que se preparen para tomar parte en la gran batalla.

Había observado Hipólito que en Ezequiel, Gog aparecía como rey Magog y en cambio en el Apocalipsis, Gog y Magog se encamaban en dos pueblos distintos.

En el Corán se habla de Jagug (Gog) y de Magug (Magog), sometidos por Alejandro el Magno. Los historiadores árabes designan bajo estos nombres a los habitantes de Mongolia y Tartaria. En algunos pueblos antiguos, a esos dos personajes los pintan sin cabeza y con los ojos en el pecho, Gog y Magog han sido siempre conceptos representativos de los pueblos feroces de la tierra.

Hipólito con facilidad dejaba las preocupaciones del momento, y se hundía en sus logomaquias medio espiritistas. Iba poco por su piso del Puente de Vallecas, lo menos que podía. Desde que llevaron a Blanca, pensaba que en la casa había algo que le causaba respeto. Temía la presencia y el trato con aquella mujer. La impresión que de ella conservaba era cada vez más fuerte: sin proponérselo, sin poderlo evitar. Había hecho lo posible por olvidarla, pero no lo conseguía, se iba enamorando de ella y luchaba como podía con sus sentimientos.

No era hombre capaz de aprovecharse de las circunstancias. Por nada del mundo se hubiera atrevido a decir una palabra que descubriese su pasión; al revés, desde que vivía Blanca en su casa, huía de ella. La trataba con

respeto, como a una desconocida y siempre intentando recalcar la diferencia social.

Blanca estaba un poco extrañada de lo que le ocurría a su salvador. No acertaba a comprender su carácter. Notaba que Hipólito evitaba las ocasiones de quedar solo con ella, las pocas veces que aparecía por la casa.

Cuando Hipólito hablaba con su hermana, volvía a roer el hueso de sus resquemores respecto a la familia.

—Lo que me apena —decía a su hermana Adela—, es pensar que no he llegado a conseguir la estimación de mi madre, ni quizá tampoco la tuya.

—No digas eso —contestó Adela—, la madre y yo te queremos como se quiere a un hijo y a un hermano.

—Si es verdad, ¿por qué no decirlo? —prosiguió el muchacho, sin atender a la interrupción—. Yo ya notaba cierta resistencia en ella a mis ideas, pero creía que era, principalmente, porque no quería que yo me sacrificara.

—Y así es.

—No. no es así. No hay que engañarse. Mi madre cree que yo soy un tipo ridículo, que eso de llevarle el jornal íntegro, de impedir que se fatigue, de preocuparse de que no tenga frío, es una debilidad estúpida, necia, que no es de hombres. Para ella, el ser hombre, es ser egoísta, bestia, caprichoso, cobarde, no pensar más que en sí mismo..., y quizá tenga razón. Si yo hubiera gastado mi pequeño sueldo y hubiera tomado para mí el mejor cuarto de la casa y hubiera frecuentado los cafés y los teatros, gastándome por ahí lo que vosotras necesitabais y os dejara algunas semanas sin dinero, le hubiera parecido mejor y me hubiese estimado más.

—¿Qué quieres? —dijo Adela—. No todos tenemos la misma idea y la misma inteligencia. Nuestra madre piensa y siente como una aldeana, como una mujer del pueblo, y respeta todo lo que le han dicho que hay que respetar. Tú eres hombre distinto a los demás, no creas que abundan mucho los hombres como tú... Tienes que ponerte en el caso de los otros, de los que no comprenden.

Hipólito calló un instante. Luego contestó:

—Es muy difícil para mí, muy difícil... es como el que ha conseguido salir de la charca infecta y maloliente, y ha respirado aire puro. No sé le puede convencer de que hay que volver al fango.

Hipólito en este tiempo se había hecho lector de los Evangelios. Los tenía en unos tomitos que publicó hacía años la Sociedad Bíblica de Madrid, cuya casa editorial estaba en la calle de la Flor. El Evangelio de San Mateo solía llevarlo siempre en el bolsillo, y con frecuencia lo sacaba y leía algunos versículos.

II

ORGÍA

El comedor era grande y lujoso, con tres balcones y un mirador; tenía las paredes tapizadas de tela con cuadros decorativos y el techo artesonado y pintado en azul pálido y cariátides de guerreros con cascos en las cuatro esquinas. El suelo era de baldosas grandes, blancas y negras, muy brillantes, en medio estaba la mesa oval larga iluminada por dos arañas llenas de bombillas eléctricas y había una alfombra en el centro del salón espesa y mullida.

Carnicer había mandado poner una tarjeta en la mesa delante de cada asiento con el nombre del comensal que se iba a sentar a ella.

Iban a ser dieciséis personas.

En el centro se colocó Carnicer, teniendo a derecha a izquierda dos mujeres muy guapas.

Cerca de él estaban varios tipos conocidos. Uno de ellos era un artista que le gustaba disfrazarse con hábitos sacerdotales y aparecía en un banquete vestido de obispo o de fraile. El otro era un marquesito que vestía de miliciano y se las echaba de anarquista, llevaba una guerrera que parecía de cuero, con pantalones bombachos y polainas. El tercero era un poeta sablista, que al sentarse a la mesa pidió vino y comenzó a soplar.

Enfrente de Carnicer estaba sentado a la mesa un hombre con aire de labriego de unos cincuenta años, con una cara sombría y un traje tosco.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Hipólito.

—Es un tío de la provincia de Toledo. Creo que ha hecho cosas muy duras y muy crueles.

—Sí, tiene cara de bruto. Lo mismo podría ser revolucionario.

—Naturalmente.

Los demás hombres no eran conocidos por el público.

Hipólito sí los conocía. Uno era Manolito Padilla, primo de Mercedes y conocido del señor Evans, que había estado una o dos veces en El Club del Papel y de quien se decía que era un revolucionario falso, pues se sospechaba que era falangista. También estaba allí Will a quien recordaba Carnicer por la escena que habían tenido en la pensión de la Gran Vía de noche, pero decía que eso no le importaba nada, que a él le gustaba la gente teme. Los demás invitados eran milicianos sin carácter, satélites de Carnicer, y entre ellos había un tipo al que se le consideraba como un bicho raro, don Clemente, que había andado por América de periodista y de maestro de escuela.

Don Clemente era un viejo seco, esquelético, pobremente vestido, con unas piernas delgadas que daban la impresión de unas miserables canillas, que no abultaban nada dentro de los pantalones, y unas manos huesudas. Su cara tenía una expresión de indiferencia y de desprecio, y su manera de hablar era burlona y desdeñosa. A su lado, estaba un tipo. Zarzuela, que había sido corista y zapatero, desdeñoso y medio bufón.

Las mujeres eran todas por el estilo, chillonas y alborotadoras. A la mitad de la cena, todo el mundo hablaba a gritos.

Hipólito estaba callado. La miliciana que estaba a su derecha le dijo:

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Estás triste?

—Sí, un poco.

—¿Por qué?

—Tengo complicaciones desagradables en casa.

—¿Pues?

—Ese bárbaro de Carnicer ha mandado fusilar a un viejo que vivía con

mi madre y era abuelo mío.

—¿Era abuelo tuyo?

—Sí.

—¿Había venido del pueblo?

—Sí.

—¿Y qué era tu abuelo?

—Pues mi abuelo era un señorito chulo de un lugarón de La Mancha y tuvo una hija con mi abuela a quien abandonó, y luego se hizo cura.

—¡Qué tío!

—Mi abuelo durante la Revolución huyó del pueblo donde le perseguían y se refugió aquí en nuestra casa y mi madre lo recibió en palmas, no comprendo por qué.

—Hombre... al fin y al cabo era su padre.

—Para mí, un padre que no se ocupa de su hijo no es nada. Es como el municipal de la esquina.

—No tanto.

—Para mí, sí es... menos que nada... un canalla.

—¿Y qué pasó después?

—Pasó que uno de los chacales de Carnicer rondando por mi barrio le vio a mi abuelo y le dijo a un pintor de puertas amigo suyo: Oye, ¿no será este tío un cura de un pueblo al lado del nuestro? Porque se parece mucho.

—Pues tienes razón. Yo creo que es él.

—Anda, vamos a detenerle.

Le detienen, le llevan a la checa, le ven la coronilla y le fusilan. A los

tres o cuatro días lo sabe mi madre, y empieza con lamentos y quiere buscar y enterrar su cadáver. Yo le digo: Déjese usted de ceremonias. Lo mismo da estar enterrado en la cuneta de la carretera que en el panteón de El Escorial.

—¿Y se encontró al muerto?

—No.

—Bueno, ya estáis tranquilos.

—No, porque Carnicer nos ha metido en casa una señorita que es la hermana del director de un banco.

—¿Seráfica?

—Creo que sí.

—¡Pues a ella, chico!

—No, yo no quiero explotar a nadie. Yo soy anarquista.

—¿No te gusta?

—Sí, es una mujer guapa.

—¿Entonces tú no le gustas a ella?

—No sé. El otro dije le dije: Mire usted, señorita, creo que no está usted cómodamente aquí. Si usted quiere, yo traigo un auto y la acompaño a casa de unos parientes suyos o a una embajada.

—¿Y qué contestó?

—Me contestó que creía que en mi casa estaba más segura. No sé qué hacer con esa mujer.

—Yo como tú, me liaría con ella.

Después, el artista que se vestía de fraile y de obispo, y el marquesito se pusieron a hablar con regodeo de los homosexuales.

Hipólito, a quien esta conversación fastidiaba, dijo con mal humor:

—Hablar tanto del homosexualismo me parece una ridiculez. Creo que eso no tiene interés ninguno. Es una de tantas cosas feas del hombre y no vale la pena insistir en esas porquerías.

Don Clemente tomó la palabra y habló de aquella fiesta que él consideraba como una faunalia en honor del dios Pan y derrochó sus conocimientos mitológicos. La mayoría de los comensales hizo poco caso al discurso y don Clemente se sentó.

—Oye —dijo el poeta al que se vestía de obispo o de fraile—, ¿tú haces cuplés?

—Sí.

—¿Y cómo los haces?

—¡Cómo los hace! —exclamó don Clemente exasperado—. Porque tiene sentido musical, también tú haces sonetos en el mostrador de una taberna.

—Es verdad, don Clemente. No se incomode usted.

—Es que preguntáis idioteces.

—Bueno, echemos un trago ya que tenemos alcohol del bueno.

Don Clemente cogió una botella de coñac y echó en una copa grande casi la mitad y se la bebió como si fuera agua.

—¡Qué bárbaro! —dijo el poeta—. Va usted a reventar. Se ha puesto usted amarillo.

Don Clemente comenzó a canturrear:

Amarilla sí,

amarilla no

amarillo y verde

como mi amor.

—Usted desacredita la embriaguez —exclamó el poeta bohemio—, eso no burro.

Don Clemente permaneció cabizbajo con la frente apoyada en la mano, cantar con voz sorda y haciendo largos calderones:

Castas las de Levante,

playas la de Lloret,

dichosos los ojos

que os vuelven a ver.

—¡Qué tradicionalista es usted don Clemente! Hasta para la curda tiene usted la canción de todos los borrachos de España.

—No, ¿qué voy a tener, la canción de los esquimales? Hay que ser tradicionalista hasta en la borrachera. Esta República y este gobierno son tan estúpidos que no se puede estar a su lado. Lo único divertido que tiene esta guerra es el asesinato, pero a mí eso no me interesa.

—Habla usted mucho así —dijo el poeta— y no le vayan a pegar cuatro tiros.

—Que me los peguen, me es igual, pero es mi opinión y la diré delante de quien sea, militar o civil.

—¿Y qué había en su tiempo?

—Nada de importancia, un poco de chispa y de alegría. Bueno, que mi tiempo no está muy lejos del tuyo. Yo he pasado de los setenta, pero tú también has pasado de los sesenta.

—No lo niego.

—No digáis tontería —dijo Carnicer.

—No parece sino que tú no las dices.

—Ni las digo ni las hago.

—Tú eres perfecto, tienes todo lo necesario para ser político —dijo don Clemente.

—¿Lo crees así? —preguntó León.

—A ver. Eres un canalla, eres un cínico, eres capaz de quedarte con todo lo que puedes. ¿Qué más condiciones quieres tener?

León Carnicer en el primer momento quedó un poco parado, luego se echó a reír y dijo:

—Esta vieja cotorra de don Clemente tiene rabia a todo el mundo.

—Yo no. No tengo rabia a nadie. Digo la verdad, pero no tengo rabia a nadie. No te voy a comparar a San Francisco de Asís.

—A mí, eso... plin...

—Ya sé que no aspiras a la santidad.

—Ni tú tampoco.

—Natural, ni yo tampoco.

—Pues nada, abuelo, estamos a la misma altura.

Después, el alcohol hizo terminar la cena en orgía e Hipólito se escapó y se marchó a su casa.

III

GENTE NUEVA EN EL CLUB DEL PAPEL

En El Club del Papel se notan cada vez más cambios, se observan más desfiles por allí de caras nuevas. Casi el único de los antiguos contertulios que se mantiene fiel a la costumbre, inveterada, es don Clemente, el profesor, al que se le ve cada vez más consumido y seco, que para no morir de hambre, pues ni hay discípulos ni traducciones, ha aceptado una plaza de corrector en una de las imprentas donde se imprimen hojas revolucionarias, cargo que le ha conseguido Hipólito.

El médico va muy poco, porque está cada vez más ocupado; el escritor ya desde hace muchos meses no está en Madrid; el ingeniero también ha dejado de frecuentar la tertulia, aunque parece que no ha abandonado la capital. Los que más acuden son el estudiante, que sigue con el sambenito de ser fascista, aunque él se capea con bastante gracia; el escultor fanático e incomprensivo, que acaba siempre sus peroraciones diciendo: «El pueblo quiere una República democrática», como si a él se lo hubiesen dicho al oído, y el ruso amigo de Hipólito que resulta ser, a todas luces, un hombre ignorante y torpe. Este habla bien el castellano, le ha aprendido con facilidad, pero no sabe qué religión hay en España, ni en Francia, ni en qué se distinguen los católicos de los protestantes. Cree que hay que hacer una revolución para que los de los ferrocarriles lleguen a la hora justa de los relojes. Eso le parece el ideal de un pueblo civilizado.

Don Clemente, cuando habla él, dice siempre: «Ese hombre es un imbécil». Y mira fijamente a Hipólito, que no se atreve a defender al aludido, aunque le tenga por buena persona. Sin duda, en su fuero interno, está conforme con el profesor.

Se ve que don Clemente, ni aun llevando en el bolsillo un carnet de Obrero de la CNT, va aprendiendo a ser más cauto. Está expuesto a sufrir un

tropiezo grave, de los que cuestan muy caros, porque no le rige bien la turbina, como diría el médico burlón y humorista, no tiene la necesaria cautela, y va desparramando bromas y frases agrias contra unos y contra otros, entre gente que no conoce. El doctor en cambio sabe regir la turbina, y abrocharse la cremallera.

Va también a la librería un hombre grueso, pesado, con un gabán viejo, la cara arrugada, la nariz roja, que ha encontrado un filón en una biblioteca de una señora conocida suya que quiere vender los libros de un pariente. Este hombre que hace un par de meses no tenía ni idea de lo que podría valer un libro, se ha hecho en pocas semanas, un especialista.

Aparecen también por la librería de viejo, un corista de zarzuela, que cree que el comunismo arreglará todo, principalmente las compañías de teatro; un albañil muy pincho que lleva un mono azul y luce corbata roja, que se descubre desde lejos como el farolillo encendido de una locomotora; y un mancebo de botica, asustadizo y tímido, que tiene un miedo terrible a los moros. Todas las noches sueña que le rebañan la cabeza con una gumiá afilada.

Al mancebo de botica parece haberlo tomado bajo su protección una miliciana ex criada para todo servicio, alta, fuerte y valiente, de labios gruesos y ojos claros, a la que le gusta jugar con aquel don Nadie, que se ha adjudicado como un premio en una rifa. Desprecia a los hombres la tal miliciana, pero no puede vivir sin llevar uno a su lado. Se entrega a los que puede, hoy a uno, mañana a otro, a salto de mata o de ocasión. También cree que el comunismo es la panacea universal que todo lo arregla y lo pega todo como el Sindeticón o la pasta mineral catalana.

Aún desfilan de cuando en cuando otros tipos y otra gente por la librería. Un maestro de escuela, comunista, que siente más odio por los anarquistas que los mismos fascistas. Su ideal sería fusilarlos a todos. Una mecanógrafa valiente y erótica, a la que el histerismo que padece la hace llevar una vida imposible. Esta pasó por una época de honestidad, pero al estallar el Movimiento se hizo una nueva luz en su cerebro, siempre en desequilibrio, y se entregó a la orgía, por rabia y por desesperación. Aunque

no le faltan abastecimientos, por los muchos amigos con que cuenta, está cada día más flaca, y con un aire desesperado.

Suelen ir juntos, algunas tardes, el Marquesita y Manolita Padilla, que se muestra a veces rabioso, y dice que si con el pensamiento se acabase con las gentes, hace mucho tiempo que no habría quedado habitante único en Madrid. Asegura que es enemigo del género humano y que no tiene amor más que por los perros, y en especial por un foxterrier, que le sigue a todas partes. Hay mucho de postura en todas sus cóleras. Le acompaña, además del foxterrier, un joven a quien él llama Gallito, abogado, periodista y policía, las tres cosas en una sola pieza, muy echado para adelante y con una nariz como un pico de gallo. Cuenta este último con el favor de un pariente que ocupa un alto destino, y que le está preparando una comisión para salir de Madrid con sueldo con el fin de gestionar asuntos a orillas del Sena. Aunque el tal se las echa de tremendo y dispara frases gruesas con más energía que una ametralladora, en el fondo tiene miedo y lo que pretende es salir como sea. No les teme a los moros tanto como el mancebo de botica acompañante nocturno de la miliciana, pero tampoco siente por verlos de cerca la menor afición.

El escultor llevó una tarde al hijo de un pescadero, mozo alto, guapo, rubio, muy cobarde, pero que hasta entonces había revelado mucho arte para huir del peligro y una gracia especial para zafarse de dificultades con las patrullas. Tenía amigos milicianos que celebraban sus salidas, era muy cuidadoso de su persona, muy *dandy*, y solía llevar un peine en el bolsillo para alisar su rubia cabellera de joven estético.

Por ser del mismo pueblo que el dueño de la librería, se descolgaba por allí un feriante, que anduvo en un tiempo con un tiovivo y unos columpios por los pueblos, y al que un mal momento le apartó de su profesión. Era un hombre moreno y de mal genio, tenía un socio, y un día acabó riñendo con él. Salieron desafiados, y en un abrir y cerrar de ojos le dio al socio una cuchillada en el corazón y lo mató.

Al parecer, coincidieron en el presidio de Ocaña, el del tiovivo y los columpios, con el paleta, que también estuvo en la trena por haber mojado, como decía él, con mala suerte en el cuerpo de un tratante de granos. En el

presidio, el paleta se había hecho homosexual, y ya libre, andaba por Madrid persiguiendo a los jovencillos.

Algunas veces entra en la tienda, para ver si descubre algunas novelas del gran mundo que le distraigan, una chica que fue rica mientras vivió su padre, magistrado y terrateniente, en La Puebla de don Fadrique, pero las patrullas lo cazaron una noche, a la chica la echaron de su casa, con lo puesto, y a la mañana siguiente, cuando el padre yacía tumbado al sol en una revuelta de la carretera que por la Dehesa de la Villa baja a Puerta de Hierro, acudieron al domicilio del magistrado un par de camiones, y cargaron sobre ellos cuanto había.

Al cabo de los meses, la chica se ha convertido en una gran cocinera, y ejerce su arte culinario en una embajada importante.

Como se ve, El Club del Papel se ha convertido en un curioso álbum de tipos de las más diversas especies; un álbum que no figura entre los libros puestos allí en los estantes, sino que, va como desfilando empujadas por hojas sueltas, que van de un lado para otro, como empujadas por el viento que ha desatado el dios Eolo de la Revolución.

IV

EXCURSIÓN PELIGROSA

Un día, el miliciano que con un camión no muy grande llevaba municiones a los frentes, le invitó a Hipólito por si quería acompañarle, en uno de sus viajes. Hipólito habló de ello a don Clemente, el corrector de pruebas, y este contestó que también sería de la partida. Convinieron en ir juntos, y el primer día que el miliciano tenía ese servicio, decidieron acompañarle. Fueron cinco en el auto, Zarzuela, que era zapatero de viejo, don Clemente, por entonces corrector de pruebas. Carnicer, Hipólito y el mecánico.

Salieron de Madrid por la carretera de Guadalajara cuando empezaba a atardecer. A los pocos kilómetros, antes de llegar a un pueblo, torcieron por un camino a la izquierda. La tarde era desapacible, el viento frío. Después de haber andado unos tres cuartos de hora, por los datos que al conductor le habían deducido, sospechó estar ya cerca de la posición que buscaba. Fueron todos muy juntos en el auto, pero aun así no tenían calor.

A poco, descubrieron a lo lejos una luz, a la izquierda, sobre una colina, dejaron el auto en la carretera, y, a pie, siguieron orientándose por la luz. Al llegar al sitio que esta señalaba, encontraron una especie de chabola, que era el puesto de mando del sector. A derecha e izquierda se extendían las líneas de trincheras.

El del camión preguntó por el oficial Bermúdez, que era el nombre que le habían dado en Madrid, en la comandancia. A él tenía que entregar las municiones que llevaban. No estaba allí en ese momento, pero no debía andar muy lejos. Le buscaron, pronto le encontraron, y el capitán dispuso la descarga, reclamando la cooperación de algunos milicianos.

En tanto se efectuaba aquella. Hipólito y don Clemente entablaron

conversación con los milicianos que vigilaban en la trinchera, detrás de los parapetos.

Después de hacer algunas preguntas, don Clemente, el profesor, se puso a cantar:

Anda que te den, que te den,

y me han dicho que te han dao...

agua de limón, de limón,

con azúcar y bolao.

—¿Te quieres callar? —le dijo el chófer de mal humor.

—¿Es que aquí está prohibido explayar el ánimo? —preguntó el viejo.

—Es que te puede oír el enemigo. Hay que tener un poco de pupila.

—¿Tan cerca está el enemigo?

—A unos trescientos metros. La cosa no es para tomarlo a broma.

—¡Bah, eso es para ti! A mí todo me da igual. Tú eres joven y no de mal parecer. Todavía puedes encontrar a una mujer o a un hombre que te ponga un piso.

—Mujer, bien, pero lo otro... ¿Usted qué se ha creído? ¿Cree usted que porque es viejo puede insultar a cualquiera?

—Yo no me he creído nada. No ha sido nada más que un elijan... Allá tú.

—Se adorna usted mucho.

—Yo, nada, ¿para qué? Antes iba al excusado todos los días. Ahora, ni eso... ¿Conoces el romance del guapo Francisco Esteban?

—No.

—No es que quiera gastarte ninguna broma. Es que se me ha venido a la cabeza aquello de:

*¡Viva quien tiene en el mundo
sus hechos tan laureados
que no va a haber quien le iguale
a su valor temerario!*

Lo que es estos versos, no me dirás que no resultan aquí oportunos.

Llegaron a un puesto ocupado por rojos y les detuvieron y les preguntaron a dónde iban.

Don Clemente se dedicó a sus habituales mixtificaciones.

—Usted lo que es es un coñón de siete suelas —le dijo uno de los milicianos.

—No tantas suelas amigo, que ahora anda escaso el cuero. En el momento en que se acercó a ellos el comandante del puesto, escuchó un estornudo con todas las trazas de un cañonazo.

—¡Eh! —dijo el comandante—. ¡A ver quién es ese que ha estornudado de una manera tan escandalosa!

—Ese es Zarzuela —dijo don Clemente.

—¿Y qué le pasa, que ha cogido el muermo?

—Se habrá constipado —contestó el otro.

—A ver —insistió el comandante—, llámadle... ¿Qué demonios le pasa a ese tío?

Apareció Zarzuela trompicando.

—¿Me has llamado, camarada?

—Sí —dijo el comandante—. Vamos a ver, ¿qué te ocurre? ¿Tienes algún cañón en la nariz para meter ese estrépito?

—Es que me he constipado —replicó Zarzuela.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Zarzuela.

—¿Qué eres?

—Mi comandante, compositor.

—¡Ah, compositor! ¿Y qué es lo que compones, zarzuelas, como tu apellido? ¿O cuplés?

—No.

—¿Supongo que no harás óperas?

—No. tampoco hago óperas. No pico tan alto.

—Entonces, ¿qué compones?

—Zapatos —dijo el otro riendo.

—Bueno, veo que eres un guasón.

—¿No se puede ser guasón?

—Sí, pero se expone uno a que lo fusilen delante de una tapia.

—Creo que se puede hablar un poco en broma, aunque se tenga al enemigo a dos pasos. A mal tiempo...

—Sí, se puede, pero es una costumbre peligrosa. Además de guasón veo que eres un tanto curda, camarada Sainete... digo. Zarzuela... ¿Ves? Todo se pega... Ahora mismo llevas auestas una melopea de padre y muy señor mío.

—¿En qué lo has conocido?

—En que tienes una nariz colorada como una rosa de Bengala.

—No conozco esas rosas. Pero, ¿tampoco va a tener uno derecho a tener la nariz del color que más le agrada?

—¿A qué sociedad perteneces?

—Soy de la FAI.

—Bueno, amigo Zarzuela, camarada de la FAI, compositor... de zapatos viejos y curda benemérito, antes de que te vuelvas a Madrid, te voy a hacer una advertencia piadosa.

—Hazla.

—Te voy a advertir que si otra vez te presentas así, borracho en acto de servicio, mandaré que te fusilen en la primera tapia que encontremos.

Hipólito, don Clemente y el jefe volvieron al puesto de mando del sector para ver cómo iba la descarga de municiones, y si había llegado el momento de emprender el viaje de vuelta.

Para entonces, el camión había sido descargado, y el conductor aguardaba a sus acompañantes. Volvieron a ocupar sus asientos en la cabina.

—¿Volveremos por el mismo camino? —preguntó Hipólito.

—No —contestó el chófer—. Tomaré un poco más a la izquierda, por otro camino que espero sea más corto que el que trajimos.

Puso en marcha el motor, y el camión arrancó. Empezaba a anochecer.

ARGUCIA DE CARNICER

Efectivamente, al poco de salir del sitio donde habían hecho alto, vieron un camino por la izquierda, que era el que tomaron. El campo estaba completamente solitario, no se cruzaron con ningún carro ni coche, ni se veía habitación alguna. El viento seguía frío.

Al cabo de un cuarto de hora, se observó en la lejanía el perfil de una aldea de montaña que se destacaba en el crepúsculo y que no llegaría a tener una veintena de casuchas míseras alrededor de la torre de la iglesia.

—¿Qué pueblo es ese? —preguntó Hipólito.

—No lo sé —dijo el que hacía de chófer—, pero no creo que estemos ya lejos de la carretera.

Empezaba ya la noche y se oían tiros aquí y allá.

De pronto, Carnicer exclamó con voz dolorida:

—¡Para, para!

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —le pregunto el chófer.

—Dejadme bajar. Estoy herido en el pecho.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por lo menos estaré tranquilo.

—Vas a andar mal en el campo.

—Pero con el movimiento del coche estoy peor. Si pudiera bajar Hipólito para ayudarme.

—Bueno, yo bajaré.

—Nosotros seguimos a Madrid.

—¡Ah! Claro.

Bajó Hipólito y el auto siguió marchando en la carretera, y se dejó de oír el ruido del motor. Carnicer se sentó en una piedra.

—¿Sangras? —le preguntó Hipólito.

—No.

—¿Pero cómo no sangras?

—Porque no tengo herida. He comprendido que nos estaban acechando y he inventado que me encontraba herido.

—Pero podíamos haber retrocedido.

—No, porque nos perseguirían. Nos estaban observando.

—Así que has hecho que a esos pobres los vayan a coger y a matar.

—Sí, si no nos hubieran matado a todos.

—Eres un canalla.

—No lo dudo. Ahora vamos a ver cómo nos salvamos. Tenemos que internarnos entre los matorrales de este cerro hasta que entre por completo la noche. Cuando sea completa la oscuridad tomaremos para Guadalajara y desde allí encontraremos medios para ir a Madrid.

Efectivamente, así se hizo y por la mañana en un camión volvían a Madrid.

VI

PRESOS

El automóvil se iba acercando al pueblo. Antes de llegar a él, se veían unos grupos, armados, como si vigilasen la entrada. Les dieron el alto cuando ya estaban cerca.

—¿Quién vive?

El conductor contestó:

—¡España!

—¿Qué España? —le contestaron—. ¿La nacional o la del soviét?

—Ni una ni otra —gritó el conductor—, la de la República.

Paró entonces el camión, que se había detenido, estaba rodeado por diez o doce hombres, que, con gran sorpresa de los que ocupaban el camión, llevaban uniformes de tropas regulares. Oyeron el ruido de preparar los fusiles.

—Bueno, habéis caído en una ratonera —gritó el que mandaba—. ¡Bajad del camión!

Los tres que lo ocupaban echaron pie a tierra y se encontraron al punto rodeados, prisioneros. El conductor no había advertido que el coche se desviaba demasiado a la izquierda y que había ido a caer en una posición de los nacionales.

VII

LAS FANTASÍAS DE DON CLEMENTE

Los detenidos fueron llevados a una casa de pueblo y encerrados en una habitación de la planta baja, en la que había cinco colchonetas en el suelo. Una reja de hierro, cerrando una ventana, dejaba pasar una claridad turbia de un día nublado. El cristal de la ventana estaba roto, de modo que con la luz pasaba un frío bastante desagradable.

Allí encontraron a dos milicianos también detenidos. El uno era un hombre alto, de una fealdad repulsiva. Tenía la cabeza pequeña y la cara grande, ojos negros, con cierta expresión entre asustada y burlona. Se veía que desconfiaba de todo el mundo y que odiaba a la mayoría de la gente. El otro era un mozo joven, casi un chiquillo, y estaba herido. Aguardaban la resolución que con ellos tomasen, los que los habían cogido hacía pocas horas con las armas en la mano.

Entablaron conversación con ellos, Zarzuela dirigiéndose al de más edad, le preguntó:

—¿A qué grupo político perteneces?

—Los dos somos de la FAI —repuso por él y por su compañero.

—¿Y cómo habéis caído en poder de los nacionales?

—Porque íbamos recorriendo el campo, creyéndolos lejos, y de pronto, aparecieron varios soldados por detrás de unos pedregales, nos envolvieron gritando: «¡Manos arriba!» ¿Qué íbamos a hacer si ellos eran quince o veinte? Nos tenían encañonados y nosotros solo éramos dos. ¿Y a vosotros, qué os ha ocurrido?

—Pues nosotros, regresábamos de llevar municiones a una posición, y

nos hemos venido a meter en la ratonera.

—Pues estamos lucidos.

—¿Crees, camarada, que nos fusilarán? —preguntó Zarzuela.

—Ni qué decir tiene.

—A mí me da lo mismo —dijo don Clemente con una conformidad de estoico—. Estoy harto de vivir miserablemente y la vida me pesa demasiado. ¡Para lo que uno hace!

—¿Es que cree usted en la otra vida? —preguntó el de la FAI en tono de burla.

—Si creyera, pensaría que por mala que fuese no podría ser peor que la que estamos viviendo —contestó don Clemente—, pero morir para ver.

—Sí. para ver que no hay nada —dijo Zarzuela.

El conductor del camión que hasta entonces no había despegado sus labios, dijo:

—¡Si por lo menos hubiésemos andado más listos, y nos hubiésemos cargado a alguno antes de que nos echaran la zarpa encima! A mí me habría gustado meterle al teniente una bala en la cabeza.

—Sí. para que no cojease —dijo el más joven de los de la FAI que no parecía ser muy locuaz—, pero estos cochinos burgueses tienen la suerte de cara, y gallean como unos condenados hijos de la muy...

—¡Y lo que gallearán! —añadió su compañero—. ¡Vaya tíos! Tienen unos aeroplanos que no hay Dios que los resista. Te dejan una posición plantada en menos que cuesta decirlo.

—Son aviones alemanes.

—¿Y tú, qué eras antes de la guerra? —preguntó Zarzuela al de la FAI que primero había hablado.

—Yo, vendedor de periódicos.

—¿Y tú?

—Yo, poca cosa, me dedicaba a cazar pájaros.

—¡Vamos, sí, dos industriales! —murmuró don Clemente.

—Cada uno se agarraba entonces a lo que podía. En cambio, apenas empezó la guerra todo cambió, y si he de decir la verdad, nunca he vivido tan bien como ahora.

—Ni yo tampoco —añadía el otro—. ¡Si no hubiera sido por este tropiezo! Ahora ya, *requiescan*. ¡Sí que tiene gracia!

—Hombre, no creo que tenga ninguna —murmuró su camarada.

—Menos mal —dijo don Clemente—, que no nos harán esperar mucho para extendemos el pasaporte. Ni el uno ni el otro bando gastan muchos requilorios para estas cosas. Vivimos en una época interesante. Se fusila en las cárceles, se fusila en los pueblos y se fusila en los caminos...

—¡Calle usted amigo, que esa música me hace cosquillas en la mollera! —dijo el conductor del camión.

—*Stultorum infinitas est numeras* —murmuró el profesor—. ¡Ya se acabó la humanidad!, como decía el general Renovales en su tiempo.

—Veo que tienes una admirable disposición —dijo Zarzuela a su amigo—, para tomar a broma incluso lo que te puede costar caro.

—¡Qué duda cabe! Es una posición espiritual muy adecuada al juicio que tengo formado de mi persona.

Soy un náufrago social

que se ahoga en un tintero,

pobre sin ser pordiosero,

sin ser libre, liberal.

—Pero... ¿no le trastorna verse tan cerca de perder la vida?

—No, Atiende lo que dicen estos versos:

Al brillar un relámpago, nacemos

y aún dura su fulgor cuando morimos.

¡Tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corremos

sombras de un sueño son que perseguimos.

¡Despertar es morir!

—Pero, ¿no ha dicho usted que no cree que haya otra vida?

—Yo no, pero el poeta debía creer en ella. Porque si no lo hubiese creído, no hubiera dicho eso de despertar es morir.

Habría dicho que era dormirse para siempre. Podría todavía decirte algún verso más. Como aquello de:

Considera alma perdida

de la muerte el trance fuerte

y cuán amarga es la muerte

a quien fue dulce la vida.

—Pero, como para mí, la vida no ha tenido nada de dulce, la muerte tampoco me viene a parecer mucho más amarga que todo lo que he padecido hasta tropezar con ella.

Poco después, se abrió la puerta y uno de los soldados que la vigilaban en el vestíbulo, les hizo pasar a una habitación de enfrente, donde se había constituido el tribunal.

La cosa no tardó mucho tiempo para que se diese por terminada, y volvieron donde primero los habían encerrado.

Aún pasarían una noche, tendidos sobre las colchonetas, hasta que el alba les trajese, con el principio de un nuevo día, el fin de muchos otros desventurados, trabajosos, amargos más que dulces.

VIII

AL AMANECER

Amanecía cuando llegó a sus oídos el toque de diana.

Don Clemente golpeó con los nudillos en la puerta, y al abrirse y aparecer en el interior la cabeza del soldado, le dijo:

—¿Podrías traerme agua y jabón para lavarme? Te daré dos pesetas que tengo, las últimas.

Y el soldado contestó:

—No quiero que me des nada. Te traeré el agua y el jabón. ¡Muchas gracias!

Don Clemente volvió a sentarse en la colchoneta. Zarzuela roncaba con una respiración sosegada. Los otros tres dormían también, aunque sin ronquidos.

Se presentó el soldado y dijo:

—Ahí tienes el agua y el jabón.

El profesor se lavó la cara y las manos cuidadosamente. Le habían llevado el agua en un lebrillo de barro, que puso en el suelo. A poco despertó Zarzuela.

—¿Qué, es hora ya de salir al campo?

—No debe de faltar mucho —contestó don Clemente.

—¿Los llamamos a estos?

—Déjalos, que sigan durmiendo. Siempre se despertarán o los

despertarán demasiado pronto. Me recuerdan aquellos versos que dicen:

*Cada vez que considero
que me tengo que morir
echo la manta en el suelo
y me jacto de dormir.*

Don Clemente, al levantarse y ponerse al lavar, comenzó a cantar de una manera petulante y a frotarse las manos como si estuviera satisfecho.

*Pasar la noche en los caminos
sufriendo hambre, frío y sed,
defender gobiernos bárbaros
para que luego nos den mulé.
Ay, qué placer es el civil,
como la noche de san Daniel.*

—Este tío está loco —dijo uno de los presos.

Después don Clemente se paseó cantando La Internacional con una letra en broma y después siguió con una canción de *La Diva*:

*Amigo soy de Rafael,
amigo soy de Baltasar,
mi afecto supo conquistar,
mi dicha estriba en serle fiel.*

Sin duda, el hombre se sentía filarmónico, luego se puso a cantar frotándose las manos una habanera absurda de hacía más de medio siglo con muchos calderones:

*De colores, de colores
se visten los campos
en la primavera.*

*De colores, de colores
son los pajarillos raros
que vienen de fuera.*

*De colores, de colores
es el arco iris que vernos lucir.*

*Y por eso los grandes amores,
de muchos colores me gustan a mí.*

Tras de esto don Clemente se engalló más y con voz engolada cantó acentuando los efectos, una canción de Marina.

*¡A dónde vais huyendo
las ilusiones, las ilusiones,
que nos dejáis sin vida
los corazones, los corazones!
Y en pago del tormento
de tanto amar, de tanto amar,
se va el suspiro al viento y el llanto al mar.*

Don Clemente que no veía en su situación más que motivos de petulancia y de darse tono, cantó después:

Ah, che la morte ognora

É tarda nel venir

A chi desia morir!

Addio, Leonora!

—¿Qué haría este viejo si le indultaran? —dijo el chófer.

—Quizá se quedara llorando —contestó Zarzuela con humor. En esto se abrió la puerta, entró un oficial y preguntó:

—¿Hay alguno que se quiera confesar?

El profesor contestó de una manera rotunda y satisfecha trazando como medio círculo en el aire con la mano derecha.

—Ninguno.

Poco después sacaron a los prisioneros y se oyó el ruido de las descargas.

IX

HIPÓLITO Y CARNICER

Hipólito y Carnicer volvieron a Madrid como pudieron. Hipólito no quiso ya verse con León.

Le parecía un miserable.

Siguió acudiendo constantemente a su librería.

Por esta época, se hablaba mucho del Túnel de la Muerte. Según decían iba desde las proximidades del Manzanares hasta más allá del barrio de Usera. Algunos canallas decían a los incautos que les pondrían en la zona ocupada por los nacionales, y después de haberles sacado grandes cantidades de dinero, les asesinaban.

Estas carnicerías como la del Túnel de la Muerte ocurrieron en el año 38.

El sobrino de Will estuvo cuatro días en el hospital, y allí fue su padre y se enteró de las crueldades de los enfermos con los heridos del otro bando. Los martirizaban y los mataban.

Todo era de una vileza y de una crueldad verdaderamente extraña. En medio de este ambiente tan bajo, había casos de inocencia que producían asombro.

EPÍLOGO

ESCRITO POR WILL

I

Estamos en marzo. Con muchos más medios que los sitiados en Madrid, los nacionales han ocupado la Moncloa y la Ciudad Universitaria.

Se han perdido también por los rojos los dos Carabancheles, Villaverde, Cuatro Vientos, el cuartel de Artillería y el Cerro de los Ángeles.

Madrid ha entrado en la zona de guerra. Ya no nos lo cuentan, lo decimos, lo sentimos, lo padecemos.

En casa marchamos bien. Con mi chico menor —Will como yo— que tiene dieciséis años, he tomado una determinación seria. Andaba con una pandilla de jóvenes maleantes e iba a los alrededores a ver a los muertos fusilados por la madrugada, como si eso fuera una broma y registraban los bolsillos de las víctimas. Ha pasado por aquí un periodista joven norteamericano que vuelve a América y le he endosado al chico. Yo siento separarme de él, pero creo que le conviene.

En Madrid se vive la guerra y se sufre. Desde hace tres años que los nacionales llegaron a la Casa de Campo, están cañoneando Madrid constantemente.

Un día, a las siete de la tarde, al salir el público de los cines de la Gran Vía, empezaron los nacionales a disparar sus granadas al centro y de los espectadores murieron bastantes en las aceras.

Ya la guerra se encuentra dando las últimas boqueadas. Hay un Consejo Nacional de Defensa en Madrid que ha dirigido un manifiesto a los trabajadores y al pueblo antifascista.

Se han pronunciado discursos. Besteiro dijo unas palabras, el coronel Casado se dirigió también al público, el camarada Cipriano Mera, antiguo albañil y hombre de talento, habló de la actitud alevosa de Negrín, que no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir mientras el pueblo queda maniatado ante el enemigo.

Añadió que a partir de aquel momento, el Consejo Nacional de Defensa recién creado en situación tan crítica, tenía una misión, la paz.

Mera es un hombre inteligente, albañil de oficio, que ha demostrado más talento táctico que otros profesionales.

En la Guerra de la Independencia, hubiera llegado a ser un rival del Empecinado y de Mina.

Mera ha entrado con sus fuerzas por el camino de Alcalá que durante toda la guerra estuvo libre, a dar la batalla a los comunistas.

II

A las diez de la noche, el general Miaja dirigió una alocución por la radio en la que decía que ellos buscaban que cesara ya el derramamiento de sangre. Los comunistas querían hacer desaparecer Madrid. Mera acabó con el predominio de los comunistas con su columna.

Esta maniobra realizada por Mera fue la acción más audaz e inteligente de toda la guerra. Lo que los nacionales no se decidieron a realizar con todas sus fuerzas en el mes de noviembre de 1936, cuando tenían enfrente los restos de unas tropas que venían corriendo llenas de pánico desde Talavera de la Reina, lo realizó Mera, un simple albañil, vigilado y cercado por los nacionales, y frente a un ejército comunista, perfectamente disciplinado y armado, dueño de todo el frente de Madrid y con un entrenamiento de tres años de lucha. Las fuerzas de Mera eran quizá la cuarta parte de las fuerzas con que contaban los comunistas, pero Mera no se asustó. La lucha en las calles de Madrid duró nueve días, y en ella se produjeron, según se dijo, más de catorce mil bajas entre comunistas y anarquistas.

Al día siguiente de que la Junta de Besteiro y Casado se sublevara contra el Gobierno, el general comunista entró con sus fuerzas por la Ronda, viniendo de la Ciudad Universitaria y avanzó hasta la plaza de la Independencia, dispuesto a batir las escasas fuerzas de la Junta que se habían fortificado en la Cibeles. Y empezó la lucha. Entre la Cibeles y la plaza de la Independencia, los dos bandos se cañoneaban y se tiroteaban a lo largo de ese trozo de la calle de Alcalá. Como el Metro estaba tomado y cortado por los combatientes para evitar filtraciones y sorpresas, ocurría que, a veces, se mandaba detener la lucha para que pasaran los transeúntes que no tenían otro medio de trasladarse de un lado para otro.

Al día siguiente de entrar en Madrid las fuerzas del Campesino, bajó Mera con su columna desde Guadalajara por la carretera de Alcalá, e intentó tomar por la tarde la plaza de Manuel Becerra, lo que no consiguió. Un amigo mío que vivía entonces en una esquina de esa plaza, en la calle de don Ramón

de la Cruz, asistió desde un balcón de su casa medio escondido a la lucha. Mera, viendo que se hacía imposible tomar de frente la plaza, por la noche se corrió a la izquierda, hacia el hospital del Niño Jesús, y avanzó por el Retiro, batiendo de flanco a los comunistas, que tuvieron que retirarse hacia el barrio de Salamanca, abandonando la plaza de la Independencia.

Al mismo tiempo, las tropas de la Junta que estaban en la Cébeles, avanzaron por Recoletos, y los comunistas, después de varios días de combate, en el barrio de Salamanca, abandonaron esta zona y se parapetaron en las obras de los Nuevos Ministerios, donde resistieron varios días. El Campesino a quien se le tenía odio por su dureza, escapó.

Madrid entonces respiró tranquilo. La gente estaba harta de guerra. Los madrileños de este tiempo ya no deseaban nada. Lo que verdaderamente querían era que les dejaran en paz, y que no sonasen más tiros ni se produjeran más querellas políticas.

III

Después la vigilancia de las calles se ha hecho por fuerzas militares. Se custodiaban los bancos, los edificios oficiales, los cuarteles y no se permitía formar grupos en las aceras.

Con el micrófono de la Junta del Gobierno, se han dirigido a los madrileños varias personas, entre ellas Miaja, Besteiro, Casado y Mera. El primero dijo que se habían reunido para terminar la guerra de una manera humana y honrosa, sin otra misión que la de devolver la paz a los hogares españoles. Besteiro afirmó que el Consejo era una garantía de la salvación del pueblo contra el intento de los comunistas de implantar el despotismo terrorista. Casado indicó que reinaba tranquilidad en toda España, excepto en Madrid. En la capital, los comunistas desesperados por el fracaso, habían intentado dar un golpe de audacia con algunos batallones. La Pasionaria y Jesús Hernández escapaban a Orán sin despedirse de los miembros del Gobierno que se había marchado en avión a Marsella.

El intento de implantar el comunismo en Madrid ha producido una confusión y un barullo en el pueblo que puede terminar en catástrofe. De todo lo malo se le echa la culpa ahora a Negrín.

Mera hizo hincapié en la fuga de los dirigentes.

En una nota del Cuartel General publicada el 7 de este mes, se dice que depusieran su actitud los mandos de Madrid, y los núcleos de tropas, dándoles un plazo de tres horas, a partir de las nueve de la mañana, para ocupar los puestos anteriores, debiendo permanecer en su posición y suspender inmediatamente el fuego. En las primeras horas de la tarde del 10 volaron sobre Madrid escuadrillas de la aviación republicana, lanzando notas comunicando que las promesas de los comunistas habían fallado y el acuerdo de actuar contra ellos también.

Las tropas republicanas entraron por la plaza de Manuel Becerra, después de hacer desaparecer los reductos sediciosos en los cuales se rindieron

catorce mil rebeldes.

En la Glorieta de Bilbao, junto a la calle de Carranza, al amanecer los soldados de guardia dieron el alto a un camión ocupado por veintiocho comunistas. Mataron a unos e hirieron a otros. Luego lograron refugiarse en un hotel de esta Glorieta y de allí pasaron a la acera del bar Tibor donde se hicieron fuertes.

Desde la calle de Carranza, en donde estuvo la redacción de *El Socialista*, un oficial les gritó que se rindieran y como no obedecieron, se asaltó la casa del bar rindiéndose los comunistas, entre los que quedaron tres muertos. El 11, a primera hora de la mañana, hubo fuego intenso de armas en el número 6 de la calle de Serrano y en la de Antonio Maura (antes de la Lealtad).

En las primeras horas de la mañana del día 12, domingo, quedaron reducidos todos los focos rebeldes. La aviación voló sobre El Pardo, a donde los comunistas habían llevado a sus rehenes y estos recobraron la libertad, llegando a Madrid en estado lamentable, harapientos y enfermos, por haber sido tratados con dureza y con crueldad.

El público salió a ver los destrozos de las casas de las que habían sido expulsados los comunistas. En la calle de la Lealtad estaba el comité provincial del partido.

Una de sus fachadas aparecía marcada de impactos de fusil, ametralladora y cañón antitanque. El portal estaba completamente destruido por las explosiones.

En la calle de Serrano quedaban huellas semejantes. Tenían en esa calle instalados los reflectores para el exterior. Hacía la Cibeles se habían hecho fuertes en las trincheras. Se les desalojó de la Puerta de Alcalá a cañonazos.

Los comunistas llevaban a sus detenidos al cuartel de Chamartín de la Rosa que estaba ocupado por ellos y bombardeado por la aviación del Gobierno rojo, pereciendo muchos de los detenidos.

Los comunistas pretendieron convertir El Pardo en una fortaleza. Había

allí unos tres mil prisioneros. Les daban medio panecillo al día, un pedacito de carne y un poco de arroz al anochecer.

Habían recibido una enorme cantidad de provisiones de todas clases y convertido el palacio en una fortaleza disponiendo de tres cañones, cerraron todos los huecos convertidos en troneras.

Los presos ocupaban el local del Orfanato. Temiendo ataques de la aviación, a los oficiales no comunistas los encerraron en pisos altos del edificio. El jefe de la Brigada era un tal Ascanio. A los prisioneros republicanos, según se decía, se les trataba peor que a los fascistas.

En los registros practicados se hallaron cantidades inmensas de dinero y de objetos. En un hotel de la Castellana había hasta cincuenta aparatos de cine modernos, una espada de oro, puño de marfil y brillantes que pertenecía al general Concha, cofres llenos de joyas y sumas considerables en plata y en billetes.

El día 6, a las doce y media de la tarde, parte de la 42 Brigada Mixta penetró en el Palacio Nacional sorprendiendo la buena fe de los carabineros y otras fuerzas que allí había. Se apresuraron a izar una batidera blanca en el balcón central para el caso de ser atacados.

Se encontraron muchas bombas de mano. Había también proclamas y números de *La Voz del Combatiente*. El martes por la noche, día 14, el gabinete de prensa del cuartel del Consejo General dio una nota diciendo que después de las horas amargas impuestas por los comunistas, venían otras de trabajo y preocupación para realizar los anhelos generales del país, que eran llegar a constituir una paz estable y fecunda.

Besteiro se encontraba enfermo por el trabajo que durante el movimiento sedicioso había pesado sobre él. El 18 se dirigió al pueblo por radio a las diez de la noche diciendo que estaba dispuesto a emprender las negociaciones que pusieran fin a la lucha fratricida.

El 18 por la tarde se había cumplido la sentencia de pena capital impuesta al teniente coronel Barceló por el consejo de guerra sumarísimo

como elemento activo de la sublevación comunista. La misma pena había recaído sobre el teniente coronel Bueno, pero a este se le consideraba obligado por sus jefes y se pedía su indulto.

Había sido detenido el comandante Ascanio.

Se descubrió haber sido muertos por los comunistas tres coroneles y un comisario del Ministerio de Defensa Nacional.

La FAI publicó un manifiesto de los combatientes y trabajadores diciendo que el Consejo Nacional de Defensa estaba poniendo todos los medios para conseguir la paz aunque no perdía de vista la posibilidad de tener que continuar la lucha.

La tarde del 24 se verificó el entierro de los muertos por los comunistas presidido por Miaja y Casado.

El día 27, varios jefes conocidos, entre ellos el coronel don Segismundo Casado, hablaron por la radio y este dio cuenta de que, después de iniciadas las negociaciones de la paz, se había iniciado la ofensiva anunciada para la otra zona y las tropas del Consejo Nacional de Defensa cumplían las órdenes de sus jefes, como asimismo la retaguardia. En Madrid la tranquilidad era completa.

IV

El 27, a la diez de la mañana, volaron sobre la ciudad cuatro escuadrillas de aeroplanos de tres aparatos cada una a la altura de mil a mil quinientos metros. Las baterías de los rojos anti aéreas lanzaron sobre ellos proyectiles. A la una y media de la tarde volvieron a volar los aeroplanos nacionales, pero sin cruzar sobre la capital.

La gente parecía tranquila y andaba por las calles al parecer sin miedo. Hacía un tiempo espléndido de final de marzo.

El frente rojo de Madrid se ve que se desmorona. Por las calles se ven soldados con maletas y mantas. Suelen decir convencidos:

—Esto ya se ha acabado. Que entren cuando quieran. Nosotros ya estamos hartos de sufrir miserias mientras los jefes se dan la gran vida.

Yo, por si acaso, me he retirado a la casa de la Embajada, y aquí estoy, Me dicen que empiezan a aparecer banderas rojas y amarillas en los balcones. Naturalmente todos los rojos se han escondido como han podido. Los nacionales ocupan las calles. Aseguran que hay cuarenta mil prisioneros en el Hotel Palace, y añaden que han encontrado al que mató y cortó la cabeza al general López Ochoa en el hospital de Carabanchel y luego la paseó por el pueblo.

Se dice que se ha prendido a un portero que dijo, según una vecina, que habían hecho muy bien en matar al general López Ochoa.

Siguen entrando automóviles con víveres en Madrid, la mayoría con el rótulo de Auxilio Social, acogidos con gran satisfacción. Se ha dado orden de apertura de establecimientos de comerciantes e industriales, porque ya dispone el público de moneda nacional. En los Bancos se ha abierto una caja de billetes llamados de urgencia, de cantidades inferiores a cien pesetas.

Empiezan a abrirse los cafés y los bares, y comienza la venta del pescado y de la carne. También van a restablecerse los servicios de los trenes.

Su affmo. Will

V

Después de la época azarosa que había puesto término a la guerra, quiso Will visitar la cárcel de Porlier, que estaba llena, según decían. Se hallaban reclusos allí varios conocidos suyos que estuvieron a punto de ser fusilados. Se valió de un falangista, jerarquía de la nueva organización para obtener el permiso necesario y llegar a comunicarse con aquellos desgraciados.

Fue allá de noche, y al encararse, desde la esquina de la calle de Torrijos y Lista, con el antiguo edificio, antes colegio de los Escolapios, le dio la impresión de que se trataba de una casa de salud. Era una colmena de ventanales iluminados, pero una colmena sombría en donde rondaba la muerte.

Franqueó Will el rastrillo después de mostrar en la puerta el volante que le habían dado. Un celador le acompañó hasta la gran sala llena de gentes de todas clases, que dormían en el suelo. El celador voceó los nombres de los que Will iba a visitar, y dos individuos marcharon a su encuentro acercándose a la puerta de la entrada.

De momento, oírse llamar debía de ser para ellos una mala impresión pues mientras duró la visita, por dos o tres veces los carceleros entraron a leer a la luz de las bombillas que pendían del techo, listas de nombres de los que iban a fusilar por la madrugada. Leían mal, balbuceando, torpemente, o porque no supiesen leer bien, o equivocándose a propósito por crueldad para que nadie pudiera dejar de sentirse amenazado, en tanto el nombre se pronunciaba de una manera definitiva. Algunos presos empezaban a temblar en cuanto veían entrar a los empleados, otros se echaban a llorar, antes de saber si tenían o no motivos para hacerlo; otros parecían tranquilos, y cuando veían que sus nombres no eran mencionados, se tendían a dormir con indiferencia.

Will vio a Carnicer, que hablaba con dos curas. Ellos estaban allí para desempeñar su ministerio. Se sabía que durante el periodo rojo los había habido, vestidos de milicianos, que confesaban y daban la comunión a los

moribundos: otros bautizaban o decían misas en casas particulares. Se había hablado también de un confitero de la calle de Milanese que hacía hostias para esos curas camuflados, y de un cura que, miliciano auténtico, llegó durante aquel periodo a comandante.

Había también un viejo republicano arrimado a un rincón que no podía conciliar de ninguna manera el sueño, y según contaba, dejándose dominar por sus obsesiones, repetía a cortos intervalos, como un estribillo irónico:

—¿No querías República? Pues... toma República. ¿No querías Revolución? Pues... toma Revolución.

Will obtuvo de sus amigos detalles de cosas ocurridas en los hospitales con enfermos durante el periodo rojo que ponían los pelos de punta. De ser cierto lo que se contaba, se habían cometido muchos crímenes impunemente, dando el pasaporte para el otro mundo a los heridos del bando contrario con una crueldad que recordaba tiempos de puro salvajismo. Will pensó que una guerra civil en España siempre sería cruel y sanguinaria. La civilización es algo sin consistencia que se resquebraja fácilmente. No han influido en la vida, suavizándola, ni la religión, ni la cultura. El hombre en la guerra es tan cruel y tan salvaje como lo era en la Edad de Piedra.

Se habla de enfermeros que han cortado la cabeza a los heridos... ¡Qué salvajismo! ¡Qué odio tan atroz! Un odio que persiste y estallará otra vez, un día cualquiera, sin saber cuándo ni cómo, dando la sensación de que no se acabará nunca.

Lo que ocurría con los heridos en el Hospital General era espantoso. Al salir ya curados de allí, los esperaban los contrarios y los fusilaban. La saña era terrible. A varios curas les quisieron convencer de que no saliesen, de que esperaran, pero a muchos que no quisieron abandonar el hospital los fusilaron también.

VI

Había en la cárcel algunos anarquistas que se mostraban ariscos y huraños, no consintiendo que se les acercase ningún cura de los que circulaban por las salas, pero no era de aquellos León Carnicer, que parecía pertenecer a la clase de los García Atadell, es decir, de los que después de haber saciado sus instintos de fiera y de haberse bañado en sangre se doblegan a un arrepentimiento y a un temor terrible. En la cárcel de Porlier había cambiado su expresión y no se notaba en su cara más que el miedo.

Los primeros días de la cárcel. León Carnicer se había fingido loco, pero no convenció a nadie. Peroró, dijo extravagancias, creyó que lo llevarían a un manicomio y cuando notó que sus maniobras no hacían efecto se entregó a la desesperación y quiso confesarse. Desde entonces se convirtió en otro hombre, acabado, sombrío, sin fuerzas para nada.

Había muchos otros que manifestaban un valor y una insensibilidad asombrosos. Tenían ánimos para hacer chistes sobre su mala suerte y trataban de levantar el espíritu de los cobardes y asustados. Otros muchachos jóvenes que iban a ser fusilados en cuanto amaneciese, dormían tranquilamente tendidos en el suelo, y, por la calma que en ellos se notaba, se veía que ni siquiera perturbaba el sueño alguna terrible pesadilla. Se decía al ir al patio donde se fusilaba, irse a la Pepa.

El poeta Verdugo de la República, como se llamaba él, con sus barbas blancas discutía con un hombre ya de edad que estaba sentado en el suelo a su lado. El poeta estaba encorvado. Había estado escribiendo un soneto dedicado a su muerte, pero uno de los vigilantes le había pedido el papel como si lo fuera a leer y lo había roto.

Después de ver rota su poesía, el bohemio se quedó un rato mirando fijo a su estilográfica. Luego, dirigiéndose a un compañero viejo, a quien llamaban el Taos, le dijo:

—Tome usted, amigo, se la regalo. No creo que me sirva ya para nada.

Ahora voy a echar un sueño: dentro de poco entraré en el plano astral.

—¿Pero, usted cree en esas majaderías? —le preguntó el viejo Taos.

—Sí.

—Le tenía a usted por hombre de más inteligencia.

—Yo he comprobado una porción de fenómenos metapsíquicos.

—Pamplinas —dijo el Taos—. ¿Usted cree, como algunas solteras y algunos tontos, que las almas se comunican por las patas de los veladores?

—Le digo a usted que lo he comprobado.

—¡Qué lo va usted a comprobar! Todo eso es mitología para las porteras y los invertidos. Yo no creo en nada. Ni en que hay alma tampoco.

—Bueno, bueno. Lo que usted quiera. Yo soy espiritista. Luego el poeta se tumbó en el suelo para descabezar su último sueño.

Will se despidió de sus amigos y salió de la cárcel. Aquel ambiente le hacía daño.

Aún no habría pasado una hora cuando volvieron a entrar en la sala los vigilantes para leer nuevas listas. Entre los nombres leídos figuraba el del poeta. El hombre sentado a su lado, que no dormía, le tocó en el hombro.

—¿Ya? —preguntó.

—Sí, ya —le respondieron.

—Bueno, amigo, vamos a la Pepa.

Y marchó hacia la salida.

El poeta andaba como arrastrando los pies, el cuerpo se inclinaba como si sobre los hombros se apoyase una terrible carga^[36].

VII

Una nube que va subiendo de abajo arriba, la ve Hipólito cuando cierra los ojos, antes de dormirse. Esa nube está formada por un tachonamiento copiosísimo de puntos luminosos, que parecen brotar del cielo y ascender, buscando las alturas. Su cabeza está cansada y no ansia más que dormir. Después, la muerte o lo que venga, no le interesa. Se queda dormido como un tronco.

Pasan muchas horas. Hipólito se despierta a ratos y siente el placer de descansar. Ya entrada la mañana, el muchacho tiene un momento de divagación y de alucinación entre sueños.

En el fondo del horizonte cree ver una gran ciudad, llena de torres y palacios, de jardines y de estatuas de mármol. Una luz de eclipse la ilumina.

Hipólito mira los templos con sus altares, en donde sube el incienso en honor de los dioses, los salones regios, las escuelas, los hospitales, laboratorios, en donde trabaja un sabio, las casas míseras con sus gentes, aquí muere un niño y allí nace otro, allá un viejo mendigo se desmaya de hambre y en una taberna de los alrededores es asesinado un joven.

Su cerebro está excitado.

A su lado una voz estridente dice:

—Hipólito, mira y cuenta después a los hombres lo que estás viendo, porque nadie en el mundo ha visto ni verá cosa igual.

De pronto, se cierne sobre la ciudad una gran nube carmesí, que comienza a dibujarse y a tomar una forma amenazadora.

—¿Qué representa? —se pregunta el muchacho.

Es una gran bestia bermeja, pesada y sangrienta.

Aplasta con su mole a la ciudad y a los hombres: tiene una multitud de

cabezas y más tentáculos que un pulpo. La gran bestia fiera y astrosa, no solo oprime a los hombres, sino que les sorbe la sangre. Se oye como se lamentan todos y después como crujen sus huesos.

En esto, una mujer, alta, vestida de rojo y fuerte, aparece en el cielo y toca una trompeta de plata.

Al instante se oye un unísono rumor de muchedumbre, que llena el espacio. Se forman batallones de hombres con sus banderas, y comienza una terrible lucha en la ciudad y en los campos. La sangre corre a torrentes por todas partes.

Los cañones disparan desde lo alto de los montes y de las hondonadas de las llanuras. Las casas y los templos se derrumban.

La voz sigue diciendo:

—Mira y cuenta a los hombres lo que has visto, porque nadie verá jamás nada semejante.

La lucha continúa cada vez más intensa. Hipólito ve los altares que se derrumban, las columnas de los templos que quedan en pie como muñones, rotas, las estatuas que caen a pedazos de sus pedestales. Entiende claramente lo que dice la madre cuyo hijo se muere en sus brazos, y lo que exclama el mozo al tropezar con el cadáver de su padre destrozado por la metralla. Los ayes de los unos, las blasfemias de los otros, todo lo oye.

Tras la lucha, una gran putrefacción se ha producido en la tierra, y los miasmas son tan espesos y malsanos, que envenenan el mundo. La muerte se va apoderando de todo el universo, y los hombres y los animales y hasta las máquinas cesan en sus movimientos. Un pasmo de sorpresa inmoviliza el mundo.

Así está Hipólito largo tiempo, viendo cómo las cenizas frías invaden las ruinas, cuando ve en el horizonte una vaga claridad de sol. Y comienza a oír rumores lejanos, el ruido del viento y del mar, alguna voz infantil. Estos ruidos se van intensificando y aumentando. Los campos empiezan a ponerse verdes, sobre ellos aparecen chozas y casas, y hasta se siente crecer la hierba.

Entonces, la voz estridente dice:

—Mira y cuenta a los hombres lo que has visto, porque nadie ha presenciado algo parecido.

VIII

Una noche que iba yo solo, triste y desfallecido de hambre, por una tierra árida —habla Hipólito medio en sueños—, me senté en una piedra a descansar.

El cielo estaba nublado y sin estrellas, y el aire pesado y tempestuoso. Yo no podía apenas respirar. Tenía el pecho oprimido. Se preparaba una gran tormenta. Había relámpagos lejanos, que iluminaban el cielo y una nube de tinta en el horizonte.

De pronto, una voz sonora dijo a mi lado:

—Hipólito mira y cuenta a los hombres lo que vas a ver, porque nadie en el mundo ha visto ni verá algo semejante.

Me vuelvo para saber quién habló y no hay nadie, solo en tomo mío las tinieblas espesas de la noche.

Siento un estremecimiento de espanto, pensando que algún espíritu me habla.

En aquel instante rasga el cielo un relámpago con cárdeno zigzag y resuena un trueno espantoso, cuyo estruendo me hace temblar de la cabeza a los pies.

Se suceden los relámpagos y los truenos, las estrellas comienzan a girar de un lado para otro con furia, y los cometas pasan con sus colas luminosas. Siento el vértigo y un gran desfallecimiento en el cuerpo. De pronto, todo el cielo se aclara con una luz de crepúsculo o una aurora boreal.

La voz estridente a su lado, le dice:

—Mira y cuenta a los hombres lo que has visto, porque nadie en el mundo ha visto ni verá algo igual.

IX

Descubre ahora un perro negro que ha entrado en el templo, un templo inmenso. El animal husmea a diestro y siniestro, por naves y capillas, y al cabo, se detiene y devora los huesos que ha descubierto en un rincón.

El perro, con aspecto de lobo, tiene los ojos brillantes. Después de acabar con los huesos, de dejarlos mondos, vuelve la cabeza y se le queda mirando fijo a Hipólito. Tiene los ojos brillantes, que despiden chispas.

Vuelve a ponerse en movimiento, y continúa deslizándose a lo largo de las naves, de los corredores, devorando otros huesos que encuentra haciéndolos crujir entre sus caninos con un ruido espantoso.

Hipólito le espía y cierra la puerta para impedirle la salida. Entonces, el perro, advertido de que se le espía, de que se le persigue, corre de aquí para allá con intención de huir, de escaparse, sin que halle ninguna salida, pues todas se las han cerrado.

Cuando se ve así preso, empieza a dar saltos en el aire, saltos cada vez mayores. Al fin se queda flotando, y sale del templo por una de las ventanas, que está abierta para que entre el aire.

Hipólito había visto en el museo del Prado el cuadro de Brueghel *El triunfo de la muerte*.

El paisaje desolado, con sus colinas áridas, y en el fondo el mar con barcos que naufragan; en las colinas amarillentas hay un árbol roto, y una horca en la que cuelga un cadáver, y un esqueleto que decapita a un hombre. En primer término, campos llenos de cadáveres, guerreros que se matan, carros con fantasmas blancos, la mujer llevada en triunfo desnuda, y el esqueleto con la guadaña y con un reloj de arena en la mano.

Hipólito va como el caballero de Alberto Dulero, sobre un caballo. En tomo suyo montañas de muertos, atroces incendios, todo ello bajo un cielo tempestuoso.

En medio, un gran osario lleno de calaveras. Un carro con esqueletos que tocan las trompetas.

Los esqueletos llevan de la mano a las monjas.

Van tocando la flauta y el tambor, con aire desesperado, y a su compás se llevan a los niños.

Entre despierto y dormido, a Hipólito le bullen en la cabeza diversas frases que recuerda de sus dispersas lecturas. Surge Marco Aurelio y le dice:

—La muerte no es más que un cambio. Pasa en revista, con todos sus detalles las acciones de tu vida, y después de considerar cada una de ellas, pregúntate si privarte de una o de otra por la muerte, es algo tan terrible.

Le suceden Cicerón y Séneca. El primero dice: «Filosofar es aprender a morir»: y el segundo: «La muerte es una ley, no un castigo».

Vienen a continuación como dos buenos amigos, Kant y Schopenhauer. El primero comenta: «La naturaleza del hombre no es para encontrar la calma y la paz en la posesión y en el placer». Y Schopenhauer, repite: «La muerte es la solución dolorosa del mundo formado por la generación con voluptuosidad, en la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño».

X

Hipólito se despierta, se remueve sobre la manta y vuelve a quedarse dormido. Sigue soñando una porción de extravagancias inconexas, después tiene un sueño pesado que le dura no sabe si unos minutos o más. Vuelve a despertarse un momento. Se da cuenta de dónde está, de lo que ha pasado, de lo que espera que le pase, y vuelve a dormirse.

Sueña entonces que marcha montado en un caballo blanco. Tiene delante la hueste antigua, en el Milagro de Teófilo, de Gonzalo de Berceo:

*Do morava Teófilo en essa hispalía,
avié y un judio en essa iuderia;
sabié él cosa mala, toda alevosía,
ca con la uestantigua avié su caofradría.
Vio a poco de ora venir muy grandes gentes
con ciriales en manos e con cirios ardientes
con su rei en medio, feos, ca non luçientes
¡Ya querrié don Teófilo seer con sus parientes!*

Por fin Hipólito despierta, y no vuelve a dormirse más.

Se abre la puerta próxima y se acerca a Hipólito un militar.

Hipólito se levanta.

—¿Usted cómo se llama? —le pregunta.

—Hipólito González Expósito, miliciano de la FAI.

—Nadie le ha preguntado a usted lo que era —luego añade: La señorita de Salvat está haciendo grandes esfuerzos por salvarle. Le ha recomendado a sus amigos influyentes.

—Dele usted de mi parte las gracias.

El capitán añade por lo bajo:

—El presidente del tribunal que les ha juzgado a ustedes, dice que otro oficial, que parece que le ha conocido a usted antes de la guerra en una librería, ha dado de usted informes excelentes. Cree que es usted una buena persona, quizás engañado, y está dispuesto a salvarle la vida.

—Gracias —contestó Hipólito con indiferencia—. Prefiero la muerte. He vivido con una ilusión de fraternidad de todos los hombres. Ahora, después de esta guerra, veo que mi idea es una locura. Vivir sin esperanzas, ¿para qué? Prefiero morir.

—Usted está trastornado.

—Sí, es posible.

—Muchos como usted se han pasado a nuestro campo.

—Sí. quizá, pero yo no tengo, como digo, esperanza ninguna. ¿Vivir, para qué? Para comer mal, para oír estupideces... No vale la pena.

—¿Es su última palabra?

—Sí. la última.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no siento entusiasmo por la vida, que me parece una pobre miseria, y además porque teniendo que obedecer a ustedes viviría muy mal. Así que prefiero la muerte.

—Usted está loco.

—Puede ser, pero loco o cuerdo, prefiero la muerte, y acabar de una vez

y no seguir viviendo en esta inmundicia.

—¿No desea usted nada?

—Ya que me lo pregunta usted con buena intención, le diré que alguna vez consiga que esa señorita conocida por usted, pregunte por mi madre y por mi hermana por si necesitan algo, ya que nosotros, en nuestra pobreza, la hemos favorecido a ella.

El oficial contempla al preso pensando que aquel joven no está bien de la cabeza, pero él, ¡qué va hacer!

Hipólito vuelve donde están sus compañeros y se tiende en el jergón y está ensimismado.

Por la mañana le llama el carcelero y le dice en voz baja:

—Oiga, ese cura que está ahí me ha dicho que si usted quiere confesarse, hará todo lo posible por salvarle de la muerte.

—No, gracias, no. Yo no quiero vivir. Estoy asqueado de todo esto y prefiero morir.

—Pero hombre, es usted joven aún.

—No, no quiero ir a una cárcel que para mí es una porquería. Prefiero morir. No tengo ninguna ilusión. No me espera más que una vida miserable, así que voy a esperar a que me llamen y luego dormiré para siempre. ¡Gracias, muchas gracias!

Hipólito saca del bolsillo de la chaqueta un librito pequeño. Es el Evangelio de San Mateo y lo abre a la casualidad y lee:

«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta, espacioso es el camino que lleva a la perdición y hay muchos que entran por ella».

Para mí entrar por la puerta estrecha —piensa Hipólito—, ha sido vivir con dignidad y con libertad. Yo ya sabía muy bien que el entrar por la puerta estrecha era vivir pobremente, no tener protección ninguna, fracasar en

muchas cosas, pero a pesar de todo esto, he preferido la estrechez que la anchura con gente pedantesca y cruel, y de una vanidad necia.

También lee y glosa estas palabras del mismo Evangelio:

«Todo árbol bueno, lleva buenos frutos y el árbol malo lleva malos frutos. El árbol bueno no puede llevar malos frutos ni el árbol malo no puede llevar buenos frutos. Así pues, por los frutos los conoceréis».

Hipólito está rumiando sus ideas cuando le llaman a él y a sus amigos.

Rodeados de vigilantes, bajan al patio y allí se cumple la sentencia.

XI

Al parecer el pariente de Will comprometido como empleado con los rojos había ido a Valencia, de aquí se había marchado a Marsella y de Marsella a Burdeos y de Burdeos a México, donde le habían dado un destino.

La casa se había quedado desocupada y Will y su mujer tenían una habitación suficientemente amplia y la tienda que les daba para comer.

Él seguía de chofer en la Embajada británica y le llevaba con frecuencia al primer embajador que estuvo pasada la guerra española, con quien cambiaba algunas bromas^[37].

Los que tenían alguna influencia con el gobierno rojo, salían con cualquier motivo. Un amigo me cuenta que seis meses antes de terminar la guerra, vio en la calle de Hortaleza un automóvil grande lleno de maletas en donde iban cuatro redactores de *Mundo Obrero*, entre ellos un navarro de la Ribera, en el fondo un carlista metido a comunista, aficionado a denunciar a la gente. Su primer punto de viaje era Valencia, pero pronto se marcharon a América.

Los cucos se escaparon con habilidad y con dinero. Los torpes por falta de comprensión, o de astucia, cayeron en la trampa.

FIN DE

MISERIAS DE LA GUERRA

Madrid, enero, 1951.

Parte Octava

Los por queres de algunas cosas se van luego a decir
 por lo comun, y en caso de lo contrario que ha de ser
 aquel por donde se va en pasando de lo comun a lo
 a un estado a lo que se llama lo particular.
 En lo comun se dice de la materia de la vida y
 de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.

En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.

En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.

En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.
 En lo comun se dice de la vida de cada uno de los animales.
 En lo particular se dice de cada uno de los animales.

EL MADRID EN GUERRA DE PÍO BAROJA.

POSFACIO

POR

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

I

A ningún lector de Baroja se le oculta que la publicación de *Misérias de la guerra* es todo un acontecimiento literario, largamente esperado, sobre todo para aquellos de sus lectores, sean estos o no «barojianos», que, en los últimos años, han venido reclamando con impaciencia notoria su publicación. El asunto del que tratan *Las Saturnales*, ciclo novelesco al que pertenecería esta, inducía a ello: la Guerra Civil española.

Durante años, esta novela, en su calidad de inédito, ha sido la piedra de toque de que los herederos de Pío Baroja ocultaban algo que podía de alguna manera perjudicarles. No hay tal. Basta leerla. Las reticencias, por parte de don Julio Caro Baroja, para publicarla, me temo que fueron más formales que otra cosa, porque en varias ocasiones se refirió a los inéditos que compondrían *Las Saturnales* como obras crepusculares e inacabadas.

Pero el caso es que en la *Guía de Pío Baroja* (1987), se decía claramente: «Es propósito de la editorial darlas a la luz con un estudio sobre las mismas.»^[1]

La existencia de *Misérias de la guerra* se conocía por varios conductos. En 1972, una de las copias de esta novela fue exhibida, junto a las de otros inéditos, bajo el título *Saturnales*, en la exposición del centenario celebrada en la Biblioteca Nacional de Madrid^[2]. Y es fama que algunas copias de esos inéditos han corrido las chamarilerías madrileñas.

Se ha venido diciendo que el origen de estas copias está en las que mecanografiaba José García-Mercadal, mecanógrafo oficial de Baroja, además de editor y amigo en aquella época, que, por lo visto, se llevaba los originales a su casa para mecanografiados y se quedaba con ellos y con alguna copia calcográfica.

Es factible, pero también los Ruiz-Castillo podían tener copias de

alguna de esas novelas porque se ve que los originales tuvieron varias idas y venidas, entre casa de Baroja, la editorial y la censura.

Aquel mismo año, el diario *Informaciones*^[3] se hacía eco del hallazgo, por parte del profesor Amorós, de una obra titulada *Madrid y la revolución*, (título que no es ninguno de los que figuran en los borradores de este inédito^[4]). Se decía que se trataba de un «texto original, mecanografiado y corregido por don Pío» y que trataba del Madrid de 1936.

Desde entonces, rara ha sido la entrevista a los Baroja en la que no se haya aludido de una manera o de otra a los inéditos.

Según mis noticias, en los años ochenta, la novela estuvo a punto de ser publicada en la editorial Seix Barral, con el título, sugerido o establecido por Julio Caro Baroja, de *Horas finales*^[5], pero ese proyecto no llegó a buen puerto.

Pero los datos definitivos sobre *Miserias de la guerra* fueron los aportados por Joan Mari Torrealdai, porque fue el primero que describió la novela, encontrada, al hilo de su trabajo de investigación sobre la censura del franquismo y los escritores vascos del 98, en el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares^[6], organizó un índice provisional y habló brevemente de su contenido.

II

Miserias de la guerra fue escrita, o cuando menos compuesta, entre 1949 y 1951, pero utilizando materiales anteriores. Lo digo porque, al margen de los borradores armados como tales, hay otros algo anteriores, aunque no fechados e incompletos (a veces solo hojas sueltas), agrupados bajo otros títulos, cuyo contenido también pertenece a esta novela. Me refiero a *Hombres extraños* y al titulado *A la desbandada o Los saturnianos*.

Y es que el interés o la intención de Baroja de escribir una serie de novelas sobre la Guerra Civil venía de lejos, probablemente desde sus años de exilio parisino. En *Laura* (1939) encontramos ya ese interés, algo más desde luego que una mera ambientación de época.

En octubre de 1949, Pío Baroja le escribe una carta a su amigo de San Sebastián, el capitán de la marina mercante Juan Gamecho, en la que le habla de esas novelas de la guerra, que podrían componer el ciclo de *Las Saturnales*.

«También estoy escribiendo unas novelas que su acción pasa en la guerra civil española pero no sé si podré sortear la censura. Es cosa difícil decir cosas y hacer como que no se dicen, pero en fin yo lo intento^[7].»

Ese año de 1949, Baroja cumple setenta y siete años, su salud es tirando a precaria, tiene serios problemas de insomnio, que combate con dosis cada vez más altas de Fonodormo, y se queja, desde hace diez años, de problemas de memoria, que salpican sus páginas memorialísticas escritas y publicadas en esos años, y hacen que hasta Goyena, de unos treinta años en esta versión no lo olvidemos, se queje de perderla.

Pero a pesar de esas limitaciones físicas y psíquicas, y hasta es posible que por su causa, su actividad como escritor será incesante hasta el final de su vida, cuando ya no sabrá ni lo que escriba.

De esa época de finales de los años cuarenta es la fotografía en la que se le ve trasteando con las páginas de este manuscrito, en lo que fue el famoso «enjaretamiento» de las novelas y de esos libros últimos que componía cortando de un sitio y añadiendo en otro, pegando, tachando, cosa que se puede comprobar repasando los borradores, por ejemplo, de las varias versiones que hay de *Rojos y blancos*^[8] o de la segunda parte de *Las saturnales*; o reordenando los materiales que pensaba reutilizar para componer *Extravagancias* y que compusieron *Paseos de un solitario*, o el ya muy tardío de *Siluetas* de 1955, y que él mismo admitía le armaba unos líos fenomenales. A su regreso a Bera, por ejemplo, en el verano de 1954, pasó unos días muy a gusto «revolviendo papeles, desordenando y descabalando todo lo que le cayó a mano^[9]». Su forma de trabajar la describió muy bien su sobrino Pío Caro Baroja en *La soledad de Pío Baroja*, documento inapreciable sobre su vida en esa época^[10].

Ese año de 1949, Baroja publica *Bagatelas de otoño*, el último volumen de sus memorias, y al año siguiente, *El cantor vagabundo*, novela fechada en Madrid, en el mes de enero, que tiene un ligero parentesco con *Miserias de la guerra*, basado, sobre todo en la aparición estelar de Carlos Evans, primo de Luis Carvajal y Evans, su protagonista (y viceversa).

El de 1950 no fue un buen año para Baroja porque el 4 de junio falleció su hermana Carmen y los Baroja se quedaron si no del todo desamparados, sí bastante descalabrados porque era ella la que llevaba el peso doméstico del grupo familiar, y la rutina doméstica fue fundamental en la vida de don Pío.

Pero es entre finales de los años cuarenta y los dos primeros de los cincuenta, cuando la actividad de Baroja como escritor está todavía viva, aunque fuese crepuscular, tal y como apunta Isabel Criado Miguel, al final de su ensayo de referencia^[11], donde habla de los estados confusionales de don Pío. Con todo creo que escribió menos incoherencias de las que se dice y que incluso estas tienen un valor testimonial o memorialístico nada desdeñable, y hasta testamentario si se quiere, que sirven, y mucho, para el conocimiento de su mundo personal y literario.

En concreto esta novela será todo lo crepuscular que se quiera, pero

como documento barojiano, esto es, como documento para saber qué es lo que pensaba o cómo había vivido Baroja los acontecimientos históricos que le habían tocado en suerte, es insustituible, por no hablar de sus entresijos autobiográficos.

Es también durante esos años cuando la «vida social» de Baroja, a través de la tertulia de su casa de la calle Ruiz de Alarcón, está más viva y concurrida, y cuando más visitas literarias recibe (que todas fueran deseadas es otra cosa): César González Ruano (basta repasar las entradas que le dedica en su *Diario íntimo*), Camilo José Cela. Juan Benet, Juan Uribe-Echevarría cuando viene de Chile, lo mismo que Salvador Reyes, la poetisa Stella Corvalán, Francisco Echeverría, Pérez Ferrero... En aquella época hacerle una entrevista a Baroja era casi un ejercicio de estilo.

Pero al margen de esa peculiar vida social. Baroja vive retraído en su casa de Ruiz de Alarcón, ocupado en la tarea diaria de escribir sin parar, de pergeñar nuevos tomos de memorias, a añadir unos a los ya publicados, en espera de mejores tiempos otros: además de relatos y novelas de más ambición, aunque no llegara muy lejos.

III

Existen cuando menos dos borradores mecanografiados completos de esta novela corregidos por Pío Baroja de su puño y letra, además de algunos capítulos sueltos.

El primero está ampliamente corregido, a base de tachaduras, añadidos manuscritos y pegotes, habituales en su manera de trabajar en esas fechas. Lleva fecha de octubre de 1950. Posteriormente, Baroja tapó la fecha con un recorte de papel blanco.

Este borrador, en cuya portadilla reza «Las Saturnales», consta de 258 folios de diverso tamaño, cosidos con liz, mecanografiados en una máquina de escribir de tipo pequeño y tinta azul, y están, como digo, muy «tocados».

El segundo borrador mecanografiado, que también está corregido, pero menos que el anterior, lleva fecha de enero de 1951.

Este es el que ha servido de texto base para establecer esta edición, con el añadido final de las leves correcciones encontradas en unas pocas páginas, copia del ejemplar de censura, incorporadas a *Hombres extraños*, pero que han permitido, por ejemplo, restituir el nombre de Portela Valladares.

En los primeros meses de 1951, la editorial Biblioteca Nueva, la de Miguel Ruiz-Castillo, presentó a censura la novela *Miserias de la guerra*. Se trata de una copia mecanográfica (no calcográfica) de la anterior, antes de que Baroja la corrigiera, que consta de 283 páginas. La portadilla de esta copia reza, de forma manuscrita: «Pío Baroja/Miserias de la guerra/ Novela/ Biblioteca Nueva» y ostenta el número de expediente 1031-51.

La hipótesis de Joan Mari Torrealdai es que la novela se presentó en el servicio de censura en las primeras semanas de ese año, dado el número relativamente bajo del expediente, y que el informe tuvo que hacerse antes del

mes de julio, que es cuando entró Arias Salgado en el Ministerio de Información y Turismo recién creado.

La censura, entonces, subrayó 533 líneas, en 48 páginas, y tachó, en todo o en parte, pero de manera inequívoca, 247. Los subrayados y tachaduras corresponden casi todos a apreciaciones de Baroja sobre los fascistas, los falangistas, el deficiente espíritu nacional español de la época, la poca calidad de los hombres de la situación y algún que otro comentario tomado como irreverencia^[12].

Las tachaduras más importantes corresponden a la casi totalidad de los capítulos VI y VII, conducentes todas a la ocultación de la denuncia de la barbarie franquista.

Es decir, que la versión que ahora se publica no es una copia exacta, calcada, de la que en 1951 se presentó a censura. La que hoy se da a la luz consta de 301 páginas numeradas que, como están erróneamente paginadas, en realidad hacen 305 folios, más dos breves añadidos manuscritos de Baroja en las páginas 9 y 15. Sin contar las variantes, tan ligeras como inexplicables, que hay entre un ejemplar y otro, que no consta Baroja autorizara y que a todas luces fueron introducidas al ritmo de la copia.

Si Baroja recibió, vía su editor Ruiz-Castillo, el informe preceptivo de la censura, cuya copia en el expediente falta, no se nota, porque don Pío, a pesar de corregirlo, no incorporó ninguna de las tachaduras de la censura a la copia en la que, a todas luces, trabajó a lo largo de 1951, antes de que decidiera abandonar la novela, y que sirve de base para esta edición.

E incluso, al vuelto del folio 210, dio indicaciones como esta: «a la imprenta/ que pongan el nombre del/ general Don Diego León sin/ de porque él se firmó siempre/ así Diego León».

En el folio 211 aparece Diego de León con el *de* tachado. Bien es verdad que en otro lugar, a Vázquez de Mella también le apea el *de*.

Lo que quiere decir que entre que Ruiz-Castillo envió a censura una de las copias mecanografiadas por José García-Mercadal, y que recibió, se

supone que antes de julio de ese año, la respuesta, Baroja volvió a repasar su novela con intención clara de llevarla a la imprenta y sin saber que la censura iba a meter la tijera que metió. No tendría sentido que el repaso se hiciera una vez conocida la respuesta de la censura. Aunque quién sabe.

Este borrador «último» estaba dirigido a su editor, tal y como consta en la primera página, sin numerar y en blanco, que hace de portadilla: «Sr. D. Miguel Ruiz-Castillo».

Más curiosas son las dos anotaciones que figuran en la contra de este borrador final. Una dice: «Escobar Raggio, policía, J A Dn Ramón de la Cruz, 54», porque se trata del autor de *Historia de la policía* (Madrid, 1947): y la otra, «Aunós, Ayala 120», que hace ver que Baroja tuvo por entonces alguna relación con el que fuera, de 1943 a 1945, poderoso ministro de Justicia (y prologuista de *Causa general. La dominación roja en España*), que, en 1955, le editaría *Aquí París*, en El Grifón de Plata.

Lo importante es que la presentación a censura de Baroja no prosperó. Era una ingenuidad mayúscula pensar que porque trataba de la Guerra podría publicarse. Él no era Agustín de Foxá, ni Camilo José Cela, que, como en algún momento escribirá, «tenía bula porque trabajaba en la censura.»^[13]

En carta a Eduardo Ranch Fuster de 22 de octubre de 1951, Baroja dice:

Aquí no pasó un segundo tomo de *El cantor vagabundo*, le quitaron del texto muchas cosas y yo he decidido no publicarlo y ver de sustituirlo por otra novela que la meteré en el octavo tomo de *Obras completas*^[14]....

Es decir que, obviamente, en esa fecha Baroja había ya recibido el informe de la censura, aunque entre tanto hubiese vuelto a repasar la novela, corrigiéndola de manera incesante. Entre los distintos borradores se puede advertir rastro de, como mínimo, tres mecanografías distintas anteriores de las mismas páginas. A cada nueva corrección Baroja añadía o quitaba lo que creía conveniente.

Es importante saber quién fue el que las mecanografió, de manera no del todo cuidadosa, porque hay abundantes deslices y errores entre el borrador

de 1950 y esa versión de 1951, que el propio Baroja ya no advirtió, dado el proceso senil irreversible que padecía. Y no descarto la posibilidad de que en algún momento hubiese dictado algunas de esas páginas.

Por el estado de las copias mecanográficas y de los borradores, conservados en el archivo de Itzca, se ve que Baroja barajó para esta novela varios títulos: «Miserias de la guerra civil española», «Noticias de la guerra», «Miserias de la guerra» (escribiendo ‘Miserias’ entre ‘Noticias’ y ‘de la guerra’), «Madrid en guerra» y «Madrid revolucionario».

Al final se ha optado por *Miserias de la guerra*, porque ese es el título que figura en la última página del que probablemente es el último borrador de la obra corregida por su autor: «Fin de *Miserias de la guerra*. Madrid-Enero-1951» y, sobre todo, en el colofón y portadilla del original presentado a censura, sin ningún otro aditamento.

IV

Misérias de la guerra formaría parte de una «trilogía» parcialmente inédita sobre el asunto de la Guerra Civil, que, en realidad, no es tal, salvo que consideremos que *El cantor vagabundo* forma parte de ella.

Cronológicamente, el primer título sería este de *Misérias de la guerra* y el segundo *Caprichos de la suerte*. El tercero, *Los saturnianos. A la desbandada*, no es, me temo, sino una copia, parcial, de la primera con otro título, como lo es la titulada *Hombres extraños*.

Es decir, que la única novela que Pío Baroja dejó lista para ser impresa es la que hoy se publica con el título *Misérias de la guerra*.

De *Caprichos de la suerte* no hay, que yo sepa, versión final, sino tres paquetes de cuartillas mecanografiadas, cosidas con liza, pero perfectamente publicables porque apenas tienen (o necesitan) correcciones.

Caprichos de la suerte, con ser una novela más hecha digamos, y con menos carga de crónica literaria y de estampas de la época que *Misérias de la guerra*, aporta menos novedades al conocimiento del mundo barojiano porque con la publicación de los libros del exilio —de *Ayer y hoy* a *Rojos y blancos*, pasando por *Aquí París* y *La Guerra Civil en la frontera*—, la vida de Pío Baroja durante su exilio en París, que es de lo que se trata, está ya bastante contada.

Aun así, *Caprichos de la suerte*, en donde aparecen algunos personajes de *Misérias de la guerra* —Evans, Elorrio y Escalante, que huyen del Madrid rojo...—, guarda mucha relación con *El Hotel del Cisne*, porque el hotel es su escenario más importante alrededor del cual gira la vida de quienes en él viven, como Procopio Pagani, contrafigura parcial de Baroja (como Elorrio, como Evans a ratos), o la hija de la dueña. Manon, que en realidad no es improbable sea Gabriela de Patchére, la destinataria de sus *Canciones del*

suburbio, o vienen de visita, como el escultor Barral (en realidad Sebastián Miranda).

V

«La historia de la Revolución española, ni por un lado ni por otro parece homogénea, pues en la derecha hay carlistas, monárquicos, conservadores, liberales y republicanos. Si alguien quisiera historiarla, tendría que hacerlo en un folletín truculento», escribe un Baroja que, desde tiempos muy tempranos, se tenía por un folletinista nato, y casi solo por eso.

Es curioso que fuera María Teresa León, con quien se había cruzado en su exilio de París, la que dijera que la Guerra Civil hubiese necesitado del concurso de Baroja para contarla.

Para Baroja, la Guerra Civil era materia de folletín y casi solo eso. Nos la cuenta, no como él la ha vivido, sino como si la hubiese vivido. Su espíritu es el del espectador que no está ni con unos ni con otros, y que pase lo que pase se reclama neutral, como si la guerra no fuera con él más que como materia de comentario y como prueba incontestable de que él tenía razón cuando venía, desde el comienzo de la República, augurando el desastre.

Resulta muy reveladora una nota introducida por Baroja en su borrador de *Rojos y blancos*, donde dice:

A mí me hubiese gustado mucho estar en Madrid durante la guerra en una embajada afrontando claro es el peligro de las bombas, pero caer en una checa como las de aquel miserable García Atadell debía de ser un horror...

La visión de Pío Baroja de los antecedentes de la Guerra Civil, vividos por él en los primeros meses de 1936, no puede ser más catastrofista. Eso sí, se muestra detallista en asuntos no del todo de primer orden o francamente pintorescos (folletinescos), como el del escándalo del Straperlo o el caso de los «caramelistas», y deja de lado acontecimientos políticos de más calado, tal vez por desconocerlos, tal vez porque no le interesaran demasiado.

Es importante señalar, por ejemplo, el número de páginas que dedica Pío Baroja al asunto del Straperlo, luego estraperlo, el juego de ruleta inventado por los judíos holandeses David Strauss y Perlowitz (Baroja escribirá Perle) al margen de que se haya considerado ese escándalo como uno de los que precipitaron el fin de la República, y que dio lugar a la famosa y tumultuosa sesión parlamentaria del 28 de octubre de 1935, en la que intervino de manera relevante José Antonio Primo de Rivera.

Lo cierto es que su protagonista, Alejandro Lerroux, acababa de fallecer (27 de junio de 1949), en la época en la que Baroja redacta estas páginas y hasta es posible que sean hasta una especie de recordatorio y de último ajuste de cuentas con un personaje político que contó más de lo que le hubiese gustado en su vida.

Baroja ilustra los antecedentes de la Guerra Civil en Madrid, el ambiente digamos, con una serie de episodios, nada o poco cronológicos, que en su opinión reflejan bien la sucesión de atentados y abusos, y el clima, irreversible, de enfrentamiento armado que se fue generando.

A la hora de hablar de los antecedentes de la guerra, Baroja hace el recuento de atentados, fruto casi todos de la lucha entre falangistas e izquierdistas, y de muy diversos acontecimientos y episodios políticos, más conocidos unos que otros, pero lamentablemente sin dar casi nunca nombres de quienes los protagonizaron.

Entre los episodios que resultan fácilmente identificables están: el de la quema de la iglesia de San Luis de los Franceses, en la calle de la Montera; los asesinatos de Matías Montero (fue en la calle de Mendizábal, donde vivía don Pío), del falangista Juan Cuellar y de la comunista Juanita Rico, ocurrido estos dos últimos el 10 de junio de 1934, que Baroja dice ser obra de gente importante (de hecho se acusó de ese crimen a Pilar Primo de Rivera y a uno de sus primos Sáenz de Heredia), y el del capitán de ingenieros, ferviente republicano y miembro de la UMRA. Carlos Faraudo; los desórdenes del desfile del 14 de abril de 1936 en el que murió el alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes, en cuyo entierro, celebrado el día 16 del mismo mes, con la asistencia de unas cincuenta mil personas, hubo una batalla campal en

las calles de Madrid, en la que murió, por disparos de los guardias de asalto, el falangista Andrés Sáenz de Heredia y quedó herido el estudiante de Medicina, José Llaguno Acha, miembro del Requeté, tiroteado este por el teniente José del Castillo; y, por supuesto, el asesinato de José Calvo Sotelo... Por no hablar del atentado de la taberna El Pajarito, la del Pico del Pañuelo.

El relato que hace Baroja, tanto de los antecedentes de la guerra como de los acontecimientos del Madrid asediado, no siempre es cronológico y está salpicado de errores de data y de hechos, datos y detalles concernientes a la historia militar del conflicto, que no sé hasta qué punto pudo haber enmendado, y que tal vez necesitasen una verdadera edición crítica que situara esta narración en su estricto contexto histórico. El mismo Baroja se defiende, como venía siendo habitual, de esa falta de concordancia cronológica, que sería muy tedioso señalar en su totalidad. Por ejemplo, el episodio de los caramelos envenenados, ocurrido hacia el 3 de mayo, se cuenta varios capítulos antes que el del 14 de abril del mismo año, cosa que solo tiene su importancia si el narrador está escribiendo un diario; como es imposible que en los prolegómenos de la guerra le pidan a nadie cuentas por su pertenencia a la masonería.

Si senil es el hombre que corrige, como puede me temo, esta última novela, no lo es tanto, ni mucho menos, el contenido, porque por ejemplo, las páginas que dedica a los antecedentes de la guerra están escritas con vigor cierto. Otra cosa es que haya contradicciones evidentes y repeticiones, amén de inexactitudes, que, insisto, sería tedioso de veras, y sobre todo inútil, señalar.

La posición de Pío Baroja ante la Guerra Civil y ante sus causas no es nada ambigua. Él se pretende neutral, una y otra vez, sí, como si la guerra no fuera con él, pero toma decidido partido contra unos, los rojos, y contra otros, los blancos (con mucha menos virulencia), siempre contra la barbarie, la intolerancia, la cerrazón, en una actitud, clara y expresa, y por completo desesperanzada, provocada por un país para él muerto. Actitud que viene, para Baroja, de lejos, y que tal vez sea la que sostiene la necesidad de irse de los personajes de don Pío en esa época, y de él mismo.

Baroja quiere estar, a toda costa, por encima del conflicto, al margen, actitud esta que se advierte desde sus primeros artículos publicados en *La Nación*, de Buenos Aires, en 1936, y luego agrupados en *Ayer y Hoy*, Otra cosa es que lo consiga y repare en que nadie ni nada queda indemne, porque a la luz de este y otros textos, se ve que don Pío no se daba cuenta exacta de que no era posible quedarse al margen y dedicarse a los comentarios, a pesar de que él supiera, por propia experiencia, que las circunstancias le obligaban a tomar partido a empujones.

Desde el comienzo de la guerra. Baroja execra de manera inequívoca el enfrentamiento, pero decantándose hacia los franquistas y los hombres de la situación, aunque solo fuera por la manera, reiterativamente airada, con la que arremete contra los republicanos y socialistas culpándoles del desastre, y defiende una dictadura militar que pusiera fin al caos: «El único que puede subsistir en el Gobierno es el que mande sin dar explicaciones» Capítulo 1, Cuarta Parte.

Por no hablar del famoso artículo «Una explicación», publicado en *Diario de Navarra*, de Pamplona, el 1 de septiembre de 1936, en el que Baroja expresa su deseo de que el tumor o abceso republicano, formado por mentiras, «lo saje cuanto antes la espada de un militar».

«Uno y otro pensaban que la única solución que habría podido tener la República Española habría sido la dictadura, una dictadura inteligente... sin opresión espiritual de ninguna clase», convendrán Goyena (Elorrio) y Evans en *Caprichos de la suerte*.

Llama la atención que hable al menos en tres ocasiones de «Movimiento», sinónimo para él del término, largamente utilizado en esta obra, de Revolución, aunque creo que más que porque asuma sus principios políticos, por influencia del lenguaje de la época de escritura de la novela.

Baroja no firmaría jamás el manifiesto que, el 30 de julio de 1936, firmaron Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando. Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga. Juan de la Encina, Gonzalo Lafora, Antonio Marichalar, Pío del Río Hortega. José Ortega y Gasset, Ignacia Bolívar, y que decía así:

Los abajo firmantes declaramos que en el conflicto que ha determinado la guerra civil en España, nos ponemos del lado del Gobierno, de la República y del Pueblo, que con tan ejemplar heroísmo está combatiendo por sus libertades.

En esa fecha, Baroja no estaba para manifiestos, aunque podía muy bien haber ido a parar a Madrid, como hicieron otros, desde Francia, donde se encontraba sin sacudirse todavía el susto que le habían dado los requetés en la carretera de Bertizarana, la tarde del miércoles 22 de julio, cuando fue a ver el avance de la columna de Ortiz de Zárate.

Claro que, en una de sus páginas memorialísticas inéditas, dijo que de haber estado en la capital, probablemente se habría ido de España, como hicieron otros, muchos, cuya lista estableció el doctor Marañón.

Tampoco firmaría un manifiesto de apoyo a Rusia de lo que le habría acusado Joaquín Arrarás en *Historia de la Cruzada Española* y de cuya firma imaginaria se defendió como pudo en libros como *Pasada la tormenta* y, por supuesto, en este (por boca del escritor Goyena). Lo raro es que Baroja no tuviera esa obra sobre la Guerra Civil en su biblioteca.

A Baroja le hería, y mucho, que le acusaran de algo que no había hecho, y ese de su apoyo a Rusia, especialmente. Se ve que lo tenía fresco.

VI

Indudablemente Baroja no podía escribir sobre materiales vividos (él dirá que no podía hacerlo), porque estuvo fuera de España durante casi toda la guerra: pero desde el primer momento estuvo al tanto de lo que se contaba que ocurría en Madrid.

Sus páginas autobiográficas escritas desde el Colegio de España en París son inequívocas. Por allí pasaba mucha gente y cada cual contaba lo que había vivido o, a su vez, le habían contado. Lo mismo había sucedido en el mentidero de La Pérgola, en San Juan de Luz, entre julio y finales de septiembre de 1936. Por no hablar de la prensa francesa del momento, a cuyo contenido (siempre excesivo y truculento) hará referencia explícita en varios lugares.

Así. *Miserias de la guerra* está salpicada de algunas, digamos, apariciones estelares, de quienes le han informado de los hechos o los han protagonizado de manera notoria.

Por ejemplo, el episodio de la subida de Carlos Evans al tejado del edificio de la Telefónica, en la Gran Vía, en compañía de un médico, se lo contó el doctor Paulino Suárez, en el Colegio de España de París, tal y como figura en las cuartillas de *Rojos y blancos* y en las de *Extravagancias*.

La aparición novelesca de Juanito Barnés y del hijo de Giral, en el capítulo XV de la sexta parte titulado «Un joven entusiasta», es porque se encontró con ellos en París. Su decisión de regresar a Madrid para luchar por la República, decisión que les costará a ambos la vida, aparece en *Aquí París* y en *Rojos y blancos*, y en la también inédita *Pasada la tormenta* (cuyos materiales son datables, por referencias internas, en varios momentos, desde la guerra europea en el norte de África al regreso de Gómez de la Serna a Madrid en 1949).

Juanito Barnés era compañero del Instituto Escuela de Julio Caro Baroja, y su «mayor amigo». Es muy probable que, como dijo don Julio, muriera asesinado por la espalda por sus propios hombres, en las trincheras de la Ciudad Universitaria, el día 22 de junio de 1937^[15].

Baroja lo trata de iluso y de idealista, le quiere hacer ver que la guerra no va con él y, sobre todo, que no tiene ninguna responsabilidad en lo que sucede. El diálogo que mantienen no puede ser más ilustrativo de la posición del narrador, esto es, de Baroja, ante la Guerra Civil y es más que probable que no sea muy distinto del que mantuvieron en la realidad cuando se encontraron en el Colegio de España de París, a finales de 1936 o comienzos de 1937.

El episodio «Aventuras de un diputado» (capítulo VI. cuarta parte), se lo contó en París su protagonista, del que como es habitual no da el nombre, el abogado y político lerrouxista Iglesias Ambrosio, que, en cambio, sí aparece nombrado, cuando cuente el mismo episodio, en *Rojos y blancos*. Baroja tuvo más relación con Iglesias de la que le gustaba admitir, cosa habitual en su escritura memorialística.

Entre las más llamativas elusiones está la muy significativa de Ramiro de Maeztu, cuyo nombre sí aparece, tachado, en algunos borradores, como en *Hombres extraños*, después de acusar al periodista Francisco Carmona Nanclares de delator^[16] desde las páginas del periódico *Claridad*, y también aludido en una especie de broma de gusto dudoso a propósito del estilo ampuloso con el que Maeztu se preguntaba por el Destino de las Instituciones.

Por cierto, que es llamativa la acusación, a un licenciado en Filosofía y Letras, de delator y azuzador de asesinos desde las páginas de *Claridad*, del que no da el nombre ante la posibilidad, aunque fuera remota, de que lo que contaban de él no fuera cierto. Está en esta novela (a continuación de las primeras andanzas de Gálvez) y también en *Laura*.

También tachará el nombre de Antonio de Hoyos y Vinent (capítulo VIII, «Violencias», de la sexta parte), aunque no que fuera colaborador de *El Sindicalista*, no sé si del todo acompañado en estas páginas («Orgía», capítulo II. de la octava parte) de su inseparable Pepito Zamora, que estaba vivo y

coleccionando en la época en que Baroja escribió la novela. Baroja conservaba en su biblioteca al menos dos ejemplares (encuadernados de manera muy características: de negro y con el hierro del marquesado de Vinent) procedentes de la de Hoyos, que fallecería en la cárcel en 1940.

Otra de las presencias estelares de *Misérias de la guerra*, pero de muy distinto signo que las anteriores, es la de Agapito García Atadell, el dirigente de la Brigada del Amanecer, que será un motivo recurrente de todas las páginas que escribió sobre esa época. Lo digo porque, de manera elemental, contará su historia una y otra vez, en *Laura* y en el inédito *Rojos y blancos*, por ejemplo, escrito tanto en sus días de París como en los años cincuenta.

García Atadell, tipógrafo de *La Voz*, *El Sol* y hasta de *ABC*, autor de incontables fechorías, había huido de Madrid cuando parecía que las tropas franquistas iban a entrar en la capital, y, vía Valencia, llegó a Francia donde, en un puerto del Atlántico, se embarcó, bajo el nombre de Elizalde y en unión de sus cómplices Pennabad y Ortuño, en el paquebote *Mexique* rumbo a América. Su detención se produjo en la escala que hizo el barco en las Islas Canarias. De allí fue trasladado a Sevilla donde fue juzgado y ejecutado.

Un testimonio bastante insólito sobre las andanzas del siniestro personaje es el de Luis Buñuel, hombre entonces de los servicios secretos de la República española en Francia —Red Quintanilla^[17]—, que dice que la denuncia que condujo a la detención de Atadell y de sus cómplices, partió directamente de la Embajada española de Araquistain^[18].

Lo que es casualidad es que por los días en que Baroja estuvo en Salamanca, en enero de 1938, la Librería Santarén, la misma que le quería publicar el libro que se titularía *Comunistas, judíos y demás ralea*, editó un libro titulado *La Brigada del Amanecer*, cuyo reclamo editorial era: «Un relato sensacional de la vida, crímenes, proceso y muerte de García Atadell.»^[19]

Y junto a García Atadell, pero con más presencia novelesca, su viejo conocido desde la época de la bohemia madrileña de comienzos de siglo, Pedro Luis de Gálvez^[20], de quien conservará en su biblioteca un ejemplar muy ajado de *Los aventureros del arte* (Madrid, 1907), la novela que escribió Gálvez en el penal de Ocaña.

Las andanzas de personajes como García Atadell o Pedro Luis de Gálvez («Un poeta decadente») le inquietaban ya desde sus años de París, porque en los libros «parisinos» habla de ellos, como por ejemplo en *Ayer y hoy*, cuando hace la crónica de los republicanos y de las noticias que llegan a París de lo que sucede en el Madrid rojo, sobre todo el de los primeros meses de la guerra. Claro que no es fácil saber si están escritas, en todo o en parte, antes o después de su regreso a Madrid en 1940.

Baroja conocía a Gálvez desde antes de su participación en la editorial Caro Raggio, cuando le encargaron una biografía de don Pío, que el bohemio jamás escribió, pese a haber cobrado alguna cantidad de anticipo. Lo cierto es que Baroja tenía fijación con Gálvez y su trágico destino no hizo sino acrecentar su interés (muy probablemente por su ejecución al término de la guerra, cosa que a Baroja le interesó siempre mucho). Para él era un ejemplo de bohemia reprobable, aunque alabe su talento como sonetista, sobre el que volverá una y otra vez. Baroja sintió hacia el bohemio una mezcla, habitual en él, de curiosidad y de rechazo. Le dedicó hasta algún verso de las *Canciones del suburbio*.

VII

Los episodios de la guerra en Madrid a los que más atención presta Baroja, relatados de manera somera y ágil, como corresponde a anotaciones de diario, que es la convención narrativa que establece don Pío, son: el asalto al cuartel de la Montaña, las sacas y fusilamientos de la Cárcel Modelo (sobre todo los ocurridos en la noche del sábado 22 al domingo 23 de agosto de 1936 cuando, entre otros, fueron asesinados Julio Ruiz de Alda, Melquíades Álvarez, el general Oswaldo Capaz, el comisario de policía, y confidente del general Mola. Santiago Martín Báguenas o el exministro de la República Manuel Rico-Avelló), los «paseos» de la Brigada del Amanecer o de los Linces de la República, el asalto a domicilios particulares, la llegada de las Brigadas Internacionales a Madrid, la pugna final entre anarquistas y comunistas; además de un anecdotario diverso de la difícil vida cotidiana en la capital asediada: el hambre, el frío, el miedo, las requisas, las pegas...

«De la vida de Madrid durante la guerra y la Revolución... no se ha contado nada que valga la pena», sostiene de manera no del todo congruente Carlos Evans, pero es Baroja quien lo dice. Es imposible que, tal y como está planteada la novela, sea Carlos Evans quien escriba esto. Y como esta intervención del autor, hay varias. Como la que se deduce del capítulo IV de la cuarta parte en el que Baroja juzga la guerra civil como algo que ya ha pasado, mientras que, en el tiempo del relato, acaba de empezar.

Para cuando Baroja escribe la frase citada, sobre la Guerra Civil se ha publicado, entre muchos otros títulos, el *Mola* de Iribarren, que leyó, porque lo dice^[21], aunque no lo conservara en su biblioteca; la *Historia de la Cruzada Española*, de Arrarás (tan plagada de detalles y datos como de tergiversaciones); *Madrid de corte a checa* (1938), de Agustín de Foxá, fundamental este para aspectos a los que Baroja alude directamente; la excelente *Una isla en el Mar Rojo* (1939), de Wenceslao Fernández Florez; los relatos de Edgar Neville reunidos bajo el título *Frente de Madrid* (1943), y

Causa General. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el Ministerio Público (Madrid, 1943), un libro ineludible en el martirologio franquista, que Baroja sí consultó; como también consultó *500 fotos de la guerra*, con prólogo de Francisco de Cossío (Valladolid, 1937).

Por no hablar tanto de la literatura publicada ya en el extranjero, como las obras primeras de Sender. *La forja de un rebelde* de Arturo Barea o *El diario de Hamlet García* (1944) de Paulino Massip como de la literatura bronca que tiene a la guerra como asunto y a sus excombatientes (nacionales) como autores, por ejemplo Rafael García Serrano.

No me consta que conociera ni una ni otra, y eso que en las obras que se encuadran en la primera, estaría la muy temprana *A sangre y fuego* (1937), de Manuel Chaves Nogales, con quien se cruzó en París en varias ocasiones (obra por cierto publicada en Chile en la misma editorial que le publicaría a él *Ayer y hoy*).

VIII

Pero si no contó con muchos documentos de consulta, sobre una época no vivida de manera directa (aparte de algunos evidentes recortes de prensa), sí contó, en cambio, con testimonios directos de lo sucedido en Madrid durante el asedio por parte de los nacionales (nombre este contra el que, por cierto, se rebela Baroja con justeza).

En primer lugar, sobre el ambiente callejero de la ciudad, está el testimonio de la Angela, que en la novela aparece como Paca la Rubiales, y que en realidad atendía por el apodo familiar de la More, una asistenta que la familia Baroja tuvo durante muchos años en su casa de la calle de Ruiz de Alarcón, y que a don Pío le entretenía con sus canciones, sus disparates, sus historias del Madrid más popular y, sobre todo, con sus relatos de los años de la guerra en Madrid. Era una mujer de ingenio vivo y desgarrado, muy activa, que había sido miliciana.

Hasta es posible que el nombre de Hipólito, el místico dependiente de la librería El Club del Papel, hubiese saltado de la relación que tenía la More con un cura del barrio de Estrecho, llamado don Hipólito, que se dedicaba a la caridad nacionalcatolicista^[22] en una córrala del barrio, habitada por gente muy pobre, que Baroja exploró a conciencia.

—Cuando pueda usted ir por allá —me decía la asistenta—, verá usted que chicos más majos tengo.

Eso le dirá Paca la Rubiales a don Carlos Evans, el protagonista narrador de la novela, pero el que dice que irá es Baroja. Y fue. Y después de visitar todo lo visitable, describió la córrala El Rancho Grande, donde vivía La More, y hasta levantó un plano, según cuenta en el capítulo «Barrios bajos» de *Ilusión o realidad*.

Carmen Baroja en su libro *Tres Barojas*, le dedica un largo poema y

también tiene una aparición estelar en *La obsesión del misterio* y en *Las veladas del chalet gris* en la figura de la Patro, la asistenta, de nombre la Listera, porque su marido había sido capataz de obra, como albañil era el de la More.

Y además de la More, estaban los supervivientes de la tertulia de la librería de Tormos, la de la calle de Jacometrezo, bautizada como El Club del Papel, algunos de los cuales pasaron a engrosar y dar cuerpo a la tertulia de su casa de la calle de Ruiz de Alarcón, probablemente el hito más importante de la vida de Baroja en la época de redacción de la novela^[23].

La librería de Tormos fue muy frecuentada por Baroja, sobre todo en los años treinta. Es uno de los escenarios obligados de la biografía barojiana de la época de la República, su mentidero habitual.

Los contertulios de la librería fueron: el bibliófilo navarro José María de Azcona, que le suministró abundante material para sus *Siluetas románticas*: el doctor Manuel Val y Vera; el ingeniero de Montes Valderrama; el empleado de banca Luis Fernández Casas; el abogado Sarrión, el periodista Manuel Núñez de Arenas, su viejo conocido del pleito de *La Caverna del humorismo* y cofundador del PCOE (1921), exiliado a Francia en 1939 (que no es improbable sea alguno de los periodistas exiliados sin nombre con los que se encontró Baroja en esa época)...

Con algunos de ellos, Baroja tuvo más relación amistosa que con otros. Azcona sería su compañero de viaje en la excursión por Extremadura y Andalucía del año 1933 y por la zona de Levante del año siguiente, y Casas, Gil Delgado y Val y Vera serían, en la posguerra, sus contertulios habituales en su casa de la calle de Ruiz de Alarcón.

Azcona es el bibliófilo rico que tiene auto, un Minerva descapotable, y que le pasea de un lado a otro, en concreto al escenario del crimen cometido por los falangistas en la taberna de El Pico del Pañuelo.

Por sus relaciones con los miembros del Club del Papel queda clara una implícita confesión de Baroja de conocer de primera mano, incluso me atrevería a decir que por parte de alguno de sus autores materiales, los

atentados obra de la Falange, como son los de la taberna del Pico del Pañuelo, en la calle de Embajadores. Fue a través de Azcona que Baroja recibió, en junio de 1936, el aviso de marcharse de Madrid cuanto antes.

Algunos de los contertulios (o empleados) de la librería de Tormos pasaron, ya digo, a constituir el grueso de la tertulia de Ruiz de Alarcón y fueron los que le suministraron abundante información porque habían pasado la guerra en Madrid: Val y Vera, Luis Fernández Casas, Valderrama y hasta el doctor José Luis Arteta, que estuvo de soldado republicano tanto en la periferia de Madrid como en el frente de Guadalajara. Todos ellos le suministraron un anecdotario que, de una manera o de otra, incorporó al relato.

El doctor Val y Vera, médico de la Beneficencia Municipal, aficionado a canturrear letrillas absurdas, será el doctor Hurtado, el que dice tocar el bombardino: el recadero de la librería, Pepito Leiva, activista anarquista, tuvo una aparición del todo estelar en la tertulia de Ruiz de Alarcón, y es posible que le sirviera, en parte, para montar el personaje de Hipólito Rodríguez Expósito: Marcos, otro empleado de la librería, en su calidad de secretario de Marcelino Domingo también pasa por estas páginas: el joven falangista que conoció en los meses finales del año 35 y 36, pasa a la novela igualmente innominado...

El republicano antiguo Edmundo Estévez, que frecuentó la tertulia de Ruiz de Alarcón, le contará la anécdota del viejo republicano Carlos Malagarriga, que no deja de salmodiar en la cárcel de Porlier el: «¿No querías República?... Pues toma República... Y jódete».

En *Miserias de la guerra* el nombre oficioso de aquella tertulia, El Club del Papel, da nombre a la librería donde se reúnen los ingenios que comentan la marcha de los acontecimientos y están, casi siempre, por encima o al margen de ellos.

Pero, además de informadores, en esta novela hay rastros evidentes del «trabajo de campo» llevado a cabo por Pío Baroja y por sus amigos de la tertulia de la calle de Ruiz de Alarcón, en el coche, un Citroën 11 Ligerero, que acababan de comprar hacia 1949, a través de Juan Machimbarrena, y que les

llevó por la parte del Puente de los Franceses a salir al Club de Campo, donde vieron los restos de las trincheras y las casas de los trogloditas que aquí se describen con admiración sumaria: visitaron el Cerro Garabitas y regresaron a casa por Puerta de Hierro, la Dehesa de la Villa, Cuatro Caminos y Ríos Rosas. Conducía Pío Caro. Ese día fueron de la partida, aparte del conductor y de don Pío, los doctores José Luis Arteta y Val y Vera, y Julio Caro Baroja. Fueron muy apretados... tanto como los milicianos del capítulo «Excursión peligrosa».

De los contertulios imaginarios de la librería, merece la pena señalar a Elorrio, luego Goyena, y a Abel Escalante, no solo porque el primero es una clara contrafigura crepuscular del propio Baroja, que le sirve para expresar sus propias ideas acerca de una realidad que le va resultando ininteligible y que rechaza sin meterse en demasiadas honduras, o su descontento como escritor y el carecer de medios para marcharse, sino porque ambos serán personajes de la novela inédita *Los caprichos de la suerte*.

El Club del Papel y la tertulia de Ruiz de Alarcón serán un motivo recurrente en sus últimos libros, como *Las veladas del chalet gris*, o *Laura, o la soledad sin remedio* (1939), en la que, por cierto, se habla de algunos episodios de la guerra en Madrid que también están en esta, como son los de Gálvez, García Atadell o la saca de la cárcel Modelo: y hasta el episodio del «Asalto a un banco» (sexta parte, cap. II), es muy parecido al de «Las historias de Silvia», de Laura, tanto que, en los borradores. Baroja dudaba entre banco y sociedad de seguros (*Laura*), para situar el asalto de los anarquistas. Y no es esta la única coincidencia.

IX

¿Y Baroja, dónde está Baroja? Pues fundamentalmente en el papel de espectador neutral del conflicto, cualidad a la que alude expresamente en varios lugares —por eso pone en escena a Carlos Evans, el comandante inglés—, en el de «los que no estamos ni con unos ni con otros», como Elorrio-Goyena, una de sus contrafiguras crepusculares (aunque de una versión a otra le quite treinta años).

Baroja está en las réplicas de Evans, por muy comandante inglés de guardarropía que sea este^[24], Baroja está en los diálogos que mantienen los personajes (con aires de soliloquio a veces) y en los comentarios de Elorrio, el periodista que frecuenta El Club del Papel (y cuya aspiración es estar en un sillón con una manta sobre las piernas), y del que dice: «El periodista se expresaba con la sinceridad del que no tiene compromisos y del que cree que puede juzgar los hechos con espíritu crítico, sin pensar si sus opiniones se acercan a la derecha o a la izquierda». Baroja está sosteniendo las ideas desesperanzadas de todos sus personajes puestos en escena. Está incluso en esos discursos extemporáneos sobre la calidad de las estatuas del Retiro.

Baroja está, y mucho, en el estilo del «se dice» y «al parecer», esto es, en el bulo como motor narrativo, que era para él una forma de no involucrarse de verdad en el asunto del que trataba y que aquí da el verdadero tono al relato, difuminándolo, alejando el espinoso asunto lo más posible de él, para no comprometerse más que en su condena.

Baroja está, inequívoco, diciendo que es viejo para casarse y hasta para tontear con mujeres jóvenes: afirmando que no tiene dinero, que no es nadie, que no ha llegado a nada, que ni su profesión ni su prestigio valen nada comparados con el de los corruptos. Baroja, su carácter, está comentando la constitución de un nuevo gobierno en la tarde noche del 18 de julio de 1936, y diciendo que este lo preside un «señor farmacéutico», en lugar de dar su

nombre, que es una muestra del genuino estilo memorialístico de Pío Baroja.

Baroja está, sobre todo, tan perdido como sus personajes en un mundo que le va resultando más y más ininteligible, menos a salvo y más a merced de las circunstancias de lo que le hubiese gustado.

X

Para establecer esta edición he cotejado el ejemplar que los herederos de Pío Baroja han considerado definitivo, el fechado en enero de 1951, con un borrador anterior, el de octubre de 1950, también mecanografiado, en buena parte, y del que fue copiado, pero con correcciones manuscritas del propio Baroja.

Y también, gracias a la gentileza de Joan Mari Torrealdai, lo he cotejado con la copia de *Misérias de la guerra* que fue presentada a censura en 1951, que obra en el Archivo de Alcalá de Henares, y que me facilitó el propio Torrealdai.

El «original» mecanografiado presenta algunos cambios incluso con el examinado por Torrealdai^[25] presentado a censura en 1951, porque, por ejemplo, la parte tercera cuenta con dos capítulos más, además de algunos pequeños cambios de detalle.

Algunas partes las he cotejado también con borradores anteriores o posteriores que forman parte de libros «perdidos», como son las cuartillas agrupadas bajo títulos como *Hombres extraños*, *A la desbandada* o *Las saturnales*.

En base a ese cotejo, y conforme iba transcribiendo el texto, lo he corregido y restaurado en los pasajes o palabras que habían sido erróneamente transcritos o pasados por alto por García-Mercadal, y, a la vez, he corregido los errores más obvios, porque se ve que la intención de Baroja era corregir, tanto errores mecanográficos, como de estilo y claramente ortográficos.

Si es cierto que Baroja corrigió esta última copia mecanografiada también lo es que, al repasar el texto, no advirtió numerosos errores de mecanografía, ni que García-Mercadal no había incluido las correcciones que él mismo había introducido en el anterior borrador.

Cuando se hacía necesario meter tijera he preferido no enmascarar la escritura barojiana y dejar el original en el estado en el que estaba, porque los errores resultan evidentes en cuanto tales para el lector. No es cuestión de señalar las incongruencias de esta novela crepuscular de Baroja porque saltan a la vista y no parece oportuno camuflarlas, cosa que se podía haber hecho sin ninguna dificultad. Hemos preferido dejarlas tal y como se escribieron. Que así queden, en el rompecabezas barojiano.

San Juan de Luz., 15 de enero de 2006.



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo XX. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Avirarneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.

Notas

^[1] Baroja se refiere a Jaume Camer Romeu (1867 - 1934), ministro de Finanzas del segundo gobierno Azaña, entre el 15-XII-1931 y el 27-IX-1934.

Se ha considerado necesario introducir algunas notas escuetas para evitar que, dada la forma elusiva de Baroja al narrar muchos episodios, estos resulten ininteligibles para el lector del día (Nota del editor). <<

^[2] Enero de 1933. <<

^[3] Sus nombres eran David Strauss y Perlowitz, y el juego se conocía con el nombre de Straperlo. <<

^[4] Aurelio Lerroux García. <<

^[5] Se trata de un empleado de la librería de Tormos. El Club del Papel, que fue secretario de Marcelino Domingo. <<

^[6] Indalecio Prieto. <<

^[7] Juan Negrín. <<

^[8] Se trata del atentado contra Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, que tuvo lugar cerca de la casa de don Pío. <<

^[9] Se acusó de este atentado a Pilar Primo de Rivera y a su primo Andrés Saénz de Heredia. <<

^[10] Debe de tratarse del atentado contra los falangistas José Urra Goñi y Ramón Faisán, ocurrido el 6 de marzo. <<

^[11] Se trata del asesinato de Juan José Olano Orive (18 años) y de Enrique Valdosenel (17 años). <<

[12] Atentado contra Luis Jiménez de Asúa, perpetrado el 13 de marzo de 1936, en el que murió el policía Jesús Gisbert. <<

[13] Se trata del incendio de la iglesia de San Luís de los Franceses ocurrido el 12 de marzo de 1936, tras el entierro del escolta asesinado en el atentado contra Luis Jiménez de Asúa. <<

[14] El incendio tuvo lugar el 14 de marzo. <<

[15] Se trata del atentado contra el capitán de Ingenieros Carlos Faraudo, ocurrido el 8 de mayo. <<

[16] El alférez Anastasio de los Reyes. <<

[17] Andrés Saénz de Heredia. <<

[18] Se trata del estudiante de Medicina José Luis Llaguno Acha, de ideología carlista. El autor de los disparos fue el teniente de Guardia de Asalto José del Castillo. <<

[19] Se trata del estudiante de Medicina, de ideología «fascista», Antonio Luis Espiñeira, domiciliado en el número 22 de la Cava Baja. <<

[20] José María Sánchez Gallego. El conde de Gamazo leyó en el Congreso (sesión del 8 de julio) la carta que le dirigió el padre de la víctima con el relato de los hechos. <<

[21] Se trata del teniente de complemento, falangista. Justo Serrano Enamorado. <<

[22] El atentado se produjo el día 3 de julio y en él resultaron muertos los estudiantes falangistas Jacobo Galán y Miguel Arrioja. <<

[23] Se refiere a Niceto Alcalá-Zamora. <<

[24] Se trata del Gabinete Azaña de 19 de febrero de 1936. <<

[25] José del Castillo Sáez de Tejada. <<

[26] Se trata de la entrevista celebrada el día 16 de julio de 1936 en el

Monasterio de Irache entre los generales Mola y Batet, en la que el primero le dio al segundo su palabra de honor de no sublevarse. Quienes fusilaron a Batet, que estaba en Burgos, no fueron «los revolucionarios», sino las tropas de Mola, el 18 de febrero de 1937. <<

[27] Se trata del historiador Gregorio de Balparda y del genealogista Fernando de la Quadra-Salcedo, asesinados en agosto de 1936 y cuyos nombres fueron tachados de uno de los borradores originales, el que lleva por título *A la desbandada*. <<

[28] En las cuartillas de *Hombres extraños*, aparece aquí el nombre de Hidalgo de Cisneros. <<

[29] Se trata de Emiliano Iglesias Ambrosio, viejo conocido de don Pío. <<

[30] Melchor Rodríguez García (1893-1972), el Ángel Rojo <<

[31] Pedro Muñoz Seca. <<

[32] 28 de noviembre de 1936. <<

[33] Se trata de Antonio de Hoyos y Vinent, marqués de Vinent. Su nombre, que figuraba en uno de los borradores originales, fue tachado y suprimido. <<

[34] A título de ejemplo, este es uno de los párrafos subrayados y tachados por la censura en 1951. <<

[35] Se trata de Antonio Ariño Ramis, cuyo historial figura en *Causa general* (1943). <<

[36] Pedro Luis de Gálvez fue fusilado el 20 de abril de 1940. <<

[37] Se refiere a *sir* Samuel Hoare con quien Baroja tuvo algún trato entre 1941 y 1945, tal y como cuenta en las páginas inéditas de *Pasada la tormenta*, al hablar de su relación con el Instituto Británico, desde su regreso a Madrid en 1940, hasta el fin de la guerra mundial. <<

[1] Pío Caro Baroja, Ed. *Guía de Pío Baroja. El mundo barojiano*, Caro Raggio/Cátedra, Madrid. 1987, págs. 161 y 162.2 <<

[2] Así figura en el texto del folleto editado por la Biblioteca Nacional con el título *Baroja: Vida y Obra (1872-1972). Exposición en el centenario de su nacimiento*), Madrid. 1972, del que fue autor Manuel Camón. <<

[3] *Informaciones*, Suplemento de Artes y Letras, Núm. 205, Madrid. 8-V-1972. <<

[4] Andrés Amorós. «*Madrid en la revolución*, novela inédita de Pío Baroja», Ínsula, Madrid. 1972. Núm. 308-309, pág. 6. <<

[5] Según conversación con Pere Gimferrer de 24-X-2005. Siendo plausible la versión de Gimferrer, hay que tener reservas respecto a la identidad del libro, porque teniendo, como tiene, un título perfectamente identificable, se ve mal a don Julio Caro Baroja alterando de esa manera el título de un libro de su tío, cuando, además, el libro, de horas finales, lo que se dice de horas finales, tiene poco. Tampoco cuadra con el contenido de *Los caprichos de la suerte*. <<

[6] La censura de Franco y los escritores vascos del 98. *Tartalo, Donostia, 1998*. <<

[7] Carta escrita desde Madrid el 29 de octubre de 1949, conservada en el Koldo Mitxelena, de Donostia. <<

[8] Inédito hasta ahora mismo, va a ser publicado como anexo a sus memorias reunidas, al igual que *Ilusión y realidad*. <<

[9] Julio Caro Baroja. *Los Baroja*, Caro Raggio, Madrid. 1997, pág. 506. <<

[10] Además del libro de Pío Caro Baroja citado, editado más tarde como *Crónica barojiana. La soledad de Pío Baroja* (Pamplona, 2000), están los de Marino Gómez-Santos, *Baroja y su máscara (Diálogos y confidencias)*, (Barcelona, 1956), y *La memoria cruel* (Madrid, 2002), así como *Diario íntimo* (Madrid, 1970), de César González Ruano, y *El último Baroja*

(Salamanca, 1992) de Luis Sánchez Granjel. Por no hablar del ineludible *Los Baroja*. <<

[11] Isabel Criado Miguel, *Personalidad de Pío Baroja*, Planeta, Barcelona, 1974. <<

[12] Los que figuran en las páginas 88 y 89 de *La censura de Franco y los escritores vascos del 98*, de Joan Mari Torrealdai (Donostia, 1998), de quien tomo todos los datos relativos a ese episodio. <<

[13] *Pasada la tormenta*, cuartillas 222 y 223. <<

[14] Pío Baroja, *Obras completas*, t. XVI, pág. 1680. <<

[15] Julio Caro Baroja, ob. cit., págs. 309 y 310. <<

[16] Curiosamente, Francisco Carmona Nanclares sería el autor de un *Pío Baroja. Estudio crítico*, Madrid, 1921. <<

[17] Veáse Yanninck Pech, *Les Services secrets républicains espagnols en France*, Loubatières, Portet-sur-Garonne, 2005. <<

[18] Luis Buñuel, *Mi último suspiro*, Plaza Janés, Barcelona, 1982, pág. 164. <<

[19] *El Norte de Castilla*, Valladolid, 9-1-1938. <<

[20] Pedro Gálvez, *Desarraigo. Memorias de un hijo de los vencidos*, Flor del Viento, Barcelona, 2001. <<

[21] *La Guerra Civil en la frontera*, Caro Raggio, Madrid, 2005. <<

[22] Julio Caro Baroja, ob. cit., págs. 409 y 410. <<

[23] Son de obligada referencia tanto las páginas que dedica a la tertulia Julio Caro Baroja en *Los Baroja* como las que le dedica Juan Benet en *Barojiana* (Madrid, 1971). En ambos lugares se habla de aquel peculiar ambiente de derrota, desilusión y desesperanza: «Allí no nos reuníamos más que personas oscuras, en gran parte derrotadas y un poco extrañas siempre»,

escribirá Julio Caro. <<

^[24] La figura de Carlos Evans solo se puede comparar a la de Walter Starkie cuando quien lo hace no se ha tomado la molestia de ver una fotografía de Starkie o de informarse de cómo era en realidad este personaje. <<

^[25] Tengo que agradecerle muy especialmente a Joan Mari Torreal dai que me facilitara una copia del ejemplar que él conserva de la novela, lo que me ha permitido cotejarla cómodamente con la que se conserva en el archivo de Itzea, así como que me haya brindado generosamente otros datos de su propio trabajo sobre la censura y los escritores vascos del 98, en un momento en que las cosas, al menos para él, no estaban para erudiciones. <<

